STEFFANY KENNELS

EL FIN DE UNA ERA

SERIE MAMBA NEGRA VOL.2

El fin de una era

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Steffany Kennels 2023
© Entre Libros Editorial LxL 2023
www.editoriallxl.com
04240, Almería (España)

Primera edición: enero 2023
Composición: Entre Libros Editorial
ISBN: 978-84-18748-82-0

EL FIN DE una era

SERIE MAMBA NEGRA
vol.2

Steffany Kennels

A mi pequeño unicornio, mi niña cactus,
mi teacher *más dulce y a mis alemanas favoritas.*
Pero, sobre todo, a ti, Sueca.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Nota de la autora

Biografía de la autora

Capítulo 1

La habitación estaba en penumbra, iluminada con pereza por la candente y tenue luz del colosal vestidor forrado con madera de sequoia. Ayshane estaba arrodillada y descalza. Llevaba una camisa negra y acartonada por la sangre que la manchaba hasta la mitad del muslo y una trenza de espiga despeluchada. Rota de dolor, envenenada, sostenía entre sus manos una pequeña maleta. Era de acero negro, con una mamba negra tallada en oro sobre la cubierta y dos cierres dorados en forma de hebilla.

Una insignificante maleta, no más grande que una caja de zapatos, guardaba las llaves de una vida de la que no podía huirse y cerraba la cancela de un mundo del que jamás volvía a verse la cálida luz del sol. Una maleta en cuyo interior Ayshane custodiaba con celo un kit completo de tatuaje profesional: agujas, bisturí, jeringuillas, bridas y tinta negra. Todo lo necesario para tatuar a aquellos que, *motu proprio*, habían decidido formar parte de la *bratva* Ivanov bajo sus órdenes.

Pero aquella maleta de acero negro guardaba algo más en su interior. Sus rígidas tapas habían sido capaces de contener durante años a la temida Ayshane Ivanova del Clan de las Serpientes, una organización criminal fundada por su padre, Eduard Ivanov, que en la actualidad aún mantenía en jaque a las autoridades de medio mundo gracias a la inquebrantable mano de acero de su hermanastro, Adrik Ivanov, también conocido como la Cobra Real. Sus adversarios habían aprendido a respetarla gracias al magnífico trabajo que Ayshane había llevado a cabo durante años para su padre cuando era su lugarteniente. Su brazo ejecutor.

Abrió la pequeña maleta con manos temblorosas. Su interior encerraba demasiados anhelos truncados, demasiadas vidas sesgadas. Sabía que no serían las últimas. Aquella guerra, su guerra, no había hecho más que empezar, y no acabaría hasta que no diera por finalizada la organización que la vio nacer. Que la convirtió en quien era. Que la moldeó hasta hacer de ella una perfecta máquina de matar con un error, un único error tan colosal como humano: su corazón. Ese del que renegaban sus congéneres y al que ella misma había repudiado desde su más tierna infancia, enterrándolo bajo unas zarzas de acero que ahora yacían como polvo a su alrededor.

Durante años había guardado aquella insignificante maleta con la esperanza de no tener que abrirla nunca más.

No quería volver a abrazar las costumbres de una organización de la que nunca quiso formar parte, de la que siempre deseó escapar. Una organización cuyo seno familiar estaba podrido, basado en la imposición del orden a través del miedo. Donde la traición se pagaba muy cara, con marcas en el cuerpo que señalaban al judas para toda la vida.

Acarició la hoja del afilado bisturí con cuidado de no cortarse la yema de los dedos y con la mirada perdida más allá del brillo del impoluto metal. Lo dejó sobre una pequeña bolsa transparente con bridas negras sin abrir y cogió la máquina de tatuar.

Al contrario que el resto de los Víboras que habían formado parte de su extenso ejército de mercenarios cuando era la lugarteniente de su propio padre, ella no había elegido esa vida. No había elegido cruzar aquella puerta. Nunca le permitieron conocer otro mundo, pero la habían tatuado igual que al resto, como a todos aquellos que por voluntad propia decidieron acceder a aquel infierno. Su infierno.

La última vez que había abierto aquella pequeña maleta, Ayshane tenía dieciséis años. Como lugarteniente de una de las *bratvas* más temidas de España, era su obligación marcar a todos aquellos que estaban bajo su mando, y por aquel entonces, una nueva alma descarriada quería formar parte de su extensa colección de mercenarios: una ucraniana que había pasado las pruebas y llevaba años trabajando para su familia entre las sombras.

A pesar del tiempo que había transcurrido desde la última vez que había abierto aquella maleta de acero negro, la lugarteniente todavía era capaz de recordar a la joven ucraniana. Era preciosa, toda una belleza nórdica. No mucho mayor que ella, tres años tan solo. Con el temperamento beligerante que tanto le gustaba a Dima, su mano derecha por aquel entonces. Su hermano.

Sollozó y sorbió por la nariz al recordar a su hermano. Retuvo aire en sus pulmones al sentir una dolorosa presión en el pecho. Acarició el borde de la tapa del pequeño baúl con los pulgares y los ojos cerrados, soltando el aire con rigurosa y controlada templanza, pero sin poder evitar que un sinfín de agujas se clavaran en su corazón.

Aquella joven ucraniana tenía un nulo aprecio por la vida, actitud que buscaban en todos y cada uno de los hombres y mujeres que habían formado parte de sus filas. Iba a ser un buen Víbora para su ejército de mercenarios. Un nuevo guerrero que daría su vida a cambio del más generoso sueldo que podría recibir jamás y que, con total seguridad, nunca llegaría a gastar.

La *bratva* Ivanov tenía a los mejores hombres y a las mejores mujeres porque quienes eran reclutados carecían de escrúpulos,

porque eran entrenados hasta la muerte para convertirse en los guardianes de un mundo del que jamás podrían escapar. Su mundo.

Acarició con la yema de los dedos el cabezal donde debían colocarse las agujas que inyectaban la tinta bajo la piel. Aún recordaba el pequeño y diabólico ratón que aquella joven ucraniana tenía tatuado en la parte baja de su cuello. Era siniestro, negro, con dientes puntiagudos y unos ojos de color sangre tan logrados que parecían seguirte a todas partes, como si cobraran vida sobre la suave y nívea piel de la muchacha.

Ayshane le hizo un buen trabajo. Una gran víbora enroscada en la parte baja de la espalda se alzaba por la columna de la joven ucraniana; unas enormes fauces abiertas sobre aquel siniestro ratón. Su último tatuaje. Esa chica fue la última persona a la que la lugarteniente tatuó. Una muchacha de la que no recordaba ni siquiera el nombre, tan solo el agujero donde ordenó abandonar su cadáver.

Cerró la caja a la vez que sus rasgados ojos. Dos lágrimas empañaron la serpiente grabada en oro sobre la cubierta de acero negro. Su serpiente. Su seña de identidad en aquel mundo. Aquella por la que era conocida. De la que se enorgullecían los hombres y las mujeres que habían formado parte de sus filas. A la que su mundo temía tanto o más como respetaba. Se secó las mejillas con el dorso de la mano, se levantó y fue hacia la cama. Dejó la pequeña maleta sobre el edredón suave y negro. Encendió la luz de la habitación y se miró en el espejo que había al otro lado de la cama. El peso del pasado al cual había renunciado era invisible, y a duras penas las rígidas cubiertas de acero negro eran capaces de contenerlo, pero hundían la insignificante maleta sobre el colchón como una losa de hormigón en el océano.

Erick entró en la habitación que ambos compartían desde hacía tan solo una semana. Sus miradas se cruzaron una fracción de segundo a través del espejo. Ayshane agachó la cabeza y se abrazó a sí misma.

El que había sido inspector jefe de la Brigada de Operaciones Especiales de la policía escudriñó el cuerpo de la lugarteniente a través del reflejo antes de acercarse a ella. Apoyó la barbilla sobre el hueco de su cuello y rodeó la cintura de Ayshane desde atrás.

—Ash… —Inhaló su aroma—. Ayshane… —Besó su cuello—. Ayshane, mírame.

La lugarteniente alzó la vista y observó la imagen de ambos reflejada en el espejo. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza al sentir la protección de un hombre que no merecía, pero al que, con un egoísmo impropio de ella, no quería renunciar.

Habían pasado quince minutos desde que dejó a los tres agentes que ahora formaban parte de su mundo en el garaje de aquella zona

de seguridad que su padre había restaurado a doce metros bajo el suelo, en pleno barrio de Salamanca, oculto bajo una obviedad imposible.

La última vez que alzó la vista hacia ellos estaban deshechos por una guerra que apenas había comenzado y de la que ella hubiese preferido que no formaran parte. Pero, como siempre, no tuvo opción. Su padre ni siquiera le había consultado. Le ordenó que los reclutara y, haciendo honor a viejas costumbres y al inmenso respeto y amor que sentía hacia Eduard, se limitó a seguir sus órdenes. Ahora era demasiado tarde. Los agentes nunca podrían escapar de aquel horror, de aquel infierno, de aquel mundo.

Su hermano había desaparecido en un operativo que tenía que haber sido simple, para principiantes, limpio y sin muertes, pero que se convirtió en todo lo contrario: una cruenta batalla campal entre dos clanes de la misma sangre, ahora enfrentados.

Dima se encontraba en manos de Elenka, su sádica hermanastra. Dima, su querido y único hermano, el hombre que siempre había sido su mano derecha, al que había considerado desde niña su familia sin saber que en realidad lo era hasta que su padre se lo confesó meses atrás.

La muy desgraciada había apuñalado a Dima en el costado, mirándola. Porque Ayshane estaba segura: Elenka la miraba a ella desde aquel palco mientras hundía el machete en el cuerpo del Víbora con una pérfida sonrisa en los labios. No era capaz de quitársela de la cabeza, emponzoñando la bondad que Erick decía ver en ella.

Elenka se había llevado a Dima y no sabían por qué, para qué ni cómo era posible que su hermanastra supiera que Dima estaba vivo. ¿Cómo los habían descubierto? ¿Qué había fallado? ¿En qué había fallado? Necesitaba saberlo antes de que aquella información llegase a oídos de su hermanastro. Si Adrik se enteraba de que los agentes y su propio padre seguían con vida, volverían a estar en el punto de mira. Y su hermano...

Su mundo se desmoronaba. Su magnífico plan se desvanecía. Nunca acabaría con Adrik. Nunca, si eso suponía poner en riesgo a Dima, a su padre, a Erick, a Alice, a Sergei, a Jason y a Ekaterina.

Siempre anheló tener una familia, sentir que formaba parte de la vida de otros por sí misma y no por el temor de ser quien era, y ahora que la tenía no se veía capaz de hacer nada frente a semejante pérdida.

—Erick, yo...

—No, Ayshane, no he venido a discutir. —Apretó a la lugarteniente contra su pecho—. La decisión está tomada. Jason y Alice están cambiándose. Iremos contigo.

—Erick, por favor, no me hagáis esto. —Se dio la vuelta entre sus

brazos. Acunó las mejillas del agente entre sus manos y pegó su frente a la de él—. Por favor..., déjame que os proteja —susurró.

Una vez más, su corazón, el único y más peligroso defecto que podía tener una mujer como ella, volvió a sucumbir a los anhelos truncados, a los deseos de una joven marcada por una vida que nunca habría elegido para ella ni para ninguno de sus seres queridos.

Ya había perdido demasiado: su libertad, la vida que no le dieron la oportunidad de acariciar, a su madre y puede que al único hombre al que con orgullo podía llamar *hermano.*

Era demasiada presión y la sentía concentrada toda en su interior. Sobre su pecho. En su corazón. Como si una cruel y despiadada mano lo aplastara sin piedad mientras veía cómo sucumbía a un mundo gobernado por la ley del talión.

—¿Y quién te protegerá a ti? —Erick acunó la mejilla de la lugarteniente—. No puedes pedirme eso. Ayshane, yo... —Sujetó la barbilla de ella con suavidad para que lo mirase—. Yo también temo por tu vida.

—No sabes lo que estás diciendo. —Apoyó la mejilla sobre su pecho—. Habéis conocido a una mujer a la que yo misma enterré hace años bajo una pesada lápida de sangre, dolor y muerte. No me pidas que os muestre a otra Ayshane, una para la que no estáis preparados.

Erick acarició con los pulgares el rostro de la lugarteniente recreándose en las suaves y delicadas facciones de la mujer que, desecha, asumía su destino.

Ayshane Ivanova había acabado con la vida de un centenar de hombres y mujeres. Mercenarios, narcotraficantes, pederastas cuyo único destino debía haber sido el más horrible de los purgatorios pero a los que ella permitió morir dejando que sus almas encontrasen la paz cuando no era descanso lo que se merecían. A Erick le costó aceptarlo. Había sido inspector. Era policía, o lo había sido hasta que aquel ángel caído del cielo se cruzó en su camino.

—¿De verdad crees que no sé de quién me he enamorado? ¿Crees que no sé qué clase de mujer tengo entre mis brazos? —Acarició su suave y despeluchada trenza de espiga—. ¿No será que no quieres ver en mí esa oscuridad tras la que pretendes esconderte? —Ayshane volvió a alzar la vista y lo miró de medio lado. No creía que en ninguno de los tres agentes hubiese oscuridad. No con unas raíces tan profundas y arraigadas como las suyas, como la de sus hermanastros. Apoyo la frente sobre la de ella—. No renunciaré a ti, Ivanova. Me perteneces. —Agarró la nunca de Ayshane—. Te guste o no, ese corazón que dicen que no tienes, que te empeñas en esconder y proteger del mundo, es mío. —La besó.

Ayshane permitió que Erick arrastrara con sus palabras y su cálido beso el pánico que le producía imaginarse abandonada por los tres

agentes. Contra todo pronóstico, ellos habían conseguido iluminar el oscuro calabozo en el que, con mucho celo, había resguardado su corazón desde niña. El mismo que aquel insensato reclamaba a viva voz con tanta seguridad que ni ella se sentía capaz de negarse.

Alzó los brazos alrededor de su cuello y se dejó izar. Rodeó la cintura del agente con sus torneados muslos y lo miró. Comprendió entonces que no podía entregarse a él solo en cuerpo; debía permitirle acceder a su alma. Enfrentarse a la oscuridad que acechaba en su interior para luchar juntos contra sus demonios. Pero estaba segura de que cuando Erick descubriera la podredumbre que rodeaba su corazón se alejaría de ella, y no podía permitírselo. Tenía... miedo.

«Saya, tu madre, también era una asesina y no por eso la queríais menos. Deja que seamos los demás quienes decidamos si merece la pena amarte». Ayshane recordó lo que le había dicho Ekaterina en aquella misma habitación. Y puede que la Madame, a la que quería como a una madre, tuviera razón.

Saya era una mujer cruel, despiadada y sin escrúpulos cuando protegía a los suyos. Ayshane lo sabía mejor que nadie y no por eso le había dolido menos que Adrik la asesinara, ni había dejado de llorarla en soledad. Igual que Dima. Igual que su padre. Todos querían a Saya, siempre la habían querido y nunca la olvidarían.

—No le pertenezco a mi padre. —Acarició la nariz del agente con la punta de la suya—. Tampoco le pertenezco a mi abuelo —susurró —. ¿Qué te hace pensar que te pertenezco a ti? —Miró al agente, desafiante, a través de sus pestañas.

Erick ahogó un gruñido. Afianzó a la lugarteniente sobre sus caderas agarrándole el trasero con firmeza. Se acercó a la pared en la que colgaba el espejo de la habitación, en el lado opuesto al baño, y apoyó la espalda de Ayshane con cuidado sobre el ladrillo visto. Rozó con la punta de la nariz su barbilla. Besó y mordisqueó su cuello, rodeó el puño de la mano con la despeluchada, suave y larga trenza de la lugarteniente y en un rápido giro de muñeca tiró de la espigada de pelo negro hacia atrás, obligándola a que lo mirase. Ayshane lo observó de esa manera tan característica en ella que advertía a todos los que la rodeaban que se encontraban frente a la letal Mamba Negra, capaz de arrebatarle la vida a un hombre en tan solo una exhalación.

—No me das ningún miedo —susurró y mordió el labio inferior de la lugarteniente.

Ayshane se aferró a su beso. Agarrada a los hombros del agente con fuerza, rodeó con sus torneados muslos las caderas de aquel hombre. Se resistía a desprenderse de él.

No era el momento de desatar su pasión, no tenían tiempo que perder, pero le urgía sentir su contacto de manera irracional y primitiva, puede que por última vez.

Capítulo 2

Llegaron a Arturo Soria a las cinco y media de la mañana. Desde el otro lado de la calle, Ayshane contemplaba el urbanita edificio de viviendas en alquiler revestido en ladrillo blanco y ventanas de aluminio negro en el que vivía una agente. Se llamaba Laura y, como topo de su hermanastra Elenka en la brigada de la policía, se encargaba de vigilar los movimientos de los integrantes del territorio que Adrik había cedido a Elenka en España.

Las luces de los tres pisos de apartamentos estaban apagadas. La azotea estaba techada y comunicaba con los edificios colindantes con un tejado que a esa distancia parecía único. La garita del conserje estaba entre un enorme cartel de *Pisos en Alquiler* y una puerta de aluminio negro que daba acceso al patio comunitario. La garita estaba cerrada. Ninguna luz ni individuo alguno que vigilara el acceso. La calle se encontraba desierta y la noche comenzaba a empalidecer en el horizonte dándole la bienvenida con timidez a los primeros pespuntes del alba.

Alice se acercó a Ayshane. Se colocó a su altura con la vista fija en el edificio de la que hasta hacía menos de un mes había sido su compañera de brigada.

—Quería darte las gracias —se puso unos guantes de cuero negro sin perder de vista el edificio— por permitir que te acompañemos. —Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de piel negra y exhaló aire.

La lugarteniente miró a Alice. Tenía la piel pálida. El frío de la madrugada le había maquillado las mejillas con un gracioso rubor rosáceo a juego con la punta de su nariz respingona. Se había vestido de negro con un jersey de cachemir de cuello vuelto ajustado y unos vaqueros de pitillo. Su atuendo acentuaba esa tonificada figura que, hasta hacía apenas unas horas, siempre había escondido bajo camisetas desgastadas por los lavados, sudaderas de tres tallas más grandes y vaqueros roídos. Se había recogido su mata de pelo rizada en un tirante moño que estilizaba las suaves facciones de su rostro. Había cambiado sus deportivas viejas por unas coloridas Timberland color camel, muy parecidas a las que tanto le gustaba usar a Dima.

Un irrefrenable sentimiento de cariño y orgullo se apoderó de Ayshane. Las palabras que le había dedicado a la agente en el garaje del búnker no solo no la habían herido, sino que no habían minado la reciente confianza que parecía haber adquirido en sí misma junto a ella.

La lugarteniente le había pedido a su padre que comprara ropa para Alice y había ordenado que la colocaran en el vestidor que la agente ocupaba en el búnker en el que ahora todos convivían. Alice podría haber vuelto a sus pantalones roídos, sus deportivas viejas, sus camisetas desgastadas y sus sudaderas enormes, pero, sin saber del movimiento de la que ahora consideraba una amiga, había optado por vestir aquellas prendas.

Ayshane habría preferido que ninguno de ellos la acompañasen. No quería que la vieran actuar como debía hacerlo una hija de la *bratva*, un yakuza, pero no podía negarles a ninguno de ellos la realidad de un mundo que acababa de recibirlos con los brazos abiertos.

Se llevó la mano al pecho, incómoda por la presión que iba creciendo en su interior hasta casi cortarle la respiración. Inspiró por la nariz y soltó el aire muy despacio por la boca. Ella era quien era. Había hecho y haría lo que fuera necesario para proteger a los suyos, y cuanto antes vieran los agentes a la temida mamba negra que moraba en su interior, antes serían conscientes de los peligros del infierno al que habían aceptado adentrarse. Volvió la vista hacia el edificio.

—Dámelas cuando hayamos terminado. —Centró su atención en la ventana del segundo piso—. Si todavía crees que las merezco.

Alice miró a Ayshane por el rabillo del ojo. Jason se acercó hasta ellas con la pequeña maleta negra en la mano y se colocó al lado de su compañera.

—Ash, ¿se puede saber qué llevas aquí dentro? —Le tendió la pesada e insignificante maleta a la lugarteniente.

Ayshane la cogió con una mano sintiendo como si el acero le rodeara la muñeca igual que un frío grillete, encadenándola a una vida de la que nunca podría escapar.

—Laura pertenece a la *bratva,* y cuando traicionas a uno de sus miembros, quedas marcado para siempre —respondió en tono neutro, sin ápice de sentimiento.

Jason miró desconcertado a Alice, que permanecía inmóvil junto a Ayshane, con la vista fija en el edificio.

—Pensé que..., bueno, ya sabes, creía que veníamos a...

—Hay peores destinos en esta vida que la muerte, Jason. Y para los traidores como Laura, hay un paradisiaco lugar que espera impaciente su llegada —masculló arrastrando las eses de sus palabras e inspiró por la nariz cerrando los ojos.

Volvió a mirar el edificio. Erick se acercó hasta ellos tras asegurarse de haber cerrado el coche en el que habían ido hasta allí.

—¿Vamos? —preguntó cuando llegó al lado de la lugarteniente.

Ayshane lo miró antes de cruzar la calle. Los tres agentes la siguieron. Se encaramaron a la verja de la entrada y saltaron al patio comunitario. Lo atravesaron en silencio entre las sombras de la madrugada y llegaron a la puerta acristalada del portal. La lugarteniente miró el telefonillo alfanumérico, pulsó el botón con una llave grabada e introdujo el código de acceso que reiniciaba la centralita y abría la puerta. Subieron hasta el segundo piso en ascensor. Al salir, Alice pulsó el botón de la planta cero para que el ascensor bajara de nuevo. «Muy lista», pensó. Sonrió y se acercó hasta la puerta del piso de Laura.

En el rellano, de un ostentoso mármol pulido hasta el techo, tan solo había un inquilino por planta. Un edificio demasiado lujoso para una agente con un sueldo mediocre. Ayshane se agachó junto a la puerta, dejó la maleta en el suelo y sacó una pequeña linterna del hueco interior de la bota negra de media caña que llevaba. La encendió. Se la metió en la boca por el mango y del bolsillo interior de su chaqueta de piel negra sacó un diminuto neceser con ganzúas de diferentes tamaños. Miró la cerradura y eligió dos de ellas. Abrió la puerta en un suspiro y, desde el suelo, contempló a los agentes por encima de su hombro antes de entrar.

La lugarteniente se movía muy bien entre las sombras. Estaba acostumbrada a vivir como un fantasma, pero, además, conocía cada metro del piso de Laura. Cada mueble. Cada figura decorativa. Cada exquisita obra de arte. No era la primera vez que estaba allí, pero deseaba que fuera la última.

Tal y como habían acordado antes de salir del búnker, Jason y Alice se quedaron en el salón cubriendo la entrada y el pasillo que llevaban a la única habitación de aquel lujoso estudio. Erick y Ayshane lo atravesaron en silencio.

La puerta del dormitorio que había al fondo estaba abierta; la cama, frente a la entrada, y Laura, dormida. Arropada por los rayos del sol más madrugadores que, poco a poco, se colaban a través de la ventana e incidían en su relajado y angelical rostro.

Ayshane no pudo evitar preguntarse cómo era posible que durmiera tan plácidamente, con esa paz.

Laura había estado engañando a sus compañeros durante años. Los había utilizado y traicionado, había vendido a aquellos a quienes debía proteger y se lucraba de su miedo, de su dolor. Llevaba haciéndolo durante años y, aun así, dormía con la aparente calma de una persona que tiene la conciencia tranquila.

Erick agarró a la lugarteniente por la cintura desde atrás y la pegó

a su cuerpo antes de que pusiera un pie en la habitación. Retiró hacia un lado la cola de caballo en la que llevaba recogida su larga trenza de espiga.

—Déjame intentarlo a mí —susurró en su oído.

Ayshane ladeó la cabeza hacia la cara del agente y alzó la vista por encima de su hombro.

—Llegará un día en el que no puedas salvar a todo el mundo. —Acarició con la punta de la nariz el lóbulo de su oreja e inspiró ese aroma que tanto le gustaba—. Eligió hace muchos años su camino. No deberías perder tu tiempo con ella. —Se hizo a un lado y con una sarcástica reverencia lo dejó pasar.

Erick miró a la lugarteniente un segundo antes de entrar en la habitación. Ayshane se apoyó sobre el hombro en el marco de la puerta, se cruzó de pies y brazos e hizo una seña con la cabeza en dirección hacia la cama. Erick se acercó entonces a la joven que cuando llegó a la brigada había estado bajo sus órdenes hasta que ascendió a inspector jefe y le asignaron su propio grupo, su propio trabajo: encargarse de vigilar la organización de Elenka. Ahora todas las pruebas que la Mamba Negra les había mostrado en el búnker apuntaban a que, no solo se limitaba a vigilar, sino que, al parecer, también formaba parte de ella.

Desde la puerta, la lugarteniente vio cómo Erick se acercaba por un lateral de la cama hasta la joven maraña de pelo rubio, cómo le retiraba con suavidad un mechón de la cara, cómo la miraba...

La mamba negra que moraba en su interior se alzó bufando ante la imagen, cometiendo así un fatídico error: descuidar durante una fracción de segundo lo que durante años había sido su cometido. El de contener a la bestia que vivía en la cara oculta de Ayshane Ivanova.

La lugarteniente ladeó la cabeza y entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos delgadas líneas marrón oscuro.

Laura era la típica rubia despampanante que le caía bien a todo el mundo. El pelo desfilaba en una uve perfecta que dejaba sus hombros al descubierto. Los ojos grandes, avellanados, de color caramelo. Estilizada y femenina. Una de tantas muñequitas que habían retozado entre las sábanas de Erick, el inspector al que de manera irracional, egoísta e insana Ayshane sentía de su propiedad.

—Laura —susurró Erick de cuclillas junto a la cama—. Laura, despierta. —Colocó un mechón de pelo de la agente tras la oreja con sumo cuidado, como si no quisiera sobresaltarla.

La joven entreabrió los ojos. Sus párpados aletearon.

—¿Erick? —Se frotó los ojos, confusa, con delicados movimientos —. ¡Oh, Dios mío, Erick! —Se incorporó y se lanzó a los brazos del agente.

Erick agarró a la joven con cara de circunstancia. Miró a la

lugarteniente por el rabillo del ojo. Ayshane los observaba apoyada sobre el marco de la puerta sin mover un solo músculo de su cuerpo, a través de las negras pestañas que delineaban unos ojos marrones de gata tan oscuros que parecían negros a esa distancia. La lugarteniente alzó la cabeza cuando sus miradas se cruzaron y apretó la mandíbula conteniendo a la bestia que vivía en su interior y que forcejeaba contra la mamba negra. Durante años había mantenido encerrado a aquel ancestral demonio confinándolo bajo una red de acero.

—Entonces, ¡es cierto! ¡Estás vivo! —Acarició los pómulos del rostro del agente—. Creí que nunca más volvería a verte. —Acunó la cara del inspector entre sus manos—. Que nunca más volvería a sentir tus besos, tus caricias. —Apoyó la frente sobre la de él. —. No pensé que acudirías a mí, pero no voy a fallarte. Te ayudaré. No permitiré que te hagan daño.

Ayshane se acarició el pecho, incómoda al sentir una incandescente presión que reclamaba con urgencia una vía de escape. Sus latidos se desbocaron. Su respiración era pausada, aunque entrecortada y dolorosa, como si cientos de alfileres se clavaran en su pleura acrecentando la opresión del pecho. La mamba negra se lanzó furiosa contra la cristalera de su propia psique y liberó a la bestia que escupía fuego y bramaba libre por primera vez desde su más tierna infancia.

—Laura... —Compungido, Erick volvió a colocarle un mechón de pelo tras la oreja.

—Precioso —añadió Ash entre dientes desde la puerta incorporándose.

—¡Ayshane! —Laura se colocó delante de Erick como si quisiera proteger al agente con su cuerpo. La lugarteniente ladeó la cabeza, enarcó una ceja y sonrió de medio lado—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿En serio? ¿Tienes el valor de preguntarme qué hago aquí? —Arqueó ambas cejas, divertida—. ¿Se lo dices tú o prefieres que se lo diga yo? —Centró toda su atención en Erick.

Laura alzó la vista por encima de su hombro y miró horrorizada al que había sido su compañero, su amigo, su amante.

—No. —Se escapó de entre sus labios como una exhalación—. Erick, tú no. —Negó con la cabeza y dio un tembloroso paso hacia un lado, con las manos echadas hacia la espalda, buscando a tientas la protección de la puerta del armario que quedaba tras ella—. No puedes pertenecer a los Ivanov, tú...

—No pertenezco a los Ivanov.

Laura dio un paso y se aferró a la chaqueta de piel negra que llevaba el agente. Miró suplicante a Erick cuando vio que Ayshane se acercaba a ellos con esa espeluznante sonrisa que hacía temblar a la mismísima muerte.

—Erick, por favor. —Se agarró con ambas manos al brazo del

agente—. Los hermanos Ivanov son unos monstruos sin alma, y ella es la peor de todos. No puedes trabajar para Ayshane.

De Ayshane y sus hermanastros se decía que podían llegar a ser monstruos sin alma, sin corazón, pero, de los tres, la lugarteniente era la más temida, pues muchos veían en ella el lóbrego reflejo de su abuelo, Taiyo. Un hombre tan cruel y despiadado que incluso él mismo se vanagloriaba definiéndose como la reencarnación del mal en la Tierra. Se sabía intocable, inaccesible. Obraba a su antojo y, con tal de conseguir aquello que perseguía, hacía y deshacía sin importarle quién cayera en el camino. Un rey al que cualquier organización criminal del país odiaba tanto o más como alababa, pues era preferible tener al anticristo de su lado —o, en su defecto, no cruzarse en su camino— que ir contra él.

Ayshane se quedó paralizada a los pies de la cama, a un par de pasos de aquella pareja: la mujer que podía conducirlos hasta uno de los hombres más importantes de su vida y el descerebrado que se había atrevido a reclamar el corazón de la fría, letal y venenosa serpiente que, sin éxito, trataba de confinar de nuevo al demonio que acababa de ser liberado.

No podía dejar de ser quien era. No podía borrar el pasado y no tenía intención de abandonar a Dima mientras estuviera en manos de Elenka o mientras Adrik siguiera con vida. Erick no se merecía permanecer atado a una mujer como ella. Se lo había dicho, se lo había advertido, se lo había avisado en más de una ocasión. Quizá se había dado cuenta y por eso había intentado que las cosas se hicieran a su manera. Tal vez aún sentía algo por Laura. Puede que se lo hubiera pensado mejor y no quisiera ser arrastrado por esa oscuridad que se cernía sobre ella, que podía incluso respirarse. Puede que... Apretó la mandíbula y dejó escapar el aire de manera que, sin ser consciente, había estado reteniendo en los pulmones. Para su sorpresa, Erick agarró a Laura por las muñecas y la miró a los ojos. «Contención, Ayshane. No debes sentir. No puedes dejarte llevar.».

—Hay una gran diferencia entre lo que tú haces y lo que yo hago. —Erick dio un paso hacia delante, obligando a Laura a dar otro hacia atrás.

—Yo no... —titubeó, alejándose de él.

—¿Tú no qué, Laura? —Puso las manos sobre la puerta del armario a ambos lados del cuerpo de la agente, arrinconándola—. Ayshane Ivanova no es una santa, pero tampoco es un monstruo, no al menos la clase de monstruo que todos os empeñáis en ver. Durante años se ha deshecho de la escoria en la que se apoyan tu querida jefa y su hermano. Ha salvado la vida de infinidad de inocentes que Elenka y Adrik han arrancado de los brazos de sus familias para abusar de ellos, denigrarlos y maltratarlos hasta que no ha quedado nada de lo que un

día fueron. —Dio un paso hacia atrás y miró a Laura de arriba abajo con desprecio—. Con la ayuda de gente como tú —le escupió con saña —. No creo que seas la más indicada para darme lecciones de moral. Ni siquiera sé cómo tienes la poca vergüenza de mirarme a la cara. —Erick se apartó—. Toda tuya. —Se acercó a la lugarteniente y la miró de medio lado con pesar.

—¡No! ¡Erick, no! ¡No puedes hacerme esto! —gritó asustada, arrastrándose por la pared hacia la esquina de la habitación para poner distancia entre ella y la temida Mamba Negra.

Erick acarició la mejilla de la lugarteniente y le dio la espalda a la que había sido su compañera.

—No soy yo quien decidió entrar en este mundo por la puerta equivocada —añadió alzando la vista por encima de su hombro antes de salir de la habitación.

—Vamos, rubia. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Ayshane se acercó a Laura. Agarró a la agente por el pelo y la arrastró por el pasillo hasta el salón. La joven intentó soltarse. Blasfemaba entre dientes, forcejeaba y daba patadas al aire revolviéndose. La lugarteniente cogió una de las sillas de la mesa del comedor circular que Laura tenía en el salón. Allí esperaban Jason y Alice. La sentó en la silla con brusquedad y sonrió de medio lado cuando recibió una mirada llena de odio. Entonces dirigió la vista hacia la barra americana de la cocina.

—¿Jason? ¿Alice?

Intentó levantarse, pero la lugarteniente agarró el hombro de Laura negando con la cabeza y volvió a sentarla en la silla.

—No lo pongas más difícil —le dijo sujetando la barbilla de la agente con firmeza.

Laura hizo un ademán con la cabeza. Se alejó de ella pegando la espalda a la madera. Agarró el asiento con ambas manos, los brazos tensos, los ojos cristalinos y la mirada fija en los dos agentes con los que había compartido tantas horas en la brigada y que la observaban en silencio desde la barra americana de su cocina.

—¿Vosotros también?

—La Mamba Negra paga bien. —Alice se encogió de hombros sin mirar a la que fue su compañera—. Tenemos que comer, ¿no? —Jugueteó con una lujosa mariposa de oro negro entre sus manos. Los filos de ambas navajas estaban reforzados en impoluto acero y un exquisito grabado en forma de escamas de serpiente cubría la empuñadura—. Después de todo, a ti parece que no te ha ido nada mal. —Alzó la vista y miró a Laura—. Hasta ahora.

Ayshane enarcó una ceja, sorprendida. Aquel comentario era más propio de Jason que de su nueva amiga. De los tres, Alice era la que más cómoda parecía.

Sus miradas se cruzaron y durante un segundo le pareció vislumbrar cómo se nublaba el cielo que la agente tenía por ojos. «Venganza», pensó. Fue una milésima de segundo, pero casi pudo verse reflejada en la oficial que, tranquila, las observaba, sentada con las piernas cruzadas sobre la encimera. A su lado, Jason estaba acomodado en el taburete de diseño que había delante de la barra y tamborileaba un hipnótico ritmo con los pulgares en el hueco entre sus piernas.

Erick se acercó hasta ellos y apoyó el trasero sobre el borde de la encimera, junto a su compañera. Se cruzó de brazos y le sonrió a Alice cuando ella revolvió las puntas despeinadas del pelo del agente con una mano, mientras que con la otra seguía jugueteando con la mariposa.

—Vaya con la mosquita muerta. —Sonrió nerviosa—. ¿Crees que porque te hayan enseñado a usar una navaja ya eres uno de ellos? De Erick podría llegar a imaginármelo, al fin y al cabo haría cualquier cosa por un polvo. Osado. Temerario, si pretendes meterte entre las piernas de esta y salir de una sola pieza. —Alzó la vista hacia la lugarteniente—. No te ofendas, pero por mucho que te prometa que bajará la luna para ti, te hartarás de verla desde la ventana mientras se beneficia a otra y le promete lo mismo.

—Creo que debería mantener una charla con mis hermanos. —Ayshane ladeó la cabeza—. La educación que has recibido dista mucho de los Víboras que yo misma instruí.

—¡Tal vez sea porque no soy uno de los vuestros! —le gritó con ambas manos alzadas al aire.

Ayshane puso los ojos en blanco, suspiró y se desabrochó la chaqueta de piel negra. Un sofá separaba el salón de la barra de la cocina. Frente a él había una mesita de cristal y, sobre ella, estaba su maletín de acero negro. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre el sofá. Del maletín sacó una máquina de tatuar, un bisturí, un trozo pequeño de alambre de espino, una aguja y una máquina eléctrica con batería para cortar el pelo. Se hizo a un lado y dejó que la agente mirara los juguetitos que había colocado sobre la mesa.

—Sabes perfectamente cómo funciona esto. —Se llevó el dedo índice a la boca en señal de silencio—. No bases tu defensa en que no trabajas para Elenka. ¿Quién crees que se encargaba de pagarte, de entrar en tu casa y dejar tu paga en la encimera de la cocina? Llevas trabajando para mi familia casi diez años. —Sonrió y le agarró la barbilla contenida—. Negarlo solo hará que todo esto sea más difícil. —Laura miró por el rabillo del ojo la mesita de café y alzó la vista hacia los que habían sido sus compañeros antes de volver a mirar a Ayshane—. Crees que enseñé a Alice a usar una navaja, pero te equivocas. Tan solo le di la mejor del mercado. —Soltó su rostro con

desprecio—. Lo que sí voy a enseñarles es por qué algunos aseguran que, de los hermanos Ivanov, yo soy la peor de todos. —Arrastró las eses de sus palabras como una auténtica serpiente.

—¿Qué... qué vas a hacerme?

—Eso depende de ti. —Se encogió de hombros—. Supongo que habrás leído la letra pequeña del acuerdo que firmaste con los Ivanov.

Laura apretó los labios en un claro gesto de contención.

—¿Para qué es todo eso? —Hizo un movimiento con la cabeza en dirección a los objetos que había sobre la mesa.

—Bueno, perteneces a una *bratva.* —Sonrió y ladeó la cabeza—. ¿No conoces sus métodos disciplinarios? —Dejó unos segundos para que Laura asimilara lo que estaba por venir—. Vas a contarme todo lo que necesito escuchar, aunque ya sabes lo que hacemos los Ivanov con los soplones. —Rio—. Por las buenas o por las malas, vas a contármelo.

—¿Y si no lo hago?

—No tienes elección. Pero si colaboras prestarás servicio en uno de nuestros clubs, digamos... —se llevó la uña del dedo índice a la boca y alzó la vista hacia el techo con aire pensativo— ¿veinte años? El doble de tiempo que llevas trabajando para mi familia. Al cabo de veinte años, tu deuda quedará saldada y yo misma te pagaré un tratamiento para que puedas quitarte el precioso tatuaje que voy a hacerte —murmuró sonriendo con falsa amabilidad—. Si por el contrario decides complicarme la existencia, te adelanto que tu destino será el mismo, pero con una diferencia: grabaré sobre tu piel con este bisturí la marca que identifica a los chivatos. Y si por casualidad se te ocurriera intentar tapártela de alguna manera, volveré a por ti y te la grabaré las veces que haga falta, en el mismo lugar, una y otra vez, hasta que decidas ponerle fin a tu miserable existencia.

—¡¿Y por qué no me matáis?! —Miró a los tres agentes—. ¡¿Es que no tenéis lo que hay que tener?! —gritó—. ¡Acabaré muerta de todas formas! —Las primeras lágrimas comenzaron a brotar, descontroladas.

—Vamos... Vamos... No llores. —La sujetó del pelo de la coronilla y tiró hacia atrás—. Tú misma lo has dicho y, además, es un secreto a voces. —Se agachó—. No es decisión mía matarte. Tú no me perteneces —susurró sobre su oído.

—¡¿No vais a hacer nada?! —voceó y movió la cabeza para que la lugarteniente le soltara el pelo—. ¡¿Pensáis quedaros ahí viendo cómo me tortura?!

Los tres agentes miraron impertérritos a quien hasta hacía unos días había sido su compañera.

—¿Qué deberían hacer? —Se acercó a la mesa y cogió la máquina de cortar el pelo—. Llevas engañándolos toda la vida. —Le quitó el protector a la cuchilla—. A los tres meses de ingresar en la brigada ya

trabajabas para mi familia. Fue demasiado sencillo que cruzaras la línea. ¿Le contaste a Erick que fuiste tú quien nos dio el soplo del día que pretendían arrestar a mi padre?, ¿que tiraste por la borda todo su trabajo, los meses que pasaron sin dormir tratando de dar con Eduard Ivanov por un generoso sobresueldo?, ¿que siempre nos has informado de todos y cada uno de sus movimientos?

—Yo no... —Alzó la vista y buscó a Erick, avergonzada.

Ayshane suspiró molesta. Agarró con la mano libre el cuello de la joven y apretó con fuerza.

—Se me está acabando la paciencia —siseó a un palmo de su cara.

Laura se llevó las manos al cuello. Sostuvo los estranguladores dedos de la lugarteniente mientras forcejeaba e intentaba respirar.

—Ayshane. —Erick llamó su atención desde la barra. La nombrada alzó la vista por encima de su hombro sin soltar y sin dejar de apretar el cuello de la agente. Erick seguía con los brazos cruzados sobre su pecho y el trasero apoyado sobre la encimera—. Suéltala.

Ayshane volvió a mirar a la joven. Dudó. Sería tan fácil acabar con ella... Estrangularla... Pero los muertos no hablaban. Laura se llevó las manos al cuello y cogió una gran bocanada de aire.

—Laura, desnúdate —le ordenó Erick desde la barra.

Alice dejó de juguetear con la mariposa y miró a la joven. Jason cambió el repiqueteo hipnótico de sus pulgares por un redoble de tambor cuando su cerebro fue capaz de procesar la petición de su amigo.

Ayshane miró a Erick.

«¿No me creen? Es increíble que piensen que Laura puede estar diciendo la verdad. Que me equivoco o les he mentido. ¿Ahora duda? Después de todo lo ocurrido, de las pruebas, ¿sigue sin confiar en mí?». Apretó la mandíbula y cerró los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Si es verdad lo que dices, no mostrarás ninguna marca que te vincule con los Ivanov o con cualquier miembro de su organización. Desnúdate. Ahora.

—Esto es increíble —soltó molesta—. Alice, pásame la mariposa. —Volvió a dejar la máquina de cortar el pelo sobre la mesa y tendió la mano al aire.

Alice cerró la mariposa con la que había estado jugando y se la lanzó a la lugarteniente, que la cogió al vuelo. Rodeó el cuerpo de la joven sentada en la silla y miró a los agentes.

—Los hombres y las mujeres que trabajan para Elenka no llevan ninguna marca en su cuerpo visible a simple vista. —Cortó desde atrás los tirantes de la camiseta azul de su pijama—. A Elenka no le gusta que llamen demasiado la atención. —Bajó la camiseta de Laura de mala manera entre forcejeos y dejó al descubierto sus pechos—.

Levántate. —La sujetó por la coronilla.

—No me toques. —Se revolvió, agarrándole la muñeca.

—Vuelve a ponerme las manos encima y te las corto —siseó llena de rabia contenida—. Quítate el pantalón.

La joven miró a los tres agentes, cubriéndose el pecho.

—Erick ya te ha visto desnuda —gruñó entre dientes—, Alice no tiene nada que envidiarte y no creo que Jason vaya a escandalizarse.

Erick se removió incómodo y miró a Ayshane con preocupación. Laura comenzó a bajarse los pantalones blancos del pijama.

—¿Contentos? —Dio una vuelta sobre sí—. No tengo nada. —Miró a Erick—. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Siéntate —le escupió entre dientes. Laura obedeció. Se sentó en la silla con tan solo unas braguitas de algodón blanco y tapándose el pecho con los brazos—. Enséñales la planta del pie derecho. —La agente alzó la vista, temerosa, por encima de su hombro—. ¡Que se la enseñes! —Agarró su mata de pelo rubio y tiró.

Laura levantó el pie derecho llevándose las manos al pelo entre bufidos para intentar aplacar los tirones con los que Ayshane parecía querer arrancarle el cuero cabelludo.

—Ash... —Jason llamó su atención—. Será mejor que veas esto.

Ayshane soltó con desdén su pelo. Durante un momento se le paralizó el corazón ante la posibilidad de que no mostrase ninguna marca en ese lugar que tanto sabía que le gustaba a la sádica de su hermanastra. Se agachó. Alzó el pie de la joven y sonrió aliviada.

—Vaya, vaya, vaya... Así que Elenka ha decidido aunar fuerzas. Interesante.

Laura enmudeció. Comenzó a temblar como una hoja vapuleada por el viento y se encogió en la silla.

—Mamba, por favor... —le suplicó—, por favor te lo pido. Sabes que soy buena, la mejor confidente que tenéis.

—Cierto. —Se levantó. Fue hacia la mesa y cogió el alambre de espino y la aguja—. Por eso tenía preparado un regalito para ti. —Sonrió—. Lo mejor para la mejor. Por todos estos años de buen servicio.

—No, Mamba. —Se arrastró con la silla hacia atrás—. Te diré todo lo que me pidas. Por favor... Puedo ayudaros, puedo serviros. Elenka no sabe que hemos hablado, puedo trabajar para ti desde dentro.

—No te necesito. —Se sacó una pequeña brida ya ensamblada del bolsillo trasero de su pantalón.

—Por favor. Me matarán. Sabes que lo harán.

—Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta atrás.

—Mamba. Ayshane, por favor, te lo suplico.

—Tic, tac, tic, tac, esta noche no morirás —canturreó inmovilizando las muñecas de la joven con la brida y la mirada

perdida.

—Ash —Alice se bajó de la encimera—. ¿Tienes toda la información que necesitamos?

—Ajá —le respondió enhebrando el alambre de espino en la aguja sin prestar atención a los balbuceos suplicantes de la agente.

—Entonces yo..., si no te importa..., espero fuera.

Ayshane dejó de colocar el pequeño trozo de alambre y miró a Alice. Entendía que su reciente nueva amiga no quisiera estar presente.

—Iré contigo, Alice. —Jason se levantó del taburete.

Ambos se dirigieron hasta la puerta. Alice se giró antes de salir del piso de Laura y miró a la lugarteniente.

—Gracias —le dijo antes de abandonar el piso junto a Jason.

Capítulo 3

Ayshane se quedó sola en el piso junto a Laura y un Erick que la miraba sin aparente intención de abandonar aquel lugar, como si quisiera comprobar el límite de su crueldad o, tal vez, con la esperanza de que dejase marchar a la muñequita que tantas noches de diversión había compartido junto a él. Pero no podía hacer eso. No iba a permitir que Laura quedara impune. No cuando se había delatado reconociéndola. Cuando, sin duda alguna, era más que probable que hubiera colaborado con Elenka para secuestrar a Dima, o incluso que Adrik supiera que su padre estaba vivo. Los motivos ya poco importaban, tan solo quería volver a ver a su hermano una última vez. Vivo o muerto, Dima debía volver a casa.

—Puedes marcharte. —Terminó de enhebrar el alambre de espino—. Esto no será agradable.

—Ayshane, no... —Dio un paso al frente.

—Vete. —Se sentó a horcajadas sobre la suplicante joven.

—Erick, por favor... —Laura lo miró entre lágrimas—. Ayúdame. Perdóname por favor...

—Ash... —Dio otro paso hacia ellas.

La lugarteniente alzó la vista sobre su hombro dominada por un ancestral reptil más peligroso que la fría, cruel y más sanguinaria de las serpientes con las que había contado hasta ahora el clan Ivanov. Un demonio que había permanecido oculto, encadenado y prisionero a merced de la mamba negra que moraba en su interior. Apenas tenía fuerzas para contener a aquella endemoniada bestia.

—Te lo advertí. Te dije que no vinieras.

El brillo en los rasgados ojos de Ayshane se había apagado. Tenían el color del chocolate caliente en taza, salpicados por virutas de caramelo centelleantes, ese que tanto apetece en las frías madrugadas de invierno. Pero los dulces rasgos de su rostro nunca habían sido capaces de suavizar los destellos de peligro con los que sus ojos felinos advertían a aquel que se acercaba que no estaban tratando con una doncella desvalida. Sin embargo, la lugarteniente tenía un límite y, como cualquier ser humano, aquellos ojos huecos, sin vida, con los que miraba a Erick detuvieron el avance del inspector en mitad del

salón, al otro lado del sofá; gritaban a los cuatro vientos que la Mamba Negra caminaba sobre la fina línea que separaba al monstruo que todos veían en ella, de la humanidad que con celo había guardado bajo escarpados muros de acero templado y espinas.

—Pero... —Erick apoyó una de sus manos sobre el respaldo del sofá con temor.

—Largo. —Se escapó de entre sus labios como un suspiro ahogando la dolorosa estocada que le atravesó el corazón—. ¡Que te vayas! —le gritó fuera de sí.

—Por favor, ¡por favor, no! ¡Erick! —Laura comenzó a moverse bajo el peso de Ayshane.

—Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta atrás. Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás. Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás. Tic, tac, tic, tac, te encontré, aquí estás.

Erick se marchó. Salió del piso entre vacilantes pasos sin perder de vista a la lugarteniente. Ella, en cambio, le daba la espalda sentada sobre quien había sido su compañera, su amiga. Cerró la puerta que contenía los gritos de Laura y la nana que cantaba Ayshane, cuando permitía que el reptil tomase el control de su cuerpo y su mente, sin saber que no era el eco de la serpiente quien entonaba aquellos cánticos.

Erick solo conocía de Ayshane la parte a la que ella le había permitido acceder. Los tres agentes habían sido entrenados por Dima, pero incluso él los había reconocido una vez que no veía capaz de detener a la lugarteniente si ella quisiera matarlos, pues su infancia y su adiestramiento distaban mucho de lo que cualquier ser humano podría soportar.

Una vida a la que Ayshane Ivanova había sobrevivido, y pese a la cual su integridad y la pureza de su corazón parecían mantenerse indemnes a lo largo de los años gracias a esos férreos muros tras los cuales protegía la bondad que había en ella, unos muros que el inspector había destruido poco a poco, sin ser consciente de las consecuencias.

Ya en el descansillo, Erick apoyó la frente sobre la puerta y se agarró al pomo que había en el centro. Cerró los ojos. Apretó la mandíbula y se tragó el nudo de impotencia que le impedía respirar.

Los desgarradores gritos de auxilio, el llanto y las súplicas de Laura se colaban por las rendijas de la madera lacada de su piso como fantasmagóricas sombras de ultratumba.

—No condenes tu alma —le susurró Erick al vacío.

Dio un golpecito con la cabeza sobre la puerta con los ojos cerrados y giró sobre sí. Apoyó la espalda sobre la madera con la mirada perdida en el blanco techo del rellano mientras quien había sido su compañera suplicaba clemencia, compasión, una última oportunidad.

Hasta que se hizo el silencio.

Ayshane sujetó con fuerza la cabeza de Laura antes de comenzar a coserle la boca con el alambre de espino. Los infructuosos intentos de escapar de la joven habían convertido aquello en una carnicería a la que estaba convencida que nunca sería capaz de acostumbrarse.

Laura no merecía clemencia ni compasión. Se merecía todo lo malo que le pasara, pero... Siseó entre dientes y se llevó la mano al pecho. Cogió aire por la nariz y lo soltó muy despacio. La mitad de los carnosos labios de la agente estaban desgarrados, supuraban sangre a borbotones como sentía que hacía su corazón. Ella no era así... Ella no...

Con las manos ensangrentadas sacó una jeringuilla con un potente sedante y se lo pinchó en el cuello a la agente. Le hizo efecto en segundos. Dejó de gritar, de moverse y de intentar escapar. Le permitió terminar el trabajo sin gritos, sin dolor, sin súplicas, lamentos ni lágrimas. En el fondo, su ponzoñosa alma habría querido que siguiera consciente, que sufriera para que nunca olvidara aquel día, pero habría sido recrearse en un dolor que la acercaba más a aquellos a los que odiaba. No tenía por qué ser una carnicería. No quería mirarse en el espejo y ver reflejado en sus ojos a Elenka, a Adrik, a su abuelo.

«Si sientes, morirás». Las palabras que su madre tantas veces le había repetido desde niña resonaron en su cabeza como el gong de un antiguo templo japonés. Sonrió mientras negaba como una lunática. Qué estúpida había sido. Ahora veía en ese sentimiento una muerte que no era literal, sino la pérdida de la niña que un día fue, de la infancia que le arrebataron, del hijo que no vio nacer, de ese amor que nunca podría permitirse.

Se quedó mirando a Laura, que estaba inconsciente, con la boca ensangrentada, hinchada y cosida con alambre de espino. Le acarició el rostro retirando un mechón de pelo rubio que la sangre había pegado a la comisura de sus carnosos labios. Se levantó de su regazo.

Tarde, para Ayshane ya era demasiado tarde. Ya había muerto. No quedaba vida en su interior. Ya no.

Cogió la maquinilla con las manos manchadas de la sangre de una mujer que tenía que haber pensado muy bien su decisión antes de pertenecer a aquel mundo. Le rapó el pelo y las cejas. Guardó la maquinilla en la pequeña maleta sin pararse a limpiar los restos de pelo pegado a la sangre de la cuchilla y el mango. Cogió el bisturí y, tomándose su tiempo, dibujó una mamba negra en la frente de la joven. Con cuidado. Intentando no desgarrarle demasiado la piel. Clavando con firmeza el metal en la carne de manera profunda para que cuando cicatrizara se quedara marcado de por vida, legible.

Cualquiera que la viera sabría que había sido castigada por ella. Laura era una chivata, no era de fiar y tenía una deuda pendiente con Ayshane Ivanova.

Se levantó, atravesó el salón y se acercó a la pila que había al otro lado de la barra americana de la cocina. Limpió el bisturí. Tras ello, se lavó las manos. Volvió junto al sofá. Sacó un móvil del bolsillo lateral de su chaqueta y marcó el teléfono de su padre.

—Necesito un equipo de limpieza y un furgón para el traslado de la agente —le dijo en su idioma natal mirando a la joven, aún sedada y con el cuello vencido hacia atrás, como una muñeca de trapo—. Pagará su deuda en uno de los clubs. —Se acercó a la pequeña maleta, tomó unas gasas y le limpió con cuidado las heridas de los labios y la frente—. La quiero fuera del país. No quiero tener que volver a verla —siseó entre dientes.

Colgó sin esperar respuesta. Volvió a la cocina y tiró las gasas en la papelera que había en un armario bajo la pila. Fue al baño que había a mitad del pasillo y buscó un botiquín que no tardó en encontrar en el mueble del lavabo. Regresó al salón y curó las heridas de la agente. Cortó las hemorragias con un espray que llevaba en la insignificante maleta y que tardaría poco en hacerle efecto. Lo recogió todo. Se puso la chaqueta y salió del piso maleta en mano.

Alzó la vista hacia las escaleras del rellano cuando estaba entornando la puerta al sentir su presencia. Erick estaba sentado con la cabeza gacha, los hombros caídos y las manos entrelazadas. Apoyado con los codos sobre sus rodillas y la mirada perdida en algún punto del moteado suelo de mármol. Hipnotizado.

—Te dije que te marcharas.

Lo que menos le apetecía era tener que lidiar con él en ese momento. Tenía la absurda esperanza de no tener que volver a hacerlo, pero Erick era un buen hombre. Un apuesto príncipe que quizá pensó que podría salvarla, liberarla de las garras envenenadas de aquel mundo del que él ahora formaba parte. Pero su alma ya había sido condenada, marcada desde que nació. Sus sentimientos acabaron con ella hacía años. En algún momento debía enfrentarse a la realidad. Tarde o temprano iba a tener que plantarle cara y comprendió que aquel momento podía ser tan bueno como cualquier otro.

—¿Qué has hecho? —Erick miró a la lugarteniente de medio lado sin llegar a alzar la vista del todo hacia ella.

—Te lo advertí. Te dije que no vinieras, que no me obligaras a mostrarte a una Ayshane para la que no estabas preparado —le respondió en tono neutro, carente de vida.

Erick se levantó y se acercó a ella. La lugarteniente alzó la cabeza. No podía seguir ocultándose. No iba a esconderse ante él ni ante

nadie. Llevaba demasiados años viviendo como un fantasma, entre las sombras. Huyendo de sí misma. Ocultándose del mundo. Había llegado la hora de liberar al dragón, ese que su madre decía que vivía en su interior. Ella la obligó a derrotarlo y mantenerlo cautivo entre las fauces de una mamba negra que había intentado adueñarse de un territorio que no le pertenecía. Había llegado la hora de acabar con la serpiente y dejar que un reptil más poderoso tomara el control de su ser si quería salvar a Dima, dar caza a Elenka y a Adrik, darles una segunda oportunidad a su padre y a los tres agentes.

—¿Quieres saber que le he hecho a tu muñequita? —Dio un golpecito con el talón a la puerta del piso—. Entra y compruébalo por ti mismo, campeón.

Se hizo a un lado y se marchó en dirección al ascensor sin alzar la vista hacia el aterrador cuadro. Los primeros rayos de sol entraban por la ventana que había tras la mesa del comedor e iluminaban a Laura como la silueta de una deidad. Erick no podía dejar de contemplarla desde el rellano. Una imagen que minaba cualquier tipo de esperanza y abría un abismo aún mayor que el que ya de por sí los separaba.

Ayshane pulsó el botón de bajada. Se apoyó sobre la pared acristalada del ascensor y ahogó un sollozo cuando las puertas se cerraron. Se llevó la mano al pecho y cogió una desesperada bocanada de aire. Sentía que se ahogaba. Cerró los ojos y empezó a expirar e inspirar de manera pausada, intentando controlar la respiración. Salió del ascensor como quien intenta escapar de una trampa mortal. Agachó la cabeza. Cruzó el umbral del portal y dejó que la fresca mañana templara las irrefrenables ganas que tenía de correr, de huir para no volver. Para no enfrentarse de nuevo al único hombre cuyo amor minaba sus ansias de venganza. Luchaba contra el ardiente deseo de dejarse llevar por la bestia que alzaba las alas, escupía fuego y atacaba sin piedad a la serpiente.

Miró de reojo la garita del conserje, aún estaba vacía. Comprobó la hora en su Bvlgari de oro blanco. Eran casi las ocho de la mañana. El conserje no tardaría en incorporarse a su puesto. Salió decidida a la calle con intención de coger un taxi, como si fuera una vecina más de aquel bloque de pisos en alquiler.

Un coche negro con todas las lunas tintadas estaba aparcado en la acera de enfrente. De él se bajó Alice, que esperaba junto a Jason, y cruzó la calle hasta donde se encontraba la lugarteniente.

—¿Dónde está Erick? —Miró hacia la puerta del edificio por encima del hombro de Ayshane.

—Supongo que arrepintiéndose de haber reclamado en un calentón a una mujer que no puede ofrecer más que sangre, dolor y sufrimiento —le dijo, mirando hacia el final de la avenida.

A lo lejos vio la luz verde de un taxi. Levantó el brazo y esperó a

que llegara hasta ellas. Alice le sujetó la muñeca en un vago intento por retenerla.

—¿Adónde vas?

«Lejos de él, de ti, de Jason, de todo lo bueno que me rodea para que no se pudra».

—Dima no es mucho mejor que yo, Alice. —Abrió la puerta del taxi. Alice la soltó y dio un paso hacia atrás entre la sorpresa y el temor, como si la lugarteniente acabara de darle un bofetón que no se esperaba. Ayshane sonrió sin ganas. Jamás le haría daño a Alice, a Jason ni a Erick, pero era consciente de que nunca sería capaz de iluminar la sombra de la duda con tanta fuerza como para hacerla desaparecer—. Durante un momento creí ver la sed de venganza en tus ojos. —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza—. Lástima. Solo espero que lo pienses muy bien antes de entregarte a mi hermano. Ten en cuenta todo lo que significa, y recuerda: los Ivanov somos inhumanos. Monstruos sin alma que arrasan con todo a su paso sin importarnos quiénes caigan en nuestras redes, porque para nosotros la muerte no es más que un juego de niños. —Se metió en el taxi—. Volved al búnker, aquí ya no hay nada que hacer.

Ayshane cerró la puerta del vehículo. El conductor arrancó.

—¿Adónde la llevo?

«Al fin del mundo», pensó. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se acomodó en el asiento.

Erick la miró y sonrió con lascivia. Introdujo una mano bajo la camisa negra acartonada por la sangre de la lugarteniente. Acarició su sexo con la delicadeza de la que carecían sus besos. Ascendió por el encaje de la ropa interior que cubría su cadera. Lo rompió con maestría, con un único movimiento cruzado de sus experimentados dedos. Ayshane se mordió el labio inferior dejando que los dientes marcaran sus voluptuosos labios. Erick agarró con suavidad su nuca mientras con la otra mano acariciaba el húmedo calor que se desprendía entre las piernas de la Mamba Negra. Atrapó el labio inferior de Ayshane. Lo lamió con necesidad. Lo mordisqueó con suavidad mientras se acariciaba su exuberante falo.

La lugarteniente ahogó un gemido cuando Erick rozó con el glande la humedad de su sexo. Echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos con la respiración acelerada, entrecortada. El pulso denotaba una imperiosa exigencia en la piel de su yugular. Saboreó la intimidad del momento que le ofrecía sentir cómo, poco a poco, Erick se introducía en ella.

—Ayshane, mírame —le ordenó con voz ronca, empalado por completo en su cuerpo.

Obedeció. Ladeó la cabeza y sonrió con lujuria. Le encantaba que Erick le diera órdenes. Que perdiese el control. Que se dejase llevar.

—¿Quieres saber por qué me perteneces? —le preguntó sin dejar de

torturarla con el suave movimiento de sus caderas.

La lugarteniente enarcó una ceja. De entre sus labios se escapó un placentero jadeo.

—Porque te entregaste a mí por voluntad propia —gruñó, incrementando la rudeza de sus embestidas.

Ayshane se arqueó sobre la pared. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Mírame. —Enfatizó la orden mientras le mordía el pezón por encima de la camisa negra.

Los abrió. Jadeó, regocijándose en el calor que se concentraba en su bajo vientre.

—Buena chica. —Sonrió y la envistió con brusquedad. Descontrolado.

Ayshane arqueó una ceja. Quiso responder, pero Erick la besó moviéndose famélico en su interior. Ahogó un gemido sobre su boca. Agarró con fuerza el pelo de la nuca del inspector y tiró de él.

—Cuidadito, Erick. —Gimió—. Un par de polvos no te dan derecho a tratarme como a esas niñatas con las que pasabas las noches —imitó como el silbido de una serpiente.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Calor. Sentía mucho calor. Brasas en la parte baja de su vientre.

—Maldita sea, mírame. —Erick cesó sus embestidas.

Sujetó su barbilla. Ayshane abrió los ojos, contrariada, y miró a Erick a través de sus pestañas. El inspector sonrió de medio lado. Soltó su mentón y acarició su cuerpo en descenso al abrasador infierno de la lujuria.

—Tienes razón. —Pellizcó su clítoris—. Eres la Mamba Negra.

Ayshane jadeó. Se mordió el labio inferior con fuerza, perdida en los ojos de Erick, en las profundidades del verde amazónico iluminado por los rayos del sol.

—Mi Mamba Negra —recalcó sazonando un reguero de besos por la yugular de la lugarteniente—. Reconócelo —le ordenó al reanudar sus embestidas.

Ayshane dibujó un arco casi perfecto sobre la pared. Estaba muy cerca de perder el norte, de que las caricias de aquel hombre la hicieran perder el control de nuevo. Cerró los ojos y ahogó un gemido.

—Reconócelo. Ahora. —Pellizcó de nuevo el clítoris de Ayshane entre rudas embestidas.

La lugarteniente abrió los ojos. Escudriñó el rostro del agente, abocada al fracaso. Erick le ordenaba reconocer algo para lo que no estaba preparada, que era suya, cuando en realidad parecía suplicar con la mirada que lo hiciera.

Sonrió emocionada por el pesar. No podía entregarse por completo a aquel hombre si quería mantenerlo a su lado.

—Soy tuya, mi pequeña Krait —susurró sobre aquella boca que le ordenaba.

Lo besó con una fuerte presión en el pecho, con el impropio egoísmo que en ella parecía cada vez más habitual.

Erick ahogó un gemido casi animal que Ayshane se bebió sabiéndose una persona horrible. Incapaz de mostrarse al hombre al que amaba tal y como era en realidad. Lo abrazó, a sabiendas de que aquella podría ser la última vez que lo hiciera.

Fuego, calor, brasas arrasando su alma. Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y arañó la espalda del inspector.

—¡Erick!

Miró a través de la ventanilla del asiento trasero del taxi. «Eso era lo que querías». Dejó escapar el aire que, sin ser consciente, había retenido en los pulmones mientras recordaba. La última vez que había sentido el amor incondicional de un hombre que no merecía fue aquella misma noche, en la habitación que habían compartido hasta aquel día en el búnker. Ahora lo pensaba en ello con la mirada perdida en los primeros furgones de reparto que, aparcados en doble fila, abastecían a los comercios de la calle Alcalá. Consciente de que jamás volvería a repetirse. Asumiendo su derrota.

Erick bajó las escaleras a toda prisa, atravesó el portal, salió al patio comunitario y a la calle y vio a Alice mirando hacia el final de la avenida.

—¿Dónde está?

—Se ha marchado —le dijo con la vista fija en el punto blanco que llevaba a la lugarteniente—. Ha cogido un taxi y se ha ido.

—¿Adónde? —Cogió a su compañera por el brazo y la giró hacia él agarrándola por encima del codo—. ¿Adónde ha ido? —La zarandeó.

—No lo sé. —Alice hizo un ademán y se soltó—. ¿Qué ha pasado ahí arriba? ¿Qué demonios le has hecho?

Jason hizo un cambio de sentido prohibido, se saltó los cuatro carriles y detuvo el coche junto a sus compañeros.

—Subid. Ha llamado Ivanov.

Alice se sentó en el asiento trasero y Erick en el lado del copiloto.

—¿Qué ocurre? —preguntó abrochándose el cinturón.

—Tan solo quiere que nos alejemos del lugar antes de que venga el equipo de limpieza. Alice, ¿adónde ha ido Ayshane? —Miró por el retrovisor a su compañera.

—Pregúntaselo al picha alegre este. ¡Maldita sea, Erick! —Dio un golpe seco sobre el respaldo del asiento del copiloto—. ¿En qué demonios estabas pensando cuando te declaraste a Ayshane?

—¿Tú cómo sabes...? Yo no... —Negó con la cabeza—. ¿Quién me lo pregunta? ¿Mi compañera, mi amiga o la mujer que se supone más inteligente que nosotros dos juntos y bebe los vientos por un Víbora

que la ningunea y se burla de ella?

—No metas....

—¡Callaos! —les gritó Jason pisando el freno de golpe aprovechando un semáforo que acababa de ponerse en rojo.

Alice se escurrió en el cuero del asiento y se golpeó contra el respaldo de Erick.

—Alice, ponte el cinturón —le ordenó observándola por el retrovisor—. Y tú no pagues con ella tus inseguridades. —Buscó a Erick—. ¿Qué demonios os pasa?

—Lo que ocurre es que parece haberse dado cuenta de que la ha metido en una madriguera más peligrosa de lo que pensaba —le respondió Alice de mala gana mientras se abrochaba el cinturón.

—Alice...

—¡¿Qué?! —Encaró a Erick a través del retrovisor.

—No hables de Ayshane como si fuera el polvo de una noche, ¡maldita sea! —le dijo con la mandíbula apretada.

—Entonces, ¿qué es, Erick? Porque se ha marchado vete tú a saber dónde, asumiendo que para ti no ha sido más que un error.

—¿Eso te ha dicho? —Dejó de mirar por el retrovisor a su compañera—. Ayshane no es... —Agachó la cabeza con la mirada perdida en la alfombrilla negra del coche.

—Ayshane es la Mamba Negra. Lo sabías cuando salimos de la nave. Sabías quién era cuando fuimos a La mansión. Te lo dijo. Lo reconoció. En ningún momento nos lo ocultó. Mató a nuestro comisario y ahora... ¡Por el amor de Dios! ¿Qué esperabas que hiciera?

—¿Estás defendiéndola? —Jason miró a su compañera a través del retrovisor con una ceja arqueada. Puso el intermitente y detuvo el vehículo en el semáforo de una rotonda.

—No, no es eso. —Echó la cabeza hacia atrás, se acomodó en el asiento y suspiró—. Es solo que... cuando decidimos colaborar con ella parecía que todos teníamos claro a qué nos enfrentábamos y dónde estábamos metiéndonos.

—Esa no era Ayshane. —Erick se quedó mirando el chapoteo de los chorros de la fuente de la rotonda.

—No te engañes. Solo hay una Ayshane. —Jason aceleró.

—Le ha cosido la boca con alambre de espino. Le ha rapado el pelo, las cejas y ha grabado una serpiente, vete tú a saber con qué, en la frente de Laura. Supongo que una mamba negra.

Alice hizo un mohín de asco con la boca y alzó la cabeza.

—Se lo merecía. Aunque me alegro de no haber estado para verlo.

Jason y Erick la miraron incrédulos a través del espejo retrovisor.

—¡¿Qué?! —cuestionó Alice—. ¿Acaso pensáis que merecía morir sin un castigo? ¿Qué pasa con las mujeres a las que ha ayudado a esclavizar? ¿Pensáis que sus familias se merecen que Laura descanse

en paz? Esas mujeres no volverán a ser las mismas. Puede que algunas ni siquiera vuelvan a ver a sus padres o a abrazar a sus hijos. No la defiendo, pero tampoco lo juzgo. No puedo recriminarle que haya intentado enviarle un mensaje a todos aquellos que la justicia deja libres por el simple hecho de tener dinero, poder y contactos.

—Tú no has escuchado sus gritos —musitó Erick.

—Tienes razón. Pero he mirado a los ojos a las pocas mujeres que hemos podido salvar de un castigo que no se merecían. He visto cómo temblaban, cómo suplicaban que ninguno de vosotros, que ningún hombre se acercara a ellas.

—¿La ha matado? —le preguntó Jason tras un breve silencio a la vez que tomaba la salida de la M30 en dirección al búnker.

—No. —Negó con la cabeza y suspiró—. Estaba inconsciente cuando he entrado, aunque había una jeringuilla sobre la mesa. Creo que... le ha curado las heridas... —Suspiró, se llevó las manos a la cara y se frotó—. No lo sé, había demasiada sangre.

—Erick —Alice se desabrochó el cinturón, se incorporó en el asiento y apretó el hombro de su amigo—, si estaba inconsciente y había una jeringuilla lo más probable es que le haya suministrado algún tipo de sedante.

Erick agarró la mano de su compañera y le dio un cariñoso apretón.

—¿Respiraba? —le preguntó Jason cogiendo la salida del puente de Ventas antes de detenerse en un semáforo.

—Sí.

—Entonces estaba sedada. —Alice le dio un par de palmaditas en el hombro y volvió a sentarse y abrocharse el cinturón—. No era veneno. Tranquilo.

—Puede que no sea tan cruel como dicen —opinó Jason.

Comenzó a callejear por el barrio en el que se encontraba el garaje subterráneo con entrada a pie de calle que los llevaría hasta el búnker, hasta la zona de seguridad que Eduard Ivanov había rehabilitado para su hija y que ahora también ocupaban ellos.

—Ayshane no es cruel. —Alice se recostó sobre el asiento, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Tan solo es una mujer peligrosa, dolida y desesperada por encontrar a su hermano.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Erick esperanzado, mirando a su compañera a través del retrovisor.

—Porque estoy segura de que le ha ahorrado el sufrimiento que se merecía. —Alzó la cabeza. La mirada de Alice se cruzó con la de sus compañeros—. Puede que yo no sea una experta en perfiles como Jason, pero he hecho algo que muchos ni se han cuestionado: intentar conocerla. La he observado, la he escuchado y no es muy diferente a ninguno de nosotros. —Suspiró—. Si la quieres, acepta quién es. Todos le temen a la Mamba Negra, pero Ayshane no nos haría daño.

—Volvió a recostar la cabeza sobre el reposacabezas del asiento y cerró los ojos—. No cometas el mismo error que el resto, Erick, o la perderás. Sé bien de lo que hablo.

Capítulo 4

Ayshane llegó a La mansión a primera hora de la mañana. Ekaterina le abrió la puerta de servicio con esa inigualable sonrisa que conseguía iluminar la noche más oscura, pero para ella fue imposible regalarle ni siquiera la sombra de una mueca de felicidad.

Entró en silencio, cabizbaja y con los ojos empañados en un velo de lágrimas contenidas a punto de desbordarse. Rina la guio por el pasillo y las escaleras, a esas horas desiertas, agarrándola por la cintura y dejando que apoyara la cabeza sobre su hombro.

Entraron a la habitación que la Madame tenía en la primera planta, casi a mitad del pasillo que unía los dos chalés. Ambos contaban con dos pisos y un sótano. Cuadrados y de trescientos metros, albergaban las habitaciones de las jóvenes que *motu proprio* trabajaban para su amiga, el salón de festejos, la sala de reuniones y las mazmorras donde, de manera consensuada y por una cuantiosa cuota mensual, podía hacerse realidad cualquier fantasía.

Ekaterina llevó a la joven hasta la cama *Queen Size* de su habitación y la instó a que se sentara sobre el amasijo de sábanas de seda color violeta. Se quitó la bata de encaje negro que poco dejaba a la imaginación y la depositó sobre una silla blanca con delicados alabastros dorados grabados en el respaldo. Después se dirigió al tocador blanco con tiradores de oro de la pared que había frente a la cama, al lado de la puerta del baño. Cogió un cepillo y volvió junto a la lugarteniente. Se sentó a su lado, de rodillas sobre el colchón, y cruzó ambas manos sobre las faldas del ajustado camisón. Era negro y corto, y sus transparencias dejaban a la vista los exuberantes pechos y el tanga opaco.

—¿Habéis encontrado a Dima?

Ella negó con la cabeza y la miró. Rina iba desmaquillada, con su media melena lisa y de color platino recogida en un desenfadado moño. A sus casi cincuenta años, su tez no mostraba ninguna arruga, pero aquella mañana parecía cansada, ojerosa, preocupada. Aunque con su sonrisa intentase aparentar lo contrario, sus ojos azul intenso, casi eléctricos, carecían de esa chispa que volvía locos a los hombres, pero cuyas caricias, Ayshane lo sabía, guardaba solo para Sergei, el

único hombre de confianza que le quedaba a su padre y que la propia Ayshane había estado a punto de ejecutar hacía menos de veinticuatro horas por un error, por rabia, por desesperación. Pero Sergei parecía no habérselo tenido en cuenta. Tampoco parecía preocuparle a Ekaterina, a quien ella consideraba como una madre, pues estaba segura de que sabría que había estado a punto de ejecutar a su hombre, como ella lo llamaba.

No había secretos entre ambos. La Madame aceptaba a Sergei sin prejuicios, por completo, aun sabiendo que era un hombre condenado a vivir entre las sombras, que podía matar, torturar y deshacerse de un cuerpo para que nadie lo encontrara. De la misma manera que él aceptaba que su mujer, como se refería a Ekaterina cuando hablaba de ella, regentara una mansión del placer, como a Rina le gustaba definir el negocio que en innumerables ocasiones le había servido de tapadera a su padre, y que la Madame, sin reparo, siempre había ofrecido al servicio de los Ivanov.

Ekaterina suspiró. Miró a Ayshane como si no supiera qué hacer o qué decir. Deshizo con cariño la trenza de espiga en la que la lugarteniente llevaba recogida su larga y lisa melena azabache y comenzó a cepillarle el cabello.

—¿Se sabe algo de Irina? —Ayshane se desabrochó la chaqueta de piel negra.

Rina dejó de peinarla. Le quitó la prenda y se levantó de la cama para soltar el cepillo sobre la mesilla blanca que había entre la cama y la silla donde descansaba su descarada bata.

—No. Sergei me llamó a las cinco de la mañana para contarme lo sucedido y para avisarme de que no vendría a desayunar. —Sonrió sin ganas—. Creo que iba a Guadalajara, a las afueras, a un prostíbulo frecuentado por camioneros que trabajan para Adrik.

—Rina, yo... —Agachó la cabeza, avergonzada.

Necesitaba disculparse con ella. Eran demasiados frentes abiertos. Tenían que acabar con Adrik, deshacerse de los sucios negocios de proxenetismo y pederastia en los que se cimentaban los pilares de su poder y su fortuna.

Dima había desaparecido. Había sido secuestrado. Estaba en manos de Elenka y, tras su reunión con Laura, la agente que su hermanastra tenía como topo en la brigada, sabían que podía estar en manos de la familia Pávlov, una *bratva* rival conocida como el Clan del Escorpión y a la que, por algún motivo que se le escapaba, su hermanastra parecía haberse unido.

Ayshane había avisado a su padre: existía la posibilidad de que Elenka hubiera firmado algún tipo de acuerdo con los Pávlov y, además, había perdido a uno de sus mejores informantes. Tal vez Laura hubiese decidido por su cuenta y riesgo cambiar de *bratva,* pero,

entonces, ¿por qué Elenka había ido a por Dima?, ¿cómo era posible que ambas supieran que podía seguir con vida? Había algo más, pero ¿qué? ¿Por qué utilizar a la pequeña Irina?, ¿qué tenía que ver la hija de Vasiliev en todo aquello?, ¿por qué se la había entregado a su hermanastro?, ¿por qué se la había vendido a Adrik?, ¿por qué no matarla? Tenían que recuperar a Irina. No podían dejar a la hija de Vladimir en manos de Adrik.

Ayshane suspiró cansada, abrumada y sobrepasada por la situación. Se frotó la cara. Apoyó los codos sobre sus rodillas y miró a Ekaterina. Los problemas se le amontonaban por doquier. Había perdido ya demasiado y había renunciado a mucho más. No quería perderla a ella también. Ekaterina era una de las pocas personas que no temían acariciar a la cruel y despiadada serpiente que moraba en su interior. Rina nunca había temido alimentar la semilla del dragón que ahora, poco a poco, iba tomando fuerza y la acercaba cada vez más a la familia de su abuelo, a las raíces de la Yakuza japonesa a la que había pertenecido su madre, Saya, conocida como la Flecha del Dragón. El mayor orgullo de Taiyo, el Gran Dragón Negro, dueño y señor de la Yakuza japonesa en España.

—Rina, yo..., lo siento. Nunca pensé en matar a Sergei. Nunca quise... Yo...

Ekaterina la miró con dulzura. Se acercó a hasta ella, le alzó la barbilla con cariño y le peinó el flequillo desfilado hacia un lado con la mano libre.

—Lo sé. —Sonrió—. No eres ningún monstruo. —Acunó la cara de la lugarteniente entre sus manos—. Eres consciente de a quién estás ejecutando cuando aprietas el gatillo, a quién castigas y por qué.

Ayshane se removió incómoda. Agachó la mirada y se levantó de la cama.

—Yo no estaría tan segura.

Ekaterina sonrió, ladeó la cabeza y le tendió una mano.

—Ven. Te vendrá de maravilla un baño.

Ayshane miró la mano que la Madame le tendía y alzó la vista hacia los eléctricos ojos de su amiga. Ekaterina siempre había intentado ayudarla todo lo que la lugarteniente le había permitido, y aquel era uno de esos días en los que necesitaba su ayuda, su consejo y su cariño, aun sabiendo que no lo merecía.

—Será mejor que...

—Te desnudes y me acompañes al baño. —Inspiró y alzó la cabeza con seguridad—. No me das ningún miedo, Ayshane Ivanova. Te conozco desde que eras un bebé. Sé cuándo mientes porque tus ojos no pueden hacerlo. Sé cuándo el sufrimiento te ahoga y amenaza con convertirte en aquello que más odias porque el brillo de tu mirada cambia, y sé... cuándo intentas protegerme de ti misma.

La lugarteniente la miró un segundo antes de aferrarse a la mano que la Madame le ofrecía y dejara que la condujera hasta el baño de la habitación.

Ekaterina abrió los dos grifos de la gran bañera de hidromasaje y echó unas sales en el agua que pronto lo inundaron todo de un agradable aroma a miel. Ayshane le entregó su ropa. Su amiga salió para dejarla sobre la silla que había al lado de la puerta, junto al tocador. Aprovechó el escaso momento en soledad para escudriñar su cuerpo. A través del vaho que acariciaba y envolvía su suave y pálida piel, se veía en el gran espejo que cubría la pared que había frente a la bañera. Se llevó la mano al vientre, por encima de su ombligo, y acarició con la yema de los dedos el tatuaje del dragón enroscado en una flecha que le llegaba hasta el final de sus turgentes pechos. El símbolo que la ataba a la Yakuza. Aquel que representaba a su madre y le decía quién era y de dónde venía. Se llevó la mano al costado izquierdo y acarició el tatuaje de mandala en forma de Mamba Negra que, con cariño, Dima le había dibujado cuando era tan solo una adolescente ascendida en la *bratva* Ivanov, la organización de su padre, Eduard Ivanov, el cabecilla del Clan de las Serpientes, el temido Anaconda Ivanov.

Miró a Ekaterina por encima de su hombro desnudo. La Madame se acercó a la bañera. Cerró los grifos. Le tendió una mano y la ayudó a que entrara en el agua. Se recostó en la bañera y miró a su amiga que, esponja en mano, parecía dispuesta a bañarla.

—Rina, no es necesario que...

—¿No es necesario? ¿Te resulta incómodo o extraño? —Arqueó una ceja y sumergió la esponja en el agua.

—No es necesario. Me resulta violento, pero no, no me resulta extraño. —Sonrió sin ganas—. No eres una dominatrix las veinticuatro horas del día. —Jugueteó con la espuma en la que se habían convertido las sales.

La lugarteniente sabía que bajo el cuero, las fustas, la altanería y la seguridad de su amiga había una dulce y piadosa mujer. Cariñosa a más no poder, bondadosa, con una cegadora e incandescente luz. Entendía que Sergei no quisiera dejarla escapar, aferrándose, quizá, a lo único bueno que había en su vida.

—Es cierto. Es demasiado tedioso ser la dueña y señora de mis niñas, de los hombres y de las mujeres que acuden a mí en busca del placer que solo yo puedo proporcionarles. —Le pasó la esponja por los hombros. Ayshane se removió incómoda. Ekaterina la miró y sonrió—. Por eso cedo a los deseos de mi hombre. Busco la sumisión que necesita de mí y me rindo ante él como jamás haría ante cualquier otra persona. —Volvió a frotar con delicadeza los hombros de la joven —. Todos debemos ceder en algún momento de nuestra vida para no

volvernos locos, para encontrar...

—El equilibrio —terminó por ella en un suspiro, interrumpiéndola. Rina la observó, ensanchó sus labios y le peinó el flequillo desfilado hacia un lado, humedeciendo su frente con las gotas que caían de la punta de sus dedos—. No siempre se puede ceder. No cuando podrías poner en riesgo la vida de lo único bueno que te rodea. —Se llevó ambas rodillas al pecho y se abrazó las piernas—. No todos tenemos la posibilidad de rendirnos sin pagar un alto precio a cambio.

Apoyó la barbilla sobre sus rodillas y suspiró con la mirada perdida. La lugarteniente miró a su amiga por el rabillo del ojo cuando la llamó:

—Ash. Supongo que te refieres al inspector. —Dejó la esponja nadando a la deriva y le acarició la mejilla con la mano mojada—. Por eso estás aquí. ¿Qué ha ocurrido?

Una lágrima cayó recorriendo sus mejillas para perderse en el embalse aromático y templado en el que estaba sumergida.

—Hoy he castigado a una mujer. —Suspiró con la mirada perdida en el agujero que su lágrima había hecho en la espuma—. Uno de los confidentes de Elenka, una antigua compañera de los agentes. Una de las tantas mujeres con las que Erick se divertía.

—Entiendo. —Se levantó y se sentó al borde de la bañera.

—No. No lo entiendes, Rina. —Alzó la vista y la miró entre lágrimas—. No tengo claro por qué la he castigado. Solo sé que quería que sufriera. Y creo que he disfrutado.

Tras dejar el coche en el garaje subterráneo del interior del búnker, informar a Eduard de lo descubierto y ducharse, Erick se metió en el gimnasio que tenían a su disposición en la galería de esparcimiento de aquella inmensa zona de seguridad.

Corrió durante cuarenta y cinco minutos en la cinta y estuvo levantando pesas casi una hora. Estaba golpeando el saco que había colgado casi al final del gimnasio cuando entró el antiguo cabecilla del Clan de las Serpientes. Iba ataviado con un pantalón de chándal negro ajustado en los tobillos y a pecho descubierto sin sentir el más mínimo reparo en mostrar su tatuaje: la espléndida y realista anaconda que cubría por completo su torso y por la cual era conocido entre las organizaciones criminales de todo el mundo.

—¿Alguna novedad? —Erick dio una vuelta sobre sí mismo y soltó una patada en el saco.

—¿Sobre Irina, sobre Dima o sobre Ayshane?

Miró a Eduard. No pudo evitar fijarse en la cicatriz que ambos compartían y que afeaba la maravillosa obra de arte que la Anaconda Ivanov tenía tatuada sobre su pecho. Sujetó el saco rodeándolo con un brazo y se secó el sudor de la frente con el antebrazo de la mano que

tenía libre antes de servirse de él y detener el balanceo residual de la saca.

Ayshane había desaparecido. Se había marchado del piso de Laura sin decirle a nadie adónde iba. Alice había intentado contactar con ella varias veces a través del móvil desde la sala de operaciones del búnker. Jason y ella cotejaban la información que Eduard les había facilitado en base a las instrucciones que Ayshane le había dado antes de apagar el teléfono.

El antiguo cabecilla del Clan de las Serpientes se dirigió al banco de pesas. Colocó dos roscos de acero de veinticinco kilos a cada lado. Se tumbó y empezó a levantarlas sin demasiado esfuerzo.

A sus cincuenta y ocho años, Eduard Ivanov mantenía el cuerpo de un hombre de treinta. Tenía el pelo canoso peinado hacia atrás y la tez curtida por los años y la vida, pero cuando vestía con sus habituales y caros trajes de alta costura podría pasar por un hombre de cuarenta y pocos.

Erick se acercó al banco de madera que había frente al saco de boxeo. Alcanzó una toalla mullida y negra y comenzó a secarse el sudor de los brazos y el cuello. Tras una serie de veinticinco, Eduard se incorporó y lo contempló con las manos apoyadas en sus rodillas.

—Poco después que ustedes, Sergei salió esta madrugada hacia un local de mi hijo que es frecuentado por camioneros y contrabandistas de poca monta que trabajan para él.

—¿Ha ido solo? —Se acercó hasta él, colocándose la toalla sobre los hombros.

Eduard enarcó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Advierto preocupación en sus palabras, inspector? —le preguntó divertido—. Sergei es un lobo solitario —le dijo sin darle tiempo a contestar. Volvió a recostarse sobre el banco de pesas y agarró la barra —. Sus compañeros siguen trabajando sobre la información que Ayshane nos ha hecho llegar esta mañana. —Comenzó a levantar las pesas—. Sabemos lo mismo que hace doce horas: Laura trabaja para Elenka, y estamos seguros de que se ha unido a los Pávlov —le comentó entre gruñidos de esfuerzo—, pero debemos identificar el tipo de escorpión que su antigua compañera lleva tatuado en la planta del pie. —Dejó la barra en el banco tras otra serie y se incorporó—. La familia Pávlov no es muy extensa, pero tiene dos vertientes muy marcadas y debemos saber a cuál de ella nos enfrentamos. No nos conviene comenzar una guerra con todo el clan.

—Creí que ya eran clanes rivales.

—Lo fuimos. Probablemente para Adrik sigan siéndolo. Pero para los hermanos Pávlov yo estoy muerto. Y es absurdo tener a un muerto como rival, ¿no cree, inspector?

Alice entró en ese momento en el gimnasio con un móvil en la

mano. Miró a Erick con pesar y le entregó el teléfono a Eduard.

—Es Ekaterina. Quiere hablar con usted.

Eduard mantuvo una escueta conversación con la Madame en la que se limitó a responder con monosílabos en ruso. Miró a los agentes. Se despidió de Rina. Colgó y le entregó el teléfono a Alice.

—Sergei acaba de llegar a La mansión. —Centró su atención en Erick—. Ayshane está allí. Rina quiere que vaya para allá. Solo. —Miró esta vez a su compañera.

—Yo... volveré junto a Jason a la sala de ordenadores. —Le dio un par de golpecitos en el hombro a su amigo—. Suerte.

Erick se quedó mirando cómo se alejaba Alice antes de volver la vista hacia Eduard, que lo escudriñaba con ese imperturbable semblante de hombre sabedor de su poder y de la información que maneja.

—No sé lo que ha ocurrido ni tengo la más mínima intención de averiguarlo. —Se levantó del banco de pesas y se secó con la toalla que había dejado en el suelo—. Pero es la primera vez que mi hija huye de esa manera. No sé qué le ha hecho, inspector, pero no me gustaría estar en su pellejo. —Sonrió. Erick se envaró, nervioso. A Eduard se le escapó una risotada y ladeó la cabeza—. Tranquilo... —le puso una mano en el hombro—, si Ayshane no lo ha matado ya, es que no tiene intención de hacerlo. —Le dio un caluroso apretón antes de soltarlo.

—Yo no...

Eduard lo miró, sonrió y comenzó a tararear una canción mientras se secaba el sudor de la sien.

—¿Conoce la leyenda del Dragón Dorado?

Erick negó con la cabeza. La Anaconda volvió a tararear la misma canción sonriente, divertido.

—*Cuando la noche eclipse el sol*... —canturreó—. Mucha suerte, hijo. Va a necesitarla para lidiar con la bestia que acaba de liberar.

El antiguo cabecilla del Clan de las Serpientes se marchó tarareando una singular canción bajo la atenta mirada de Erick que, con aire preocupado, se sentó en el banco de pesas sin dejar de mirar hacia donde el padre de Ayshane se había marchado.

Capítulo 5

Desde la cristalera de la habitación que la Madame tenía en el sótano de La mansión, Ayshane miraba a la escuálida maraña de pelo castaño de no más de quince años que vestía como una vulgar prostituta. Llevaba una falda rosa flúor ajustada que apenas le cubría los glúteos y un sujetador negro con relleno. Estaba hecha un ovillo en una esquina de la habitación. Alejada de la puerta. Aterrada. La lugarteniente estaba segura de que la joven esperaba a su siguiente cliente.

Ayshane suspiró. Aquella adolescente había tenido mucha suerte. Puede que no estuviera en un lugar mucho mejor, pero estaba a salvo por el momento, aunque la pequeña todavía no fuera consciente de ello, aunque pensara que lo único que había hecho era cambiar de dueño.

Sergei y Ekaterina bajaron las escaleras de servicio y se colocaron a su lado mirando a la adolescente a través del cristal.

—¿Habéis encontrado a sus padres?

Lo normal era que fuera devuelta a su familia, como hacían siempre que acababan con uno de los negocios de sus hermanastros, como Sergei se había encargado de hacer con el resto durante años.

—Por lo que he podido averiguar, sus padres tenían una deuda con Adrik —dijo sin dejar de mirar a la joven a través del cristal—. Como no cumplieron con lo pactado, ordenó que los ejecutaran y que ella se hiciera cargo de la deuda trabajando en sus clubs.

—¿Cuántos años...?

—Doce. Tenía doce años cuando comenzó en el primer club.

«Hijo de perra». Apretó la mandíbula hasta hacer chasquear los dientes, masticando la rabia que el nudo de impotencia le impedía tragar. Era una niña. Hecha un tembloroso amasijo de huesos sin apenas carne y con el pelo enmarañado, nunca volvería a ser la misma.

—¿Qué vamos a hacer? —Ekaterina los miró a ambos—. Aquí no puede quedarse. No creo que después de pasar por lo que ha pasado...

Sergei rodeó la cintura de la Madame con un brazo, la atrajo hacia él y la besó en la sien.

Ayshane miró a la pareja por el rabillo del ojo. Eran tan diferentes como la noche y el día, pero, a la vez, se complementaban como dos piezas de un puzle.

—Intenta encontrar a algún familiar que pueda hacerse cargo de ella.

Lo mejor para la pequeña era que volviera con los suyos, que se alejara de aquel mundo y, con suerte, cariño y tiempo, cabía la posibilidad de que superase lo vivido. Se acercó a la puerta con intención de entrar en la habitación. Acarició el pomo. Dudó.

—Señorita. —La lugarteniente alzó la vista por encima de su hombro y miró a Sergei—. Esa joven compartió habitación con Irina.

Ayshane asintió.

—Ash, si quieres puedo hablar yo con ella. No es necesario que...

—Estoy bien.

Sabía que Rina tan solo quería protegerla de sus demonios.

Había avanzado mucho en los últimos meses. Dima la había ayudado durante años a permitir el contacto, el roce de otros hombres, pero fue Erick quien le hizo ver que era capaz de contener a sus fantasmas. Siempre que se acercaba a ella, siempre que la besaba, que la acariciaba, se aseguraba de que solo lo viera a él. Pero una cosa era saber que sus propios miedos podían salir libres y reforzados de un aparente confinamiento, y otra muy distinta verlos reflejados en alguien que podría haber pasado por lo mismo, e incluso por algo peor. Dima no estaba, y con Erick... Agarró el pomo de la puerta con fuerza.

—Ash, cariño... —Ekaterina puso una mano sobre su rígido antebrazo.

Ayshane la miró. Soltó el pomo y acarició el dorso de la mano de la Madame.

—Estoy bien, Rina.

El timbre de La mansión sonó. Los tres miraron hacia lo alto de la escalera. Se escuchó el taconeo sobre la madera del suelo de una de las chicas que trabajaban para su amiga en el piso de arriba, en dirección hacia la puerta principal.

—Será mejor que suba.

Ayshane observó a Ekaterina extrañada. Le parecía inusual que la dejara en un momento así, pero no dijo nada. La mansión seguía funcionando y debían aparentar normalidad. Nadie podía saber que aquella joven y asustada maraña de pelo castaño estaba allí, nadie podía saber lo que ocurría en realidad de puertas para dentro en aquel edificio.

Erick estaba sentado en un banco acolchado con suaves y mullidos cojines de piel de melocotón en el vestíbulo de la entrada de La

mansión cuando Ekaterina apareció por la puerta que había al final del pasillo. La Madame cerró tras de sí y se acercó al agente con su sensual e insinuante movimiento de caderas, una perfecta e inmaculada sonrisa picarona, muy a juego con los pantalones de cuero rojos, las botas negras que le llegaban hasta el comienzo de sus muslos y el corsé negro con hebillas plateadas que recogían sus voluptuosas curvas.

—Querido. —Sonrió cuando llegó a su altura. Erick se levantó. La Madame acunó la cara del agente entre sus manos y le dio un casto beso en los labios—. Me alegra que hayas venido. —Sonrió juguetona y le guiñó un ojo.

—¿Cómo está? —Carraspeó incómodo.

—Yo bien, aunque supongo que preguntas por mi pequeña.

—¿Puedo verla?

—¿Quieres verla?

Tal y como ella pensaba, cuando la adolescente la vio entrar en la habitación se preparó para recibirla como en el inmundo burdel en el que se había visto recluida y obligada a prostituirse. Se acercó temblorosa hasta la lugarteniente y se puso de rodillas frente a ella. Sin mirarla a los ojos y con sus huesudas y frágiles manos, agarró el botón del vaquero negro que llevaba. Ayshane cogió ambas manos con delicadeza. La niña se detuvo de inmediato. Empezaron a castañearle los dientes. Su respiración se aceleró nerviosa, temerosa, quizá esperando una paliza.

La lugarteniente conocía muy bien los gustos de su hermanastro. Adrik le ofrecía a sus clientes aquello que más le gustaba, y no era solo sexo, por lo que no le extrañó la reacción de la muchacha.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con el corazón en un puño.

La habían secuestrado siendo tan solo una niña y era la viva imagen del pavor, de los horrores de su propio pasado. Le soltó las manos y se arrodilló frente a ella con la esperanza de hacerla reaccionar. No quería que la viera como su nueva carcelera, sino como una mujer dispuesta a ayudarla, a vengarla y a socorrerla en aquel momento que bien sabía que necesitaba. Solo quería que viera en ella a una igual.

—No tienes nada que temer, yo no...

Alzó una mano con la intención de acariciar la enredada mata de pelo castaño de la joven, pero dudó; quizá no quería que la tocaran. Cerró la mano en un puño. Durante un instante, comprendió a Dima. La ira, la frustración y la impotencia que en tantas ocasiones habían entrecortado la respiración de su hermano, ahora caían a plomo como una losa que la ahogaba en su propio veneno. En aquel preciso instante, Ayshane se prometió enterrar los demonios de su pasado

para que nunca volvieran a someter a aquellos que la querían, aunque se le fuera la vida en ello. A su alrededor había gente que la amaba sin condición alguna, sin peros, tal y como era, y nadie, ni siquiera ella misma, tenía derecho a someterlos al vacío emocional al que los había obligado durante años.

Se llevó la mano cerrada en un puño al pecho. Podía sentir su sangrante corazón golpeando con fuerza las paredes que lo mantenían en su lugar e impedían que huyera de la presión que desde hacía unas horas se había instalado a su alrededor. Sentía un desgarro en cada latido.

Miró hacia la cristalera opaca que tenía a su derecha y tras la que se encontraba Sergei, y tal vez Ekaterina, que quizá habría vuelto a bajar al sótano después de atender al cliente que había llegado a La mansión minutos antes de que ella entrase en aquella habitación.

—¿Puede vernos? —le preguntó Erick, al otro lado de la cristalera.

—No, inspector —le respondió Sergei mirando a la lugarteniente.

—Esta mazmorra es la única que permite ver y escuchar lo que sucede en su interior —le dijo Ekaterina con la mano en un puño sobre su corazón, sin dejar de mirar a Ayshane y a la joven.

—¿Puede oírnos?

—No. El interfono está apagado. Si lo encendemos escucharemos lo que la señorita Ayshane está diciéndole a la joven, pero ellas también podrían escucharnos a nosotros.

—¿Quién es? —se interesó Erick.

—No lo sabemos. Lo único que puedo decirle es que es una víctima más de Adrik. La encontré en un pequeño club de carretera, junto a otras cuatro niñas.

—¿Las otras niñas también están aquí?

—No. Esas niñas tenían familia. —Sergei miró a Erick—. Se las devolví a sus padres.

—¿A sus padres? ¿No habría sido mejor denunciarlo?

—Esa decisión no me compete a mí, inspector. Deben ser los padres quienes, en función del peligro o lo endeudados que estén con Adrik, decidan si denunciar los hechos ante la policía o dejarlo estar, huir y rezar para que la Cobra Real no los encuentre.

—Pero...

—Solo los padres de esas criaturas saben a cuánto asciende su deuda y en qué términos se cancelaría. Adrik no les perdonará ni un solo euro. Por desgracia, hasta que no acabemos con ese mal nacido, esas niñas seguirán en peligro, con o sin la protección de la policía.

Sergei se acercó a Ekaterina que, con las manos en el pecho, no podía dejar de mirar a su pequeña a través del cristal de espejo.

—No te preocupes, rubia. —La besó en la sien, agarrándola por la

cintura—. Es más fuerte de lo que pensamos.

La Madame lo miró y asintió angustiada antes de volver la vista hacia la cristalera.

—¿Te marchas? —le preguntó Erick a Sergei.

—Estaré arriba intentando localizar a Irina y a algún familiar vivo de la joven. —Hizo un gesto en dirección a la cristalera con la cabeza.

Erick miró a Ekaterina antes de volver a fijar la vista sobre la lugarteniente.

—¿Por qué me has llamado? —le preguntó él.

—Porque, como tantos otros, crees conocer a mi pequeña —susurró en un hilo de voz cargado de sentimiento—. Pero no tienes ni la más remota idea de cómo es. —Acarició el cristal con la yema de los dedos —. Sé lo que Ayshane le ha hecho a tu compañera. —Lo miró por el rabillo del ojo y suspiró—. Me lo ha contado, y puedo entender que te plantees si es correcto amar a una mujer como ella. Todo el mundo ve en Ayshane la cruel imagen de su abuelo, con el explosivo carácter de su padre y la fuerza de su madre. Pero solo los que la vimos nacer y morir en vida sabemos que Ayshane guarda en su interior algo que su madre intentó proteger hasta su último aliento, y por lo que su tía estuvo a punto de perder la vida. —Se acercó al dintel de la puerta.

—¿Su tía? ¿Aiko? —Frunció el ceño.

—Aiko no fue siempre la oveja negra de Taiyo, pero lo que vio el abuelo de Ayshane en la menor de sus dos hijas no le gustó.

—¿Qué es lo que vio?

—¿Conoces la leyenda del Dragón Dorado?

—¿Debería? Eres la segunda persona que me lo pregunta hoy.

Ekaterina sonrió de medio lado.

—Cuenta la leyenda que en la Segunda Dinastía nació un guerrero, un dragón divino temido incluso por la oscuridad, pues se decía que era capaz de cegar la luz del sol. Pero era tan solo un indefenso bebé. Huérfano y prisionero entre las fauces de una serpiente. Esta le permitió crecer adoctrinándolo, pero cada día le costaba más contener a ese dragón divino, a esa deidad que poco a poco iba haciéndose con el control del joven guerrero, hasta que, por fin, se dignó a aparecer.

»Al ver que el emperador, su padre, el hombre que lo había cuidado, dejaba morir a su pueblo; al ver cómo sometía a todos bajo su voluntad y cómo los castigaba, decidió emprender una guerra contra el hombre que lo había criado como a un hijo, pero al que tan solo veía como a la negra serpiente, el origen de todo mal. El joven guerrero se unió a las tropas que osaron enfrentarse al emperador. Liberó a su pueblo de las garras de su propio padre y desapareció hasta que, un día, en la entrada de la muralla que rodeaba el pueblo, bañado por los rayos del sol, apareció un dragón dorado que, como una estatua, protegió día y noche a ese pueblo al que liberó.

»Ayshane desciende de ese guerrero, inspector, y guarda en su interior un dragón, no una serpiente. Como su tía Aiko. Pero en vista de lo que Taiyo le hizo a la menor de sus hijas, Saya intentó anular el dragón enseñando a mi pequeña a ocultarlo bajo la serpiente hasta que llegara el momento en que tuviera que despertar, hasta que fuera capaz de controlarlo.

—¿Por qué? —cuestionó.

—Porque toda bestia teme el día en el que encuentre un ser capaz de deshacerse de ella, y para que eso ocurra, es necesario que el guerrero acaricie la oscuridad sin llegar a perderse. Eso fue lo que le ocurrió a Taiyo, el abuelo de Ayshane: que se perdió. —Ekaterina y Erick miraron a la lugarteniente tras el cristal que, de rodillas frente a la joven, acunaba sus manos—. No sabe que está aquí, pero quiero que la escuche, que la mire y se dé cuenta del error que está cometiendo al dejar escapar a una mujer como ella. —Pulsó el botón del interfono que había en el marco de la puerta.

Erick fue a protestar porque en ningún momento había hecho mención a eso, pero se calló de inmediato. La voz de Ayshane los envolvió al igual que sus palabras envolvían y acariciaban la confianza de la muchacha que, también de rodillas frente a ella, miraba a la lugarteniente entre lágrimas.

—Nadie volverá a obligarte a hacer algo que no quieras hacer —le dijo Ayshane.

—No quiero volver a ese lugar.

—Ese lugar ya no existe. El hombre que te liberó lo redujo a cenizas con todos los que había dentro.

—No. —La joven se soltó y se llevó las manos a la boca horrorizada —. Mis amigas, mis compañeras, ellas...

—Están a salvo. —Volvió a sujetarle las manos—. Están con su familia, con quien deberías estar tú.

—Yo no tengo familia. —Agachó la mirada—. Asesinaron a mis padres. Soy hija única y mis abuelos también están muertos.

—¿No tienes a nadie?

—Nadie me ha reclamado ni buscado en todos estos años, así que, no, no tengo a nadie. —Negó con la cabeza.

La joven comenzó a llorar desconsolada. Ayshane la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Se sentó en el suelo y la meció entre sus brazos.

—Chsss, tranquila. —Miró compungida la cristalera opaca sin saber muy bien qué hacer.

—Tengo miedo. No quiero que me encuentren. —Lloró contra su pecho—. Mi padre debía mucho dinero. No quiero que vuelvan a hacerme daño. Yo no...

—Chsss. Yo te protegeré —susurró y le besó la sien.

—No. No puedes. Nadie puede. Vendrán a por mí. —Entre forcejeos se escapó de los brazos protectores de Ayshane—. Ellos vendrán.

—Tranquila. —Intentó abrazar a la joven de nuevo.

—¡No! —Se arrastró por el suelo buscando la protección de la esquina de la habitación donde había estado esperando su destino, hecha un ovillo de piel y huesos semidesnudos.

Ayshane se deslizó tras ella. La sujetó por las muñecas y la envolvió de nuevo entre sus brazos.

—Escúchame. —Apretó a la joven contra su pecho, forzando un contacto al que la muchacha se resistía con ímpetu—. Tranquilízate y escúchame, por favor. No volverás a estar sola. Nadie se atreverá a ponerte un solo dedo encima.

—¡¿Por qué?! —Se deshizo de la lugarteniente—. ¡No te creo! —Se arrastró de nuevo por el suelo en dirección a la pared—. ¿Sabes la cantidad de hombres que me han prometido lo mismo que tú? ¿La cantidad de mujeres que han jurado que me protegerían? ¡¿A cambio de qué?!

—Nada. A cambio de nada. —Intentó alcanzarla de nuevo—. Ahora estás bajo mi protección.

—¡No me toques! —Se revolvió y un sollozo salió de su garganta.

—En cuanto se enteren de que estás bajo la protección de la Mamba Negra —alzó ambas manos al aire en señal de rendición—, nadie se atreverá a tocarte.

La joven detuvo su incesante retroceso en busca de la protección de la fría pared contemplando a Ayshane como si no diera crédito a sus palabras.

—¿Eres...? —Frunció el ceño—. ¿Tú eres la Mamba Negra?

La lugarteniente asintió.

—¿Me... conoces? ¿Has oído hablar de mí? —Aprovechó el bloqueo emocional de la joven para acercarse de nuevo a ella.

Asintió. Alzó una mano con intención de acariciar el rostro de Ayshane. Dudó una fracción de segundo hasta que se armó de valor y rozó el pómulo de la lugarteniente con la punta de sus finos dedos como si estuviera tocando a un ser celestial.

—Eres muy joven. —Ayshane no pudo evitar esbozar una sonrisa por sus palabras—. Escuché a una mujer rubia hablar de ti cuando llevaron a la última niña. —Se retiró una lágrima de los ojos y sorbió por la nariz—. Irina, así se llamaba. Decía que podías matar en una exhalación, que eras muy peligrosa.

—¿Irina te dijo eso?

—No. —Negó con la cabeza—. La mujer rubia se lo dijo a Julien, el dueño del local. Dijo que habías matado a tres de sus compañeros, a tres polis, pero yo no creo que esa mujer fuera policía. Llevó a Irina al local y se la entregó a Julien. ¿Qué clase de policía hace eso?

—¿Podrías reconocer a esa mujer si la vieras de nuevo?

La lugarteniente tenía una ligera sospecha de quién podía ser esa policía rubia que habría dejado a una niña en manos de Julien, un integrante de la organización de Adrik sin escrúpulos, encargado de la guarda, custodia y explotación de uno de sus clubs de carretera. Estaba casi segura de que esa mujer a la que se refería la joven era Laura, pero tendría que corroborarlo.

—Por supuesto. —Asintió.

—¿Sabes dónde está Irina? Tengo que encontrarla.

Negó con la cabeza.

—Se la llevaron una noche sin previo aviso. Decían que venías a por ella. Tenían miedo. Lo sé porque cuando se ponen nerviosos nos pegan. Nos pegaban —rectificó—, y a Irina le pegaron una paliza. Irina no quería ir. Intentó esconderse. —Suspiró—. Era muy pequeña. La más pequeña del club. Yo quería ayudarla. Me daba pena. Tan chiquitita y especial... Pero amenazaron con matarme. Yo no... —Comenzó a temblar entre lágrimas.

—Ven aquí.

Ayshane atrajo de nuevo a la joven entre sus brazos y la meció, acariciándole la cabeza mientras tarareaba una canción.

—Alma —susurró la chica al cabo de unos segundos, más calmada, acurrucándose sobre su pecho—. Mi nombre es Alma.

—Es un nombre muy bonito. —Volvió a tararear la misma canción con la vista fija en algún punto de la habitación.

Buscó serenidad. Trató de trasmitirle toda la paz que la rabia y la impotencia le permitían mostrar. Pasaron varios minutos hasta que Alma dejó de llorar. Aún hipaba, pero parecía más tranquila y había dejado de temblar.

—Me gusta. —Se revolvió entre sus brazos y la miró—. No había escuchado nunca esa canción, pero me gusta.

La lugarteniente miró a Alma. Parecía cómoda. Se sintió aliviada, bendecida, porque, después de lo que había pasado aquella joven, después del infierno al que había sido sometida, confiaba en ella, se dejaba proteger y acariciar por alguien con las manos manchadas de sangre, por una asesina.

—¿De quién es?

—No lo sé. —Ayshane sonrió con dulzura—. Es una nana muy antigua.

—¿Una nana? —Frunció el ceño—. ¿Una canción de cuna?

Ayshane rio ante la cara de extrañeza de la joven.

—Sí. Mi madre solía cantármela cuando era pequeña. Me calmaba. Trata sobre la historia de un joven, un noble guerrero que liberó a su pueblo del cruel emperador. Un guerrero con el corazón de un dragón dorado bañado por los rayos del sol.

—¿Como tú? —Estiró las comisuras de sus labios ante la ocurrencia de Alma y negó con la cabeza—. ¿Por qué no? Tú eres buena.

—Pronto cambiarás de opinión.

Tarde o temprano se vería obligada a hacer algo por lo que Alma la miraría como había hecho Erick aquella misma mañana. La joven se acurrucó de nuevo entre sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Ayshane suspiró, rodeó su pequeño y frágil cuerpo con los brazos y la besó en la coronilla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en un susurro.

—Ayshane. Ayshane Ivanova. —Acarició la maraña de pelo castaño de la joven.

—Ayshane Ivanova. —Frotó la mejilla contra su pecho—. La Mamba Negra con el corazón del Dragón Dorado. —La lugarteniente dejó de acariciar la enredada melena de Alma y la miró por el rabillo del ojo—. ¿Me cantas la canción?

A Ayshane le dio un vuelco el corazón. Alzó la vista hacia la cristalera sin saber que desde el otro lado Ekaterina la miraba con el corazón en un puño y lágrimas en los ojos junto a Erick, ambos absortos en la tierna imagen que aquella joven desvalida y la peligrosa Mamba Negra recreaban. Una imagen muy diferente a la que el resto del mundo tenía de la mujer que acababa de enviar a Laura a una vida que ni ella misma desearía ni a su peor enemigo, marcada para siempre y sin escapatoria ni lugar donde esconderse.

—Por favor..., me gustaría escuchar la canción del guerrero, la canción del dragón.

—Alma, yo... —Ni siquiera supo cómo se sintió tras su petición.

La muchacha se separó y la miró suplicante. Ayshane le acarició la mejilla. Le sorprendió el extraño brillo que la joven tenía en sus ojos y que iluminaba su rostro con un rayo de esperanza, de admiración, que no había visto cuando entró en la habitación. Una mirada que nunca nadie le había dedicado.

La lugarteniente comenzó a cantar con la cálida y delicada voz que había heredado de su madre inundando la habitación con la suave melodía del guerrero, del dragón que sin ser consciente despertaba en ella tras largos años de hibernación, oculto tras la frialdad del reptil que moraba en su interior y que se rendía mostrando pleitesía al nuevo rey, a ese monarca que todos los que la conocían desde niña habían esperado que tomase el control.

Capítulo 6

Alma tenía dieciséis años, uno más de los que Ayshane creía. Tal y como había averiguado Sergei, había sido arrancada de los brazos de su familia con tan solo doce años bajo la repugnante excusa de hacerse cargo de la deuda que su padre, un pequeño empresario dedicado a la distribución de licores de lujo, había contraído con Adrik.

La joven había ido rebotando de club en club. Primero en Madrid, después en Barcelona, Valencia, Galicia y Almería hasta llegar a Guadalajara, donde Sergei la encontró una semana antes de ser trasladada a Zamora.

Ayshane estuvo hablando con ella durante horas, tiempo en el que Alma le facilitó datos muy reveladores y de gran importancia. Charlando con ella, se dio cuenta de que la joven tenía una memoria eidética portentosa. Recordaba fechas, nombres y conversaciones que había escuchado un año antes e, incluso, dos. Era muy inteligente. A Ayshane le sorprendía que se mostrara extrovertida junto a ella a pesar de ser quien era, a pesar de todo lo que había pasado. También era desconfiada, algo que después de lo que había vivido no podía reprocharle, pero ya trabajarían en ello. Ahora lo importante era ponerla a salvo, encontrar a Irina y liberar a Dima.

La lugarteniente sonrió un par de veces de manera muy fugaz mientras Alma la ponía al corriente del negocio de su hermanastro, de los hombres y mujeres que trabajaban para él en los clubs en los que la pequeña había estado.

Le recordaba bastante a Alice en sus expresiones, en sus gestos. Era como una réplica joven del cerebrito o, al menos, así se imaginó Ayshane a la oficial a la edad de Alma: una niña superdotada, incomprendida por el mundo, más inteligente que aquellos que pretendían amaestrarla, con mucho que ofrecer a quien le otorgara un poco de tiempo y amistad, de cariño y comprensión.

Le presentó a Ekaterina y, como era de esperar, la Madame se ganó a la joven enseguida. Sin ánimo de engañarla, Ayshane le explicó la situación. No podía quedarse con ella, la protegería y no permitiría que volvieran a hacerle daño. Le explicó que era peligroso que

estuvieran juntas, que tenía que encontrar a Irina y rescatar a su hermano. Alma lo comprendió y, a regañadientes, accedió a quedarse con Ekaterina en La mansión.

La Madame llevaba tiempo pensando en reformar la mitad de uno de sus chalés y convertirlo en su zona personal. Con su encanto, su desparpajo y la experiencia que los años en aquel negocio le habían dado, engatusó a la joven para que la ayudara.

La lugarteniente le explicó a qué se dedicaba Rina. Reticente al principio, Alma accedió a conocer a algunas de las chicas que trabajaban en La mansión. Era muy inteligente, y enseguida pareció darse cuenta de la diferencia entre el negocio de Rina y aquel en el que ella había estado. No obstante, Ayshane le prometió que le haría llegar un móvil para estar en contacto directo, para que la llamara o le escribiera siempre que quisiera, cuando lo necesitara, cuando se sintiera incómoda o en peligro. Le prometió además que pasaría a verla en cuanto le fuera posible. A cambio, tenía que hacerle caso a Ekaterina en todo.

—Si hubiera podido elegir una madre, te aseguro que habría sido Rina —reconoció.

No mentía. Ayshane quería a la Madame como a una madre y, aunque sentía la muerte de la suya propia, aunque quería a Saya con toda su alma, si hubiera podido elegir, habría sido Rina. ¿Quién en su sano juicio elegiría como madre a la heredera de la Yakuza? Nadie. Quizá por eso durante años intentó convencerse a sí misma de que perder a su hijo no era lo peor que podría haberle pasado. Era su modo de luchar contra el desgarrador vacío que sentía al recordarlo. Pero es que ella no perdió a su bebé; Adrik se lo había arrebatado.

Adrik entró en el gimnasio que tenían en la gran mansión en la que vivían junto con sus padres y se acercó a ella.

—Cada día estás más guapa.

—¿Qué quieres? —Ayshane dejó de golpear el saco de boxeo y lo miró con desprecio.

—Verte entrenar. —Sonrió con malicia—. Me pone. Te mueves muy bien. —Dio una vuelta alrededor de ella—. Ojalá te movieras así en la cama —le susurró al oído, acercándose a su cuello.

Ayshane apretó los puños a ambos lados de su cuerpo, tensó los brazos y la mandíbula hasta hacer chirriar sus dientes.

—Mmm… Me vuelve loco tu aroma, sestra[1]. *—Acercó los labios al hueco de su cuello.*

—Estás enfermo. —Dio media vuelta en dirección hacia la puerta.

Adrik le sujetó el brazo con fuerza, la atrajo hacia su cuerpo y forcejeó con ella entre sus brazos.

—No te resistas. —Lamió una gota de sudor que le caía por el cuello.

Ayshane siseó y lo empujó con todas sus fuerzas. Saltó sobre sí y le dio una patada en la mandíbula. Adrik se llevó la mano a la boca, bufó sin dejar de mirarla como un demente y sonriendo de medio lado. Para él, no era más que un juego.

—Está bien, sestra. *¿Quieres ponerlo difícil hoy también? —Alzó ambos brazos al aire para cubrirse el rostro—. Adelante.*

Tendría que haber desestimado la oferta, pero era tan tentador… Estaba preparada o, al menos, creía que lo estaba.

Peleó contra él durante casi una hora, pero Adrik consiguió tirarla al suelo con una llave. Comenzó a propinarle golpes en el vientre con los puños mientras estuvo sentado a horcajadas sobre ella sin importarle que se retorciera de dolor. Puñetazos que la hirieron en lo más profundo de su alma. Por aquel entonces ya estaba embarazada de muy poco tiempo, ocho semanas nada más. No se le notaba, nadie lo sabía salvo su madre, pero su bebé estaba ahí.

Intentó defenderse, cubrir su vientre; la cara y el resto de las partes de su cuerpo no le importaban. Pero Adrik era cinco años mayor que ella, más fuerte, más corpulento, y Ayshane era tan solo una adolescente de quince años recién cumplidos.

—Parece simpática.

La lugarteniente volvió de sus dolorosos recuerdos. Miró a Alma sin un ápice de expresión en el rostro y con un fuerte dolor en el pecho, como si su cuerpo aún se encontrara bajo el peso de Adrik.

Elena y Sofía, dos de las chicas que trabajaban para Ekaterina, entraron en la mazmorra del sótano con una pequeña bolsa de deporte y una bandeja con un filete de ternera a la plancha, patatas fritas, una ensalada césar, tarta de zanahoria y una Fanta de limón.

—Será mejor que me vaya. —Se levantó de la cama en la que había estado hablando con la joven y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cuándo volveré a verte? —Alma saltó tras ella como un resorte y le cogió la mano.

Ayshane la miró y le acarició la mejilla.

—Antes te dije que yo siempre cumplo mis promesas. Por eso debo encontrar a Irina, por eso no puedo decirte cuándo volveremos a vernos, porque no lo sé y no quiero mentirte.

—Déjame ir contigo. —La miró suplicante a través de sus húmedas pestañas.

—Ya lo hemos hablado. —Acunó la cara de la joven entre sus manos—. Es peligroso. Estarás más segura en La mansión.

—Pero…

—He dicho que no. —Se separó de ella, se dio media vuelta y fue en dirección hacia la puerta.

—Pero tengo miedo. —Se abrazó a sí misma. Ayshane se quedó de

espaldas a la joven, a un par de pasos de la puerta, paralizada por el temblor de sus palabras, por el temor que desprendían los cortos espacios entre ellas—. Dices que vas a protegerme, que no permitirás que vuelvan a hacerme daño, pero te vas. Me abandonas. —La lugarteniente se dio la vuelta y la miró. Alma se quitó una lágrima que caía por su rostro con resignada entereza—. ¿Cómo vas a protegerme si no estás a mi lado? ¿Y si vienen a buscarme? ¿Y si me encuentran?

—No vendrán. Y no te encontrarán.

—Pero ¿y si lo hacen? No sé defenderme. No sabría dónde ir ni a quién acudir. Vas a darme un teléfono, como si eso fuera a salvarme la vida.

Ayshane cogió aire por la nariz muy despacio y lo soltó de forma abrupta mirando a Alma, sopesando la idea de llevarla al búnker junto a ella. «Una mala idea».

Dar por sentado que Adrik renunciaría a la joven teniendo en cuenta el cúmulo de problemas que su hermanastro tenía encima sería menospreciarlo.

Pese a la muerte del comisario Víctor, pese a la simulada ejecución de Jason, Alice y Erick, pese a la desaparición de Dima, de quien aún guardaba la esperanza de que Adrik no supiera que estaba con vida y que fuera un negocio exclusivo de Elenka por el simple hecho de obtener un galardón a ojos de su temido jefe, cualquiera de los hombres que trabajaban para su hermanastro podrían actuar por su cuenta e intentar dar con Alma, aunque la Cobra Real no hubiera dado la orden de búsqueda.

Podría pedirle a Sergei que se quedara en La mansión protegiendo a la joven, pero lo necesitaba. Debía buscar a Irina, alguien tenía que encargarse de la hija de Vladimir mientras ella localizaba a Dima, y tampoco quería poner en riesgo a Ekaterina.

Los agentes podían encargarse de ambas, pero era demasiado arriesgado trasladar a Erick, a Jason y a Alice a La mansión. Se suponía que estaban muertos y la Madame tenía clientes que pertenecían al cuerpo y a la brigada de la que ellos habían formado parte. Era demasiado peligroso. Podrían reconocerlos.

—Por favor..., déjame ir contigo. Te prometo que me mantendré al margen. Haré todo lo que me digas. Puedo... Puedes enseñarme a pelear, a defenderme. Podría ayudarte.

La lugarteniente ladeó la cabeza y arqueó una ceja. La miró de arriba abajo. Harían falta muchas horas de entrenamiento para convertir a Alma en una de los suyos y ella no tenía tiempo para instruir a la joven. Era una locura y no podía permitirse perder ni un segundo más, pero había alguien que tal vez si podía hacerlo. Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón. «Podría funcionar».

—Prepara una de las salas de recuperación. —Colgó sin esperar

respuesta—. Espera un momento aquí —le ordenó guardándose el móvil de nuevo en el bolsillo.

—¿Adónde vas?

—Voy a decirle a Ekaterina que vienes conmigo. Cena y cámbiate de ropa. —Le acercó la bolsa de deporte que Elena y Sofía le habían llevado junto a la cena. Alma sonrió, ilusionada—. Recibirás instrucción. Te enseñarán a defenderte, a pelear y a matar.

La sonrisa de la pequeña se tornó en preocupación.

—¿A... a matar?

—¿Quieres venir conmigo?, ¿estar a mi lado? Pues es la muerte lo que debes aprender a dominar. A mi alrededor solo hay sangre, dolor y lágrimas. Todo aquel que esté a mi lado es un objetivo para mis enemigos y yo no puedo estar pendiente de los que me rodean. Mis hombres saben actuar por sí solos. Protegerse. Si no quieres mantenerte en un lugar seguro, si lo que quieres es estar en primera línea de fuego, entonces debes aprender a matar.

»No es fácil. Parece sencillo, pero no lo es, aunque es como montar en bici: nunca se olvida. —Se encogió de hombros—. Siempre recordarás el nombre de la primera persona a la que le arrebates la vida. Sus últimas palabras, cómo iba vestido, a qué olía, el miedo en sus ojos te perseguirá en sueños el resto de tu vida, pero..., es lo que quieres, ¿no es así?

—¿Tus..., tus enemigos son como los hombres y mujeres del club? ¿Son como los que trajeron a Irina? ¿Los que me secuestraron?

Ayshane sonrió de medio lado. Sus palabras habían hecho dudar a Alma. En realidad, no era eso lo que buscaba, tampoco era miedo lo que quería infundirle, sino precisamente la reacción que la joven acababa de tener. Quería saber si podía confiar en ella. En caso contrario, mordería la mano que iba a darle de comer.

Sería entrenada como habían sido instruidos sus Víboras, como Dima se había encargado de perfeccionar a los agentes cuando decidieron trabajar junto a ellos antes de caer en manos de Elenka.

—Algunos de mis enemigos son como ellos. Otros, mucho peor.

Alma dio un paso al frente. Alzó la cabeza con seguridad, con las mejillas cubiertas de los restos de unas lágrimas que habían desaparecido por completo, y se cuadró de manera inconsciente frente a Ayshane.

—Enséñame. Enséñame a matar.

Capítulo 7

Salió de la mazmorra del sótano, cerró la puerta y se apoyó sobre la madera lacada en blanco. Cerró los ojos e inspiró. Olía a lluvia, a tormenta eléctrica y salvaje, a huracán. Olía a Erick.

Abrió los ojos y miró la antesala de la habitación vacía, alumbrada por una pequeña lámpara *art déco* de color negro que arrojaba una tenue y cálida luz anaranjada. Estaba sola pero segura de que Erick había estado allí. Alzó la cabeza hacia las escaleras de madera que había frente a ella y que acababan en la planta superior. La puerta estaba cerrada. Y el sótano sumido en un silencio roto tan solo por el taconeo de las chicas que corrían en la planta de arriba. Dio un paso al frente aún con las manos apoyadas en la madera, un paso en falso hacia las escaleras con temor, sin dejar de mirar los escalones ni la puerta.

No tenía fuerzas para enfrentarse de nuevo a él, para ver otra vez en los ojos del inspector el horror por lo que había hecho, la crueldad con la que había desfigurado el rostro de su antigua compañera de brigada. Marcas y secuelas que no solo portaría Laura en su rostro para el resto de su vida, sino que también la perseguirían a ella hasta el día de su muerte.

Nunca había disfrutado infligiendo un castigo, y temía que no fuera la última vez. Algo en ella había cambiado. Lo sabía. Podía sentirlo. No lograba explicar con exactitud qué era, pero algo en su interior había despertado. Una nueva era se cernía sobre las dos organizaciones que la habían visto nacer. Sin ser consciente de ello, Ayshane abrazaba la sangre de la herencia que corría por sus venas.

Se llevó una mano al pecho. Había hecho lo correcto, lo que se esperaba de alguien como ella. ¿Por qué sentía entonces esa presión que la ahogaba?

El corazón le dio un vuelco. Lo sintió como un mazazo en la palma de la mano. El pulso se le aceleró bajo el halo de luz que, como el foco de un teatro, entró por la puerta e incidió sobre ella cuando Ekaterina abrió. La Madame se quedó mirándola un segundo desde lo alto de las escaleras antes de cerrar y comenzar a bajar con cautela.

—¿Te marchas?

—¿Dónde está? —soltó Ayshane.

Rina se quedó parada a mitad de las escaleras, observándola y analizando su rostro, su respiración, esa que Ayshane intentaba controlar bajo la fría fachada de escarcha y entereza que quería mostrar.

Por eso Rina se había marchado. Por eso la Madame había dejado que entrara sola a la mazmorra para hablar con Alma. No era un cliente quien había llegado a La mansión; era Erick. Estaba segura, pero ¿seguía allí? ¿Había ido por su propia cuenta? ¿Había ido a buscarla después de lo ocurrido? Tal vez... Puede que aún hubiera esperanza.

—Erick. ¿Dónde está? Sé que ha estado aquí.

—Acaba de marcharse. —Terminó de bajar el tramo de escaleras que le quedaba—. Ha vuelto al búnker. —Se situó frente a ella.

—¿A qué ha venido? —Ekaterina alzó una mano con intención de acariciar su rostro, pero Ayshane dio un paso hacia atrás, pegando de nuevo la espalda a la madera de la puerta—. ¿A qué ha venido?

La Madame se quedó mirándola un segundo antes de contestar. Pasó por su lado y se acercó a la cristalera con la mirada perdida en Alma, que cenaba sin perder de vista la puerta de la mazmorra tras la que, obediente, esperaba a Ayshane.

—Lo he llamado yo.

La lugarteniente se desinfló como un globo sobre el lacado de la puerta. Agachó la cabeza y se miró la punta negra de las botas militares de media caña.

Lo sabía. Erick había estado allí, pero no había ido a buscarla a ella. No había ido por iniciativa propia. Se había marchado. Ni siquiera había esperado para pedirle una explicación. Puede que no la necesitara o que hubiera visto suficiente. Erick se había arrepentido. Erick... Apretó la mandíbula. «Eres una imbécil, Ayshane», se regañó a sí misma. «Una estúpida por pensar... Da igual. Es lo mejor».

—No tenías ningún derecho —masculló entre dientes—. Deja de meterte en mi vida. —Alzó la cabeza y miró a Ekaterina de medio lado a través de las finas hebras de su flequillo desfilado.

—Me temo que estás pidiéndome algo imposible. —Se giró y la enfrentó—. No pienso consentir que te encierres en ti misma. En tu odio. En tu veneno. No pienso dejar que te conviertas en la sombra de tu abuelo.

La lugarteniente apretó los puños a ambos lados de su cuerpo y ahogó un grito de frustración.

—¡¿Es que para ti no hay nada más que el amor en esta vida?! —Dio un paso hacia ella—. ¡No todos hemos nacido para ser amados! ¡No puedes evitar que me convierta en algo que ya soy! —Alzó los brazos al aire, desesperada—. Yo te acepto tal y como eres. Acepto

que vivas en tu mundo de color de rosa. No me meto en tu vida. ¡¿Por qué no puedes hacer tú lo mismo?! Deja de forzar las cosas, de enredar y... —Suspiró—. Soy una asesina. Soy una Ivanov. Soy un yakuza, ¡una prófuga! Mi destino es el que es. Mi futuro estaba escrito antes de nacer, y ni tú, ni Erick ni nadie puede cambiar lo que no puede cambiarse. ¡Deja de buscar en mí una Ayshane que no existe! ¡Deja de intentar cambiarme, porque las personas no cambian! No pierdas tu tiempo conmigo y asume que soy como Taiyo. Soy como mi abuelo, ¡maldita sea yo!

Ekaterina le dio un tortazo que resonó en el vacío de la antesala a la mazmorra. Un guantazo que giró la cara de la lugarteniente hacia un lado y marcó su mejilla con un rubor rosado. Ayshane sintió calor allí donde la Madame la había golpeado, pero no sintió dolor.

—¿Has terminado ya de decir estupideces?

La lugarteniente miró sorprendida a quien quería como a una madre. Muda, sin saber qué decir, se llevó la mano a la mejilla y se acarició la rojez sin terminar de creerse lo que acababa de pasar. Ekaterina jamás le había puesto la mano encima. Nadie en su sano juicio se había atrevido a hacer tal locura.

—Le prometí a tu madre que cuidaría de ti. Juré sobre su tumba que no permitiría que te convirtieras en un reflejo de Taiyo. Tienes miedo, Ayshane, miedo a abrir tu corazón. Un corazón que dices no tener para evitar que caiga en manos de otros, para evitar que vuelva a sufrir; un corazón que te arrancaron y pisotearon, y que a punto estuvieron de destruir cuando Adrik te violaba y te maltrataba, cuando te arrancó a tu hijo y cuando mató a tu madre. Un corazón que temes que reciba otro golpe al saber que Dima está en manos de Elenka o al perder a Erick. Pero tienes corazón, Ayshane. Es grande, puro y más fuerte de lo que tú te crees.

La Madame alzó una mano y le acarició la mejilla, allí donde la había golpeado. Le peinó el flequillo hacia un lado y se lo recogió tras la oreja.

Una lágrima recorrió la mejilla de la lugarteniente. ¿Por qué tenía que conocerla tan bien? ¿Por qué era un maldito libro abierto para esa mujer?

—Tú no eres como tu abuelo, Ash. Taiyo carece de compasión, de sentimiento. Ese hombre no tiene corazón. Nunca lo ha tenido.

—No sé si podré controlarlo. —Se llevó la mano al pecho.

—Solo estás asustada. —La atrajo hacia ella y la abrazó—. No hay nada malo en tener miedo. El miedo tan solo te hace humana. —Suspiró acariciando su trenza—. Tienes que ceder, Ayshane. Delegar. No puedes controlar todo lo que te rodea. —La sujetó por los brazos y la miró—. Ábrete a él. Deja que te vea como lo hago yo. No te escondas. Apóyate en él. Busca en Erick la fuerza que necesites para

no desfallecer. Su amor. El amor que sientes hacia él te hará mantenerte alejada de aquello que más temes.

Ayshane negó con la cabeza. Se alejó de ella. No quería mostrar su verdadero yo delante de Erick. No quería volver a ver el horror en sus ojos. No quería perder la corta pero intensa amistad que estaba forjando con Alice, ni la confianza que Jason parecía estar depositando en ella. No quería perderlos, aunque quizá ya fuera demasiado tarde para eso.

—No luches contra Erick. No te aferres a quien dices ser para alejarte de él. Con eso tan solo conseguirás destruiros a ambos y convertirte en lo que tu abuelo y Adrik piensan que eres. No les des el gusto de ganar esta batalla. No permitas que ganen la guerra.

—Tú no viste su cara cuando se dio cuenta de lo cruel que puedo llegar a ser. Rina, yo...

—Tampoco lo has visto tú cuando observaba tras el cristal cómo ese monstruo que dices ser consolaba a una joven inocente que nada te debe, y a la que han arrebatado su infancia —le dijo haciendo un ademán hacia la cristalera tras la que se encontraba Alma. Ayshane miró a la joven un segundo antes de volver la vista de nuevo hacia la Madame—. Eres una mujer compleja, peligrosa y letal, pero te quiere. Erick te quiere tal como eres. Yo te quiero tal como eres. Déjate querer. Deja que sea él quien te mantenga en este plano. Deja que te ayude a controlar a la bestia, al dragón que ha despertado en tu interior.

—No quiero arrastrarlo conmigo a la oscuridad.

Ekaterina acunó las mejillas de la lugarteniente entre sus manos.

—Pues aférrate a su luz. —La besó en la frente.

Antes de volver junto a Alma, Ayshane le pidió a Ekaterina un abrigo para cubrir la escualidez de la joven. Cuando entró en la mazmorra, la joven ya se había puesto los vaqueros rasgados por el muslo y el jersey blanco que le habían prestado las chicas que trabajaban para la Madame. No eran de su talla. Cabían dos como ella bajo aquella ropa, pero, por el momento, tendría que servir. Desde luego era mucho mejor que el sujetador y la falda que apenas cubrían su diminuto cuerpo.

La ayudó a peinarse. Le desenredó la maraña de pelo castaño y le hizo una trenza de espiga desde la raíz que le llegaba hasta la mitad de unas vértebras que podían palparse.

Rina bajó al cabo de media hora con una capa de raso azul. El interior estaba forrado de suave pelo marrón y tenía capucha. A Alma le llegaba hasta los pies. Subieron a la planta de arriba y solo salieron del sótano cuando la Madame hubo despachado a los clientes que esperaban en la recepción y no había nadie ajeno al negocio que

pudiera verlas.

Entraron por la puerta en forma de arco. Estaba cubierta por una pesada cortina negra de piel de melocotón que había frente a la entrada del gran salón de ceremonias. Al pasar por delante, Ekaterina volvió a cerrarla con su habitual desparpajo y coquetería. Evitó así llamar la atención de los clientes que disfrutaban del espectáculo de fustas y látigos que se celebraba de manera consensuada y sensual con el que aquella noche La mansión calentaba motores.

Atravesaron la galería cuyas luces iban encendiéndose a su paso, iluminando el suelo recubierto por una moqueta negra y el dibujo adamascado en blanco y negro de las paredes del vestíbulo. Al final de la galería se encontraba el despacho, la única estancia que miraba de frente al pasillo. Ekaterina abrió, encendió la luz y fue directa hacia la puerta que había al otro lado, junto al mueble bar, y que llevaba a las escaleras de servicio que tenía La mansión.

—Acuérdate de comprarle algo de ropa. —Ayshane rodeó el pequeño cuerpo de Alma con el brazo.

La joven no se había separado de la lugarteniente en ningún momento. Caminó tras ella todo el tiempo y ahora se colocaba a su lado, aferrada a la cintura de avispa de Ayshane, cubriendo su rostro con la capucha de la capa tal y como le habían sugerido, escondida bajo el protector brazo de la Mamba Negra.

—¿Has avisado a Sergei? —le preguntó de espaldas a la puerta.

La lugarteniente comprobó la hora en su reloj de oro blanco.

—Tiene que estar a punto de bajar.

Ambas alzaron la vista hacia las escaleras de servicio al escuchar unos pasos. Alma, por el contrario, miró furtiva a través del hueco de la capa y el cuerpo de Ayshane.

—Madame. —Clara, una de las chicas que trabajaban para Rina, bajó las escaleras—. Esta noche no me encuentro muy bien. Estoy un poco indispuesta. —Se llevó la mano al vientre—. Me preguntaba si podría marcharme. Puedo recuperar las horas otro día.

Alma tiró del dobladillo de la chaqueta de cuero de Ayshane. La lugarteniente la miró sin prestar atención a la conversación que Ekaterina tenía con una de sus chicas. Se agachó un poco y ladeó la cabeza al comprender, por cómo la miraba, que quería decirle algo.

—Yo conozco a esa chica —le susurró al oído.

Ayshane miró de manera inquisitiva y fugaz a Clara antes de volver la vista hacia Alma con el ceño fruncido. ¿De qué demonios la conocía? No había salido nunca de los clubs de carretera de Adrik, o eso le había asegurado en la mazmorra del sótano, y no podían ser familia. No se parecían en nada. Alma era caucásica, y Clara, de ascendencia afroamericana. A no ser…

El joven y destartalado clon de la agente Alice asintió con la cabeza

como si le hubiera leído el pensamiento, con total seguridad y con el temor asomando en los ojos, y se aferró aún más al cuerpo de Ayshane, escondiéndose tras ella. La lugarteniente miró entonces a Clara. Parecía sumida en su conversación con la Madame, pero no perdía de vista a Alma por el rabillo del ojo.

—Toma. —Ekaterina le dio a la joven la llave de su habitación personal—. Túmbate un rato en la cama. Creo que Paco, el médico, anda hoy por aquí. Lo llamaremos para que te eche un vistazo antes de que vuelvas a casa.

—Gracias. No..., no será necesario.

Clara cruzó una nimia pero delatadora mirada con Ayshane. A la lugarteniente no le hizo falta saber nada más. Clara conocía a Alma y parecía que quería salir de allí cuanto antes, huir, puede que informar a alguien, pero ¿a quién?

—Rina —interrumpió la conversación—. Nosotras nos vamos —le dijo en tono neutro.

—¿No esperáis a Sergei?

—Dile que me llevo el SUV. —Miró de nuevo su reloj Bvulgari de oro blanco—. Está haciéndose tarde. Mandaré a alguien a buscarlo.

—Está bien. —Se acercó a ella, acunó sus mejillas entre sus manos y le dio un beso—. Id con cuidado, y no te preocupes por Sergei. No creo que le importe pasar aquí la noche. —Le guiñó un ojo y volvió junto a Clara.

Ayshane puso los ojos en blanco antes de salir por la puerta de servicio junto a la pequeña como si la conversación que su amiga mantenía con la joven no le importara lo más mínimo. Ya en el pequeño patio ajardinado que rodeaba La mansión, Alma se separó de ella y la miró sin comprender su actitud.

—¿No vas a hacer nada? Esa mujer trabaja para Julien.

La lugarteniente rodeó la casa con Alma pisándole los talones. Se sacó el móvil del bolsillo trasero vaquero negro y llamó a Sergei.

—Cambio de planes. Quédate en La mansión. No pierdas de vista a Clara hasta que vuelva a contactar contigo. Rina la ha trasladado a vuestra habitación —le dijo en su idioma natal.

Esperó a que Sergei le confirmara el cambio de planes y colgó. Se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta de cuero negro y siguió andando hacia la puerta.

Alma la sujetó por el codo antes de cerrarse la capa en un abrazo y se paró junto a la enredadera de jazmines que rodeaba la puerta metálica de la entrada principal al jardín.

—¿Vas a dejarla marchar?

—Yo no he dicho eso.

—Te digo que esa mujer trabaja para Julien. Es su novia.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres que haga? ¿Qué es lo que

esperas que haga? ¿Quieres que la mate? ¿Es eso?

—No, yo...

Ayshane arqueó una ceja ante la extraña expresión de confusión y enfado de la joven. No le sorprendió que Alma pensara que mataría a esa mujer, que no era más que una asesina. Al fin y al cabo, tampoco es que fuera muy desencaminada, pero era más complicado de lo que la chiquilla pensaba.

—Si te hubieras quedado en el sótano...

—Si me hubiera quedado en el sótano estaría en peligro —la cortó—. Es más, si llego a saber... —Abrió los ojos y miró a Ayshane como si acabara de hacer un gran descubrimiento—. Tú también. —Dio un paso hacia atrás, temerosa—. Trabajas para Julien. ¡Me has mentido! ¡Eres como todos ellos!

Ayshane la sujetó por la muñeca antes de que echara a correr. La rodeó por la cintura. La atrajo de espaldas hacia su cuerpo, le tapó la boca y acercó los labios a su oído.

Alma se revolvió y comenzó a dar patadas en el aire. La lugarteniente arrastró a la joven hasta una de las esquinas del jardín sin perder de vista las ventanas de La mansión, intentando no hacerle daño, ocultando a ambas entre las sombras de la noche y el aroma de las rosas.

—Chsss. Si te calmas, si no intentas huir de mí y si no gritas, te suelto.

La joven dejó de forcejear al cabo de unos segundos. Quizá porque comprendió que no iba a ir a ningún lado, que no podría librarse de su abrazo. Se quedó laxa entre sus brazos, temblando, con la espalda pegada al pecho de Ayshane y la respiración acelerada.

—Yo no trabajo para Julien. No soy como ellos, soy mucho peor. Y ten por seguro que esa mujer va a pagar por lo que te ha hecho. —Comenzó a retirar la mano de los labios de Alma con cautela cuando sintió que dejaba de temblar—. Pero antes tengo que ponerte a salvo. —Alma la miró por encima de su hombro en la oscuridad, con la capucha desfallecida sobre su espalda y aún entre sus brazos—. Sé que es difícil, pero tienes que confiar en mí. —Acarició la trenza de pelo castaño de la joven—. Te prometo que recibirá un castigo acorde al daño que haya podido hacerte a ti o a cualquiera de tus amigas. —La besó en la coronilla.

Ayshane dejó que se diera la vuelta entre sus brazos. La soltó. La joven la miró a través de la oscuridad y alzó la vista en dirección hacia la puerta. Por un momento la lugarteniente creyó que saldría corriendo despavorida, pero Alma se puso la capucha de nuevo.

—Lo siento. No volverá a ocurrir. No volveré a desconfiar de ti. —Agachó la cabeza, avergonzada.

Ayshane miró a Alma con fría dulzura. Rodeó sus hombros con un

brazo y fueron juntas en silencio hasta el SUV que Sergei tenía aparcado en la puerta.

Era más de medianoche. La avenida estaba desierta, callada, alumbrada por la luz ambarina de las farolas. Estas brillaban alegres cuando algún solitario coche circulaba junto al carril bici que el ayuntamiento había ordenado pintar junto a la hilera de coches estacionados de la grisácea acera.

Abrió el SUV con la huella dactilar, una modificación que solían solicitar al concesionario para todos los coches que adquiría la *bratva* y que les permitía prescindir de las llaves. Esperó hasta que Alma se subió sin perder de vista el aparente estado de calma de la noche. Rodeó el coche y entró.

—¿Estás segura de que Clara trabaja para Julien?, ¿que es su pareja? —Arrancó con la huella dactilar sobre la pantalla de la consola central del salpicadero.

—Yo no la conozco por ese nombre. —Ayshane reajustó el asiento antes de alzar la vista de nuevo hacia ella—. No era el nombre que utilizaba en el club. —Se abrochó el cinturón—. Pero estoy segura de que es ella.

La lugarteniente miró por el retrovisor y haciendo una maniobra prohibida dio la vuelta en dirección hacia la Plaza de Toros de Las Ventas.

—En el club la llaman la Diosa de la Noche. Es la encargada cuando Julien no está. Ella recibe..., recibía a las chicas que iban a trabajar a allí. Nos llevaba al médico cuando nos poníamos malas y organizaba la agenda de citas. También trabaja allí. Trabajaba. De lunes a jueves. Lleva en ese club mucho más tiempo que yo. Cuando llegué, ella ya estaba allí. Fue quien me recibió y me realizó la primera... revisión.

—Tú no trabajabas allí. —Se detuvo en el semáforo que había al final de la calle—. No le debes nada a nadie. De ti abusaban y te explotaban. No tienes ninguna deuda que saldar. Eres libre y puedes ir donde quieras.

—En realidad, no tengo adónde ir.

Alma se removió incómoda en el asiento de piel color marfil del coche. Cubrió la delgadez de sus piernas con la capa y miró la desértica avenida a través de la ventanilla.

—¿Tienes frío? —Activó la calefacción sin esperar una respuesta.

A la lugarteniente se le encogió el corazón. Conocía el sentimiento oculto tras el reflejo en la mirada de la joven y no era frío, sino vergüenza. No tenía nada de qué avergonzarse. Podía decírselo, pero no serviría de nada. Debía darse cuenta por sí misma, como hizo ella.

Continuaron por la avenida en silencio. Necesitaba saber más datos sobre Clara, o sobre la Diosa de la Noche, como decía Alma que la

conocían, pero no quería importunarla más. Todo lo que necesitara saber podría preguntárselo más tarde a ella misma o a la propia Clara.

Controlando los escasos coches que se acercaban a ellas o que las rebasaban mientras rodeaban la plaza, se dirigió hasta el Puente de Las Ventas. Estaban llegando al búnker, tan solo tenían que atravesar el puente y desviarse por la avenida de Daroca, que era donde se encontraba el acceso del garaje subterráneo que llevaba a la zona de seguridad que había establecido su padre. Se detuvo en el semáforo en mitad del puente y se quedó mirando a través del cristal tintado de la ventanilla a los hombres y a las mujeres que dormían entre cartones sobre la acera.

—¡Cuidado! —gritó Alma.

Ayshane arrancó y se saltó el semáforo. Un fuerte destello. Un claxon. Un derrape. Y el SUV comenzó a dar vueltas de campana.

La lugarteniente se agarró con fuerza al volante entre los ensordecedores gritos de Alma que, asustada, clavaba las diminutas uñas de sus huesudas y frágiles manos sobre el cuero del asiento.

El SUV cayó por el puente. Un coche que cruzaba en aquel momento la M30 las esquivó antes de colisionar contra ellas. Aturdida, Ayshane se llevó la mano a la mejilla al notar un líquido caliente. Se miró la punta de los dedos. Sangre.

Capítulo 8

Con la mano temblorosa y la yema de los dedos ensangrentados, alcanzó la consola del SUV.

—Alma. —Miró de reojo a la joven mientras tecleaba un aviso de socorro en la pantalla.

Se escuchaba a sí misma como un eco entre pitidos. La boca le sabía a metal. Viejas heridas en los huesos de su cuerpo le recordaron los golpes que había recibido a lo largo de su vida.

Intentó llegar hasta la joven entre gruñidos. La zarandeó. Parecía que estaba inconsciente, con la capa cubierta por el brillo de las virutas del cristal de su ventanilla. Miró a su alrededor. El Evoque Rs250 había caído de pie como un gato sobre sus cuatro ruedas en mitad de dos carriles. Apenas pasaban coches, tan solo en el carril contrario, y ninguno paraba para socorrerlas. «Extraño», pensó.

—Esto aún no ha terminado —exhaló entre gruñidos desabrochándose el cinturón con movimientos torpes.

Tenía el brazo izquierdo dormido y esquirlas de cristal tintado clavados en el dorso de la mano. A través del vidrio roto de la luneta delantera que apenas se sujetaba al marco de acero, vio el destello de los faros de un coche dirigiéndose hacia ellas. Dos hombres con pasamontañas y vestidos de negro se apearon del coche. Presa de la ira más irracional que había sentido hasta aquel momento, se llevó la mano derecha a la zona lumbar buscando su M&P9. No iba a morir en un estúpido accidente de tráfico. No les daría el gusto de arrebatarle la vida sin oponer resistencia. No iba a permitir que la ejecutaran sin luchar. Hacía años que nadie se atrevía a atentar contra ella. Tendría que recordarles a sus enemigos por qué.

Los hombres se acercaban al SUV cautelosos, cubriéndose el uno al otro. De un golpe seco con el hombro herido, Ayshane desencajó la puerta del piloto. Bramó al sentir un lacerante pinchazo que le recorrió el brazo desde el hombro hasta la punta de los dedos. La puerta no llegó a abrirse del todo, pero los hombres se pararon en seco frente al faro delantero del piloto, apuntando hacia la ventanilla, preparados para disparar. «Ilusos», pensó. Se llevó la mano al brazo izquierdo sin soltar el arma. Casi no lo sentía. Tenía el hombro

dislocado, los tendones le ardían. Apretó la mandíbula sin perder de vista a los dos hombres que parecían no atreverse a mover ni un solo músculo de su cuerpo. Los vigiló mientras se escurría entre doloridos gruñidos a la parte trasera. Mordió el reposacabezas del piloto y ahogando un clamoroso grito de dolor se colocó el hombro. Intentó controlar su respiración y los latidos de su corazón, y se centró en los hombres encapuchados para olvidar la incandescente presión que sentía sobre esa parte de su cuerpo. Dejó que se acercaran, que se colocaran uno tras otro mientras los acechaba en silencio como la mamba negra que espera antes de asestar su rápido y mortal golpe.

La noche y la oscuridad siempre habían sido sus más fieles aliados, pero es que, además, las lunas del coche estaban tintadas.

Uno de los hombres terminó de abrir la desencajada puerta del piloto. Comprobó el interior de la parte delantera desde fuera, por el hueco del conductor, mientras vigilaba a la inconsciente Alma y cubría a su compañero que se acercaba a la puerta trasera del piloto en el que Ayshane se encontraba.

«Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta atrás», comenzó a canturrear en su cabeza. El hombre abrió la puerta trasera del conductor.

«Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás».

Al pobre hombre no le dio tiempo ni a apretar el gatillo. Cuando quiso reaccionar, Ayshane le disparó a bocajarro en la frente al estúpido que había osado meter las narices en su territorio. Sin darle apenas tiempo al segundo, salió del coche. El muy cobarde optó por la opción que creyó que iba a salvarle la vida: echó a correr por el asfalto en dirección a su coche. Pero un disparo procedente del parque que colindaba con la M30, bajo el que se encontraba el búnker, le arrebató la vida.

Ayshane miró hacia el lugar del que procedía el disparo. Vio salir a Erick entre los setos que se abalanzaban sobre los guardarraíles con un subfusil de asalto.

—¿Estás bien?

Intentó rodear el cuerpo de la lugarteniente en un abrazo hueco, pues Ayshane dio un paso hacia atrás, se limpió con el dorso de la mano el reguero de sangre que le caía de la comisura del labio y se fundía con el de la brecha de su frente. Se guardó el arma en las lumbares con la mirada teñida de ira. Ahora no sabría quién había enviado a ese par de patanes a deshacerse de ella. ¿Y si había sido Adrik?

Ladeó la cabeza hacia el sonido de las sirenas de la policía que se acercaban hacia ellos. Calculó mentalmente la ruta más rápida de la comisaría del distrito de Ciudad Lineal, la más cercana al accidente, y no estaban demasiado lejos, lo que les dejaba poco tiempo para

desaparecer.

Miró hacia el interior del coche. Tenían que sacar a Alma de allí. Rodeó el SUV esquivando a Erick como si el agente no estuviera allí. Desencajó la puerta del copiloto entre gruñidos de dolor y le desabrochó el cinturón a la joven.

—Ayshane... —Resopló molesto.

Erick fue tras ella. La empujó con el hombro hacia un lado y cogió a la inconsciente Alma entre sus brazos. Ayshane ahogó un doloroso bufido. Siseó, se llevó la mano al hombro y lo miró a través de sus pestañas. Un vehículo negro con las lunas tintadas se acercó a ellos a toda velocidad en dirección contraria. La lugarteniente miró hacia la ola de destellos azules de las sirenas que se acercaban hacia ellos, más allá del vehículo, al otro lado del puente. Sin perder más tiempo se acercó a la puerta del piloto mientras Erick colocaba a la joven en los asientos traseros.

—Volved al búnker —le ordenó a Jason antes de darse la vuelta en dirección al parque.

—¡Ayshane! —Erick cerró la puerta del coche sin entrar en él.

El agente alzó la vista hacia las sirenas. La lugarteniente echó a correr. De un salto limpio salvó el guardarraíl y se perdió entre las sombras de la noche y la descuidada vegetación del parque.

—¡Erick! ¡Sube al maldito coche! —Jason aceleró—. ¡Mierda! —bramó entre dientes dando un golpe seco sobre el cuero negro que recubría el airbag del volante.

A través del retrovisor, mientras se alejaba en dirección al búnker, Jason vio a Erick correr tras la estela invisible que había dejado a su paso la Mamba Negra, o lo poco o nada que quedaba de aquella mujer.

Corrió en dirección contraria a lo que su padre había establecido como zona de seguridad a doce metros bajo el suelo. Siguió los caminos de arena que salían del parque y llevaban hacia las calles que rodeaban la plaza de toros. Saltó un tronco. A cada paso, los músculos de su cuerpo se calentaban. La adrenalina de la huida, no solo de la policía sino del testarudo y tenaz inspector que le pisaba los talones, hizo que se olvidara del dolor, pero alimentaba la oscuridad que se cernía no únicamente sobre la cerrada noche madrileña, sino también la que albergaba en su interior. Aquella que le daba alas a la bestia y parecía hacerla volar entre la maleza del parque.

Erick se abalanzó sobre ella en cuanto tuvo ocasión. Cayeron al suelo. Ayshane se revolvió y se escurrió entre sus brazos como un reptil. Erick la sujetó entonces por el tobillo. La lugarteniente le dio una patada en el antebrazo. Erick la soltó, pero no cesó en su intento por frenar su avance. Se puso de cuclillas como un tigre y saltó sobre

ella como un depredador. Ayshane sonrió de medio lado antes de dar una voltereta hacia atrás. Erick ni si quiera la rozó. Ambos se levantaron del suelo. Se retaron con la mirada.

—¿Adónde vas? —Esquivó una patada que iba directa a su pecho.

—Vuelve al maldito búnker.

Erick se movió entre las luces y las sombras de la noche intentando alejarse de las fauces de su preciada y letal serpiente. «Muy listo», pensó Ayshane, que siguió sus movimientos como las manecillas de un reloj.

—Ash..., cariño, estás herida. Déjame que te cure y te limpie las heridas. Volvamos al búnker.

Ayshane rio ante su argucia por apelar al supuesto amor que sentía por ella. No le funcionaría. No iba a caer de nuevo en su red. Aún no había olvidado cómo la miró cuando castigó a Laura. ¿Qué se pensaba?, ¿qué era una de esas niñatas a las que solía engatusar cada noche, cada fin de semana para meterlas en su cama? Esta vez no iba a funcionarle su labia.

—¡Lárgate de aquí!

Erick apretó la mandíbula, tensó los músculos de su espalda, convirtió sus brazos en dos cables de acero, las manos en dos puños de hierro forjados bajo la impotencia, o quizá la frustración, o puede que una mezcla de ambas. Intentó abalanzarse de nuevo sobre ella pero recibió un puñetazo en el abdomen que le cortó la respiración y lo dobló. Ayshane se agachó para quedar a su altura. El inspector no era rival para ella. No sabía siquiera si existía alguien capaz de frenarla en un momento así, cuando el demonio le susurraba al oído con sensual voz embaucadora: «Toma mi mano. Hazlo por Dima. Venga a tu madre. Salva a tu padre».

Negó con la cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos y se irguió.

—Esta no es tu guerra. Ya no —le dijo con un hilo de voz. Sabía que lo había golpeado con fuerza, como a cualquiera de sus enemigos, y Erick no era el enemigo. No quería hacerle daño, a él no. Era absurdo, ilógico, una locura, pero lo quería, aun sabiendo que no debía, pues junto a ella, tal y como le dijo a Alma, sangre, dolor, muerte y lágrimas era lo único que le esperaba. Lo mejor era que siguieran su camino por separado—. Mañana le diré a mi padre que os traslade a una zona segura —le informó, desgarrando su alma—. Cuando todo esto acabe, volveréis al cuerpo. —Se dio la vuelta, se llevó la mano al hombro y siguió su camino andando.

Lo amaba demasiado como para ver cómo se ahogaba en una vida de sufrimiento, y era lo único que ella podía ofrecerle.

Inspiró como si el aire que la rodeara no fuera suficiente para llenar sus pulmones. Aún tenía la mano sobre su pecho y la cerró en

un puño, arrugando el cuero de su cazadora. La desabrochó y estiró el cuello alto de su jersey, presa del pánico al sentir que se ahogaba.

Erick alzó la vista. Miró la espalda de Ayshane, cómo se alejaba entre las sombras de aquella fría noche. Rugió como una bestia. Se irguió y se abalanzó como un jugador de fútbol americano sobre ella. Dieron un par de vueltas sobre el suelo, rodando uno sobre otro.

La lugarteniente siseó de dolor cuando se golpeó el hombro con una raíz. Sobresalía de un árbol sobre el césped que, como la orilla de una laguna, se abría paso sobre la arena del parque. Acabó tumbada sobre el mullido manto verde con Erick sentado a horcajadas sobre ella. Le sujetaba las muñecas contra el suelo, las hundía en el fresco aroma a hierba recién cortado.

—¡Basta ya! —le gritó.

Ayshane no podía ver bien esos ojos color verde jade, anegados de finas hileras doradas que le conferían un aire de vidrio roto, que la encandilaron desde la primera vez que lo vio, pero podía sentirlos recorriendo sus labios, sus mejillas; podía sentir el embravecido pulso de su yugular.

Erick se acercó a ella muy despacio. Rozó sus labios con el cariño y el amor que no le procesaban las palabras ni la llave con la que la tenía cautiva bajo su cuerpo. La besó con necesidad, apabullado por la desesperación.

Ayshane se resistió, presa de sus fantasmas pasados, de la bestia que moraba en su interior y quería arrasar con todo a su paso, de la distancia que necesitaba, aunque eso los destruyera a ambos. Le daba igual. Al fin y al cabo, ella ya estaba muerta. Muerta en vida. Condenada a un infierno desde que nació.

—*Ya tebya lyublyu*[2]*,* Ayshane —susurró en ruso.

La lugarteniente dejó de forcejear. El brillo de sus rasgados y sensuales ojos oscuros, ocultos tras la noche y el ancestral demonio que merodeaba en su interior, fueron iluminados por un débil destello de incandescente luz. Negó con la cabeza. Erick le soltó las muñecas y acunó su rostro.

—*Itoshi teru,* Ayshane —le repitió, esta vez en japonés—. Te quiero, Ayshane.

La mirada de la lugarteniente se humedeció. Se mordió el labio inferior en un fracasado intento por contener las lágrimas que recorrieron sus mejillas desconsoladas. Erick rozó sus labios con un cauteloso beso hasta que Ayshane le permitió que profundizara en su boca, que acariciara el contorno de su cuerpo por el interior de la chaqueta.

—¿Por qué? —sollozó—. ¿Por qué me haces esto? —Golpeó el pecho del agente sin fuerzas—. No me quieres. No puedes amar a alguien como yo. Soy una asesina. He torturado a tu compañera y no

me arrepiento. Volvería a hacerlo. Es lo que iba a hacer ahora. Necesito respuestas. Las necesito ya, tengo que encontrar a Dima, yo…

—Chsss. —Erick volvió a recrearse en sus labios.

Limpió las lágrimas de la lugarteniente con los pulgares y le acarició el corte de la mejilla. Ayshane siseó al sentir el escozor en su piel abierta. Erick sonrió y la miró enamorado.

—Eres humana. Sangras como yo. Sufres como yo. —Le retiró un mechón de pelo que se le había quedado pegado a la herida—. No torturaste a Laura. La sedaste. No te recreaste en su dolor. No estoy de acuerdo con el castigo, pero debía pagar por lo que hizo, por lo que lleva haciendo todos estos años. No sufro por ella, Ayshane. Sufro por ti, porque no quiero perderte. Te quiero. Te quiero porque donde otros solo ven una asesina, yo veo que eres una mujer capaz de poner en peligro su propia vida para salvar la de personas a las que ni siquiera conoces, para darle paz a unas familias que la justicia ha abandonado, que no te deben nada y por las que no tendrías por qué mover ni un solo dedo.

—No quiero que vengas conmigo. Por favor. No me obligues a mostrarte quién soy.

—Sé quién eres, Ayshane. Eres la Mamba Negra. La nieta de Taiyo. Tú eres el guerrero con el corazón del Dragón Dorado.

Capítulo 9

Frente a las verjas negras oxidadas y cerradas del parque, había una fuente de regorditos angelotes que volaban sobre nubes de mármol pulido. Se acercaron a ella y Ayshane dejó que Erick le limpiara el corte de la mejilla y la frente. Permitió también que le quitara los pequeños cristales que aún tenía clavados en el dorso de la mano bajo el reflejo de la luz de la pequeña linterna que el inspector sacó del bolsillo de su pantalón. Mientras tanto, lo miraba en silencio, paralizada de nuevo por un hombre que había logrado lo imposible: mantener cautivos a sus fantasmas. Domar a la mamba negra que moraba en su interior. Hacer dudar a la mujer que todos creían un témpano de hielo. Enfrentar al dragón que acababa de despertar tras una vida oculto, preso entre las fauces de la serpiente, y cuya sed de venganza no tenía claro si podría ser saciada en aquella vida.

—¿Puedes decir ahora adónde vamos? —Se guardó la linterna de nuevo en el bolsillo. Ayshane lo miró, aún conmocionada por las últimas palabras que le había dedicado antes de ir hacia la fuente, por el palpable sentimiento desesperado de amor y devoción que habían desprendido, por el temor, el miedo y la duda—. No pienso volver al búnker sin ti, así que será mejor que me digas adónde vas, porque yo voy contigo.

No le salían las palabras. No sabía qué decirle. *Te quiero.* En ruso. En japonés. Eso le había dicho como si quisiera que comprendiera que la quería en todas sus facetas, a todas y a cada una de las bestias que dominaban su ser y ante las que él no parecía mostrar ni un ápice de miedo.

Se mordió inquieta el labio inferior. ¿Cómo iba a decirle que iba a torturar a una de las chicas de Ekaterina que, al parecer, trabajaba en el local donde habían encontrado a Alma y a las órdenes del hombre que explotaba a la muchacha? Porque eso era lo que iba a ocurrir si Clara no le decía lo que quería saber. No quería volver a ver esa mirada cargada de duda, temor, asombro y desprecio en el rostro del agente.

Erick retiró el agua teñida de sangre que chorreaba de la mano de Ayshane. Se abrió la chaqueta de cuero negro que llevaba. Se levantó

el jersey, también negro, sacó el machete de la funda que rodeaba su muslo y rasgó un trozo de la camiseta gris, con la que cubrió la mano de Ayshane.

—¿Y bien?

Alzó la vista y la miró bajo la luz de las mismas estrellas que habían sido testigos de cómo ella lo había golpeado.

—Vuelvo a La mansión —le respondió con un hilo de voz.

Erick le acarició la mejilla, le limpió la sangre diluida que aún recorría la nívea y suave piel del rostro de Ayshane.

—Vuelve al búnker conmigo.

La lugarteniente negó con la cabeza. Cerró los ojos y se dejó llevar por la caricia de su Krait como el minino que busca el cariño de su dueño.

—No puedo. Alma, la chica que Jason ha trasladado al búnker, ha reconocido a una mujer en La mansión. —Abrió los ojos y lo miró—. Sergei está con ella, pero no conseguirá que hable, y Ekaterina...

Se separó de Erick y se abrazó a sí misma. Solo ella podría arrancarle una confesión a Clara. Sergei no torturaba a mujeres. No mataba a mujeres. Cada uno cargaba con su propia cruz y, desde que la hermana y la madre de Sergei fueron ejecutadas a manos de una *bratva* rival de los Ivanov, el hombre no había podido volver a infligirle dolor físico a una mujer. Si Clara optaba por no colaborar, el que fuera la mano derecha de su padre se vería atrapado por sus propios traumas, y Ekaterina... era una dominatrix, pero no sabía infligir dolor cuando la intención era hacer daño sin el consentimiento del otro. Supo, por la fugaz mueca de desagrado en el rostro de Erick, que el agente comprendía lo que ella no se atrevía a decirle con palabras.

—Sergei es tan válido como tú.

—No. —Negó con la cabeza—. Sergei puede defenderse del ataque de una mujer, pero nunca le arrebataría la vida, nunca le haría daño.

Erick inspiró con solemnidad y soltó el aire abruptamente por la nariz.

—Está bien. Lo haré yo —le dijo antes de pasar por su lado hacia el árbol que había junto a las verjas negras.

Ayshane se dio la vuelta y se quedó mirando su espalda con incrédula sorpresa. Se esperaba cualquier contestación o una salida de tono. Cualquier cosa menos eso.

—¡¿Qué?! No. —Fue tras él junto a los pies del árbol.

—No era una pregunta, y no pienso discutir.

De un salto, Erick se encaramó a la gruesa rama que trataba de huir del parque por encima del muro. Como un gimnasta olímpico, dio una vuelta sobre la rama y se colocó de cuclillas sobre ella mirando desde lo alto a la lugarteniente.

—Tú no vas a tocar a esa mujer.

Se alzó sobre sí y recorrió la rama haciendo equilibrios hasta el muro con ambas manos en cruz. Ayshane no pudo evitar sonreír y negar con la cabeza al ver el poco desparpajo que mostraba recorriendo la rama para salir del parque. Cuando lo vio seguro sobre el muro de ladrillo de terracota ennegrecida por el tiempo y el humo de los coches, la lugarteniente tomó carrerilla y, como una experta en el arte del *parkour*, puso un pie sobre la pared, saltó hacia el tronco del árbol con el que se impulsó hacia el muro y se sujetó de cuclillas sobre el grueso alféizar de ladrillo desde donde Erick la miraba con una ceja arqueada.

—Tus años como inspector no van a servirte. Clara no va a contarte nada. En un interrogatorio, no te diría ni una sola palabra. Es más, se burlaría de ti. Este tipo de gente solo responde a una cosa. Y no me malinterpretes, pero no tienes lo que hay que tener. —Saltó y salió del parque.

Erick la siguió. Cayó junto a ella y la sujetó por la muñeca cuando Ayshane comenzó a andar en dirección a la carretera.

—¿Y qué es lo que me falta, según tú?

Ayshane puso los ojos en blanco. Sonrió y negó con la cabeza en respuesta al ácido tono en la pregunta de su pequeña Krait.

—Las personas como Clara temen más las represalias de los suyos que a la propia muerte. Con... tus buenos modales de inspector no conseguirás que hable.

Erick apretó los puños a ambos lados del cuerpo una fracción de segundo antes de relajarse.

—No pienso dejar que condenes tu alma.

—No existe condena para un reo para el que ya se dictó sentencia hace años. —Le acarició la incipiente barba.

Erick la miraba suplicante. Ayshane suspiró. Se acercó a él, dejó que rodeara su cintura, alzó los brazos alrededor del cuello del agente y le acarició el pelo de la nuca.

—Está bien —susurró sobre sus labios—. Lo haremos a tu manera, pero si no habla...

—Hablará.

La lugarteniente puso los ojos en blanco antes de besarlo con amor, atrapando su labio inferior con fuerza para soltarlo poco a poco. Saboreándolo.

Eran las cuatro de la mañana cuando llegaron a La mansión del Placer. Habían tardado media hora en atravesar corriendo la plaza de toros, subir las escaleras y recorrer la avenida que llevaba al negocio que regentaba la Madame.

Les abrieron la puerta sin preguntar quiénes eran, aunque Ayshane no necesitaba avisar de su llegada a aquel lugar que podía considerar

su casa. En la recepción estaba la joven que solía ocupar el puesto de Ekaterina cuando la Madame no estaba. Ayshane le preguntó dónde se encontraba la que para ella era como una madre. A Ekaterina también parecían haberla traicionado, pero, por suerte, no habían llegado a matarla. No sabía cuáles eran las intenciones de Clara, pero era una opción tan válida como cualquier otra y no iba a consentir que eso ocurriera de nuevo. Ekaterina era un miembro más de su familia, su *mat´*, y nadie iba a hacerle daño a su madre.

Subieron a la habitación personal que la Madame compartía con Sergei en el lujoso chalé cuando este decidía pasar la noche con ella.

El panorama que se encontraron al abrir la puerta era desolador.

Sergei alzó la vista y la miró derrotado desde la cama: sentado, con la corbata floja, el botón del cuello de la camisa blanca abierto, la americana que descansaba echa un amasijo de tela amontonada a los pies del armario que había junto a la puerta... y Ekaterina de rodillas entre sus piernas. Supuso que había estado intentando consolarlo. Apoyarlo, como hacía siempre.

Sintió una punzada de envidia al imaginar a su amiga intentando calmar los ánimos de un hombre consternado por no ser capaz de cometer una barbarie. Ella no quería que Erick comprendiera, que respetara o que alentara la tortura de nadie. Tan solo quería que entendiera que, en su mundo, las personas que formaban parte de él solo respondían ante el dolor y el miedo, tal y como le había dicho antes de salir del parque. Era la única forma de obtener respuestas, y la muerte, la única manera de ser libres.

—¿Dónde está? —le preguntó al no ver a Clara en la habitación.

—En la mazmorra del péndulo. —Ekaterina se levantó del suelo—. Hemos intentado, Sergei, yo...

—Señorita. —Sergei se levantó de la cama—. Lo siento, de verdad que lo he intentado. Sé que la vida de Irina puede depender de esa mujer. La he investigado cuando me ha dicho que no la perdiera de vista, que trabajaba para Julien, pero es un grillo.

—¿Un grillo? —cuestionó Ayshane.

—Me temo que sí.

—¿Qué narices es un grillo? —preguntó Erick, sin entenderlos.

Sergei y Ayshane miraron a Erick, que todavía no se había atrevido a cruzar la puerta del lugar que lo condenó a un mundo al que no pertenecía pero que no parecía dispuesto a abandonar.

Ekaterina se refugió entre los brazos de Sergei.

—En el organigrama de los Pávlov, un grillo es como un ratón o una rata para los Ivanov —le explicó Ayshane—. Un confidente que quiere pertenecer a la *bratva* pero que no es más que el último eslabón de la cadena. Una persona que aún no se ha ganado un hueco ni la confianza de su lugarteniente como para pertenecer a la organización.

¿Tiene alguna marca más? —le preguntó, esta vez, a Sergei.

—No —le contestó Ekaterina compungida—. Lo siento mucho, Ayshane. Te prometo que yo no sabía que trabajaba para los Pávlov. Llegó hace un par de meses a La mansión. La investigué, te juro que lo hice, pero yo... Sergei no estaba y tú tampoco. No vi nada raro y le abrí las puertas de mi casa... Yo...

Ayshane apretó la mandíbula y los puños a ambos lados de su cuerpo, pero se relajó en cuanto sintió la culpabilidad que emanaban las dos únicas personas a las que, junto con su padre y Dima, consideraba de su propia sangre.

—No es culpa tuya. Ni tuya, Sergei.

No podía culpar a Ekaterina por haber sido engañada, ni a Sergei por no albergar un monstruo en su interior. Eran buenas personas. No podía convertirse a alguien en lo que no era, ella no podía dejar de ser quien era, y Erick no podía aceptar a la bestia que batía las alas en su interior mientras despellejaba viva a la mamba negra que, hasta ese día, había mantenido cautivo al dragón. Por mucho que el inspector creyera que podía llegar a amarla, había cosas que no podían llegar a perdonarse.

Ayshane salió de la habitación y pasó junto a Erick sin siquiera rozarlo, pero este la sujetó por el brazo a la altura del codo cuando ya estaba en el pasillo.

—Teníamos un trato. —Gruñó entre dientes.

La lugarteniente ladeó la cabeza, miró la mano de Erick allí donde la sujetaba antes de volver a alzar la vista de nuevo hacia él. Los ojos rasgados de Ayshane, casi negros, del color del chocolate fundido, eran otra vez dos pozos sin fondo donde las virutas de caramelo que salpicaban su iris del dulce brillo del oro parecían haberse diluido.

«Toma mi mano. Hazlo por Dima. Venga a tu madre. Salva a tu padre».

Eso le susurraba el dragón que la mecía hacia la oscuridad.

—Ayshane. —Erick acarició la mejilla de la lugarteniente. Con cautela apoyó la frente sobre la de ella y cerró los ojos. Era como si el inspector pudiera ver al dragón, como si no temiera acariciarlo, calmarlo cuando este batía las alas con intención de echar a volar, de darle rienda suelta a la crueldad—. Por favor... —le imploró.

«Aférrate a su luz». Las palabras de la Madame se colaban en la espesa bruma que anegaba todo allí donde el dragón rugía, escupía fuego y batía sus alas, deseoso por alzar el vuelo libre. «Te quiero, Ayshane», le pareció escuchar susurrado por el aire entre el aleteo de las alas del ancestral reptil, del Dragón Dorado que todos querían ver en ella, de ese animal que pretendía hacerse dueño y señor del impenetrable muro de espinas de acero con el que recubría lo poco o nada que le quedaba de corazón.

Capítulo 10

Se quedó en la habitación con Ekaterina. Desde allí, no podría escuchar ni los gritos ni las súplicas de Clara. No creía que Erick torturase a la joven, pero, aunque lo hiciera, todas las mazmorras estaban insonorizadas. Nadie podía saber lo que sucedía dentro de ellas cuando se cerraban las puertas, salvo que se vigilaran las habitaciones a través de las cámaras desde el centro de control que había a mitad del pasillo.

Estuvo tentada de ir a observar cómo se desenvolvía el inspector en una situación como aquella, si acudiría a su formación policial o si, por el contrario, se dejaría embaucar por el sinfín de posibilidades que le ofrecía operar fuera de la ley, pero decidió mantenerse al margen. No quería presionar. Le había dado cinco minutos, tan solo cinco, para obtener de la chica alguna información que le sirviera para buscar a Irina, algún hilo que pudieran seguir hasta desenrollar el ovillo que los llevara hasta Dima. Hasta los dos.

La escasez de tiempo ya era suficiente presión. Parecía poco, pero cuando alguien sabe que su vida pende de un hilo, cinco minutos son más que suficientes. Todo un regalo. Y bien aprovechados, cinco minutos podían incluso salvarle a uno la vida.

Sergei había quemado el club donde habían mantenido cautiva y explotada a Alma, pero Julien no estaba allí. No sabían dónde se encontraba ni por dónde empezar a buscar, pero si podían dar con él, estarían más cerca de la hija de Vladimir y de su hermano. Clara era su pareja, al menos eso era lo que aseguraba Alma, por lo tanto, ella debía saber dónde se escondía aquel malnacido.

Mientras esperaba, aprovechó para llamar a su padre y ponerlo al corriente sobre sus sospechas y sobre la nueva información para que Jason y Alice pudieran seguir investigando y buscando a Irina y a Dima desde el búnker.

Los agentes estaban haciendo un buen trabajo, especialmente Alice. La oficial estaba desesperada por encontrar a Dima. La culpa la carcomía por dentro. Llevaba buscando a su hermano sin descanso más de veinticuatro horas, sin probar bocado desde la noche en la que se lo llevaron. Su angustia era palpable y no había pasado

desapercibida para nadie.

Ayshane no quería ver cómo su amiga caía por el mismo acantilado de venganza por el que tiempo atrás cayó ella, pero ¿qué podía hacer? Ya había intentado convencer a la agente de que lo sucedido en el club esa noche no era culpa suya. Nadie esperaba que Elenka supiera que Dima seguía con vida ni, menos aún, que atentara contra él.

De la misma manera que Dima odiaba a Adrik, a la lugarteniente siempre le pareció que se llevaba bien con Elenka. Todo apuntaba a que los hermanos Pávlov y su hermanastra se habían aliado. Pero ¿por qué? Podía ser que Elenka tan solo estuviera comiéndole terreno a su propio hermano. Todavía mantenía la esperanza de que Adrik no supiera que Dima estaba vivo, aunque la llama de esa esperanza cada vez ardía con menos fuerza, alimentando sus temores y, con ellos, a la nueva bestia que moraba en su interior.

—Puede que su vida también esté en peligro.

Se había encerrado en el baño. Necesitaba estar sola, lo más alejada de la puerta principal de la habitación.

—No he sido nunca marinero de agua dulce —le respondió Eduard tras un corto silencio.

Sentada al borde de la blanca bañera de hidromasaje, apoyó los codos sobre las rodillas y agachó la cabeza entre los brazos; mientras hablaba por teléfono con su padre, se masajeaba la sien con la mano libre.

—Puede que Dima esté muerto —susurró intentando contener las lágrimas de impotencia, la ira del infierno que abrasaba sus entrañas.

Necesitaba decirlo en voz alta para comenzar a asumir que aquel fatídico desenlace podía ser real.

—Si Adrik o Elenka hubieran querido matar a Dima, lo habrían hecho cuando se lo llevaron, y ya habrían abandonado su cuerpo como aviso. Esto es algo mucho más grande. Aún no sé el qué, pero va más allá de una simple guerra entre hermanos.

La lugarteniente alzó la vista y se miró en la gran pared de espejo que tenía frente a ella. Quizá su padre tuviera razón. Seguían siendo una *bratva.* Separada, enfrentada, podrida y enferma, pero la misma organización criminal de siempre o, al menos, con los mismos problemas que cualquier otra mafia.

—¿Cómo está Alma? —Miró su reloj de pulsera Bvulgari de oro blanco.

Habían pasado ya los cinco minutos, pero el íntegro y bondadoso corazón del inspector bien merecía un par más. O tal vez estaba haciendo tiempo para evitar enfrentarse algún temor: disfrutar arrancándole la piel a tiras a Clara si no obtenía las respuestas que esperaba.

—Durmiendo. Sedada. No sé en qué demonios estabas pensando

cuando decidiste traerla aquí.

—No quería quedarse en La mansión. Además, en vista de los últimos acontecimientos, ha sido prudente sacarla de aquí. La mansión no es segura en estos momentos y la muchacha quiere venganza, quiere luchar. Podría sernos útil.

—Hay que partir de cero con ella y no podemos perder el tiempo con una huérfana. No somos hermanitas de la caridad ni los servicios sociales.

—Usted se encargará de instruirla.

Eduard se quedó mudo al otro lado de la línea. Ayshane miró de nuevo su reloj. Se levantó.

—Yo no...

—Usted se encargará de su instrucción —repitió en un tono que no daba lugar a réplica—. Tómeselo como una segunda oportunidad para hacer las cosas bien por una vez. Alma no tuvo la culpa de cruzarse en el camino de un error del que debió hacerse cargo hace ya muchos años y por el que madre tuvo que pagar con su propia vida. —Colgó sin darle tiempo a contestar.

Se acercó al lavabo de madera que había entre la bañera y la puerta, abrió el grifo de latón envejecido y se lavó la cara. Se secó con la toalla roja que colgaba de la puerta del mueble del lavabo mientras se miraba en el espejo.

Hasta aquella noche, siempre había reconocido a la mujer que había visto reflejada, pero no podía decir lo mismo de la que tenía frente a ella en ese momento, aunque tampoco es que le fuera una completa desconocida.

Sus ojos carentes de vida le resultaban muy familiares. Infinidad de veces había visto en su madre aquel semblante sin expresión ni sentimiento, sobre todo cuando era niña y Saya la entrenaba para convertirla en «una perfecta máquina de matar», como innumerables veces lo había expresado Dima.

Apretó la mandíbula hasta hacer chirriar los dientes al recordar la forma en la que Elenka se había llevado a su hermano, la sangre del costado abierto por el machete que su propia hermanastra clavó en el escultural torso cincelado bajo años de entrenamiento a sus órdenes. Arrugó la toalla en un puño. Solo veía sangre entre sus manos. La sangre de Dima.

Volvería a verlo aunque fuera una última vez. Aunque solo fuese para despedirse de su frío cuerpo sin vida. Dima no acabaría en una fosa común, en un descampado, bajo unas obras o en el fondo de un río. Eso no le ocurriría a su hermano. No mientras a ella le quedase un mínimo aliento de vida. Dejó la toalla sobre el lavabo y salió del baño como una autómata.

Ekaterina la miro desde la cama, petrificada. No movió ni un solo

músculo de su cuerpo. Ni siquiera pestañeó. Tan solo se atrevió a levantarse de la cama cuando Ayshane atravesó la habitación y salió al pasillo. Con movimientos torpes, asustada, presa del miedo por el ente del averno que acababa de salir del baño de su habitación, la Madame cogió su móvil y llamó a Sergei.

—Vamos..., vamos... —apremió mirando hacia la puerta cerrada—. ¡Sergei! —Escuchó a través del teléfono cómo la puerta de la habitación de al lado se abría de golpe—. ¡Salid de ahí! —le gritó.

Ayshane abrió la puerta de la mazmorra del péndulo de un portazo. Clara, colgada por las muñecas del techo en medio de la habitación diáfana, palideció al verla. La risa se le atragantó. La preciosa mujer de ébano se encontraba entre los dos hombres y, por sus expresiones, cualquiera podía intuir que no iban a ponerle un dedo encima. La sonrisa de la Diosa de la Noche se tornó en ridículos y temblorosos espasmos al ver a la Mamba Negra al otro lado de la puerta sin saber que, de la conocida serpiente, quedaba ya muy poco.

Una cuerda la mantenía colgada del techo y los pies rozaban el suelo con la punta de los dedos. Clara comenzó a revolverse intentando soltarse mientras la lugarteniente observaba desde la puerta su escultural cuerpo desnudo. No veía el tatuaje del grillo. Lo más probable era que el dibujo fuera diminuto. Un pequeño detalle con un enorme significado. El tamaño del tatuaje, por lo general, no tenía importancia, pero con aquella iluminación, en personas de raza negra como lo era Clara, un tatuaje de dimensiones considerables, como los suyos o el de su padre, era de agradecer, pues se discernían a simple vista.

Ladeó la cabeza recorriendo con la mirada cada centímetro de la oscura piel de la joven. Cogió aire por la nariz con inquietante parsimonia y lo soltó de manera abrupta, sopesando si buscar o no el tatuaje.

En realidad, le daba igual si Clara era o no un grillo. Además, Sergei aseguraba haberlo visto. Alma la había reconocido y se había delatado al intentar huir en su presencia. Ocultaba algo, estaba segura. Sabía algo e iba a contárselo todo.

—Dejadnos a solas. —Dio un paso al frente con la vista puesta sobre su presa.

Sergei cogió del brazo a Erick e intentó guiarlo hacia la puerta, pero el inspector se soltó de mala gana con un brusco ademán.

—No me has dado tiempo suficiente.

—Te he dado más del que tenemos —le respondió, mirando la pequeña mesa auxiliar de madera blanca que había junto a él—. Por lo que veo, no has sabido aprovecharlo —le dijo al ver los bisturís, las tenazas, las tijeras, navajas y demás armas limpias.

—Inspector, vámonos. —Sergei volvió a sujetarle el brazo y tiró de él hacia la puerta.

—No. —Volvió a soltarse.

Ayshane se quitó la chaqueta de cuero y la colgó del perchero que había tras la puerta.

—Cinco minutos más. —Se acercó a ella—. Solo cinco minutos.

De espaldas a la joven, la lugarteniente rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta un pequeño estuche no más grande que un tarjetero, de plata, con una mamba negra grabada en oro sobre la cubierta. Acarició el grabado, sumida en el veneno de los colmillos de la serpiente que aún luchaba en su interior.

—Te prometo que no sufrirá —le dijo sin mirarlo—. Siempre que me diga lo que quiero saber. —Alzó la vista por encima de su hombro hacia Clara.

—Mírame. —Erick la sujetó por el brazo—. ¡Mírame! —La giró hacia él. La lugarteniente siseó como un auténtico reptil. Aún le molestaba el hombro, aunque era un dolor sordo en comparación con la pira de brasas que consumían sus entrañas al pensar en el cuerpo sin vida de Dima, al imaginárselo a merced de Elenka, de Adrik—. No condenes tu alma.

Ayshane ladeó la cabeza.

—Marchaos —susurró, arrastrando la ese.

Erick la soltó. Dio un torpe paso hacia atrás con la cara desencajada. Sergei lo agarró por el hombro y terminó de sacarle de la habitación mientras la lugarteniente se acercaba a la pequeña mesa auxiliar que había junto a la joven y depositaba la caja junto a unas tenazas de acero.

«Toma mi mano. Hazlo por Dima. Venga a tu madre. Salva a tu padre».

Ya fuera de la habitación, Erick apoyó la cabeza sobre la puerta.

—¡Mierda! —Dio un puñetazo sobre la madera—. Estoy perdiéndola, Sergei.

Sergei apoyó la mano sobre el hombro del inspector y le dio un caluroso apretón.

—Si no encontramos a Dima, si no acabamos con esto, todos la perderemos.

Ayshane se quedó mirando a Clara sin decir nada. Sonrió de medio lado y se mordió el labio inferior como una lunática que se divertía.

—Habla.

—No..., no sé qué quieres que te cuente. —Intentó alejarse de ella, pero apenas llegaba con los pies al suelo. Se escurría.

Clara alzó la vista hacia sus muñecas. Tiró de la cuerda un par de veces. La lugarteniente ladeó la cabeza. Era como ver a un ratoncito asustado intentando huir de una serpiente. Sonrió.

—¿Dónde está Julien?

Cogió las tenazas de acero de la pequeña mesilla blanca. Las abrió y las cerró un par de veces. El metal chasqueó entre sus manos como un experto bailarín de claqué.

—No..., no lo sé. —Castañeó entre dientes. Ayshane dio un paso hacia ella—. ¡No, espera! —Intentó alejarse de nuevo—. Te prometo que no sé dónde está. Llevo sin verla dos días. Desde que trasladaron a la última niña.

—Irina.

—Sí, sí. Irina.

—¿Trabajas para los Pávlov?

—Les paso información, sí.

—Sobre qué y a quién.

—Sobre tu hermano. Sobre Adrik. Quieren arrebatarle el territorio, acabar con él. Por eso me acuesto con Julien. Por eso trabajo en su club.

—Mientes. —Dio un paso al frente y le sujetó las mejillas.

—No. Te lo prometo. Te juro que digo la verdad —le dijo, boqueando como un pez.

—¿Qué sabes de Elenka? —Soltó la cara de la joven como si le diera asco tocarla y la miró fijamente a los ojos.

Por el momento estaba diciendo la verdad. Puede que ella no fuera una experta en perfiles como Jason en esas circunstancias, pero sabía cuándo la engañaban. Los ojos negros como el carbón de Clara no mentían. Los ojos nunca mentían.

—Uno de sus hombres trajo a la última niña, a Irina. Era un regalo para Adrik, por eso se la llevaron. Julien no se separaba de ella. Supongo... Tiene que estar con él.

—Buena chica. —Sonrió y le dio un par de cachetes en la mejilla—. Pero hay algo que no estás contándome. —Volvió a sujetarle las mejillas con una mano—. Mi hermana trabaja junto a los Pávlov.

Las pupilas de Clara se dilataron y se contrajeron en un segundo. Ayshane ladeó la cabeza. Supuso que a la joven le sorprendía que tuviera esa información. Alzó las tenazas y acarició con la punta la suave mejilla de Clara.

—Me importa un bledo lo que le ocurra a Adrik. ¿Los negocios de mi hermana con los Pávlov? Me son indiferentes. Me da igual esa absurda guerra para ver quién se queda con el territorio del otro siempre y cuando no os interpongáis en mi camino o en el de los míos, así que... ahí va la pregunta del millón: ¿dónde. Está. Dima?

Clara negó con la cabeza mirando con ojos desorbitados las

tenazas. Ayshane le acariciaba los labios y recorría su contorno como si se los perfilara con el frío metal. La lugarteniente se encogió de hombros y sonrió.

—Está bien. —Clavó los dedos en las mejillas de la joven—. Abre la boca.

Clara volvió a negar con la cabeza e intentó soltarse de la mano de Ayshane.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas —siseó arrastrando las eses. La soltó, fue hacia la mesa y cogió unas pinzas.

—Te prometo que no sé dónde está Dima.

—Y yo que esto va a dolerte —dijo mirando las pinzas en el aire.

—André. —Volvió a tirar de la cuerda que la mantenía colgada del techo—. André Pávlov lo sabe. Él fue quien trasladó a Dima.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero es quien se ha unido a Elenka. Es a quien sirvo. Pretende destruiros. Quiere acabar con los Ivanov. Quiere el territorio de Adrik en España y el de Elenka en Rusia. Tan solo está utilizándola. Está haciéndole creer que trabajan juntos, que la ama, pero en cuanto pueda la matará.

—¿Cómo sabían que Dima estaba con vida?

—No lo sé. —Negó con la cabeza. La lugarteniente hizo el amago de dar un paso hacia ella con las tenazas y las pinzas en la mano—. Te prometo que no lo sé —sollozó—. Te lo he contado todo. Te he dicho todo lo que sé. Por favor... —comenzó a gimotear tirando de la cuerda.

No era suficiente, pero al menos tenían por dónde empezar para buscar a Dima. Los complicados engranajes de la cabeza de Ayshane comenzaron a funcionar buscando una manera de dar con el menor de los hermanos Pávlov. Localizar a André no sería difícil; no para la renovada Ayshane. Porque, si la montaña no iba a Mahoma... El pequeño de los Pávlov quería una guerra con los Ivanov, y ella, aunque no ansiaba el poder ni el territorio de sus hermanastros, iba a dársela. Al fin y al cabo, también era una Ivanov.

André Pávlov era inteligente. Sabría que la Mamba Negra no operaba para Elenka ni para Adrik, que ya no era su lugarteniente. Sus hermanastros estaban desprotegidos frente al resto de *bratvas* y Elenka no era estúpida. Entre Adrik y ella, el primero en caer sería el eslabón más débil, así que era lógico que hubiera buscado un aliado. Aunque eso supusiera entregarle parte de sus negocios a los Pávlov, era lo más seguro. Dima tan solo era para Elenka una moneda de cambio, un seguro, una forma de jugar a dos bandos. Muy habitual en su querida hermanastra.

Elenka tenía entre sus manos algo que parecía imposible. Había desenmascarado a un vivo entre los muertos. Eso le daba una buena

posición entre los Pávlov, y era su as en la manga en caso de que Adrik descubriera que su propia hermana estaba aliándose con el enemigo para arrebatarle lo que él consideraba que le pertenecía por derecho propio.

Era muy astuta, y Ayshane estaba casi segura de que no le habría desvelado a Adrik sus cartas. Elenka necesitaba tener una buena posición entre los Pávlov. La protección del Clan del Escorpión. Debía romper con años de rivalidad entre ambas familias. Necesitaba ganarse su confianza, por eso habría ido a por Dima, para demostrar que estaba completamente desvinculada de la Mamba Negra, de la Cobra Real y que, además, era capaz de enfrentarse a ellos por su nuevo clan.

Cómo había dado con Dima era algo en lo que se centraría más adelante, ahora lo primordial era salvarlo, porque estaba vivo. Si esos eran los planes de Elenka, su hermano aún debía seguir con vida.

—¿Que..., qué vas a hacerme? —le preguntó Clara, temerosa al ver que Ayshane dejaba las tenazas y las pinzas de nuevo sobre la mesa.

Capítulo 11

Cuando salió de la mazmorra, Erick estaba de cuclillas en el suelo, frente a la puerta, con la espalda apoyada en la pared empapelada con motivos adamascados en color negro que resaltaban sobre el fondo blanco. Tenía los brazos flexionados sobre las rodillas y la cara escondida entre los dos pilares que sujetaban la cabeza por la nuca. Junto a él estaba Ekaterina de pie, abrazándose a sí misma con la cabeza gacha. La alzó cuando la lugarteniente salió de la mazmorra.

La Madame tenía el rímel corrido, los preciosos y tintineantes ojos azul eléctrico irritados y la nariz roja, congestionada por las lágrimas. Frente a ella, junto a Ayshane, estaba Sergei, apoyado sobre la pared, de pie y con una pierna cruzada, en apariencia tranquilo, con la camisa blanca abotonada y la americana color petróleo, a juego con sus finos pantalones italianos, puesta, aunque arrugada. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y miraba a su mujer con su habitual semblante imperturbable.

—Deberíais dejar el melodrama para alguien que mereciera la pena. —Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta.

Erick alzó la cabeza y la miró encendido. Las fronteras que formaban sus pestañas acentuaban el ambarino brillo de las finas hebras que rompían en mil pedazos el centelleante verde jade de sus ojos.

—No lo entiendes, ¿verdad? —gruño entre dientes.

—Soy la única que parece comprender cómo funciona esto —le respondió marcando el teléfono de su padre. Se colocó el móvil en la oreja—. De ti podía llegar a esperármelo, siempre intentando salvar a todo el mundo... —Suspiró—. Diga a Alice y a Jason que localicen a Julien, el dueño del club. Irina está con él. Hay que localizar también al menor de los Pávlov. Es quien tiene a Dima. —Colgó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo—. Vuelve al búnker. Ekaterina, acompáñalo.

—No. —Se levantó del suelo—. Deja de esconderte de mí. —Fue junto a ella y miró hacia la puerta entornada de la mazmorra—. ¿Qué es lo que no quieres que vea esta vez?

Erick abrió la puerta de par en par y alzó la vista hacia la joven que

colgaba de la cuerda en mitad de la habitación. Desnuda, con la cabeza caída hacia delante, sin vida. Limpia e impoluta. No había sangre en su piel de ébano, ni en las armas ni en las herramientas que había sobre la mesilla blanca que habían colocado junto a ella.

Ayshane lo miró por encima de su hombro. Era desolador comprobar la poca confianza que parecía depositar en ella. ¿Cómo podía asegurar que la amaba si no la creía capaz de controlar a la bestia que acababa de despertar en su interior? ¿Cómo podía querer a una persona a la que consideraba un monstruo del que no podía fiarse, al que se temía?

—Te dije que no sufriría si me decía lo que quería saber. No soy una vulgar asesina, aunque siga siendo una hija de la *bratva*.

La lugarteniente miró a Ekaterina. La Madame se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, parecía... esperanzada, tal vez aliviada. No lo entendía. Después de tantos años... Aunque la sintiera como una madre, quizá la Madame no la conocía tanto como Ayshane creía.

—Erick, ¿por qué...? —Carraspeó—. ¿Por qué no me acompañas al búnker? —Fue hacia él y se agarró a su brazo con simulada entereza —. Alma está allí. —Tiró ligeramente de él—. La pobre estará asustada después de todo lo que ha pasado. Sola, en un lugar nuevo y rodeada de desconocidos. Aquí ya no hay nada que podamos hacer y esa chiquilla necesita sentirse segura. Necesita ayuda.

Erick intentó acariciar la mejilla de la lugarteniente, pero ella retiró la cara. Añoraba su contacto, sin embargo podía más el desgarrador sentimiento de abandono de fe con el que el inspector acababa de fustigar su alma que el amor que sentía hacia él. Un amor al que se había aferrado con todas sus fuerzas para no abrir en canal a la joven que había traicionado la confianza de la Madame, que había puesto en peligro a quien ella consideraba su *mat´* y que había permitido que abusaran de inocentes niñas que no se merecían un destino como el lugar en el que las habían retenido en contra de su voluntad todos aquellos años.

—Marchaos. Sergei y yo recogeremos todo esto.

Se quedó mirando cómo Ekaterina se llevaba a un aturdido Erick a trompicones. Atravesaron el pasillo que iba iluminándose hacia las escaleras de servicio según iban acercándose. El agente se detenía y alzaba la vista por encima de su hombro hacia Ayshane, pero Rina le decía algo y lo convencía para que siguieran su camino, hasta que por fin desaparecieron.

—Trae una lona, plástico para cubrir la habitación, clavos, un martillo y una fotografía de André Pávlov, de su rostro, en tamaño DinA4.

Sergei se marchó por el pasillo sin decir nada en dirección hacia las

escaleras por donde se habían ido Ekaterina y Erick. Ayshane volvió a entrar en la mazmorra. Se quitó de nuevo la chaqueta y la colgó en el perchero que había junto a la puerta. Se quedó mirando a la joven, juzgándose a sí misma como había hecho cada vez que había arrebatado una de las vidas que tanto pesaban sobre sus hombros.

El que fuera la mano derecha de su padre no tardó en volver con todo lo que le había pedido. Entró a la mazmorra en silencio y fue hacia a la mesa auxiliar.

—¿Está usted bien? —Dejó la lona y el plástico apoyados sobre la pared pintada de morado.

Ayshane estaba frente al cuerpo negro, joven y desnudo de Clara, que colgaba por las muñecas como una res en un matadero.

—Puedes volver al búnker. —Se acercó al plástico que Sergei había apoyado sobre la pared—. Deberías descansar. Esto no ha hecho más que empezar y te necesito despejado y al cien por cien.

—Si no le importa, preferiría quedarme junto a usted.

—¿Has traído la fotografía de André Pávlov, el martillo y los clavos?

—Lo tiene todo encima de la mesa.

La lugarteniente comenzó a colocar el plástico sobre la moqueta color marfil del suelo de la mazmorra, asegurándose de cubrir la zona que había bajo el cuerpo de la joven.

—Puedes marcharte.

Se sacó una mariposa de oro negro con los filos en plata y escamas grabadas en la empuñadura, muy parecida a la que un día le regaló a Dima cuando tenía la edad de Alma. Su hermano siempre la llevaba con él allá donde iba. Se quedó mirándola. La acarició con el pulgar de la mano que Erick le había vendado en el parque.

—Si me permite el atrevimiento, el inspector Román...

—Vete.

Se acercó al cuerpo sin vida de Clara. Sergei tardó un par de minutos en acatar la orden, pero se marchó sin decir nada, dejando a Ayshane sumida en sus pensamientos, mirándola por última vez antes de cerrar la puerta desde el pasillo, mientras la lugarteniente cortaba las ataduras de las muñecas de la joven.

El cuerpo sin vida de Clara cayó a plomo sobre el suelo enmoquetado recubierto de plástico. La colocó bocabajo. Se acercó a la mesa auxiliar entre los chasquidos del plástico bajo sus botas. Cogió un bisturí y miró el filo a través del reflejo de la luz de los cristales de la lámpara de araña que colgaba del techo. Se arrodilló junto a su cuerpo y le acarició la espalda. Era suave, de un precioso moreno que bajo la luz parecía brillar con luz propia. Todavía estaba caliente. Movió su media melena afro. «Aquí estás». Bajo los rizos que le cubrían la nuca, vio el tatuaje del grillo. Acercó el bisturí a la espalda

de Clara. Dudó durante un instante si era lo correcto. Era habitual, pero... Alzó la vista de manera inconsciente hacia el diminuto insecto tatuado que no le había dado muy buenos consejos a aquella mujer. Cogió aire por la nariz, lo soltó muy despacio por la boca y comenzó a grabar sobre su espalda el primero de sus mensajes, como buena hija de la *bratva*.

«Tic, tac, tic, tac, ha comenzado tu cuenta atrás. Tic, tac, tic, tac, esta noche morirás. Tic, tac, tic, tac, no te escondas, no escaparás. Tic, tac, tic, tac, te encontraré, aquí estás».

Limpió la hoja del bisturí sobre el firme glúteo de la chica. Se levantó, volvió a dejarlo sobre la mesa y se quedó mirando su cuerpo, cómo la sangre recorría con lentitud el oscuro contorno de su cintura, de su costado, hasta caer en el plástico.

Cogió las tenazas y las pinzas. Volvió junto a ella. Con la punta de la bota volteó el cuerpo y se arrodilló junto a su rostro. Era muy guapa. Tendría veintitrés o veinticuatro años. ¿Qué podría haber llevado a una preciosa joven como ella a entrar en un mundo como el suyo? Nunca lo entendería. Jamás comprendería cómo alguien en su sano juicio, con toda una vida por delante, querría formar parte de manera voluntaria de una organización como a la que ella había pertenecido. Qué motivación podría encontrar un ser humano para cumplir condena perpetua en la vida pudiendo ser libre.

Con la mano herida, envuelta en el jirón de la camiseta de Erick, le acarició los labios. Con la punta de los dedos presionó sobre su barbilla y le abrió la boca. Con las pinzas le sacó la lengua. Colocó las tenazas sobre el músculo. Advertiría a sus enemigos de que Clara había hablado, que la Mamba Negra sabía todo lo que la joven le hubiera contado, que había delatado a los suyos y que esa información ahora estaba en su poder. Cerró los ojos cuando le cortó la lengua y giró la cara hacia un lado. Sin mirar, dejó el apéndice sobre el plástico, que se anegaba de sangre alrededor de la nuca. Una sangre procedente de la parte del cuerpo amputada y de la comisura de sus carnosos labios.

Se levantó con el gesto contraído por el asco. No era agradable. Ella no quería...

«Toma mi mano. Hazlo por Dima. Venga a tu madre. Salva a tu padre».

Volvió a la mesa, buscó unas tijeras, se hizo con la foto de André Pávlov y recortó los ojos. Cogió el martillo y uno de los cinco clavos que había traído Sergei y volvió junto al cuerpo de la joven. Se acuclilló a la altura de su hombro con cuidado de no mancharse con la sangre que aún manaba de la comisura de sus labios y colocó la fotografía del menor de los Pávlov sobre el rostro de la mujer. El tono

oscuro de su piel resaltaba la palidez del hombre que le cubriría la cara. De un golpe seco, sin pensárselo dos veces, clavó la foto sobre la frente asegurándose de que los ojos recortados de André Pávlov coincidían con los párpados caídos y sin vida de Clara.

Dejó el martillo en el suelo, se irguió, fue de nuevo hacia la mesa y se quedó mirando su macabra obra de arte.

Un aviso para Adrik que, sin duda, lo haría revolverse allá donde estuviera escondido. Otro para los Pávlov, pues debilitaría los lazos que hubieran creado con su hermanastra al no ser mencionada, como si Elenka aún estuviera bajo la protección de la Mamba Negra; un farol que esperaba que funcionara. Y un mensaje alto y claro para Julien, quien, con suerte, se daría por aludido. Si eso era lo que le había hecho a su pareja, ¿qué no le haría a él?

Miedo. Tan solo eso les haría cometer un error. Pensarían que la Mamba Negra estaba de caza, y así era. Lo que no sabían era que su destino dependía de un ancestral reptil mucho peor que la serpiente que clamaba sangre y venganza.

Cogió la pequeña caja de metal abierta que había dejado cuando entró en la habitación sobre la mesa blanca, ahora salpicada con manchas de sangre. Faltaba un vial. Le había prometido a Erick que no la haría sufrir y, en realidad, no la había torturado. Clara le había contado lo que necesitaba por sí misma, y Ayshane había cumplido, porque, en el fondo, ella no era como Taiyo. No quería ser como su abuelo.

Clara sabía que iba a morir, que la mataría, pero, en lugar de cortarle la garganta, apuñalarla o dispararle, le había inyectado el veneno de una mamba negra. Su sello de identidad, su marca. Un cuerpo más para el expediente del asesino en serie al que la policía aún no había detenido y que, hasta el momento, ni siquiera relacionaban con los Ivanov, pero que, a partir de aquella noche, les abriría nuevas vías de investigación.

El veneno era muy potente. Estaba concentrado para matar en segundos. A Clara ni siquiera le había dado tiempo a agradecerle la piedad que la lugarteniente mostró en el último momento. Lo había intentado, pero se quedó con la palabra en la boca.

Aquello hizo que se sintiera extraña. Ver cómo una de sus víctimas le daba las gracias por haber mostrado compasión. La clemencia que no merecía. Quizá por eso no le pareció correcto el castigo al que había sometido el cuerpo de la joven. Pero Clara tampoco había mostrado respeto por ninguna de las niñas que habían pasado por el club. No merecía la piedad con la que le arrebató la vida, ni remordimientos, aunque..., después de todo, puede que la mujer conocida como la Diosa de la Noche no fuera consciente del peligroso mundo en el que estaba adentrándose. Puede...

—¡Oh, basta! —se regañó a sí misma. «Se lo tenía merecido», pensó.

Guardó la cajita de metal con una mamba negra grabada en una de sus tapas en el bolsillo interior de la chaqueta que tenía colgada en el perchero de la puerta, sacó el móvil del bolsillo lateral y llamó a Jason.

—Ven a buscarme a La mansión. Trae uno de los coches. ¿Tienes a Alice cerca? —Miró de reojo el cadáver de Clara.

—Está en logística.

—Necesito que entre en los servidores del centro de operaciones de la policía.

—¿Los servidores del complejo? ¿Para qué?

Ayshane puso los ojos en blanco, suspiró y miró la hora en su reloj.

—Son las cinco y media de la mañana. No tengo tiempo para esto ahora. Te espero en la puerta de servicio de La mansión. Cuando llegues envíame un mensaje. Ven solo. No quiero a Erick por aquí.

Estaba cansada y lo que menos le apetecía era tener que bregar con el inspector. Ya ajustaría cuentas con él más tarde, porque estaba segura de que en cuanto se enterase de lo que iba a hacer, Erick pondría el grito en el cielo y puede que incluso la distancia que, hasta el momento, parecía haber evitado a toda costa poner entre ambos.

Jason apareció al cabo de media hora, tiempo que Ayshane aprovechó para envolver el cadáver de Clara en el plástico. Recubrió todo el paquete con la lona negra que le había llevado Sergei y bajó a Clara arrastrándola por las escaleras, intentando hacer el menor ruido posible.

Apoyó el cuerpo sin vida de la joven junto a la pared de la escalera de servicio como si fuera una alfombra vieja y esperó. Notó que le vibraba el móvil en el bolsillo. Llevaba haciéndolo desde que llamó a Jason. Lo sacó. Tenía cinco llamadas perdidas de Erick y un mensaje. Abrió la aplicación de mensajería rezando porque no fuera él.

Jason:
Estoy en la puerta.

Abrió y miró a Jason entre las luces y las sombras de la madrugada. Siempre era difícil saber lo que podía estar pasando por su cabeza. Sabía contener muy bien sus emociones tras una máscara de indiferencia que Ayshane sabía que no era más que eso, una máscara; muy parecida a una de las muchas que ella utilizaba a diario, pero que Jason tenía el don de cubrir de una divertida, irónica y sensual capa de falsa alegría.

—¿Vas a decirme ahora por qué Alice está jaqueando los servidores del centro de operaciones? ¿O por qué casi he tenido que escaparme del búnker como un cholo para que Erick no viniera detrás de mí? ¿No estarás pensando en entrar allí? Eso sería una locura, lo sabes, ¿verdad? ¿Qué se te ha perdido en la boca del lobo? Estás en busca y captura, ¿recuerdas? Y se supone que yo estoy muerto.

—Ayúdame a cargarla en el coche. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección hacia el bulto que reposaba sin vida sobre la pared—. Tenemos una entrega urgente.

Jason entró en La mansión y miró el cadáver envuelto de Clara antes de alzar la vista hacia ella.

—Tú no estás bien de la cabeza.

—Dijo el cuerdo del manicomio. —Y enarcó una ceja, sonriendo de medio lado.

Capítulo 12

El centro de operaciones de la policía, donde se asentaban los grupos operativos más famosos que llevaban los casos más importantes, no era para Ayshane un nuevo mundo por descubrir. La lugarteniente ya había entrado a hurtadillas en aquellos bloques de hormigón armado, simétricos, idénticos unos a otros salvo por la posición que ocupaban entre los jardines, los aparcamientos y los campos de entrenamiento. El complejo estaba cercado por un muro de cal blanca supuestamente infranqueable gracias a un perímetro coronado de alambre de espino, torres de vigilancia cada diez metros, cámaras de seguridad y sensores de movimiento. Un bastión donde los mejores policías prestaban sus servicios para librar a la sociedad de personas como los miembros de la familia Ivanov.

—Esto es una locura.

Jason aparcó al otro lado del complejo, tras el edificio de oficinas que había enfrente. Ayshane se desabrochó el cinturón, consciente de que era una pésima idea. No le preocupaba el acceso. La lugarteniente ya se había paseado en infinidad de ocasiones por los pasillos y despachos de los hombres y las mujeres del cuerpo asignados a los casos de su familia como si caminara por su propia casa. Conocía los despachos que habían sido de Erick y Jason en la brigada hasta que decidieron unirse a ella, y había llegado incluso a tomarse la libertad de modificar datos que Erick anotaba en la pizarra. Lo que nunca había hecho era entrar con equipaje de mano.

Ayshane sabía que iba a ser complicado moverse por los jardines con el cadáver de Clara. Le servía cualquier punto del complejo para abandonarlo, pero debía asegurarse de no ser detectada por los coches patrulla que recorrían el perímetro interior.

—Vigila que no se acerque nadie.

La lugarteniente bajó del coche. Fue directa al portal de la comunidad de propietarios que había junto a la oficina de Correos y que ocupaba uno de los locales comerciales de la planta de calle del edificio. Habían aparcado enfrente. Del interior del hueco de una de sus botas extrajo el pequeño estuche de ganzúas para colarse en el adormecido edificio. Entró a oscuras y llegó hasta el estrecho pasillo

que había junto a las escaleras. Acariciando el gastado gotelé de la pared, se situó frente a la entrada del cuarto de contadores de las viviendas de ladrillo visto.

El edificio tenía tres plantas, y nada tenía que ver con la policía ni con las oficinas anexas al bloque. Abrió el cuarto de contadores, ganzúas en mano, alumbrada con la escasa luz de la calle que entraba por los ventanales enrejados de la puerta principal. Dejó la puerta entornada y volvió a recorrer el pasillo. Atravesó el portal, se asomó para asegurarse de que no había nadie y le chistó a Jason. Lo llamó con la mano cuando este la miró y esperó a que llegara hasta ella.

—Sujeta la puerta y vigila.

Jason sacó su arma. Sujetó la puerta con sus casi dos metros de altura y vigiló el exterior mientras ella se dirigía al coche. Antes de abrir el maletero se aseguró de llevar su M&P9 a la espalda. Entonces sacó el cuerpo de Clara envuelto en la lona negra, cerró con cuidado el maletero y fue arrastrándolo hacia el portal.

—Puedes marcharte —gruñó cuando pasó junto a Jason arrastrando el cuerpo hacia el interior del edificio.

—Ni lo sueñes. Voy contigo.

El agente ayudó a Ayshane a llevar el cadáver hasta la puerta entornada del cuarto de contadores.

—Vuelve al búnker, Jason. —Dejó el cuerpo junto a la puerta.

—Si Erick me ve volver sin ti, soy hombre muerto.

—Si entramos los dos al complejo, Erick será el menor de tus problemas.

Se retaron con la mirada en silencio unos segundos a través de las luces y sombras que se colaban por la entrada principal del portal.

—Está bien. Me alejaré un par de manzanas, pero me quedaré hasta que salgas.

—No es necesario que...

—Somos un equipo. Cuando termines, avísame. Te esperaré en la puerta.

«Ojalá Erick lo viera de igual forma». ¿Por qué no se había enamorado de Jason? Era oscuro. Había rabia en su interior. Entendía y comprendía la venganza, pues también se había abrazado a ella cuando las autoridades de los Estados Unidos intentaron encubrir el asesinato de su hermana. Pero era muy difícil engañar a un hombre como él. El agente dio con los asesinos y se vengó de manera cruel, sádica y visceral; tal y como no debía obrar un inspector de la policía ni nadie del antiguo destacamento Delta del que había formado parte antes de huir a España.

Si el destino, la casualidad o el maldito universo habían decidido que se enamorara de un poli, ¿por qué había tenido que ser Erick? Ayshane estaba segura de que con Jason habría sido todo mucho más

fácil.

Además, el agente estaba de muy buen ver: un torso esculpido en el ejército, marcado por la guerra, sin un ápice de grasa corporal; todo músculo, muy bien cincelado. Un cuerpo tan grande que, a simple vista, podía parecer tosco. Serio, duro, curtido en no muy buenos campos de batalla. Sus movimientos eran delicados como los de un leopardo, animal del que había heredado no solo su elegante soltura, sino también el color de sus ojos: mostaza salpicada de imperfectas y diminutas manchas negras que le otorgaban a su mirada un inquietante halo capaz de traspasar el alma, de ver más allá.

Con un rápido golpe de vista, Jason era capaz de desnudar a cualquiera, de convertirlo en un ser insignificante.

Una cualidad muy útil para un policía que, junto a su instinto para detectar la maldad, lo convertían en un agente perfecto a los ojos del cuerpo. Pero Ayshane no era imbécil. Ella sabía ahondar en el pasado y el presente de las personas. Tenía paciencia y era capaz de pasar largas temporadas de tiempo estudiando a un individuo hasta conocerlo tan bien que podía predecir incluso sus pensamientos. Por eso estaba convencida de que esa destreza que Jason tenía para desmontar a un arrestado nada tenía que ver con su olfato policial. Ayshane estaba segura de que el agente sabía qué tenía que buscar, porque era capaz de verse reflejado en el mismo mal que pretendía combatir.

—Está bien. —Suspiró—. Como quieras, pero ten cuidado.

El agente ayudó a Ayshane a meter el cuerpo en el reducido cuarto de contadores. Alumbrada por una pequeña linterna que el inspector llevaba en la chaqueta de cuero marrón, buscó en el suelo la arqueta que llevaba a un pequeño butrón que habían socavado en la pared hacía varios años. Aquel agujero conducía a unas antiguas galerías de una línea de metro en desuso que atravesaban la calle y el centro de operaciones. Con ayuda de Jason, tiró el cuerpo de Clara por el agujero y se metió.

—Ash.

Ayshane asomó la cabeza antes de desaparecer. Jason se puso de cuclillas junto a ella.

—Estamos contigo. Incluido Erick. —Le acarició la mejilla.

La lugarteniente apretó la mandíbula al notar la mano de Jason sobre su suave y nívea piel. Luchó contra aquellos fantasmas de su pasado que la hacían repeler cualquier tipo de contacto y apego con otro hombre que no fuera Erick, el único que había conseguido atravesar sus barreras y al que le había permitido tomar el control de su cuerpo hasta el punto de añorar sus caricias.

—Te llamaré cuando esté de nuevo por aquí.

Cuando Jason cerró la arqueta, se dejó caer sobre el cuerpo sin vida

de Clara y sacó la pequeña linterna que llevaba en uno de los bolsillos de su cazadora.

Era un plan suicida. Una locura que, si salía mal, podría acarrearles más problemas de los que ya tenían. Represalias, incluso. Pero tenía que intentarlo y, además, era lo único que podía hacer mientras Sergei y Alice buscaban a Irina y a su hermano.

Atravesó la galería en silencio con la pequeña linterna en la boca, conteniendo las náuseas que le producía el pestilente hedor a podrido, humedad y heces de rata. Arrastró el cadáver de Clara por el pasillo sobre el lodazal de roña, suciedad y excrementos. A medio camino, en penumbra, se quitó el trozo de camiseta con el que Erick le había vendado la mano. Se miró el dorso a través de la luz de la linterna. Ya no sangraba. El hombro a penas le dolía. Le molestaba, sentía pinchazos en los músculos que hacían el juego de movimientos, pero podía soportarlo. Otra cosa era la congoja, la presión y la incertidumbre que le abrasaban las entrañas al imaginarse cómo reaccionaría Erick cuando se enterara de lo que le había hecho al cuerpo de la joven Clara.

El testarudo inspector seguía llamándola, seguía sintiendo la vibración del móvil en su bolsillo. Cansada, dejó escapar el aire de sus pulmones, volvió a agarrar el cadáver envuelto en la lona y lo arrastró por la galería. Escuchó el repiqueteo del agua de alguna filtración, probablemente de los jardines del complejo. Depositó el cuerpo sin vida de Clara en el barro. Se sacó la linterna de la boca y alumbró el techo de la galería. Los mugrientos adoquines se habían convertido en cemento sin embellecer con grietas de las que sobresalían pequeñas raíces. Olía a humedad, a tierra mojada, a naturaleza abriéndose paso entre los restos de una civilización que había olvidado mantener aquellos túneles. Volvió agarrar la linterna con la boca, recogió el cadáver envuelto en la lona, ahora manchada de barro y excrementos de roedor, y siguió arrastrando el cuerpo sin vida de la joven por el túnel.

La única manera de acceder al complejo era a través de una trampilla que llevaba al antiguo campo de entrenamiento de la única unidad de élite desterrada de aquel bastión: los Ángeles Caídos.

Eran un grupo de dementes sin apego por su propia vida de los que hasta sus propios compañeros huían. Los «perros de presa», o el «antiguo testamento», como los llamaba su padre, capaces de provocar la ira de Dios en la tierra con tal de darles caza a aquellos que estaban en su lista.

Cuando la policía tenía verdadero interés en encontrar a alguien vivo o muerto y los demás grupos no eran capaces de dar con ellos, o eran demasiado peligrosos, enviaban a los Ángeles. Pero aquellos pobres diablos estaban saturados de casos, de infieles y malnacidos.

Eran muy pocos los agentes que conformaban esa unidad liderada por Miguel, conocido como Aquiles, de quien se decía que era la reencarnación en la tierra del antiguo guerrero que encontró la muerte en Troya, y por Aitana, más conocida como la Espartana, una joven policía a la que Ayshane, durante sus años como lugarteniente de Eduard, había vigilado muy de cerca. Aunque todos veían en Aquiles un peligro, ella estaba convencida de que era la Espartana quien podría convertirse en un quebradero de cabeza para ella y los suyos.

Apagó la linterna cuando escuchó los primeros cánticos de los pájaros más madrugadores que se colaban por la trampilla y la advertían de que no le quedaba demasiado tiempo. Amanecería en un par de horas. Menos, quizá. No quería dejar el cuerpo sin vida de Clara en mitad del antiguo campo de entrenamiento de los Ángeles. Estaba demasiado cerca del acceso que ella solía utilizar. Podía necesitarlo más adelante, pero no tenía muchas más opciones.

Llegó hasta la trampilla de metal, lo supo al escuchar el motor de uno de los vehículos que vigilaban el perímetro interior. Inspiró profundamente, recreándose en el olor a humedad de los campos de hierba recién cortada que rodeaban todos los edificios del complejo policial. Esperó un par de minutos antes de moverse. Dejó el cuerpo de Clara colocado sobre la pared como un rollo de tela sucio y envuelto para ser trasladado. Saltó, apoyó un pie sobre la pared de cemento, se impulsó y se sujetó a los barrotes de acero. Colgando del metal, a tientas con uno de sus pies, buscó una piedra que sobresalía del muro para poder apoyarse, empujar la trampilla y salir.

Empujó los barrotes, se asomó para comprobar que no había nadie y cuando abrió la trampilla del todo rezó para que Alice hubiera jaqueado los sistemas de seguridad.

Suspiró aliviada al comprobar que no habían saltado los sensores de movimiento. Alice había cumplido. La única de los tres agentes reclutados que parecía acatar sus órdenes sin oponer resistencia, sin prejuicios ni juicios de valor. Precisamente de la que menos se esperaba que pudiera llegar a adaptarse a su mundo; era tan racional... Pero, para sorpresa de todos, era la que mejor parecía comprenderlo. Aunque no sabía qué pensaba sobre lo que le había hecho a quien fuera su compañera y superior en la brigada, ni lo que pasaría por su mente cuando se enterara de lo que le había hecho a Clara. Porque se enterarían. Puede que la opinión pública nunca supiera la verdad, pero ellos, y también Adrik, Elenka, los hermanos Pávlov y cualquiera que trabajara para una organización criminal, se encargarían de averiguar hasta el último detalle de lo sucedido.

Salió del maloliente agujero. Se acuclilló y volvió a mirar a su alrededor a la vez que aspiraba los aromas del antiguo campo de entrenamiento de los Ángeles que le traía la suave brisa de la

madrugada, y concentrada en los sonidos de la vegetación de los jardines que rodeaban los edificios que conformaban aquel complejo policial y en las malas hierbas de aquel campo abandonado. Estaba sola. Debía obrar con rapidez.

Metió medio cuerpo en la trampilla. Entre gruñidos apenas audibles, consiguió sacar el cadáver de la joven envuelto en la mugrienta lona negra. Cayó de culo al suelo entre la hierba seca. Se llevó la mano al hombro y lo movió en círculos un par de veces para descongestionar los ligamentos, sentada con el cuerpo de Clara entre sus piernas. Se levantó y lo arrastró unos metros hasta el primer árbol que se encontró, que se hallaba cerca del muro de la cara posterior del complejo. Con la mariposa que llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero negro, se dispuso a desenvolver el cadáver. Cortó la lona en jirones, la trenzó vigilando que no hubiera nadie cerca y colgó a Clara por las muñecas de una de las ramas del árbol. También colocó la fotografía de André que la joven llevaba clavada en la frente. Se había arrugado y pegado a su rostro por la sangre reseca del interior de la boca y del orificio del clavo.

—Perfecto —dijo para sí, admirando su macabra obra antes de volver a la trampilla.

—Un trabajo magnífico, no cabe duda. Digno de una mujer como tú.

Ayshane sacó su M&P9 y apuntó hacia aquella voz femenina. Provenía de entre las sombras de unos antiguos bancos de dominadas oxidadas, junto a unas espalderas horizontales al lado de un árbol. Miró a la mujer intentando ocultar su sorpresa. No se había percatado de su presencia. ¿Quién era? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cómo había logrado acercarse tanto sin escucharla?

—¿Quién eres? —le preguntó grabando a fuego en su mente el tono de la voz de esa mujer y el contorno de su cuerpo, embutido en un traje de pantalón de corte japonés.

—Tu reflejo. Alguien en quien llegarás a convertirte algún día. Yo también pasé por lo mismo que tú estás pasando ahora pero, a diferencia de ti, no contaba con el apoyo de los que me rodeaban. Tan solo una persona creyó en mí y, gracias a ella, mi esencia se mantuvo intacta, pese a todo. Gracias a tu madre, a su recuerdo, no he cruzado esa línea que tú temes cruzar.

La lugarteniente miró de medio lado a la mujer y comenzó a bajar el arma con cautela.

—¿Qué sabes de mi madre?

—Que hizo un buen trabajo contigo. Te cuidó y te protegió. Yo no lo habría hecho mejor. Ya estás preparada. Puedes volver a hacer aquello que siempre se te negó por tu propio bien. Ya eres capaz de controlarlo, solo debes creer en ti. Tienes la fuerza, el honor y el

respeto de tus adversarios. Tienes... el poder que yo no tuve. —Ayshane frunció el ceño. No entendía nada—. Busca a aquellos que crean en ti. Apóyate en ellos y no los sueltes o te verás arrastrada a un mundo del que jamás podrás salir. No permitas que tu odio acabe con lo que tu madre protegió con su propia vida. No me hagas tener que acabar con nuestro sueño, no quiero ser yo quien acabe contigo. Jamás me lo perdonaría y me arrastrarías a tu lado, condenando al resto.

La desconocida se colgó del banco de dominadas. Saltó hasta las espalderas y, desde ahí, al árbol en el que Ayshane había colgado el cuerpo de Clara. Se impulsó. Pasó por encima del alambre de espino del muro y la perdió de vista.

—Ah, no —dijo para sí—. Ni lo sueñes.

Salió corriendo tras ella. No podía dejarla marchar así como así.

Saltó a la rama en la que había colgado el cadáver de la joven. Se agarró con las manos y se impulsó hacia el muro blanco. Cayó de cuclillas sobre la acera de la fachada trasera del complejo. Siseó y se llevó la mano al hombro. Miró a ambos lados acariciándose la articulación mientras buscaba a la mujer. La vio recorriendo el perímetro exterior entre las últimas sombras de la madrugada y, a continuación, escabulléndose entre los coches aparcados bajo los primeros rayos del amanecer. Sonrió de medio lado. Era rápida, muy rápida. Sacó el móvil y llamó a Jason.

—Parte trasera del complejo. Una mujer intenta huir. Morena, con el pelo largo y trenzado. Vestida de negro. —Se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo y corrió tras ella.

Utilizó la misma técnica que aquella mujer para burlar a los agentes que vigilaban el complejo desde las torres de seguridad. Aprovechó los primeros rayos del sol reflejados en los espejos de los coches y las últimas sombras de la noche. Cruzó la calle cuando llegó a la esquina. Fue hacia los soportales del edificio que había frente a la parte trasera del centro de operaciones de la policía y se refugió entre los setos que resguardaban las entradas de los portales y las tiendas. Se agazapó junto al muro vegetal de ficus. Los aspersores se encendieron y uno de ellos le salpicó la cara con agua congelada. Se limpió la mejilla con el dorso de la mano y bufó al acariciarse de manera brusca la herida que aún tenía en el rostro mientras seguía persiguiendo a la mujer desconocida. Entonces, cuando la vio alzarse un par de portales por delante de ella, entre dos jardineras colonizadas por palmeras enanas, salió corriendo hacia la esquina del edificio por donde debía aparecer Jason. Sonrió. Le encantaba cazar. Corrió. Sacó su arma antes de doblar la esquina y frenó en seco.

La puerta del coche estaba abierta en mitad de la calzada. Jason se había bajado y se había enfrentado a aquella misteriosa mujer, pero lo

había derribado y estaba inconsciente, estrangulado entre sus brazos.

Capítulo 13

¿Cómo? ¿Cómo era posible? Jason era el mejor de los tres agentes reclutados en el combate cuerpo a cuerpo. Ayshane solo había tardado unos segundos en llegar hasta allí. ¿Cómo había conseguido aquella mujer dejar a semejante hombre fuera de juego en tan poco tiempo? Dima lo entrenó, depuró su técnica, y no era tan fácil dejar KO a Jason.

La lugarteniente miró la pierna del agente. Jason estaba herido, su pantalón mostraba un corte profundo que había alcanzado su muslo, pero no vio que la mujer portara ningún arma. Tampoco había machete alguno en el suelo.

Ayshane se fijó entonces en la larga melena trenzada que le caía hacia delante, sobre la cazadora de piel marrón del que era el mejor amigo de Erick, del que para ella era uno de sus hombres.

Nunca había dejado atrás a nadie. Jamás permitió morir a ninguno de sus Víboras si en su mano había estado evitarlo, aunque eso le hubiera costado más de un castigo, y Jason no iba a ser menos, todo lo contrario.

Un brillo en la punta de la trenza de la mujer llamó su atención cuando esta movió el brazo. La tenía metida en una funda de acero en forma de estrella. Aquel tipo de arma... Solo conocía una organización que la utilizara. Solo una familia. Aquella mujer debía ser muy diestra en el combate para no cortarse a sí misma los brazos, las piernas, el vientre, la espalda, la cara o el cuello. La lugarteniente lo sabía bien. Su madre le regaló una parecida en forma de garra. Le enseñó a utilizarla y se llevó más de un susto con aquella funda de acero.

—Suéltalo —siseó, arrastrando la ese.

No dejó de apuntar a la cabeza de la mujer. Dispararía a matar. Acabaría con su vida si no liberaba a Jason. No podía volver sin él al búnker. Erick y Alice no se lo perdonarían jamás, y Jason no merecía morir.

La mujer alzó la vista. Llevaba la cara tapada con una tela negra hasta la nariz como un antiguo guerrero samurái, como algunos de los peligrosos luchadores de las sombras que solo salían en la noche y arrebataban más de una vida antes del amanecer sin que uno pudiera

defenderse. Familias enteras habían perecido a manos de ellos, casi extintos, cuya leyenda Ayshane conocía a la perfección. Era la historia de su familia, la historia de cómo su abuelo, Taiyo, había creado su imperio con el sufrimiento, el dolor y la sangre de padres, madres e hijos cuyo único error había sido cruzarse en el camino del temido Dragón Negro de la Yakuza.

La ascendencia nipona de aquella mujer era indiscutible. Tenía los ojos rasgados, de un marrón tan intenso que parecía negro. Llamaban la atención de manera exagerada sobre su nívea piel. Un brillo aterrador creado por el fuego del infierno que advertía un gran peligro. Mostraba además una cicatriz en la sien que bajaba por su pómulo y se perdía bajo la tela que cubría la mitad de su rostro. Parecía un dibujo, pero a aquella distancia Ayshane no podía distinguir muy bien qué era. La lugarteniente calculó que mediría alrededor de un metro ochenta, setenta y cinco quizá, más o menos como ella. Era delgada y atlética. Y fuerte, tanto que había podido derribar a Jason sin problemas.

—Es una monada. —Besó al agente en la comisura de los labios antes de soltarlo. El cuerpo de Jason cayó como un peso muerto sobre las losetas blancas y rojas de la acera—. Lo siento, pero debo volver antes de que me echen de menos. —Escurrió dos dagas plateadas por el interior de la manga de su antebrazo—. Ha sido un placer —le dijo antes de lanzárselas a Ayshane y desaparecer.

La lugarteniente pudo esquivar una de las dagas. La otra le dio de pleno en el hombro en el que había recibido la mayor parte del golpe cuando se precipitó con el SUV sobre la M30. Soltó el arma y gritó al notar el frío metal clavado en su carne. Cayó al suelo de rodillas y, ahogando un gruñido, se sacó la daga del hombro. Soltó el aire de los pulmones de manera abrupta y se taponó la herida. Miró la empuñadura dorada. Un dragón. Un dragón dorado.

Alzó la vista y miró a Jason. Bufó al apoyar el brazo herido sobre la acera. Un reguero de sangre recorría el brazo por debajo de la chaqueta y se miró el dorso ensangrentado. Alzó la vista hacia Jason.

—No. —Se escapó de entre sus labios en una exhalación.

Entre bufidos, cogió su arma y se la guardó como pudo en las lumbares. La daga con empuñadura de dragón y el filo cubierto con su propia sangre se encontraba en el interior del hueco de su bota. Se arrastró a trompicones por el suelo junto a Jason. Le tomó el pulso y suspiró aliviada al comprobar que estaba vivo.

—Jason. —Le dio un par de palmaditas en la mejilla—. Jason, despierta.

Tenía que levantarse. Tenía que despertar. No podía cargar con él hasta el coche. Jason pesaba demasiado, era el doble de grande que ella. Lo meció entre sus brazos mirando a su alrededor.

El sol se alzaba ya en el horizonte, los primeros y adormilados transeúntes que pronto colonizarían las calles subían las persianas.

—Jason, ¡maldita sea, abre los ojos! ¡Despierta! —Lo zarandeó.

«Erick», pensó. Se sacó el móvil del bolsillo y lo desbloqueó al mismo tiempo en el que Jason empezaba a recobrar la conciencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca llevándose la mano a la nuca.

—Menos mal. —Suspiró y sonrió. Volvió a guardar el móvil en el bolsillo—. Estás herido. —Jason se incorporó entre los brazos de Ayshane y se llevó la mano al muslo—. ¿Puedes andar? —Se levantó y se agarró el hombro.

—Tú también estás herida.

—Yo estoy bien. —Se agachó y lo ayudó a ponerse en pie. Jason se aferró a los hombros de Ayshane. La lugarteniente ahogó un gruñido al izarse junto al agente—. Vámonos.

A trompicones y precediendo un rastro de sangre, rodearon el vehículo. Ayudó a Jason a sentarse en el asiento del copiloto, cerró la puerta, rodeó el coche y, taponándose la herida, se puso a los mandos del coche.

—Ash, no puedes conducir así. Te chorrea sangre por la manga.

Claro que podía conducir. Iban a salir de allí y tenían que hacerlo ya porque a esas alturas los agentes del centro de operaciones de la policía ya habrían descubierto el cuerpo sin vida de Clara.

Miró la hora en su reloj. Las siete de la mañana.

—Avisa a Sergei. —Arrancó—. Necesitaremos unos remiendos. —Sonrió y derrapó con las ruedas sobre el asfalto.

Sergei, Alice, Eduard y Erick estaban esperando al otro lado de las puertas del elevador del búnker. En cuanto paró el motor, Alice se tiró sobre el coche y ayudó a Jason a salir.

Ayshane lo hizo por su propio pie bajo la atenta mirada de su padre y los hirientes ojos verdes de Erick, que se clavaban sobre la piel de su ensangrentado brazo como las diminutas púas de un cactus.

Sergei se acercó a ella con un bote de espray anestésico en la mano.

—Atiende primero a Jason.

El que fuera la mano derecha de su padre dudó un segundo, alzó la vista por encima de su hombro y miró a Eduard, que asintió con la cabeza. Rodeó entonces el coche para obedecer la orden. La Anaconda Ivanov se acercó a su hija y la ayudó a quitarse la chaqueta, la cual colocó sobre su regazo.

Ayshane vio cómo Erick, rígido como una tabla, se marchaba sin decir nada cuando, con ayuda de su padre, apretando la mandíbula y bufando de dolor, se quitaba también el jersey.

El agente estaba enfadado con ella. Lo entendía, pero eso no hacía

que se sintiera mucho mejor. No lo aguantaba. No podía con el desgarrador vacío que su pequeña Krait dejaba cuando intentaba alejarse de él. No estaba acostumbrada a ese tipo de dolor. El dolor físico era distinto, lo tenía más que superado, pero el lacerante sentimiento que desgarraba su alma le resultaba insoportable. Prefería sentir ese mismo dolor en su carne, en su piel. Podía sobrellevarlo, estaba acostumbrada, sabía cómo controlarlo para hacerlo más llevadero.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Eduard, devolviéndola al presente.

La lugarteniente miró a su padre sopesando si debía confesarle que habían sido atacados por la Yakuza.

Eduard tenía un acuerdo con Taiyo: se entregaba a la organización de su abuelo para que acabaran con su vida cuando ellos hubieran matado a Adrik. Algo que, por su puesto, Ayshane no iba a consentir de ninguna manera.

—Fuimos sorprendidos por una mujer —le dijo Jason volviendo a ponerse los pantalones con ayuda de Alice—. Me dejó fuera de juego con tan solo un golpe. No había visto nunca a nadie moverse así, salvo a ti. —Miró a la lugarteniente—. Apenas pude rozarla. —Se acercó a ellos cojeando y apoyándose sobre su compañera—. Era muy rápida. Vestía de negro. Era como...

—Una sombra —Eduard terminó la frase por él.

La Anaconda Ivanov miró a su hija. Ayshane se centró en las expertas manos de Sergei sobre su herida para evitar enfrentarse a su padre.

—Id a descansar. Sergei y yo seguiremos con la búsqueda.

Jason se marchó junto a Alice con la mano sobre la mancha de sangre de su vaquero.

—¿Cómo está Alma? —Cogió la chaqueta de cuero del regazo de su padre y se la puso sobre los hombros con ayuda de Sergei.

—Está con Rina. Por el momento la mantenemos sedada.

—Si me disculpan. —Sergei hizo una reverencia. Recogió del suelo el jersey de Ayshane y se marchó por el pasillo en silencio.

Ayshane comenzó a andar en dirección a la galería por la que todos se habían ido.

—Era un Yakuza —dijo Eduard sin aparente intención de abandonar el garaje.

Se quedó parada a medio camino, a la entrada del pasillo abovedado de ladrillo visto. De espaldas a su padre.

—Usted no va a entregarse, y yo no voy a permitir que le ejecuten. Así que ya puede ir olvidándose de ese absurdo trato que tiene con Taiyo.

Se marchó de allí dejando a Eduard solo, rodeado de coches de lujo

y sonriendo de medio lado. La Anaconda Ivanov alzó la vista al techo abovedado del garaje.

—Está preparada mi dragona. —Suspiró y comenzó a andar hacia la galería.

Se marchó tarareando la nana que su segunda mujer le cantaba a su hija. La canción del dragón divino, del guerrero con alma de dragón que liberó a su gente del cruel emperador y que, finalizada la guerra, custodió la entrada a su pueblo en forma de estatua bañada por los rayos del sol.

Ayshane entró en la habitación que compartía con Erick, mejor dicho, que hasta hacía dos noches había compartido con él. No estaba. No lo había visto desde que él salió del garaje sin decir nada. Supuso que estaría pululando por el búnker, en el gimnasio o ayudando a su padre y a Sergei con la búsqueda de sus dos siguientes piezas de caza.

Estaba cansada y dolorida. Necesitaba dormir un poco, aclararse, reorganizar la información de la que disponía en su cabeza, repasarla por si hubiera olvidado algún detalle importante.

Se quitó la chaqueta y la dobló sobre la silla de la mesa del escritorio metalizado que había frente a la cama. Entró en el baño que había junto al vestidor. Se desnudó, lanzó las prendas en el cesto de la ropa sucia y se metió en la ducha. Suspiró y dejó que los músculos de su magullado cuerpo se relajaran bajo el chorro de agua templada, no así su cabeza, donde bullían un sinfín de ideas sin sentido e imágenes de los miembros de la familia materna que conocía, o que había conocido a lo largo de los años. Ninguno encajaba con la descripción de la mujer que los había atacado junto al complejo de la policía. Tenía su rostro grabado a fuego.

Salió de la ducha hecha un amasijo de dudas y culpabilidad. Envolvió su cuerpo en una toalla verde mientras miraba la daga que aquella mujer le había clavado en el hombro. La había dejado sobre el lavabo cuando se quitó las botas abandonadas en mitad del cuarto de baño. Con el pelo empapado y chorreando agua por la espalda, se acercó a la encimera de cristal templado y cogió la daga. La observó con detenimiento bajo la luz del espejo. Sobre el filo parecía que había un pequeño grabado en japonés. Limpió el filo bajo el agua del grifo bañado en oro.

Con la furia del dragón te arrebataré la vida.

Le dio la vuelta y miró la otra cara.

Con su honor y corazón salvaré mi alma.

Frunció el ceño. Estaba segura de haber escuchado aquella frase alguna vez, hacía mucho tiempo, cuando tan solo era una niña de seis o siete años, pero no recordaba quién se la había dicho ni qué significaba. Volvió a dejar la daga sobre el cristal templado. Se secó el cuerpo con la toalla. Se retiró la humedad del pelo y fue directa hacia la cama. Se vistió con unos pantalones cortos de color negro y una camiseta de tirantes de algodón blanca que había sobre la almohada. Alzó la vista y miró la mamba negra que había en el terrario encastrado en el cabecero de su cama.

—Supongo que volvemos a estar solas. —Gateó por el colchón hasta el cristal del terrario. El reptil, encaramado a una pequeña rama, levantó la cabeza y sacó su lengua negra y bífida—. Yo también lo echo de menos. —Suspiró.

Dio un par de golpecitos sobre el cristal. Se tumbó cuando vio a la serpiente esconderse entre la vegetación del terrario.

La cama era un modelo *Queen Size*, grande de por sí, pero la ausencia de Erick la hacía aún mayor. Rodó por el colchón hasta el hueco que había ocupado el inspector noches atrás. Cerró los ojos y se dejó mecer por el aroma a lluvia, a salvaje tormenta eléctrica, a pasional huracán, hasta que perdió la consciencia.

—¡Dimitri, al suelo!

Escuchó una detonación. Vio al francotirador. Le disparó. Se dio la vuelta y vio al Víbora que la acompañaba, tumbado en el suelo, en un charco de sangre.

—No. —Negó con la cabeza y se dejó caer de rodillas junto a su cuerpo.

Acarició el rostro de aquel hombre, uno de los mejores. Había puesto en peligro su vida por ella en más de una ocasión. Era disciplinado, alegre, extrovertido. Le caía bien.

—¡Ayshane! —Alzó la vista y vio a su madre correr hacia ella—. ¿Qué haces? ¡Vámonos! —Pasó por su lado, la agarró del hombro y tiró de ella para obligarla a levantarse.

Corrieron hasta que estuvieron a salvo, hasta que llegaron a casa y entraron al patio trasero de la gran mansión que compartían con sus hermanastros y su padre. Ya en el jardín, Saya se dio la vuelta. Se acercó a ella y le soltó un sonoro bofetón que alzó el vuelo de las aves que jugueteaban entre las hojas de las copas de los árboles.

—No vuelvas a hacer algo así. No vuelvas a pararte por un muerto. Jamás pongas tu vida en peligro por un Víbora.

Ayshane se llevó la mano a la mejilla enrojecida y miró perpleja a su madre.

—Pero, madre...

—No, Ayshane. No hay peros que valgan. Algún día serás su

lugarteniente. Algún día tú ocuparás mi lugar. —Abrazó a su hija—. No puedes mostrarte aún al mundo. No pueden saber que tú... —Agarró los hombros de la pequeña Ayshane y la miró—. Si sientes, morirás. Recuérdalo y no lo olvides nunca. Aún no estás preparada. Él no puede saberlo. —Volvió a abrazarse a ella. Ayshane dejó que su madre le acariciase el pelo—. Llegará el día en que con la furia del dragón le arrebatarás la vida y, con su honor y su corazón, salvarás tu alma. Solo entonces seremos libres.

Saya soltó a su hija y comenzó a caminar en dirección hacia la casa.

—¡Pasarás la noche en lo alto de la cucaña! —le gritó a medio camino.

Castigada. Su madre la había castigado de nuevo por mostrar tristeza ante la pérdida de uno de sus hombres. Por sentirse culpable. Si hubiera sido más rápida... Las lágrimas recorrieron sus mejillas mientras se acercaba a la cucaña de más de dos metros que se alzaba en medio del patio trasero ajardinado de La mansión. Ahí, de pie, debía pasar la noche. Sobre una de sus piernas. En vela.

Odiaba ese maldito palo. Suspiró y alzó la vista a lo alto de la madera. Era injusto. Ella no había hecho nada malo, tan solo mostrar un poco de piedad, respeto y empatía por la vida que acababan de sesgar, por la pérdida de uno de los suyos.

Comenzó a subir por la madera. Su madre no tardaría en volver para colocar una cama de lanzas sobre el suelo alrededor de la cucaña. Una manera de asegurarse de que se mantendría alerta para no caer y terminar ensartada como un pincho moruno.

—Al menos esta noche no tendré que lidiar con él —dijo entre gruñidos, encaramada a mitad del mástil, mirando hacia la entrada del porche trasero de la casa desde donde Adrik la observaba con una sonrisa lujuriosa en los labios.

Se despertó sobresaltada, empapada en sudor y con una de las dagas que guardaba bajo la almohada en la mano, dispuesta a pelear, confusa por los gritos de Alice al otro lado de la puerta. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y volvió a guardar el arma bajo la almohada. Parecían varias voces discutiendo en la galería. Se encogió de hombros, sorprendida por el golpe sobre la puerta. Quizá estaban peleándose. Miró su reloj de pulsera. Eran las once de la mañana. Tan solo habían pasado un par de horas desde que se quedó dormida. Se levantó y fue hacia la puerta. Escuchó gritar a Ekaterina al otro lado. Abrió y se encontró a Alice intentando separar a Sergei y a Erick mientras Rina gritaba desde la puerta de una de las salas de recuperación.

—Tenías que haberme dejado a mí. —Erick golpeó a Sergei en la cara.

El que fuera la mano derecha de su padre respondió con un gancho

de izquierda.

—¡Para ya! —Alice intentó meterse entre ambos.

Ayshane miró malhumorada la escena desde la puerta de su habitación. Lo que menos necesitaban en aquel momento eran disputas internas. Se escurrió entre aquellas dos malas bestias que parecían querer matarse. Empujó a Erick apoyando las manos sobre su pecho y le dio una patada a Sergei en el tórax.

—No sé a qué viene todo esto, pero vais a dejar de pelear ahora mismo —les dijo arrastrando las eses. Sergei se irguió acariciándose el pecho. Ayshane lo miró a través de dos finas líneas color café—. Tú deberías estar buscando a Irina. Te recuerdo que si no la encuentras o aparece muerta, yo personalmente me encargaré de esparcir todos y cada uno de tus miembros por este mísero continente.

La lugarteniente miró a Ekaterina. No le hizo falta decirle que se esfumara. Se metió en la habitación que supuso debía ocupar la joven Alma y cerró la puerta. Alice también desapareció. No sabía dónde se había ido, pero le daba igual. Dio media vuelta sobre sus talones cuando Sergei comenzó a retroceder en la galería en dirección al vestíbulo del sakura y miró a Erick.

El inspector bufó, aún embravecido. Se agachó, cogió una hoja de periódico que había en el suelo de la que Ayshane no se había percatado hasta ese momento, pasó por su lado sin dirigirle la palabra, sin rozarla, y se perdió por la galería en la misma dirección que había tomado Sergei.

La lugarteniente soltó un exasperado suspiro de frustración. Erick estaba enfadado con ella, perfecto, pero los demás no tenían por qué cargar con las consecuencias. Él era su responsabilidad, como el resto, y si tenía algo que objetar, que tuviera el valor de enfrentarse a ella.

Capítulo 14

Embriagada por su aroma, malhumorada por el cansancio y aterrada por lo que Erick pudiera decirle, siguió el incesante sonido de los golpes sobre el saco de boxeo que había al final del gimnasio, en la galería de esparcimiento.

Apoyada en su hombro sano, con los brazos cruzados bajo sus turgentes pechos en el arco de la entrada al gimnasio, se permitió la licencia de acariciar con la mirada los músculos de la espalda de Erick, de lamer las gotas de sudor que recorrían la inmaculada piel desnuda de su torso.

El agente era toda una delicia para la vista. Lo añoraba entre sus sábanas, echaba de menos sus caricias, su contacto, esa forma que tenía de comérsela con los ojos, de erizar la piel de su cuerpo sin siquiera rozarla.

Suspiró y negó con la cabeza. Intentaría disculparse. No era su estilo, pero deseaba pasar el tiempo que le quedara junto a él. Esa misma noche podría estar muerta, quizá mañana. No lo sabía a ciencia cierta. En aquel mundo, habiendo cruzado el límite de la seguridad que amparaban el orden y la ley, era difícil saber si se viviría para cumplir un año más. No quería tener que arrepentirse por haber desaprovechado cada deliciosa oportunidad que tenía para estar con su pequeña Krait.

Su madre siempre decía que cuando había odio era porque un buen sentimiento había sido herido de muerte. Por cómo la había mirado en el garaje y por cómo pasó por su lado en la galería, sabía que Erick estaba muy cerca de odiarla. Tal vez había tensado demasiado la cuerda. Quería alejarse de él, pero..., a su vez... No iba a ser tarea fácil, pero tenía que intentarlo.

—Mis hombres tienen prohibidos los enfrentamientos entre ellos salvo que Dima o yo estemos presentes —le dijo desde la puerta.

Erick paró de golpear el saco un segundo. Sacudió las manos a ambos lados de su cuerpo, volvió a cerrarlas en un puño y comenzó de nuevo a propinar golpes a la inerte saca, esta vez con más fuerza. Ayshane se acercó a él, dio calmadas vueltas a su alrededor mientras el inspector, tenso como el muro de carga de un edificio a punto de

derrumbarse, seguía maltratando el pesado saco de boxeo.

—Dima no está, por lo que, salvo que yo esté presente, no volverás a pelear contra ninguno de mis hombres. Es una orden, Erick. —Se cuadró frente a él—. No me hagas tener que volver a repetírtela.

Erick esquivó el saco y en lugar de dirigir su ira contra el peso muerto colgante intentó alcanzar a la lugarteniente. Ayshane esquivó el golpe sin dificultad. Dio una vuelta sobre sí y le propinó una patada en el costado. El agente se llevó las manos a las costillas. Se dobló y la miró furioso entre jadeos.

—No, Dima no está. Y tú, en lugar de buscar a tu hermano, te dedicas a dejar muertos por las calles como la perfecta asesina que eres —soltó. Se irguió. Sacó un recorte de periódico doblado del bolsillo de su chándal Everlast negro y se lo tiró a la cara—. ¿Puede saberse en qué demonios estabas pensando? ¿Por eso querías que me fuera?

Ayshane lo miró un segundo, dolida por el tono y por el calificativo que Erick había utilizado para definirla.

Su pequeña Krait nunca la había tratado como a una asesina. Sí como a una delincuente cuando él era el inspector jefe al mando de un grupo de agentes cuyo único afán era meterla entre rejas, pero nunca desde que comenzaron a trabajar juntos. Cogió el papel del suelo, lo desdobló y leyó el artículo.

APARECE EL CADÁVER DE UNA MUJER EN EL INTERIOR DEL COMPLEJO POLICIAL DE MADRID

A primera hora de la mañana, los servicios de emergencia acudían al Centro de Operaciones de la Policía de Madrid alertados por el aviso de los propios agentes.

Según fuentes consultadas por este periódico, a las 07:03 a.m. de esta misma mañana, los policías de vigilancia del interior del complejo encontraban a una mujer afroamericana, de unos veinticinco años, sin vida, colgada de un árbol y desnuda. Las primeras hipótesis apuntan a un ajuste de cuentas entre bandas organizadas. Queda por confirmar que la muerte de la joven esté relacionada con el incidente, aún por esclarecer, en el que perdieron la vida los inspectores Erick Román de Blas, Jason Booth Pérez y la oficial Alice Sánchez Valiente, sucedido en noviembre de este mismo año. Lo que sí se ha confirmado es que dicho incidente guarda relación directa con la muerte del que fuera su comisario, Víctor Pereira Corral, ocurrido el día anterior a este suceso.

Aunque no se han confirmado las hipótesis, todo apunta a una única sospechosa: Ayshane Ivanova, hija de Eduard Ivanov, antiguo cabecilla de la organización criminal conocida como el Clan de las Serpientes, y nieta del Taiyo Yamaguchi-Gumi, máximo representante de la Yakuza japonesa en España.

Los agentes aún deben confirmar la identidad de la joven sin vida encontrada esta mañana. Por el momento, se ha decretado secreto de sumario.

—Veo que las buenas noticias vuelan. —Volvió a doblar el recorte y se lo entregó. Se quedó con la mano alzada y el papel entre las yemas de sus dedos—. Te prometí que no sufriría, y no sufrió. No sé qué más querías que hiciera. —Se encogió de hombros—. Lo mismo

tenías la absurda esperanza de que la dejara vivir después de lo que había hecho.

—¿Tenías que arrancarle la lengua y violar su cuerpo? ¿Era necesario? ¿En serio?

—Cuidadito, Erick. —Arrugó el papel en un puño—. Escoge muy bien tus palabras. —siseó como una serpiente.

—¿O qué? —Dio un paso hacia ella y la miró, alzando la cabeza con petulancia. Era más alto que Ayshane, pero eso no la intimidaba en absoluto. Estaba acostumbrada a lidiar con hombres corpulentos, más fuertes y grandes que ella—. ¿Vas a hacerme lo mismo? ¿Vas a matarme? ¿Eso es lo que me espera? —Ayshane apretó la mandíbula y lo miró a través de las largas y tupidas pestañas. En sus ojos rasgados brillaba un animal peligroso, herido, acorralado, al que todavía le quedaban fuerzas suficientes para enfrentarse a su cazador—. No me das ningún miedo —susurró con altanería y seguridad—. Tú no puedes matarme. Moriré algún día. Pero no serás tú quien acabe conmigo.

Erick se dio media vuelta y comenzó a andar hacia el arco de salida. Ayshane siseó moviendo el cuello de manera lenta, serpenteante, como el de un reptil a punto de atacar. Dejó caer la bola de papel al suelo. Corrió hacia él y saltó sobre su espalda en mitad del gimnasio. Erick se dio media vuelta antes de que ella le pusiera las manos encima y de un empujón la tiró al suelo recubierto de colchonetas. Se lanzó sobre ella e intentó sujetarla por los antebrazos. Le resultaba casi imposible contenerla bajo el peso de su cuerpo. Ayshane se revolvía. Intentó darle una patada en el pecho, pero Erick hizo algo que la paralizó. Una acción que podía haber esperado de los Víboras que durante cinco años habían estado bajo su mando cuando era la lugarteniente de su padre, una estocada que habría esperado de cualquiera de sus enemigos, pero no de él. No de Erick.

La lugarteniente gritó. Se retorció de dolor bajo el musculado y férreo cuerpo del inspector cuando este la golpeó sobre la sutura que tenía en el hombro. La sangre comenzó a brotar en finas hileras entre los puntos. Erick supo aprovechar su debilidad, las heridas de su cuerpo.

¿El error de Ayshane? Subestimar al hombre que amaba. ¿Por qué? Por amor.

Pero no fue la presión ni el ardiente escozor que sentía en su hombro lo que la dejó inerte, sino el resquemor en la mirada del agente, las ligeras hebras doradas de sus ojos con las que él mismo parecía flagelarse por conseguir de nuevo lo que nunca nadie había llegado a hacer. Derribar a la mujer. Acabar con la serpiente. Enorgullecer al dragón.

—No volverás a matar —le dijo a un palmo de su cara—. No

volverás a deshonrar a ninguna otra persona sin mi consentimiento.

La herida mamba negra que moraba en su interior siseó, intentó moverse bajo el abrazo de la venenosa krait que la mantenía inmóvil bajo su cuerpo, mientras el dragón miraba sonriente lo que podía ser el final del temido reptil.

—Se lo merecía. —Silbó entre dientes como la moribunda serpiente que se negaba a morir sin luchar.

—Es una orden, Ayshane —bufó sobre sus labios—. Y la acatarás. Porque me quieres.

Ayshane gruñó. ¿Quién se creía que era para darle órdenes? Lo miró con inquina a través de sus pestañas. Se removió incómoda por el invisible y lacerante dolor que le apuñaló la herida, por la presión en el pecho que la ahogaba al ver la desesperación palpable en sus palabras.

—Dímelo. ¡Reconócelo, maldita sea! —gritó y la zarandeó sujetándola de los brazos por encima de los codos.

Ayshane dejó de revolverse al darse cuenta de que en ningún momento le había dicho que lo quería. Que era suya, sí. Le había entregado su cuerpo, le había permitido acceder a la diminuta parte que albergaba la pureza de su alma, pero nunca llegó a entregarse por completo. Tenía miedo. Su alma era demasiado oscura. Estaba vacía y podrida. Lo sabía, lo sentía cada vez que un ápice de misericordia bombeado por su maltrecho corazón se prendía en la oscuridad de las llamas de su propio infierno.

¿Lo quería? Sus pupilas se dilataron al sentir cómo el dragón se alzaba en lo alto del interior de su psique. Claro que lo quería. Pero ¿podía entregarse? ¿Podía entregarle aquel control sobre ella? Se había jurado a sí misma que nadie tendría jamás ese poder cuando Adrik le arrebató a su hijo. Tenía miedo. Ella simplemente...

Ante la falta de una respuesta por su parte, Erick la soltó. Se levantó y se marchó dejándola en pijama, tirada en el suelo con los ojos anegados de lágrimas, el pelo revuelto en una despeluchada cola de caballo y aterrada como una niña pequeña perdida en el bosque.

La lugarteniente golpeó las colchonetas del tatami con los puños. Gritó. Se llevó la mano al hombro y se hizo un ovillo en el suelo maldiciéndose a sí misma, maldiciendo el día en que nació y el día que Adrik vino al mundo; maldiciendo a Elenka, a su padre, a su madre, a su abuelo. A todos.

Erick salió del gimnasio. Atravesó la galería abovedada de ladrillos y alumbrada con pequeñas lámparas en forma de antorcha que se alternaban con pintorescos cuadros de diferentes monumentos de Madrid. Se quedó parado antes de llegar al vestíbulo donde, sobre una gran mesa de roble con las patas en forma de gigantesca anaconda, se

apostaba el sakura, un gigantesco bonsái de casi un metro setenta de alto. El árbol de la flor del cerezo japonés, el favorito de Saya.

Con la cara desencajada y los músculos de todo el cuerpo aún en tensión, volvió sobre sus pasos. El desgarrador llanto de Ayshane recorría el pasillo como los alaridos de los antiguos reos del siglo XVII cuando los torturaban por crímenes que muchos de ellos ni siquiera habían cometido.

Se quedó parado a mitad de camino. Apretó varias veces los puños en un tic nervioso. Dio media vuelta sobre sus talones y se marchó. Salió al vestíbulo, miró el majestuoso bonsái un segundo antes de entrar en la galería contigua, la de logística, y se metió en la sala de ordenadores que había a su izquierda. Cerró la puerta y se apoyó sobre la madera envejecida. Se golpeó la nuca un par de veces con los ojos cerrados hasta que sintió que empujaban la puerta. Se retiró y dejó entrar a Alice, que se quedó parada frente a él, mirándolo de arriba abajo.

Su compañera se había duchado y se había cambiado de ropa. Su larga y rizada melena, recogida en un húmedo y tirante moño, despejaba las dulces facciones de su rostro. Parecía cansada. Las cuencas sobre las que se alzaban sus angelicales ojos azul cielo, enmarcados en un tupido manto de negras pestañas, lucían amoratadas, pero estaba preciosa. No podía negarse que Ayshane había sacado lo mejor de su amiga. La lugarteniente había ayudado a florecer el fuerte carácter de su compañera, a mostrar seguridad en sí misma, a crecer y, para eso, tan solo la había tratado como a una más. Sin piedad, como a una igual. Sin protegerla. La machacó durante semanas con duros entrenamientos, la escuchó y, gracias a eso, Alice se había convertido en alguien sensual, fuerte y decidida. Una réplica de Ayshane Ivanova en potencia.

—Deberías descansar. —Erick acarició la mejilla de su amiga y la atrajo hacia su cuerpo en un abrazo necesitado.

—¿Estás bien? —Se apartó y lo miró, confusa.

—Sí. —Exhaló.

—¿Dónde estabas? Sergei ha estado buscándote. Creo..., creo que quería hablar contigo. Disculparse, aunque has sido tú quien ha comenzado la pelea.

—Alice, yo... —Alzó una mano con intención de recogerle un tirabuzón rebelde tras la oreja.

—Ve a ducharte. —Dio un paso hacia atrás—. Hueles a sudor y estás pegajoso.

La agente lo esquivó y se sentó frente a la pantalla del ordenador central. Casi podía decirse que se había convertido en una prolongación de su cuerpo. No había parado de buscar a Dima desde que volvieron de casa de Laura. Le preocupaba que se obsesionara

demasiado con el secuestro del Víbora.

Alice era una mujer racional, metódica, pero había cambiado tanto... Y estaba enamorada del hermano de la lugarteniente. Podía negarlo todo lo que quisiera, intentar alejarse de él o hacer como si ese pegajoso sentimiento no tuviese que ver con ella, pero cuando un corazón se prendaba de un Ivanov, se hallaba uno perdido, y en eso Erick tenía una vasta experiencia.

Cabizbajo y pensativo, salió de la sala y se marchó a la habitación que compartía con la ella en la última de las galerías, la de descanso y recuperación. Estaba vacía. En silencio, como el resto del búnker.

Ayshane tardó más de lo que pensaba en recuperarse de la conmoción. Nunca nadie había conseguido herirla de esa manera. Muchos lo habían intentado y perecido en el camino, pero solo lo había conseguido él.

Se miró en el espejo del baño del interior de la habitación de recuperación donde descansaba la joven Alma. Ekaterina le había retirado la sedación y ella le había suministrado un suero que contrarrestaba los efectos. Era hora de que despertara. Tenían muchas preguntas. Quizá ella podría ayudarlos a encontrar a Julien y, además, necesitaba ocupar su mente, salir cuanto antes y alejarse de Erick.

Se asomó a la habitación y miró a la joven, aún inconsciente, antes de buscar en el armario del mueble un pequeño botiquín como el que había en todas la salas de recuperación. Dejó la bolsa de cordura blanca sobre el cristal templado del lavabo. Miró de reojo la cama donde descansaba Alma y sacó el espray cicatrizante y anestésico. Así se adormecía la herida del hombro mientras esperaba a que Ekaterina volviera con calmantes que ellos mismos sintetizaban en el laboratorio.

Una lágrima cayó sobre la fina película transparente que se formó sobre la sutura. Dejó el bote en el lavabo y se limpió las mejillas. Su rostro era la viva imagen de un desolado y frondoso bosque calcinado por la virulencia de las llamas. Ni siquiera Rina se atrevió a preguntar cuando la vio aparecer en la puerta de la habitación.

«Tienes que ceder —recordó que le había dicho en La mansión—. No puedes controlarlo todo. Alejarte de él solo conseguirá destruiros a ambos». Por el momento, la Madame no se había equivocado. Ella solita había conseguido sacar a la luz la peor cara del agente. «¿Y qué esperabas? —Suspiró—. Siempre ha sido parte de tu trabajo».

Escuchó abrirse la puerta tras una llamada de tres toques. Se limpió las lágrimas con avidez, aunque era absurdo ocultar la congoja y el remolino de sentimientos encontrados que se agolpaban en su interior y le presionaban el pecho.

—¿Rina? —Guardó el espray en la bolsa y la cerró.

Fue a dejarla de nuevo en el armario pero se le cayó al suelo cuando escuchó a Alma gritar desde la cama. Entró corriendo en la habitación y, al mirar hacia la puerta, vio a Erick frente a la joven, que se aferraba a la colcha azul celeste con las piernas dobladas hacia su pecho, intentando arrimar la espalda a un cabecero de metal que ya estaba aplastado contra la pared y resonaba como los martillazos de un hierro cobrando forma sobre una fragua.

—¡No me hagas daño! —gritaba aterrorizada—. ¡No te acerques!

La joven temblaba de tal manera que Ayshane pensó que iba a partirse en mil pedazos. Corrió junto a ella. La protegió entre sus brazos y la meció.

—Chsss, Alma, soy yo. —La besó en la coronilla cuando ella se revolvió asustada—. Soy Ayshane. Estas a salvo. Chsss.

Erick parecía una estatua de piedra frente a ellas. Ayshane escondió la cabeza entre el pelo castaño de la joven mientras la mecía entre sus brazos y comenzó a cantarle la nana del dragón. La canción del Dragón Dorado. Cuando terminó, Alma se había calmado. Ya no temblaba. Se había aferrado al cuerpo de la lugarteniente como si se le fuera la vida en ello. La joven lloraba, pero más calmada.

—¿Mejor? —Ayshane acunó las mejillas de Alma entre sus manos.

—Estás llorando. —Sorbió por la nariz.

La lugarteniente sonrió sin ganas y asintió. Sí, ella también lloraba, y era muy doloroso cada vez que una lágrima recorría sus mejillas porque enfurecía al dragón que escupía fuego en su interior y le abrasaba las entrañas.

—Tú también. —Limpió las mejillas de la joven con los pulgares y la besó en la frente.

Alma volvió a abrazar el magullado cuerpo de ella y a esconder la cara entre sus pechos. Suspiró, alzó la vista y miró la herida que Ayshane tenía en el hombro.

—Estás herida. —Se separó y la contempló asustada—. Lo siento, yo..., yo no quería hacerte daño, yo...

—Chsss... —Negó con la cabeza—. No has sido tú.

De manera inconsciente se le fue la vista hacia la puerta. Erick permanecía en silencio, observándolas con los ojos cubiertos por una fina y acuosa capa de pesar.

Alma miró hacia donde lo hacía ella. En lo que Ayshane consideró un acto reflejo, la joven volvió a abrazarse a su cuerpo, a buscar la protección de la Mamba Negra. Iba a costarle confiar de nuevo en los demás. Puede que incluso nunca llegara a hacerlo. Ella lo sabía bien.

—Erick no va a hacerte daño. —Acarició su encrespada trenza—. Él es... Erick es...

«Mío. Mi luz. Mi fuerza. Mi bondad», pensó de manera posesiva, autodestructiva, sin sentido.

Su pequeña Krait se había duchado y se había cambiado. Tenía el pelo mojado y despeinado. Olía a ropa limpia, a almendras tostadas que no eran capaces de cubrir el salvaje aroma a tormenta eléctrica que desprendían todos los poros de su escultural cuerpo.

Ekaterina entró a la habitación con un bote de pastillas en la mano. Dio un ligero respingo al chocar con la espalda de Erick y el bote se le cayó al suelo desparramando las pastillas. El agente se agachó y la ayudó a recogerlas.

—Lo siento —se disculpó de cuclillas.

Rina lo miró. Apoyó la mano sobre su hombro y le dio un ligero apretón sonriendo con dulzura.

—Sergei también. Ha estado buscándote.

Ambos se levantaron.

—¿Dónde está? —se interesó.

—En la cocina. Ha ido a preparar algo para comer.

Erick se marchó de la habitación sin atreverse a alzar de nuevo la vista hacia la cama. Se fue sin decir nada y cerró la puerta al salir. La Madame se acercó hasta ellas en silencio. Le dio el bote de pastillas a la lugarteniente, que seguía anclada al colchón, rodeada por los huesudos brazos de la joven. Fue al baño, llenó un vaso de agua y volvió junto a ellas.

—¿Qué..., qué te ha ocurrido? —le preguntó Alma mirando la herida del hombro de Ayshane sin perder de vista por el rabillo del ojo la puerta de la habitación.

La lugarteniente abrió el bote de pastillas, sacó dos, se las metió en la boca y bebió del vaso que Ekaterina le ofrecía. Tragó y suspiró.

—Un accidente. — Ayshane se encogió de hombros restándole importancia a la herida. Alma frunció el ceño y arrugó el hocico hacia un lado—. Nos atacaron —le dijo al fin—. Un coche nos arrolló. Negro. Creo..., creo que recuerdo la matrícula. —Sonrió.

Ayshane miró a Ekaterina. No le hizo falta decirle nada. La Madame salió de la habitación y volvió al cabo de unos segundos con una hoja de papel en blanco y un bolígrafo. Se lo entregó a la lugarteniente, que lo colocó sobre su regazo.

—Alma..., necesito..., necesito que apuntes en este papel todo lo que recuerdes. La matrícula del coche. Si viste a sus ocupantes antes de que nos atacaran. Todo. ¿Crees que podrás?

La joven asintió con la cabeza. Ayshane le entregó entonces el papel y el bolígrafo y se levantó. Rodeó la cama y dejó el bote de pastillas y el vaso sobre la mesilla.

—¿Te vas?

—Voy a hablar con mis hombres. Ekaterina se quedará contigo. Yo... estaré por aquí.

—¿Dónde..., dónde estamos? —le preguntó, mirando la habitación.

—En un lugar seguro. —Fue hacia los pies de la cama.

La Madame ocupó el hueco donde había estado sentada Ayshane.

—¿El hombre que me salvó está aquí? Me gustaría darle las gracias. —La lugarteniente asintió—. Y el que ha entrado aquí hace un momento, ¿quién es?

—Erick.

—Ya, me lo has dicho. Pero... ¿quién es? ¿Trabaja para ti?

Ayshane miró a Rina que, arqueando una ceja, divertida, observaba con atención a la lugarteniente.

—No..., no soy una superheroína, Alma. Me..., me nutro de otras personas para llegar hasta mis objetivos.

—¿Las utilizas? —le preguntó cautelosa.

—No. —Negó con la cabeza en rotundo—. Trabajan conmigo, pero no para mí. —«Ya no», pensó.

—Entiendo. ¿Erick trabaja contigo?

—Sí. Pero, tranquila, no volverá a molestarte. Si quieres, por el momento, Sergei y Rina se ocuparán de ti. ¿Te parece?

—Sergei... —Se llevó el bolígrafo a los labios y alzó la vista al techo —. Es el hombre que me rescató. —Sonrió con inocente orgullo.

—Sí. —Ayshane le devolvió la sonrisa. Alma era muy inteligente y era esperanzador pensar que podía ver en Sergei a un amigo, a alguien en quien confiar—. ¿Cuántos sois?

—Ahora mismo, sin contarnos a nosotras dos, somos siete. A Erick ya lo conoces. Jason es su compañero, aunque ahora mismo está herido, recuperándose en su habitación. Es amigo de Erick, y también de Alice, una crac de los ordenadores, muy inteligente. Como tú. —Le guiñó un ojo. Alma sonrió—. Ekaterina, a la que también conoces. La Madame le sonrió a la joven cuando esta la miró y le revolvió el pelo, haciéndola reír—. Sergei —prosiguió Ayshane— es su... marido, por decirlo de alguna manera. —Alma miró a Rina con la boca abierta y alegre sorpresa. Ekaterina se encogió de hombros y rio—. Y, por último, están mi padre, Eduard, y Dima, mi hermano.

La contagiosa sonrisa de Alma se borró de la cara de Ayshane al recordar a su hermano. Seguía contando con él. Seguía pensando que Dima estaba vivo porque la otra alternativa era una opción para la que aún no estaba preparada.

La joven se llevó la mano a la cabeza e hizo una mueca de dolor al tocarse la sien.

—¿Te duele? —le preguntó Ekaterina.

—Un poco.

La Madame se levantó y rodeó la cama. Fue hacia la mesilla, abrió el bote de pastillas, sacó una y se la dio.

—Voy a por un vaso de agua.

Desapareció en el baño que había al otro lado de la cama y volvió

con un vaso que le dio mientras se sentaba de nuevo a su lado.

Ayshane las miró a ambas. Era enternecedor verlas juntas como una madre que cuida de su pequeña. Como tantas veces Ekaterina había intentado hacerse cargo de ella en vano.

Había cometido tantos errores a lo largo de su vida... Había procurado alejarse de tanta gente para evitar ponerlos en peligro... Se llevó la mano al pecho al sentir de nuevo un pinchazo.

«Busca a aquellos que crean en ti, mi pequeño dragón. Apóyate en ellos y no los sueltes o te verás arrastrada a un mundo del que jamás podrás salir». Las palabras de la desconocida del complejo resonaron en su cabeza como la traca final de unas fiestas.

—Te... tengo que dejaros.

Salió de la habitación dejando a Ekaterina y a Alma extrañadas. Recorrió la galería de recuperación en dirección al vestíbulo corriendo. Entró a la galería contigua, la de logística, entre las cavilaciones que, como fugaces destellos, se agolpaban en su memoria.

«Si sientes, morirás. Aún no estás preparada. Él no puede saberlo». Se llevó la mano al pecho y cogió el aire que creía que le faltaba por la boca.

«Llegará el día en que con la furia del dragón le arrebatarás la vida y, con su honor y su corazón, salvarás tu alma».

Abrió la puerta de la sala de ordenadores de un golpe asustando a Alice y a Eduard, que se giraron en la silla y la miraron alarmados.

—Ash, ¿estás bien?

Ayshane se sentó en el ordenador que había junto a la agente, el único libre, y comenzó a teclear con avidez. Perdida en el resorte del engranaje de su cabeza que acababa de saltar, no parecía percatarse de la presencia de su padre y su amiga.

«Solo una persona creyó en mí. Gracias a ella, mi esencia se mantuvo intacta. Gracias a tu madre, no he cruzado la línea que tú temes cruzar».

—Vamos...

Entró en los servidores de la policía. Dio golpecitos sobre el tablero de la mesa con las uñas mientras se abrían los ficheros de los miembros de la Yakuza que habían pasado a disposición judicial y cumplían condena en la cárcel. Abrió el archivo de una de las prisiones de alta seguridad para mujeres. Comenzó a pasar las fotos.

—*Malysh*[3], ¿qué es lo que estás buscando?

—Aiko —se escapó de entre sus labios al ver la fotografía de archivo de su tía.

Capítulo 15

Las delicadas facciones de su rostro, su nívea piel, sus ojos rasgados, marrones casi negros. Su mirada inerte, sensual y peligrosa. La cicatriz en forma de dragón, con una lanza de tres puntas clavada sobre el pecho del reptil que le recorría la mitad de la cara desde la sien hasta el maxilar inferior. Una marca en su rostro inconfundible. Era ella. La desconocida que los atacó la noche anterior en el complejo policial era Aiko. Era su tía.

—Alice, déjenos a solas un momento.

La agente se marchó en silencio y cerró la puerta al salir.

—Lo sabía. —Ayshane hizo de las palmas de sus manos dos puños —. Usted lo sabía —siseó arrastrando las eses.

—Yo mismo la avisé.

La lugarteniente rio y negó con la cabeza. Se levantó. Se dio la vuelta y agarró a su padre por el cuello. Eduard sujetó la estranguladora muñeca de la mano de su hija.

—Ha estado a punto de matar a Jason —silbó entre dientes.

La Anaconda Ivanov negó, intentando coger aire. Erick entró en ese momento. Se abalanzó sobre la Mamba Negra, que mantenía cautiva a la sorprendida Anaconda.

—¿Te has vuelto loca? —Le dio un golpe seco en el antebrazo y liberó a Eduard.

El que fuera el antiguo cabecilla de la *bratva* Ivanov se tambaleó hacia atrás y cogió aire mientras se acariciaba el cuello.

Ayshane lo miró a través de sus pestañas negras. Movió el cuello como una serpiente. El brillo de sus ojos bullía en venganza y sed de sangre dominada por el dragón, que alzaba el vuelo en su interior bajo la atenta mirada de una cada vez más débil mamba negra. Erick estrechó entre sus brazos a Ayshane por la cintura cuando iba a saltar sobre su propio padre.

—Suéltame. —Se revolvió—. ¿Qué más no está diciéndome? —Dirigió su ira contra Eduard.

—Necesitamos su ayuda.

—¡Para qué! —gritó fuera de sí. Forcejeó entre los brazos de Erick —. Empiece a hablar o le juro que se reunirá con madre más pronto

que tarde. —Le dio un codazo a Erick en las costillas sin medir su fuerza y se libró del inspector.

—¡Para controlarte, *malysh*! ¿Es que no te das cuenta? —Eduard señaló a Erick—. Tu fuerza es mucho mayor que la de ella. Te ciega. Es tan potente que no puedes ver más allá del odio. Tú dragón es mucho más grande, más poderoso que el de tu tía, infinitamente superior al de tu abuelo o al de tu madre. —Suspiró—. Ayshane... —Dio un paso hacia su hija. Alzó la mano tembloroso y le acarició la mejilla—. Si eres capaz de dañar a aquellos a los que amas...

La lugarteniente dio un paso hacia atrás y se chocó con la silla de ordenador. Asustada, se sujetó a ella para no caerse. Se llevó la mano a los labios y negó con la cabeza al ver a Erick doblado, apoyado con una mano sobre la mesa del ordenador y con la otra sujetándose el costado entre gruñidos, incapaz de reincorporarse. Miró a su padre, que mostraba las marcas rojizas de sus mortíferos dedos alrededor del cuello.

—No. —Exhaló negando con la cabeza.

«Dios mío, ¿qué he hecho? ¿En qué estoy convirtiéndome?».

Salió corriendo de la sala. Eduard puso una mano sobre el pecho del agente herido que, a duras penas, pretendía ir tras ella.

Ayshane huyó descalza por la galería. Atravesó el vestíbulo del sakura y movió las diminutas y rosáceas hojas a su paso en dirección hacia la puerta de acero templado de cuatro metros de alto. Un doloroso alarido retumbó en el búnker cuando utilizó ambos brazos para abrirla. Recorrió el corto y oscuro pasadizo que llevaba a la escalerilla de metal de aquella escarpada salida. De un salto, salvó la distancia entre el suelo y los primeros peldaños de acero. Se encaramó a las cuerdas que colgaban del agujero cubierto por rastrojos y malas hierbas de aquella entrada invisible. Entre sudores, lágrimas y bufidos escaló hasta la superficie que goteaba.

Salió al mediodía invernal sin sentir el frío en su cuerpo, apenas cubierto por unos pantalones cortos de algodón negro y una camiseta blanca de tirantes. Corrió por los caminos de tierra, césped y barro bajo la atronadora tormenta que la perseguía. Se fue del parque sin importarle las miradas de los dueños de los perros, de los corredores o del grupo de jóvenes enfundados en coloridos chubasqueros contra el que chocó junto a las verjas de la entrada. Huyó, dejando que las dolorosas lágrimas recorrieran sus mejillas, humedecieran su perturbadora alma y se unieran al llanto de sus hermanas caídas del cielo.

Corrió en dirección al cementerio como un haz de luz de pelo negro y piel pálida. El calor que emanaban sus entrañas evaporaba la lluvia que acariciaba su cuerpo y la envolvía de un fantasmagórico velo de vapor.

Cruzó los semáforos en rojo. Esquivó los coches, los pitidos y los gritos de los conductores que, debido a la escasa visibilidad de la tormenta y sus descontroladas ganas de huir, estuvieron a punto de atropellarla en tres ocasiones.

Atravesó los húmedos jardines que había frente al cementerio y llegó al manto adoquinado de la entrada. Agotada, se apoyó sobre el frío y resbaladizo metal de la verja principal cuyos barrotes se alzaban hacia el cielo como lanzas afiladas. Apretó la mandíbula e intentó controlar la respiración y el dolor de los músculos, de los huesos magullados, del hombro y de las abrasadas plantas de los pies, que ardían como si estuvieran en carne viva. Estaba agotada, desesperada por coger aire, por respirar. La presión en el pecho impedía que su corazón bombeara la sangre por el cuerpo.

El agua de lluvia le chorreaba por las mejillas. Sus lágrimas se perdían en el torrencial desconsuelo del cielo que, con sus estridentes gritos, iluminaba aquel medio día gris. Alzó la cabeza y miró el majestuoso panteón que se alzaba sobre la única colina en lo alto del cementerio.

De mármol blanco, con escamas grabadas sobre la piedra, un enorme dragón, dormido en apariencia, velaba por los restos de su madre.

Se retiró los mechones de pelo que se habían pegado a su rostro y se llevó consigo parte de la costra de la herida de su mejilla, que comenzó a sangrar. Se deshizo la coleta desaliñada. Dejó que su larga melena azabache le cubriera los hombros y la espalda como una empapada manta de pena, culpa y dolor. Caminó errante y con la mano en el pecho hacia el único claro de aquel valle de caídos, sin importarle las fugaces miradas de los familiares y amigos de aquellos que, como su madre, habían encontrado la paz.

Se dejó caer de rodillas, derrotada, frente a la puerta del panteón, la cual golpeó sin fuerza con un puño y con la frente apoyada en ella.

—Ayúdame —le suplicó en un susurró inaudible entre castañeos—. Madre.

El frío había atravesado por fin las corazas que se amontonaban como polvo alrededor de su corazón.

—Te odio. —Golpeó de nuevo el mármol con el puño—. Te odio. Te odio. ¡Te odio! —gritó. Sintió una punzada en la nuca y se tocó con la mano—. Pero ¿qué?...

Un rayó cruzó el cielo. El trueno acalló sus gritos y los golpes con los que masacraba los huesos de sus nudillos ensangrentados. Se hizo el silencio.

Dejó de escuchar el repiqueteó del agua sobre la piedra. Dejó de sentir el viento azotando la piel y el dolor de los huesos, los alfileres clavados como diminutas agujas en el hombro, la quemazón en la

planta de los pies, la presión en el pecho.

Como si el mundo se hubiera detenido, Ayshane cayó inconsciente sobre el barro del camino de la entrada al panteón. Como una muñeca de trapo viejo abandonada en el suelo bajo la lluvia, no pudo oponer resistencia a los brazos firmes que la alzaron.

—Te tengo.

Capítulo 16

Como una voz en *off*, Ayshane escuchaba a lo lejos una nana. Conocía esa canción susurrada de manera dulce y celestial. Una canción de cuna que le habían cantado desde su más tierna infancia. Una nana que la había acompañado desde que tenía uso de razón. Y ese timbre, ese color de voz... Hacía años que no... Abrió los ojos de golpe y se incorporó en la cama, desorientada.

—¡Madre!

Miró a la mujer que estaba a su lado, sentada en una silla de pino y mimbre y escurriendo un trapo sucio de barro y sangre. Sobre una mesilla de madera carcomida por el tiempo, había una palangana blanca, humeante, llena de agua turbia, y un farolillo oxidado de metal con un grueso cirio a punto de extinguirse.

—Aiko —susurró entre dientes.

—¿Cómo te encuentras? —Dejó el trapo sucio sobre el borde de porcelana.

Ayshane no contestó. Se limitó a recorrer con la mirada la austera habitación de grandes bloques de terracota, con un único ventanuco cuadrado en el lado opuesto al que se encontraba su tía y en el que las gotas de lluvia se estrellaban.

Aiko volvió a coger el trapo. Lo humedeció y se lo acercó a Ayshane a la mejilla, pero la lugarteniente le retiró la mano con un brusco ademán.

—No necesito tu ayuda. —Se acomodó sobre el colchón—. Sé que mi padre no opina lo mismo, pero me da igual.

Hizo una mueca de desagrado al sentir los muelles clavándose por todo su cuerpo. Aiko la miró e hizo un mohín de disgusto con la boca. La cicatriz en forma de dragón tallada sobre su piel se movió como si el ancestral reptil tuviera vida propia.

—Tu padre piensa que todavía hay esperanza. —Dejó el trapo en el interior de la palangana.

—¿No deberías estar en prisión?

—¿Crees que existe agujero del que yo no pueda escapar?

Se quedaron medio minuto en silencio, mirándose la una a la otra sin decir nada. Aiko alzó una mano con la mirada perdida. Quiso

acariciar el rostro de su sobrina, pero Ayshane se retiró. Su tía suspiró ante el desplante.

—No voy a hacerte daño.

—No puedes, que es distinto. —Alzó la cabeza con desafiante suficiencia.

Aiko arqueó una ceja y sonrió de medio lado.

—¿Eso crees? Puede que físicamente seas idéntica a mi hermana, pero ambas sabemos que tienes algo que ella no tenía: cobardía.

Ayshane frunció el ceño hasta convertir sus rasgados ojos en dos finas líneas de chocolate negro, fundido, ardiente. Su tía rio. El dragón grabado sobre su rostro se movió de nuevo, cobrando vida.

—Estás deseando matarme —adivinó entre risas—. Pobre Saya. —Negó con la cabeza, divertida.

—No tengo tiempo para estupideces. —Ayshane salió del amasijo de sábanas desgastadas que recubrían su cuerpo desnudo. En algún momento fueron de un inmaculado blanco. Eran ásperas y podían rasgarse sin demasiado esfuerzo debido a la corrosión natural de la tela por los lavados. Se miró el cuerpo. Estaba amoratado incluso en zonas que ni siquiera recordaba que le dolieran—. ¿Dónde está mi ropa?

—Las hermanas se han deshecho de ella. No era la más apropiada para un día lluvioso de invierno, ¿no crees?

—¿Las hermanas? ¿Qué hermanas? —Suspiró exasperada, se llevó los dedos al puente de la nariz y cerró los ojos—. Oye..., estoy empezando a perder la paciencia. Tráeme algo de ropa. Deja que me vaya y vuelve al lugar de donde quiera que hayas salido.

—¿Y si no lo hago? ¿Intentarás estrangularme como has estado a punto de hacer con tu padre? ¿O me romperás una costilla como a ese noviete poli que te has echado?

—Erick no es... Yo no...

—Estás descontrolada, perdida, asustada. Lo sé porque yo he pasado por lo mismo. Tu mente te hace cometer esas atrocidades, ¿verdad? —Ladeó la cabeza y sonrió—. Sientes cómo tu corazón se desgarra preso en una camisa de fuerza, llena de espinas, cada vez que intenta liberarse. No puedes controlarlo. Y no lo conseguirás hasta que no permitas que reine uno de los dos. Será doloroso, pero si consiguieras desprenderte... Si dejaras de ocultarte... Si aunaras la fuerza suficiente como para...

Aiko se levantó de la silla. La llevó hasta la pared que había frente a los pies de la cama, junto al armario de dos puertas descuadradas de madera de pino obsoleto que había al lado de la puerta y que estaba a punto de venirse abajo. Volvió a la cama bajo la atenta mirada de la lugarteniente y, del único cajón de la mesilla, sacó un sobre amarillento, doblado y arrugado.

—Ten. —Le entregó el sobre—. Era de tu madre. Ella te lo explicará mejor que yo. —Giró sobre sí misma en dirección a la puerta —. Iré a buscarte algo de ropa. —Miró la hora en su reloj—. Todavía... tengo algo de tiempo.

Ayshane se quedó con la vista fija sobre la puerta, ausente y acariciando las arrugas del sobre con el pulgar. Se sobresaltó al escuchar unas campanadas en el exterior. Las contó. Miró por el ventanuco. No había sol. Llovía a mares y el cielo estaba negro. Comprobó entonces la hora en su reloj. En efecto, las once de la noche.

Se tapó de nuevo con la sábana vieja al sentir un escalofrío que le puso la piel de gallina. Cruzó las piernas bajo las sábanas desgastadas y miró el sobre entre sus manos. Aiko debía de llevar años guardando aquella carta que, sin duda, era de su madre.

Acarició con las yemas de los dedos las letras japonesas escritas sobre la solapa. La caligrafía de su madre, tan característica. Firme, recta, segura. Hacía años que no la veía, pero no había olvidado las peculiares formas con las que adornaba cada trazo.

Ayshane

Con los ojos cerrados durante algunos minutos, se imaginó a su madre escribiendo su nombre en la solapa del sobre.

—Ayshane —susurró imitando el torpe acento ruso de Saya.

Sonrió al recordar la fluidez con la que su madre hablaba el idioma natal de su padre y lo mal que pronunciaba algunas palabras, entre ellas, el nombre de su propia hija.

Abrió el sobre. Sacó la carta. Acarició todas y cada una de las letras sin ser consciente de las tímidas lágrimas que comenzaron a recorrer sus mejillas y emborronar la tinta de las últimas palabras que su madre le dirigiría.

Mi querida Ayshane. Mi dulce y pequeña Mamba. Siento no haber sido durante todos estos años la madre que alguien como tú se merecía, pero tenía miedo.

Sí. Yo. Tu madre, la temida Flecha del Dragón, vive aterrorizada de que te arranquen de mis brazos desde el día en que naciste, temiendo que mi padre pueda darse cuenta del diamante en bruto que guardas en tu interior.

Durante años he intentado que aprendieras a ocultárselo al mundo para evitarte lo que Aiko tuvo que pasar. Tal era el único fin: ahorrarte ese sufrimiento y protegerte. Pensé que no iba a ser fácil, pero, por desgracia, he contado con la ayuda de Adrik.

Lo siento. Lo siento muchísimo, mi pequeña Mamba. Durante años supe lo que ese desgraciado te hacía. Sé que no tengo perdón, pero su crueldad te endureció tanto y yo tenía tanto miedo a perderte que, aun siendo consciente del daño que estaba haciéndote, egoístamente lo prefería con tal de mantenerte a mi lado.

Es posible que en este momento me odies, y no puedo pedirte que no lo hagas. Me lo merezco. Yo misma me odio de tal forma que los días y las noches se me hacen eternos esperando que aúnes las fuerzas suficientes para controlar al dragón que llevas dentro, ese

que, por tu propio bien, debe permanecer dormido, oculto a ojos de los demás.

Sé que no merezco tu piedad. Jamás me perdonaré todo lo que te he hecho, ni pretendo que tú lo hagas. Tan solo quiero que seas libre. Ahora puedes serlo. Tienes la fuerza, el conocimiento y el coraje para poder vivir la vida que durante tantos años tu padre y yo te hemos negado.

Siento no poder estar ahí contigo, no poder volver a ver por última vez a esa preciosa y dulce niña que he tratado de esconder durante años al resto del mundo. Espero que no se haya destruido por completo.

Vive, Ayshane. Sé feliz. Siente. Ahora puedes permitirte experimentar todo aquello que durante años te he prohibido.

Llora, ríe, odia, ama, pero siente, por favor. Te lo suplico. No te conviertas en mi padre. No permitas que Taiyo se vea reflejado en ti, pues intentará destruirte como en su día intentó hacer con Aiko.

No es mucho más fuerte que vosotras, pero tú debes ser más inteligente que él. Siente, mi pequeña Ayshane, pero no permitas que mi padre sepa que eres mejor ni más fuerte.

Taiyo es débil, y muy cruel. Mató a tu abuela, mi madre, la única persona que lo amó. Intentó acabar con Aiko e incluso conmigo cuando éramos bebés. Es un hombre sin escrúpulos, sin alma, sin corazón, pero tú eres mucho más fuerte.

No te dejes arrastrar por la ira, el odio y la venganza. No dejes que sean los únicos sentimientos que arraiguen en tu interior. Siéntelos, pero en su justa medida. No te ciegues. Busca el equilibrio. Apóyate en aquellos que te quieren. Tu padre, por ejemplo, para quien eres su mayor orgullo, junto a Dima, de quien espero que ya se haya atrevido a confesarte que es tu hermano. O Aiko, que ve en ti su reflejo, a mí y a la hija que perdió dos días después de nacer. O Rina, que te quiere como una madre, quizá la madre que habrías merecido.

No te será fácil, mi pequeña Mamba. Tendrás que librar una lucha constante, diaria y dolorosa, pero ama. Tú puedes hacerlo. Lograrás todo lo que te propongas, que no intenten hacerte creer lo contrario porque lo que guardas en tu interior tan solo se le otorga a los mejores guerreros.

Busca a un hombre o a una mujer que te quiera como tu padre me quiere a mí, alguien en quien puedas apoyarte y confiar. Déjate querer, mi pequeña Mamba. El amor no es malo. Es lo más bonito que encontrarás jamás en este mundo, y ese amor por tu pareja, por tu familia, por los tuyos, te hará aún más fuerte. Pero, recuerda, no permitas que Taiyo descubra que has sido capaz de controlar lo que a él le fue imposible. No dejes que vea cómo dominas al dragón que vive en tu interior. No se lo permitas.

Dentro de todos los seres humanos hay una batalla entre el bien y el mal. La maldad, el odio, la ira y la venganza son la oscuridad que reina en todos nosotros. La humildad, el amor, la bondad y la empatía son nuestra luz. No vivas alimentando la oscuridad. No permitas que el mal gane, pues en esa batalla saldrá vencedor el ejército que tú defiendas.

Eres nuestro mayor orgullo. Lo más bonito y puro que tu padre y yo hemos creado. Cuida de tu hermano, lo necesitará, aunque no te lo pida, igual que tu padre. Cuida de los tuyos porque solo tú podrás liberar a todos del oscuro mundo en el que vivimos. Solo tú podrás devolverles la paz.

Te quiero, Ayshane, y lo seguiré haciendo allá donde vaya.

—Tu madre y yo nunca quisimos pertenecer a la Yakuza —le dijo Aiko desde la puerta.

Ayshane se retiró las lágrimas de las mejillas con torpes movimientos. Aturdida, volvió a guardar la carta en el sobre amarillento y arrugado antes de alzar la vista hacia su tía, que la miraba desde la puerta. Sostenía en la mano un pantalón de chándal azul marino con lamparones blancos de lejía, una camiseta blanca de manga corta con una infantil mariposa verde en el pecho y unas deportivas grises deshilachadas con cierre de velcro.

—Tu madre nunca quiso esta vida para ti. —Se acercó a la cama, dejó la ropa sobre las sábanas a los pies de la lugarteniente y se sentó

sobre el colchón—. Pero nuestro padre jamás nos permitió huir, y nunca habría dejado que nuestros hijos lo hicieran.

—Sabía lo que Adrik... —Tragó el nudo que le ahogaba en la garganta y le impedía respirar—. Le permitió que me arruinara la vida, ella no...

Aiko la sujetó por los hombros.

—Respira. —Cogió aire por la nariz y lo soltó muy despacio por la boca—. Respira, Ayshane.

La lugarteniente comenzó a respirar imitando a su tía.

—Tu madre se enfrentaba a Adrik cada noche. Cada día. Siempre que él abusaba de ti. Por eso la mató. Quería deshacerse de ella. Ese malnacido es la maldad en estado puro.

—Creí que la maldad era Taiyo. —Sonrió sin ganas.

—Hay muchos tipos de maldad en el mundo. —Le acarició la mejilla—. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Ninguno de los dos debería haber nacido, y nadie los echará en falta el día que dejen de respirar.

Con la cabeza gacha, el rostro oculto tras el corte desfilado de su flequillo y los ojos cristalinos, la lugarteniente escuchó a su tía mientras acariciaba las letras japonesas de su nombre sobre la solapa.

—Tuviste una hija.

—¿Cómo crees que mi padre creyó que Dima era hijo mío?

Ayshane alzó la vista y miró a tu tía. Pese a su mirada carente de sentimientos, podía ver reflejado el dolor en el incandescente brillo de sus ojos negros y rasgados.

—Cuando Taiyo se enteró de que estaba embarazada, me encerró en una habitación. No permitía que nadie se acercara, ni siquiera para que me llevaran comida. Pretendía dejarme morir de hambre. Ordenó incluso tapiar la puerta. Si no hubiera sido por tu madre... —Suspiró con la mirada perdida en los recuerdos—. Saya lo era todo para mí. Siempre me ayudó cuando nadie más quiso hacerlo. Nunca perdió la esperanza conmigo. No dejó que la maldad arraigara en mi interior y, en aquella época, era mucho mayor que la luz. —Sonrió sin ganas—. No sé cómo lo hizo o qué le prometió a cambio, pero convenció a mi padre para que me trasladaran aquí. Cuando llegué al convento estaba muy débil. Las hermanas me provocaron el parto. Sayumi nació mucho antes de lo que debía y no sobrevivió. Y tal vez fue lo mejor. Ya sabes lo que dicen: lo que sucede, conviene. Tú madre necesitaba ocultar a Dima, y yo... un bebé. —Se encogió de hombros.

—¿Y su padre? Tu... marido

Aiko rio y negó con la cabeza.

—No era mi marido. Era uno de los hombres de confianza de mi padre.

—Lo mató.

Su tía volvió a negar.

—Me obligó a matarlo.

Ayshane la miró sin poder creer lo que acababa de decirle. ¿Cómo había sido capaz de matar al padre de su hija?

—¿Lo querías?

—Más que a mi vida.

—¿Y por qué...? ¿Cómo fuiste capaz?

—Porque era él o nuestra hija. Lo miré a los ojos y supe que jamás me perdonaría si me hacía el *seppuku*, así que lo decapité, tal y como me ordenó mi padre.

La lugarteniente negó con la cabeza. Ella habría matado gustosa a Adrik, pero si el padre de su hijo hubiera sido un hombre al que amaba... Si hubiera sido Erick...

—Anoche dijiste que te veías reflejada en mí, que yo...

—Somos como dos gotas de agua por dentro, Ayshane. Por desgracia, has heredado la peor parte de la Yakuza. —Aiko la interrumpió.

La lugarteniente hizo un mohín de disgusto con la boca. Se llevó las rodillas al pecho bajo la cochambrosa sábana y se abrazó apoyando la barbilla sobre ellas.

—Sabía que en mi interior guardaba la furia de un dragón. Mi madre decía que yo albergaba un reptil mucho más poderoso y mortífero que la mamba negra, pero que me dieron ese nombre para complacer a mi padre —le dijo, mirándose la punta de los dedos de los pies, que bailoteaban bajo la sábana.

Aiko le peinó el flequillo hacia un lado y se lo colocó tras la oreja con cariño.

—No fue por eso, sino por temor. Tenía miedo de que nuestro padre descubriera el tipo de dragón que guardas en tu interior. Tú madre lo vio en ti en cuanto te cogió en brazos por primera vez. Cualquiera se habría dado cuenta, Ayshane.

—Hum.

—Tú eres mucho mejor que Taiyo. Eres incluso más fuerte que yo. Tu dragón es el Dragón Dorado. En tu interior se congrega la misma fuerza del guerrero que liberó a su pueblo.

La lugarteniente alzó la vista y miró a su tía, frunciendo el ceño de medio lado.

—Eso no es más que una absurda leyenda. El Dragón Dorado no existe. No ha existido nunca.

—Te equivocas. Todas las leyendas tienen un comienzo, uno real. Puede que con los años y el boca a boca se vayan enalteciendo y maquillando algunos detalles para devolver la esperanza a aquellos a quienes van dirigidos, pero el Dragón Dorado existió. Aquel guerrero nació, fue real, de carne y hueso. Nuestra familia desciende de él.

Ayshane se quedó un segundo mirando a su tía antes de volver a agachar la vista y fijarla de nuevo en la punta de sus pies bajo la sábana.

—Entonces creo que os equivocáis de persona. Yo no soy ese guerrero. No hay luz en mi interior.

—Todos guardamos un demonio dentro. Tu padre, la anaconda; tu madre, la flecha del dragón; tu abuelo, el dragón negro; yo, el dragón divino... Pero tú..., tú has ido más allá. Tú eres ese dragón, Ayshane. Eres el Dragón Dorado. En tu interior se concentra la fuerza de aquel guerrero, solo tienes que sentirla. Deja de esconderte. Deja de huir. Deja de luchar contra ti misma.

La lugarteniente se quedó pensando un momento en aquella analogía. Podía ser que... Tal vez... Era cierto, cada cual guardaba un poder en su interior, aunque ella no creía que fuera necesariamente una bestia.

Erick era como una pequeña krait. Un hombre tan bello como la diminuta serpiente, y tan venenoso y letal como podía serlo aquel reptil, en vista de cómo había aprovechado su debilidad para reducirla a aquella misma mañana. Alice, tal y como la describía su hermano, era sensual, elegante como una gata salvaje de movimientos felinos, bellos y muy peligrosos. Jason era un auténtico leopardo. Fuerte, en apariencia tranquilo y sosegado, capaz de adaptarse a cualquier situación, aunque nada era lo que parecía en aquel hombre. Y Dima... Suspiró. Miró el sobre y lo acarició antes de llevárselo al pecho.

Había desobedecido a su madre muchas veces. Había deshonrado su memoria en infinidad de ocasiones, pero jamás sintió que estuviera fallándole tanto como ahora.

—No puedo liberaros. No a todos. —Escondió la cabeza en el hueco entre sus brazos—. Dima está en manos de Elenka. No somos capaces de dar con Adrik y, sinceramente, ahora mismo la suerte de Taiyo me importa un bledo. Ni siquiera me importa ya si cumplo o no con la promesa que le hice a Vladimir —balbuceó—. Tan solo quiero recuperar a Dima. Todo lo demás, el resto, me da igual, yo solo...

—¿Y si te digo que existe una manera de recuperar a Dima y de matar tres pájaros de un tiro?

Ayshane alzó la cabeza y con el dorso de la mano se retiró las lágrimas de manera brusca.

—¿Cómo? ¿Dónde está? ¿Tú sabes dónde está?

—Nunca os he perdido la pista. —Acarició su rostro—. Reconozco que no me lo habéis puesto fácil, sobre todo tú, pero le juré a mi hermana que te entregaría esta carta cuando tu dragón despertara si ella no podía hacerlo, y que cuidaría de vosotros si algo le sucedía.

—¿Dónde está? ¿Quién lo tiene? —le preguntó entre dientes—. ¿Está vivo? ¿Está bien? ¿Está herido?

Aiko se levantó de la cama, lanzó el chándal y la camiseta sobre el regazo y fue hacia la puerta.

—Vístete. Hay mucho que hacer antes de ir a por mi hijo —le dijo alzando la cabeza por encima de su hombro, con la mano en el pomo de la puerta—. Ahora, ambos lo sois, y nadie osa atentar contra la vida de mis hijos.

Ayshane vio cómo su tía sonreía de medio lado antes de salir. Sintió verse reflejada en aquella escalofriante y sensual mueca, aunque tenía que reconocer que el dragón tallado en la mitad del rostro de Aiko le daba un aire más espeluznante e hipnótico.

Renegaba de su familia y de la Yakuza, de eso no tenía ninguna duda. El dragón que cobraba vida cada vez que Aiko sonreía era como el suyo, pero donde en su tatuaje del vientre el ancestral reptil abrazaba una flecha, en el de su tía, el animal se atravesaba el pecho con una lanza.

La punta de la flecha no simbolizaba a su madre, como era su caso. La de su tía tenía tres puntas. Una por el amor al que tuvo que arrebatarle la vida, otra por su bebé que, quizá por la debilidad provocada por el ayuno a la que la condenó su abuelo, falleció con tan solo dos días, y la tercera por su madre, Saya, de quien Aiko decía que lo era todo para ella. En cuanto al dragón... Probablemente el dragón simbolizaba a Taiyo. Estaba casi segura de que aquella cicatriz auguraba el destino de su abuelo.

«Dima está vivo —Sonrió esperanzada—. Espérame, *brat*». Miró el sobre. Acarició de nuevo su nombre. «Mi hermano está vivo. Está vivo». Sonrió sin importarle la presión en el pecho, el dolor de su corazón que, como bien decía Aiko, lloraba sangre y estaba prisionero en los afilados espinos de la camisa de fuerza que lo mantenían cautivo.

«Y ese amor por tu pareja, por tu familia, por los tuyos, te hará aún más fuerte. Pero, recuerda, Ayshane. No permitas que Taiyo descubra que has sido capaz de controlar lo que a él le fue imposible. No dejes que vea cómo dominas al dragón que vive en tu interior».

Capítulo 17

Se vistió con los pantalones azules llenos de lamparones y con la camiseta con el infantil dibujo de una mariposa, que dejaba al descubierto la mitad de su vientre y el tatuaje del dragón de la Yakuza que la unía a la organización de su abuelo. Por último, se calzó las deportivas viejas y cutres de velcro que, con total seguridad, habían salido del cajón de donaciones de alguna iglesia.

Salió al pasillo recubierto por ladrillos de terracota y suelo de madera que crujía bajo sus pies, y se dirigió junto a su tía a las destartaladas escaleras, también de madera, que había al final del pasillo.

—¿Dónde estamos? —Bajó tras Aiko mirando el vacío que las rodeaba.

—En un convento que está a las afueras de Madrid.

—¿Y… cómo demonios he llegado hasta aquí? —Se detuvo antes de chocar con la espalda de su tía.

—Chsss. Guarda tus modales —le recriminó Aiko cuando pasaron junto a la sala de oración de la primera planta.

Ayshane miró el interior de la sala donde cinco monjas, en los últimos retazos de su edad, rezaban sus plegarias de rodillas, de espaldas a la puerta, entre murmullos inteligibles, en penumbra, alumbradas tan solo por los cirios prendidos bajo la talla de un Jesús crucificado, ajenas y sumidas en sus oraciones.

Atravesaron el resto del pasillo de la planta baja en silencio hasta llegar a un gran vestíbulo en cuyo frente se alzaba la réplica de una virgen en tamaño real. Estaba tallada sobre un pie volado de gruesa madera, apostada en los ladrillos de terracota de la entrada de la doble puerta principal y sujeta con hierro forjado pintado de negro. Iba vestida con un manto blanco y azul y en sus pies descalzos se encaramaba una serpiente con la cabeza aplastada bajo su peso.

—Yo misma te traje hasta aquí. Cuando tu padre me avisó de que habías huido, me dirigí al único lugar en el que tu alma encontraría consuelo. Te disparé un dardo con un narcótico en la nuca. —Ayshane se llevó la mano a la nuca y se acarició. Antes de perder el conocimiento, antes de hacerse el silencio, la oscuridad, el vacío,

recordaba haber sentido un pinchazo como el aguijón de una abeja clavado en su piel—. Era la única manera viable de acercarme a ti en tu estado. —Se encogió de hombros—. Vuelve a la zona de seguridad que ha construido tu padre. Sana con aquellos que debas sanar. Yo debo volver a prisión —le dijo entreabriendo una de las pesadas puertas de madera maciza por el pomo en forma de anilla.

Una ráfaga fría y húmeda de aire se coló por el hueco de la puerta entreabierta.

—¿Qué? ¡No! —Puso la mano sobre la madera y cerró el hueco que su tía había abierto—. Tenemos que ir a buscar a Dima.

—A tu hermano lo trasladan todas las noches de un lugar a otro. Los Pávlov no son tan estúpidos como pensáis. Saben que si se quedan en un lugar fijo, tú podrías dar con ellos. Lo mueven por todo Madrid. Estaban esperando una respuesta por tu parte. Lo has hecho bien, mi pequeño dragón. —Sonrió orgullosa—. Los Pávlov tendrán que estudiar muy bien su siguiente movimiento. Lo más probable es que se reúnan con Elenka. ¿Quieres solo a Dima o quieres que Elenka pague por lo que le ha hecho a tu hermano?

Ayshane miró a su tía en silencio, con aparente actitud inamovible. En su cabeza un millón de imágenes, posibilidades y anhelos recorrían esos engranajes que iban a la velocidad de la luz sopesando las consecuencias. Se mordió el interior del labio, dubitativa. Quería volver a ver a Dima. Le urgía llevar a su hermano de vuelta a casa sano y salvo, pero...

—Ayshane. —Le acarició la mejilla—. Los Pávlov no se fían de Elenka, y piensan que sigues trabajando para tus hermanastros. Cuando tengan todos los detalles sobre la autopsia del cuerpo de la mujer del complejo irán tras ella. ¿A quién crees que acudirá Elenka? —A Adrik. Eso no tenía ni que pensarlo. Seguro que Elenka buscaría la protección de la temida Cobra Real para enfrentarse a los Pávlov—. Vuelve junto a tu padre. Estará preocupado. No saben nada de ti desde hace casi doce horas —le dijo mirando su reloj—. Yo debo volver a prisión. Estás haciéndolo bien, Ayshane. Sigue como hasta ahora y no olvides abrir tu corazón. Solo así controlarás al demonio que acaba de despertar en tu interior. —Abrió de nuevo la puerta—. Me pondré en contacto con tu padre en cuanto sepa dónde y cuándo va a celebrarse esa reunión.

—¿Qué pasará con Dima?

—Dima estará bien. Lo mantienen sedado y encadenado. No les interesa matarlo, saben que muerto supondría un problema aún mayor.

Ayshane apretó la mandíbula y soltó el aire por la nariz de manera abrupta al imaginar por lo que debía estar pasando su hermano.

—¿Son fiables tus fuentes?

Aiko sonrió de medio lado, devolviéndole la vida al dragón tallado sobre su piel, y arqueó una ceja.

—Más les vale. A mí no me queda nadie a quien rendir cuentas, y no pueden ampliar mi pena.

La lugarteniente miró con preocupación a su tía. No le gustaba en absoluto el tono carente de escrúpulos y lo que podía leer entre líneas en sus palabras.

—¿Qué pasa con Taiyo?

—No quieras correr sin haber aprendido a andar.

Ayshane suspiró. Aiko no parecía dispuesta a dar su brazo a torcer. Su actitud había cambiado por completo. El color y el timbre de su voz emanaban ahora puro hielo que se condensaba alrededor de sus voluptuosos labios, que nada tenía que ver con las bajas temperaturas de aquella tormentosa y cerrada noche.

El destello de las luces de un SUV negro con todas las lunas tintadas se coló por el hueco de la puerta entreabierta. La lugarteniente reconoció el vehículo al instante.

—Ve y sana con aquellos que debas sanar, mi pequeño dragón. —Se hizo a un lado—. Aprovecha el poco tiempo que nos den para hacerte fuerte. Estoy segura de que los Pávlov no tardarán en pedir la cabeza de Elenka.

Ayshane se coló por el hueco de la entrada. Miró el Evoque RS250 negro bajo la lluvia.

—¿Estarás bien?

Aiko ladeó la cabeza, alzó una mano y acarició el rostro de su sobrina.

—Mi hermana no se equivocó contigo. —Dejó caer la mano muerta y recobró la fugaz y fría compostura que había perdido durante un segundo—. Vete y esperad mis instrucciones. —Cerró y se quedó apoyada sobre la madera con la cabeza gacha y una acuosa telilla en sus rasgados ojos negros.

La lugarteniente se quedó mirando la enorme puerta de madera bajo la lluvia cuando su tía cerró. Acarició la madera, apesadumbrada. Era posible que Aiko y ella no hubieran empezado con buen pie, pero era su tía.

Ayshane era consciente de que debía cambiar. Necesitaría mucha ayuda para ello, pero si ella y Aiko eran idénticas, entonces, ¿quién ayudaría a su tía? Porque estaba segura de que Aiko caminaba tan perdida como ella. Su madre ya no estaba para guiarlas. Tal vez... debían ayudarse la una a la otra.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón de chándal y acarició el sobre con la carta que su madre había dejado para ella. Alzó la vista y miró al coche. Corrió en su dirección. Abrió la puerta y, antes de entrar, se quedó a medio camino bajo la estrepitosa tormenta al

comprobar que era Erick y no Sergei quien manejaba el vehículo.

En tan solo una fracción de segundo su mundo encogió bajo la lluvia. De manera inconsciente, la vista se le fue hacia el costado que le había golpeado en la sala de ordenadores antes de abandonar el búnker. La cazadora de cuero negro que llevaba el agente no le permitía ver si, como le había dicho su tía, le había roto una costilla, pero por la postura ladeada con la que sujetaba el volante sabía que le había hecho mucho daño. Se llevó la mano al pecho, incómoda por la presión que sentía en su corazón al ser atravesado por las púas de espino.

Se subió al SUV sin atreverse a decir nada. Tampoco sabía cómo empezar a hablar. Sí sabía qué debía hacer y qué era lo que quería escuchar el inspector, pero estaba asustada. Tenía miedo. Le aterrorizaba la idea de entregarle a Erick el control que reclamaba sobre ella, y no sabía si sería capaz después de tantos años huyendo de aquel sentimiento.

Se abrochó el cinturón cuando él arrancó el motor y comenzó a recorrer el camino embarrado y flanqueado por esqueléticos abedules. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y acarició el sobre con la carta de su madre mirando por la ventana, con la vista perdida en los campos en barbecho, el pulso acelerado y la mente revuelta en una amalgama de frases sueltas que bombardeaban sin piedad a los belicosos guerreros oscuros que se cernían contra los tenues y débiles soldados de la luz, que se negaban a replegar sus tropas, pese a encontrarse en inferioridad de condiciones.

«No vivas alimentando la oscuridad, Ayshane. No permitas que gane al mal, pues, en esa batalla, será vencedor el ejército que tú defiendas».

«Sana con aquellos que debas sanar».

Las palabras de su madre y de su tía repiqueteaban en su cabeza como los tambores de la guerra que se libraba en su interior. Miró a Erick por el rabillo del ojo a través de las luces y las sombras de los primeros claros de luna entre las nubes.

El inspector no había abierto la boca desde que Ayshane se había subido al SUV. Tampoco preguntó qué había ocurrido o cómo había llegado hasta allí, ni siquiera le había pedido explicaciones de por qué casi había estrangulado a su padre o por qué lo había atacado a él. Se mantenía en silencio, con la vista fija en el fangoso camino de tierra entre abedules, la espalda pegada sobre el asiento y el lado en el que ella le había golpeado ligeramente encogido.

—¿Te... —carraspeó—, te has tomado algo para el dolor?

En vano, trató de romper de alguna manera la tensión y el incómodo silencio que había entre ambos. Un nuevo pinchazo. Otra vez esa presión en el pecho que la dejaba sin aparente respiración hizo

que se llevara la mano al corazón.

«Déjate querer, Ayshane». «No puedes controlarlo todo y no conseguirás hacerlo hasta que no permitas que reine uno de los dos».

Con la vista fija al frente cogió aire por la nariz y lo soltó muy despacio por la boca. Un camino que salía al sendero de tierra por el que Erick mantenía un silencioso rumbo, constante, llamó su atención. De manera súbita y sin pensarlo demasiado, Ayshane agarró el volante y lo giró en dirección al sendero. Erick frenó antes de chocar con el tronco de un abedul.

—¡¿Es que pretendes matarnos a todos?!

El agente puso la mano sobre el reposacabezas del asiento que ocupaba Ayshane y miró la luneta trasera para dar marcha atrás. La lugarteniente se desabrochó el cinturón y se bajó del coche. Necesitaba coger aire. Necesitaba respirar en un ambiente menos enrarecido. Se apoyó sobre el capó con la mano y se llevó la otra al pecho entre dolorosos jadeos.

—¡¿Puede saberse ahora dónde vas?! —Erick se desabrochó el cinturón y bajó del coche cerrando la puerta con hosquedad—. ¡Mete de nuevo tu precioso culito en el maldito coche!

Ayshane alzó la vista y lo miró desde el otro lado del capó a través de sus tupidas pestañas negras. Intentaba controlar la respiración para que el gélido aire llegara hasta sus pulmones mientras el dragón batía las alas en violentas sacudidas en su interior.

Erick rodeó el capó. Se situó frente a ella e intentó arrastrarla por el brazo de nuevo hacia el interior del SUV.

—No me toques —siseó.

—Todavía me quedan doscientos cinco huesos sanos. —Esta vez si la agarró por el brazo—. Así que sube al puñetero coche.

—¡Para! —voceó—. ¡Basta! —Se revolvió y se soltó—. ¡Deja de comportarte así!

—¿Y cómo debería comportarme, según la señorita?

—Deja de hacer eso. Deja de tratarme como si no te importara. No me trates como a uno de tus detenidos. —Se mordió el labio inferior en un penoso intento por evitar mostrar su vulnerabilidad. Confabulado con el maremoto de sentimientos que azotaban su alma, el cielo tronó y se iluminó bajo el suave retorno de la llovizna—. No me hables así —sollozó.

Erick acortó la escasa distancia que los separaba.

—Sube al coche —susurró a escasos centímetros de su cara.

El agente dio media vuelta sobre sus talones y comenzó a rodear de nuevo el capó.

—Te quiero —le dijo con la cabeza gacha y la mano aferrada a su pecho en un hilo de voz casi inaudible.

Erick se quedó parado junto al faro del copiloto de espaldas a ella.

Como una suave y fugaz brisa, Ayshane sintió por primera vez la calma en su interior. Durante un instante no hubo dolor, ni presión, tan solo un efímero vacío de sosegada paz. «Estás haciéndolo bien, Ayshane. Sigue como hasta ahora y no olvides abrir tu corazón. Solo así controlarás al demonio que acaba de despertar en tu interior».

—Te quiero, Erick —le dijo, esta vez más alto y claro, sin llegar a alzar la cabeza.

Cerró los ojos y se dejó embriagar por aquella caduca y placentera liberación. Erick alzó la vista por encima de su hombro y la miró atónito un segundo antes de acercarse con cierta desconfianza. Le sujetó la barbilla y le alzó la cara. Ayshane abrió los ojos al sentir de nuevo su contacto. La piel de todo su cuerpo se erizaba.

—¿Qué has dicho? —Intentó retirar la mirada para no caer presa del hipnótico brillo dorado de las hebras que cuarteaban sus magnéticos ojos verdes—. Repítelo —le ordenó, clavándole los dedos en la barbilla.

Temblorosa, con el corazón desbocado, la piel de gallina y el creciente sosiego ganando terreno en aquella cruenta batalla que se libraba en su interior, se sintió acorralada como nunca. Cerró los ojos.

«No puedes controlarlo todo».

«Déjate querer».

«Sana con aquellos que tengas que sanar».

Se dejó mecer por las palabras de todas las mujeres que la habían rodeado durante la mayor parte de su vida mientras en su cabeza, de fondo, en un lejano eco, alguien tarareaba la canción del guerrero. La canción del dragón. Su canción. Abrió los ojos de golpe. El brillo de su mirada había cambiado, las virutas de caramelo fundido, hundidas en el espeso chocolate caliente de sus ojos, centellearon con embriagadora intensidad.

—Te quiero —le repitió segundos antes de que Erick se diera por vencido. Alzó la mano y le acarició la incipiente barba con manos temblorosas y lágrimas en los ojos. Permitió que él acunara su rostro y le limpiara las mejillas con los pulgares—. Te quiero —susurró sobre sus labios cuando se acercó a su boca.

Erick la besó desesperado, famélico. La empujó contra la aleta contrachapada del SUV y agarró su trasero con posesividad. Intentó alzar su cuerpo sobre el capó, pero bufó aquejado del costado y se limitó a rodear su cintura con ambas manos.

—Lo siento. —Ayshane apoyó la frente sobre el pecho de Erick y le acarició las costillas por encima de la chaqueta de cuero, buscando el calor de su cuerpo—. Jamás quise hacerte daño. —Alzó la vista y lo miró, arrepentida, a través de sus tupidas, húmedas y negras pestañas.

—Nunca había conocido a una mujer tan desmesuradamente fuerte. —Rodeó su cuerpo entre sus brazos—. Has estado a punto de

romperme una costilla. —La besó en la sien—. Voy hasta arriba de calmantes.

Ella suspiró aliviada al saber que, al menos, no había provocado una fractura en su cuerpo. Pese a ello, se sintió sucia, indigna del amor de aquel hombre.

—Será mejor que volvamos al búnker. Debes descansar y sería conveniente que te viera Sergei. Quizá..., puede que haya que reajustarte la medicación o tal vez... Podemos... Puedo sintetizar algo más fuerte que te quite los dolores, yo...

—Chsss. —Le puso el pulgar sobre los labios y se los acarició—. Estoy mejor que nunca.

De manera inconsciente, Ayshane le mordisqueó el dedo pulgar antes de lamerlo. Erick no se encontraba bien, pero le encantaba provocarlo. Adoraba esa mirada lasciva acariciando su cuerpo que hacía días que no veía, que le ponía la piel de gallina.

Uno de los resortes del complicado engranaje de su cabeza saltó al recordar a Ekaterina. Su amiga era pura dominación. Se dedicaba a ello de manera profesional. Era inflexible e implacable con todos aquellos que demandaban sus servicios, pero tal y como le confesó, cedía las fustas, los grilletes y su voluntad a un único hombre. Su hombre.

Parecía feliz. Aquel *roleplay* en el que Sergei, acostumbrado a recibir órdenes, pasaba a ser quien tenía el poder, y Ekaterina, acostumbrada a doblegar a sus clientes se sometía sin pudor, parecía funcionar para ellos.

«Tienes que ceder».

Podía ser que si cedía... ¿Qué ocurriría si le entregaba a Erick parte del control sobre ella? Él no era Adrik. La quería, lo quería, pero...

Lo miró libidinosa a través de sus pestañas. Se apoyó sobre el capó del Evoque y se mordió el labio inferior en un gesto indecente hasta para ella. Erick arqueó una ceja y se llevó una mano al miembro cuando Ayshane se subió sobre la chapa mojada con las piernas abiertas tamborileando en el aire y las manos apoyadas en el hueco entre sus muslos.

Añoraba sus caricias, sus besos. Necesitaba sentirlo de nuevo. Se sorprendió a sí misma al comprobar cómo le urgía que la poseyera sin control. Demostrarle que lo quería, que era suya y que esa licencia solo se la concedía a él. Se asustó de sí misma cuando dejó de sentir la quemazón en las entrañas, la presión en el pecho y el dolor en su desgarrado corazón, a lo que ya creía que iba acostumbrándose. Todo ese veneno que la carcomía hasta el punto de herir a los suyos era sustituido por la seguridad, el arrojo y la fuerza para enfrentar cualquier cosa. Nunca se había sentido tan poderosa, imparable. Por primera vez, un fogonazo de luz mermó las tropas oscuras que querían

hacerse con el control de su alma. «¿Y ya está? ¿Tan simple como eso?». Sonrió. Se sentía... bien, como nunca se había sentido.

Permitió que Erick se la comiera con los ojos. Se quitó la camiseta y dejó al descubierto sus turgentes pechos desnudos bajo la lluvia. Tenía la piel de gallina, y los rosados y diminutos pezones duros como piedras. La llovizna recorría su piel y acrecentaba el deseo por el calor que emanaba el brillo de los ojos del agente lamiendo su torso.

Erick ahogó un gruñido casi animal. Se acercó a ella. Se colocó entre sus piernas y le pellizcó los pezones con rudeza.

—No creo que sea una buena idea —rumió entre dientes, contenido.

Ayshane acarició las chorreantes puntas del pelo despeinado y acunó el rostro del agente entre sus manos.

—*Ya lyublyu tebya* —le susurró—. Te quiero, Erick. Soy tuya, mi pequeña Krait. Mi corazón es tuyo y, por tanto, te pertenezco. —Lo besó.

Erick la sujetó por el trasero y amasó con brusquedad sus firmes glúteos. Ayshane siseó de puro placer sobre los labios del agente al sentir que aquellos dedos atravesaban el pantalón de chándal y se clavaban sobre su piel como las garras de un halcón.

—Túmbate —le ordenó.

La lugarteniente ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior. Deseosa de sus atenciones, fue recostándose sobre la chapa helada del capó. Un gemido se escapó cuando sintió el frío metal bajo su espalda y los labios de Erick sobre su vientre. El agente lamía las gotas de lluvia que recorrían su cuerpo y bañaban al dragón que, enroscado en una flecha, cubría su vientre desde el comienzo de los senos hasta el diminuto ombligo.

—Ayshane, yo... —Acarició la goma elástica del pantalón del chándal de la lugarteniente.

—¡Espera! —Se incorporó de golpe.

Sonrió con inocente malicia cuando lo vio palidecer. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón, sacó el sobre con la carta de su madre y se lo entregó.

—Guárdame esto. Es importante y no quiero perderlo.

Erick cogió el sobre doblado por la mitad, humedecido y arrugado. Miró a Ayshane y, con cara de alivio y sin hacer preguntas, se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. La lugarteniente aprovechó su posición para desabrocharle el vaquero.

—Me decías que... —Acarició la goma del elástico interior de su bóxer.

—Ayshane...

—Hum... —Le mordió el labio inferior.

Metió la mano en el interior para acariciar con posesividad su

endurecido miembro. Erick le sujetó la muñeca, contenido, clavando las uñas en su suave piel.

—Bájate y date la vuelta.

—¿Va a cachearme, inspector? —siseó arrastrando las eses, divertida.

Se dejó caer por la chapa mojada. Se dio la vuelta, abrió un poco las piernas, puso las manos sobre el capó y comenzó a frotarse contra su verga. Erick gruñó. Le bajó los pantalones hasta las rodillas. Con una mano enrolló el pelo mojado de la coleta de Ayshane y con la otra liberó el miembro.

—Ayshane, miram...

No le dio tiempo a terminar la frase. La lugarteniente alzó la vista sobre su hombro, lo miró con lujuria y se lamió con erótica lentitud el labio inferior.

De una estocada, Erick se clavó en ella. Ayshane jadeó, extasiada de puro placer. Erick le tiró del pelo y se bebió sus gemidos mientras se hundía con virulencia en su interior, sin la delicadeza que había mostrado hasta entonces siempre que la había penetrado. La lugarteniente le mordió el labio inferior con posesiva acritud. Cuando Erick bramó su nombre pegado a sus labios mientras se dejaba llevar por la pasión, se sintió viva. En paz. Amada y deseada.

Pese al frío de la noche, la lluvia y su desnudez, una pira de fuegos artificiales se congregó en su bajo vientre hasta que los incontrolados espasmos y las embestidas del agente prendieron la mecha que le hizo perder la cordura.

—¡Erick! —gritó a viva voz.

Un trueno acalló su delirante y apasionado alarido. Tras el fogonazo de un rayo que iluminó el cielo, todo se quedó en un silencio roto tan solo por las gotas de la tormenta que se avecinaba de nuevo y por las acompasadas respiraciones de ambos.

—No vuelvas a intentar alejarme de ti. —Se dejó caer sobre la espalda de la lugarteniente—. Por favor —le suplicó, jadeante, sobre su hombro desnudo antes de regarlo de cientos de delicados besos.

Protegió el cuerpo de Ayshane entre sus brazos y se quedaron un par de minutos callados, sin moverse, sin separar sus cuerpos, al calor que evaporaba las gotas de lluvia que caían sobre su piel, hasta que Erick se quitó la chaqueta de cuero y se la puso sobre los hombros. Ayshane agradeció el calor del cuero. Se subió los pantalones y se abrochó la chaqueta. Se dio la vuelta y lo miró.

—No puedo dejar de ser quien soy. —Se abrazó a sí misma.

Comenzó a temblar de manera involuntaria.

—Entra en el coche.

La lugarteniente obedeció. No porque fuera una orden, sino porque empezaba a sentir el frío y la humedad calándole los huesos. Cerró la

puerta. Puso la calefacción al máximo y acercó las manos a la rejilla de ventilación. Erick la miró desde el asiento del piloto un segundo antes de alzar la mano y retirarle tras la oreja el flequillo desfilado que se pegaba a su mejilla.

—No pretendo convertirte en algo que no eres.

Sin apartarse del chorro de aire caliente que salía de la rejilla del salpicadero, la lugarteniente se mantuvo en silencio, sin saber qué decir, antes de alzar la vista y enfrentarse a esa maldita conversación en la que uno se abre en canal frente a la persona que ama. Una conversación que tenía pendiente con el inspector desde hacía varios días.

—Erick, yo...

—Tienes todo el cuerpo amoratado. Eso me duele más que cualquier golpe que pudiera recibir. —Suspiró y se recostó en el asiento mirando la moqueta del techo color crema—. Que no me permitas protegerte, que huyas de mí, que te ocultes, que me anules de esa manera... —Se frotó la cara en un claro gesto de contención desesperada—. No lo soporto. —Giró la cara y la miró—. Te quiero, Ayshane. Es posible que seas la mujer más peligrosa del planeta y yo el hombre más estúpido del universo, pero sé que en tu interior hay bondad. Sé que nunca le arrebatarías la vida a un inocente por puro placer.

»Durante años estudié tus casos. Eras como una maldita obsesión que no podía quitarme de la cabeza. No sabía si eras buena o mala. Asesinabas a gente, sí, pero es que todas esas personas a las que les arrebataste la vida se lo merecían. Suena cruel, y quizá no es como debería hablar un buen poli —hizo un mohín de disgusto con la boca—, pero después de años de ver cómo otros tiran todo tu trabajo por tierra cuando uno de esos malnacidos se libra de la cárcel por un tecnicismo, o por tener suficiente dinero... —Suspiró—. Te quiero, Ayshane. Nunca pensé que le diría esto a una mujer, ni que llegaría a enamorarme. Y ahora que lo he hecho, tengo miedo a perderte.

»No estoy pidiéndote que cambies. —Alzó la mano y le acarició la mejilla—. Te quiero tal y como eres. Pero entiende que no puedo permitir que arruines tu vida. No puedo evitar sentir que debo protegerte incluso de ti misma si es necesario.

Erick era un hombre hermoso por fuera, pero su belleza interior era de un valor incalculable.

«Oh, Erick».

Acunó las manos del agente entre las suyas. Se las llevó a los labios y le besó los nudillos, emocionada.

—Si he intentado alejarme de ti ha sido porque me avergüenzo de mí misma. Me horroriza pensar que, cuando veas lo que soy capaz de hacer, me abandones.

Había llegado el momento de sincerarse. De dominar al dragón. De liberar de una vez por todas su corazón antes de que fuera demasiado tarde, antes de herir a los suyos o de tener que arrepentirse por cometer un error fatal.

Había llegado la hora de retomar el control que había perdido sobre sí misma y de ir ganando batallas, aunque todavía le quedara por librar una cruenta guerra. Ella era más fuerte que Taiyo. Ella podía con la bestia que intentaba alzar el vuelo bajo la red metálica que abrasaba la coraza de duras escamas. El amor del agente le había ayudado a contenerla.

—Esa es la única y verdadera razón. No pretendo anularte, pero me da pavor que puedas llegar a convertirte en alguien como yo. A perderte. A levantarme un día y que no estés ahí. Si hubiera podido, no habría elegido este mundo para mí y tampoco lo quiero para aquellos a quienes amo. En estos últimos días, me he dado cuenta de que puedo llegar a ser muy cruel, y también muy egoísta. No soy capaz de herirte lo suficiente como para que me odies y te marches, porque yo... Erick, tú... Sin ti, yo... —Erick acarició los esponjosos labios de la lugarteniente. Rodeó su nuca. La atrajo hacia sí y la besó con dulzura. Ayshane apoyó la frente sobre la de él y cerró los ojos. Inspiró y se dejó envolver por ese aroma a tormenta eléctrica y salvaje que desprendía no solo el cielo, sino también el único hombre al que había amado—. Sin ti mi alma estaría condenada a un mundo peor que el propio infierno. Mi amor, tú... eres mi luz. Mi bondad. Todo lo bueno que hay en mí.

Erick la miró, obnubilado. Ayshane agachó la cabeza, azorada. Se sentía desnuda por primera vez en años. Despojada de una coraza que le había llevado toda una vida erigir frente a los demás. Incómoda y expuesta como nunca. El agente le alzó la barbilla con cariño.

—Es la primera vez que me llamas *mi amor*. —La lugarteniente se ruborizó. Erick rio al verla y la abrazó—. Me gusta —le dijo entre risas, apretándola contra su pecho.

Ayshane se revolvió, incómoda.

—Déjame, imbécil. —Rio. La risa de Erick, su felicidad, eran contagiosas.

El manos libres del SUV comenzó a sonar. Ambos miraron la pantalla de la consola central. Ayshane pulsó el botón verde y contestó.

—Padre.

—Estás con Erick.

—Siempre —contestó mirando al agente.

—Volved al búnker. Tenemos a Julien.

Capítulo 18

Calmada, como si se hubiera quitado un gran lastre que llevaba arrastrando durante años, Ayshane se dirigió junto a Erick al gran salón que había en la galería de esparcimiento. Al llegar, se quedó pasmada bajo el arco de entrada cuando vio a la joven Alma. Llevaba unos pantalones vaqueros de pitillo negro ajustados, unas manoletinas de piel de melocotón rojo y un jersey de cuello de cisne y manga corta. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá de tela rústica color champán que había delante de la librería junto a Alice. Charlaban y reían como si se conocieran de toda la vida, compartiendo además su espacio con Sergei y su padre, que se mantenían alejados de ellas hablando y señalando unos planos sobre la mesa de billar que había tras el sofá que ambas tenían enfrente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Erick volviendo a su lado.

Al escuchar la voz de Erick, Alma alzó la vista y los miró con una sonrisa en los labios y una alegría en los ojos que a la lugarteniente le encogieron el corazón.

Ayshane se acercó a la joven. Acarició la trenza de espiga que había vuelto a hacerse o que alguien se había tomado la molestia de volver a peinar y miró a su padre, que desde la mesa las observaba a ambas. A la lugarteniente le llamó la atención aquel extraño brillo en los ojos que no supo descifrar. Nunca lo había visto.

—¿Dónde está Rina? —le preguntó a la joven.

—Ha tenido que marcharse a La mansión un momento. Me ha dejado a cargo de Sergei. —Miró a Erick, que no se había movido del lado de la lugarteniente—. Hola. Me..., me llamo Alma. —Sonrió—. Perdona por lo de antes, en la habitación, pero..., bueno, yo... estaba asustada y no sabía...

—No te preocupes. —Le devolvió la sonrisa.

Alma se sonrojó. Ayshane la miró perpleja, asombrada al ver la fuerza que la joven guardaba en su interior. ¿Cómo era posible que después de lo vivido estuviera allí, entre ellos, como si fuera una más? ¿Cómo podía mostrar tanta seguridad entre un grupo de peligrosos desconocidos, en su mayoría hombres? Tenía que hablar con Rina. Si aquello era cosa suya, tenía que preguntarle cómo lo había logrado en

tan poco tiempo.

«Eres una estúpida, Ayshane. Una desagradecida, cabezota e ignorante idiota», se regañó a sí misma al darse cuenta de que, tal vez, si hubiera dejado que Ekaterina la hubiera cuidado durante todos esos años en los que se encerró en sí misma, quizá no estarían tan rota.

—Alma nos ha dado la clave para dar con Julien —dijo Alice levantándose del sofá—. Es increíble lo inteligente que es. ¡Y qué memoria!

La joven la miró y sonrió, roja como un tomate.

—¿Vais a buscar a Irina? —Ayshane asintió—. ¿Puedo ir?

—No.

—Pero...

—Te quedarás aquí con Alice y con mi padre. Erick, Sergei y yo iremos a buscar a Irina.

—Pero yo solo quiero ayudar. —Trató de convencerla.

—He dicho que no. Aquí estarás a salvo.

—¿Como en La mansión? —le replicó con ironía.

—Alma... —Alice rodeó a la joven por los hombros—, ¿por qué no vienes conmigo? Puedes ayudarme a mí.

Alma miró ceñuda a la lugarteniente un segundo antes de sonreírle a la agente.

—¿Qué vamos a hacer?

Bajo la atenta mirada de la lugarteniente, Alice se la llevó mientras le explicaba cuál iba a ser su trabajo y en qué podía ayudar. Ayshane comenzaba a dudar si había sido correcto llevar al búnker a una adolescente en plena búsqueda de su identidad, con un claro desorden afectivo y emocional, teniendo en cuenta la escasa o, mejor dicho, nula experiencia que ella tenía tratando a menores.

—¿Y Jason? —Erick se acercó a la mesa de billar y se colocó en el lado opuesto desde el cual Eduard presidía la comitiva.

—Por el momento no podemos contar con él. El arma con la que lo atacaron estaba infectada con saliva de dragón. Tiene algunas décimas de fiebre. Le he suministrado antibiótico y unos calmantes para los dolores —le explicó Sergei.

—¿Saliva de dragón?

—Saliva de dragón de Komodo. Está llena de sofisticadas bacterias altamente peligrosas. Pero hemos llegado a tiempo. Podría haber perdido la pierna.

—Pero ¿se recuperará?

—Sí. No se preocupe, inspector. Booth solo está fuera de juego por ahora. En un par de días estará en perfectas condiciones.

Ayshane no pudo evitar sentirse culpable. Aiko no tenía que haber atacado a Jason, no si lo que pretendía desde un principio era ayudarla. Tal y como decía, siempre había estado pendiente de su

seguridad. Debía de saber que Jason trabajaba con ellos, que era uno más, uno de los suyos.

—¿Puedo saber ahora quién les atacó? —le preguntó Erick entre dientes a Eduard.

—¡¿No se lo has contado?! —Eduard miró a su hija, impertérrito—. Esto es el colmo. —Se llevó los dedos al puente de la nariz y negó con la cabeza.

—¿Tú lo sabes? —Erick la miró.

—Aiko. Al parecer, mi padre mantiene contacto con ella.

—¿Aiko? ¿Tu tía? ¿No se supone que está en una cárcel de alta seguridad? Que yo sepa, tiene una condena de por vida. No puede salir.

—No creo que sea el momento de discutir este asunto, inspector, Irina...

—¡Y una mierda! —Erick cortó a Eduard y dio un puñetazo sobre uno de los planos que cubría el tapete color hueso—. Mi amigo, mi compañero, ha sido atacado por su cuñada y está en la cama sin poder moverse del dolor y con fiebre. Mi mujer fue apuñalada por su propia tía. Desaparece y me prohíbe ir en su busca. Durante doce malditas horas no he sabido nada de ella, con quién estaba ni si corría peligro.

»Me ordena que vaya a buscarla a un convento perdido de la mano de Dios en la otra punta de Madrid sin darme una mísera explicación de cómo ha llegado hasta allí, en qué estado iba a encontrarla ni qué demonios le hizo para provocarla de esa manera. Estamos en el mismo barco, Ivanov. Soy un maldito fantasma gracias a usted. Morí, me dejé disparar y casi la diño para formar parte de esto. —Alzó los brazos al aire.

—Erick... —Ayshane puso una mano sobre su antebrazo—. Tranquilízate.

Miró a su padre, que observaba a Erick con una ceja enarcada y una divertida sonrisa en los labios. ¿De qué demonios se reía? Erick tenía todo el derecho a pedirle explicaciones, a estar enfadado e incluso a partirle la cara si se le antojaba.

—No, Ash. No me tranquiliza saber que es tu propio padre quien te pone en peligro mientras nos dirige a todos como marionetas desde la seguridad y la comodidad de este búnker. ¿No cree que ya es hora de que usted mismo lave sus trapos sucios? ¿Es que no ha tenido suficiente permitiendo que su propio hijo abusara de ella durante años sin hacer nada? —Señaló a la lugarteniente.

—¡Erick! —Miró a su padre, preocupada y dispuesta a mediar entre ambos.

El semblante de Eduard cambió. El extraño brillo en sus ojos desapareció y su divertida sonrisa se volvió una gélida mueca de desagrado.

—¿Eso es lo que piensa, inspector?

—Deje de poner en peligro a los míos. Deje de manejarnos como marionetas. Para el mundo, usted está muerto, y no abandoné el cuerpo para salir de una organización corrupta y podrida para meterme en otra aún peor. Ya no es tan poderoso como antes, Ivanov. Ya no es el dueño y señor de ninguna *bratva*.

—Erick, por favor, márchate.

—No. Pienso acompañarte. No pienso dejar que pongas de nuevo tu vida en peligro mientras yo me quedo de brazos cruzados. Ya lo hemos hablado.

—Erick, vete. —Acunó las mejillas del agente entre sus manos—. Márchate, por favor. No empeores las cosas.

Erick bufó. Le dio un manotazo en los antebrazos y se alejó, dolido, ofuscado y blasfemando entre dientes.

—*Malysh*...

—Ahora no, padre. —Fijó la vista sobre los planos.

No le gustaban las rencillas internas. Le traían malos recuerdos, malos pensamientos que prefería que no apabullaran su mente. Era normal, hasta cierto punto, que discutieran unos con otros. No siempre iban a estar de acuerdo en todo, pero entre Eduard y Erick... El agente parecía haber explotado como una supernova. Había evolucionado como lo hizo Alice en su momento, pero ese cambio había traído consigo un resentimiento oculto muy profundo.

En un primer momento, su padre parecía imperturbable con los reproches del inspector, incluso parecía haberle hecho gracia su enfado, pero Erick había metido el dedo en la llaga. Como había hecho con ella en el gimnasio, sabía dónde atacar para herir, y eso... Cerró los ojos. Los apretó y negó con sutileza para que los fantasmagóricos temores que se cernían sobre ella se disiparan.

—¿Estás de acuerdo?

—Hay una niña de tres años en manos de los hombres de Adrik. En mi opinión, ahora mismo debemos centrarnos en liberar a Irina, no solo por la promesa que le hice a Vladimir, sino porque se lo debemos. Concretamente, usted. Se lo debe por todos los años de servicio a los Ivanov.

Eduard apretó los puños sobre el borde de la madera de la mesa de billar hasta que sus nudillos palidecieron. Ayshane evitó el contacto visual con su padre centrándose en los planos frente a Sergei, que guardaba silencio en un discreto segundo plano.

—Ten cuidado, *malysh*.

La lugarteniente vio por el rabillo del ojo cómo su padre abandonaba el salón con su habitual porte regio y una aparente seguridad, pero estaba convencida de que no era más que pura fachada.

—¿Qué tenemos?

—La matrícula del vehículo de los hombres que les atacaron pertenece a una flota de coches de alquiler que Julien suele utilizar como servicio extra para los clientes vip de su local. La oficial Sánchez ha seguido el rastro de los teléfonos, las direcciones y los clientes más habituales de la empresa, así como los lugares de destino. Todos los coches llevan un localizador GPS que se descargan en el servidor central de las oficinas del dueño de la empresa. La oficial ha dado con un teléfono y una dirección desde donde se contrataba dicho servicio todas las semanas. El punto de partida y de destino siempre era el mismo.

—¿Esa empresa tiene relación con Julien o con Adrik?

—No por el momento, que sepamos.

—¿Qué sabemos de ese cliente vip?

—Me he pasado a hacerle una visita esta misma tarde. Es un cantamañanas adinerado al que le gustan las niñas más de lo debido. Pero después de la charla que hemos mantenido, creo que se le han quitado las ganas de volver a tocar a alguna.

Ayshane supuso que en esa *charla* habría habido algo más que palabras, pero ella no era quién para juzgar. Habría hecho lo mismo, aunque comenzaba a dudar si era del todo correcto.

—¿Sabemos dónde está Irina?

—Nuestro amigo me ha confirmado que Julien no se separaba de la niña. Donde esté Julien debería estar Irina, pero después de enterarse de lo que le ha ocurrido a su novia...

—Quiere deshacerse de ella.

Sergei asintió.

—La oficial Sánchez ha intervenido su teléfono. Tiene miedo. Quiere cortar cualquier lazo que lo ate a los Ivanov.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? —Sonrió de medio lado, satisfecha.

Había conseguido precisamente lo que se proponía: poner nervioso a Adrik, a sus hombres, a los Víboras...

—¿Cuándo se hará la entrega?

—Esta noche. En una hora.

La lugarteniente miró los planos. Por su cabeza pasaron un sinfín de fotogramas con la cara de todos los Víboras que hasta cinco años atrás habían estado bajo su mando. Era obvio que Adrik no se presentaría personalmente a recoger a la niña. Eso sería un milagro. Una bendición cuyo hermanastro no iba a concederles. No era tan estúpido. Enviaría a sus hombres, pero, tras cinco años alejada de la *bratva,* habría muchos mercenarios que podían estar trabajando para la Cobra Real y, con toda probabilidad, ellos todavía no los tendrían fichados.

Por otro lado, si Julien estaba al tanto del cadáver encontrado en el complejo, era de presuponer que Adrik tendría toda la información sobre el cuerpo. Seguro que había recibido su mensaje. Solo él le encontraría sentido a la canción que le había dedicado con cariño sobre la espalda de Clara. Su hermanastro sabría que iba a por él. Podía ser que aquel intercambio no fuera más que una trampa, un teatrillo para que saliera de su agujero, para acabar con ella.

—¿Tienes algún plan?

—Podemos asegurar que Adrik no se arriesgará a recoger personalmente a la niña. Usted mejor que nadie conoce a la mayoría de los Víboras que trabajan para él.

—Puede haber nuevos Víboras entre sus filas que ni siquiera yo conozca.

—Y también podría ser una trampa.

—Sí... Yo también he pensado en esa posibilidad. —Apoyó ambas manos sobre uno de los planos, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. No podemos contar con Jason. —Suspiró mientras estiraba el cuello—. Y tampoco sabemos cuántos Víboras va a enviar ese malnacido. —Miró a Sergei—. En cualquier escenario estaremos en inferioridad de condiciones —pensó en voz alta.

—Si me permite el atrevimiento... Todo gira en torno a usted, señorita.

Ayshane se mordió el interior del labio inferior. Sergei no había dicho ninguna tontería. Los Víboras la temían. Incluso los novatos habrían oído hablar de ella. Ella era su trofeo, tanto si era una trampa como si no. Los hombres de Adrik podían permitirse el lujo de perder a Irina si a cambio le entregaban a su deseada Mamba Negra.

—Ve a buscar a Erick. Id al armero y preparaos para la fiesta. Iremos en uno de los coches. Esperaremos a que hagan el intercambio y a que la niña esté fuera de peligro.

—Corremos el riesgo de perderla en un fuego cruzado.

—Lo sé. Pero al menos lo habremos intentado. Si fuera mi hija, preferiría que estuviese muerta antes que Adrik le pusiera las manos encima. —Recogió los planos—. Os veré en el garaje en quince minutos.

El intercambio iba a realizarse junto a uno de los márgenes del río Jarama, bajo una de las bóvedas de cañón de sillería blanca del Puente Largo de Aranjuez. Aquel puente era uno de los primeros que se habían construido en la época de la Ilustración con el fin de crear una red centralizada de carreteras que comunicara Madrid con el resto de las provincias y los Reales Sitios. Y en aquella madrugada, ese puente iba a convertirse con total seguridad en la puesta en escena de lo que los medios de comunicación titularían en sus artículos como un

ajuste de cuentas entre bandas organizadas. Un negocio que habría salido mal a ojos de los agentes de la antigua brigada de Erick.

Cuando llegaron, había dos todoterrenos negros, uno de ellos con todas las lunas tintadas y las luces apagadas. Los paragolpes delanteros de ambos estaban enfrentados cerca de la bóveda de cañón, sobre una pista de tierra y matojos resecos de un difunto ramal del río que el ser humano había extinguido en su propio beneficio reconduciendo su cauce.

Ayshane fue la primera en bajarse del coche. A hurtadillas y en silencio, bajo la torrencial lluvia y más cómoda tras su paso por el vestidor, aprovechó el sinfín de recursos que le ofrecían la cerrada noche y la caprichosa naturaleza para acercarse a los pretiles de la bóveda bajo la que Julien pretendía realizar el intercambio.

Se asomó por encima de la piedra, pero no veía cuántos Víboras había en total. Tan solo pudo identificar a tres, dos mujeres y un hombre que ella conocía bien. Habían crecido bajo su tutela. Se agachó y apoyó la espalda en la hilera de agua que caía a ambos lados de la piedra. Sobre su chaqueta de cuero negro resbalaban los goterones que caían del cielo como cubos. Sin dejar de analizar todo lo que le rodeaba, los brillos, las sombras, los papeles arrastrados por el aire, los charcos de agua, sacó del bolsillo de su chaqueta un pinganillo que se puso en el oído y un pequeño micro que colocó en el interior de la solapa.

—Erick, ¿me recibís?

—Afirmativo.

—Veo tres Víboras: Dani, Bea y Gio. —Se llevó la mano a la zona lumbar, sacó su M&P9 y desmontó el cargador—. No veo francotiradores ni Víboras preparados para una emboscada. ¿Qué tenéis vosotros?

Durante el trayecto, y tras una fuerte discusión con Erick, que no veía con buenos ojos que se arriesgara a ser el blanco de todas las miradas, llegaron al acuerdo de que ellos se acercarían por el margen del río seco. La naturaleza había preparado el terreno. Estaba sucio y descuidado, con cardos que superaban los dos metros de altura, matorrales de malas hierbas que luchaban por pisarse unos a otros y frondosos juncos verdes cerca de la orilla del Jarama. Su pequeña Krait y el único hombre de confianza que a Eduard le quedaba de su antigua vida podrían acercarse hasta casi acariciar a la niña, si es que Julien no había realizado ya la entrega.

El carácter incívico de los lugareños y los turistas y la dejadez del Ayuntamiento y de la Comunidad de Madrid para mantener intacto el ecosistema que rodeaba al Rey de los Puentes, como se refería a él Carlos III, creaban la oportunidad perfecta para que los Víboras no los detectaran. Pero Ayshane y su equipo tenían que ser concienzudos y

silenciosos.

—Dos hombres.

—¿Julien? —Contó las balas del cargador y lo introdujo en la culata con un golpe seco.

—Afirmativo.

—Sergei, ¿puedes distinguir al Víbora que nos falta?

—Negativo. Está de espaldas a nosotros.

Julien no le preocupaba. Tan solo era un aprendiz de matón con ínfulas de mafiosillo venido a más.

—¿Tenéis contacto visual con la niña?

—Negativo. Julien está liándose un cigarro apoyado en el capó de lo que parece ser su coche. Creo que están hablando. —Preguntar si eran capaces de escuchar algo de la conversación bajo la estruendosa tormenta eléctrica que había sumido Madrid en un diluvio apocalíptico era perder el tiempo—. Un momento, señorita. El Víbora sin identificar se mueve. Va en dirección a la puerta trasera del coche de Julien.

—¿Puedes identificarlo?

—Guevara.

Vigilando el perímetro, Ayshane se preparó para saltar sobre el techo del todoterreno que los tres Víboras rodeaban mientras Guevara se acercaba al coche de Julien. Se agazapó junto al erosionado muro, ennegrecido por el humo de los coches y el tiempo, y apoyó las manos sobre la helada piedra recubierta de musgo.

—Esperaos a que saquen a la niña y la metan en su coche. Seguro que está blindado. Erick, encárgate del Víbora y de la mujer que está fumando a su lado. Sergei, tuyos son Gio y Julien. Yo me encargo de Guevara.

—Recibido —le respondió Erick.

—Gracias, señorita —habló Sergei.

Se guardó el arma en las lumbares en un alarde de seguridad sin precedentes. Apurando la técnica que más le costó aprender y que su madre le había enseñado a base de latigazos con finas cadenas de acero impregnas en ácido diluido que ella debía esquivar sin saber por dónde le venían los golpes, Ayshane cerró los ojos y se concentró en todo aquello que la rodeaba.

Haciendo una exhaustiva búsqueda de lo que quería oír, escuchó el caudaloso cauce del Jarama abrasando con su lengua las rocas, las crispadas gotas golpeando la tierra como meteoritos de agua, los juntos doblegados por la fuerza del viento, el portazo de un coche, los pasos de unos mocasines caros sobre el lodo seguidos por unas torpes pisadas. Abrió los ojos.

—¡Ahora! —gritó al escuchar el cierre de una puerta más pesada y que, como bien auguró, estaba blindada.

Saltó el pretil. Dio una voltereta en el aire para quedar frente a Julien y cayó sobre el capó del todoterreno que rodeaban los Víboras llamando la atención de todos los presentes. Sonrió de medio lado de cuclillas sobre el techo del todoterreno y siseó.

Sergei efectuó dos precisos disparos que impactaron en la pierna y el hombro de Julien. El muy cobarde puso pies en polvorosa en cuanto vio a la lugarteniente, pero no llegó muy lejos: se golpeó contra el faro del copiloto y cayó al suelo sin saber qué herida taponarse.

Erick abatió a Daniel casi al mismo tiempo. Se cubrió cuando Beatriz le disparó. Saliendo de entre los matorrales, Sergei apuntó a Gio, pero fue más rápida que él. Le disparó y lo alcanzó en el hombro. Erick se deshizo de ella y, cubriendo a ambos con el subfusil, se acercó a Bea, que retrocedió y chocó con el lateral del todoterreno mientras Ayshane, de cuclillas sobre el techo, miraba al otro lado del vehículo la figura de Guevara, un hombre que ya formaba parte de las filas de los Ivanov cuando ella nació y que debía estar ya en edad de jubilarse si se hubiera dedicado a otros menesteres.

—Madre. —Guevara se arrodilló sobre el fango y agachó la cabeza.

La lugarteniente le dedicó una sonrisa ladina. De entre sus labios se escapó un silbido parecido al movimiento de una serpiente de cascabel. Beatriz alzó la vista. Se dejó caer de rodillas frente a Erick, tiró el arma a los pies del agente y puso las manos tras la nuca.

Respeto. El mismo que ella durante años mostró ante todos los hombres y mujeres que estuvieron bajo su mando.

Temor. Pues ninguno de ellos logró jamás derribarla en un duelo que todos terminaron por asumir como un imposible con el tiempo y las heridas. Ella no había llegado a ser la lugarteniente solo porque fuera un cargo vitalicio, sino porque era la mejor, y pese a que los Víboras fueron entrenados por su madre y después por ella, siempre se aseguraron de que ninguno de ellos recibiera un adiestramiento que pudiera darles la posibilidad de rebelarse. Ellos siempre fueron sus alumnos, nunca sus discípulos, pues un alumno jamás debía ser capaz de superar al maestro.

Rendición. Una palabra que no tenía cabida en su ser, pero que los hombres y mujeres que conformaron sus filas tuvieron que aprender a base de huesos rotos, profundos cortes y dolorosos hematomas que podían llegar a durar días e incluso semanas.

—Vas a manchar tu carísimo Brooks Brothers —le dijo arrastrando las eses.

De un salto se bajó del techo del todoterreno en el lado opuesto al que se encontraba Erick frente a Bea. Dio un paso y se acercó a Guevara. El hombre ni siquiera se atrevía a mirarla a los ojos.

—¡Sergei!

—¡Estoy bien, señorita! —gritó de camino al paragolpes delantero

del coche de Julien.

Ayshane acarició el pelo de zorro plateado y engominado de quien fue uno de sus Víboras. Entonces tiró de él y lo obligó a mirarla.

—¿Y la niña?

—En el coche.

—¡Krait!

Erick, al otro lado del todoterreno blindado, se acercó a la puerta y abrió sin dejar de apuntar a Beatriz. En su interior, a oscuras, en una esquina del asiento, hecha un ovillo, se encontraba Irina.

—¡Está aquí!

—¡Llévatela! ¡Poneos a salvo!

Erick miró a Sergei con un gesto cómplice. El que fuera la mano derecha de Eduard asintió. Alzó el subfusil con lentitud y cubrió al agente sin perder de vista a Julien, que intentó reptar por el lodo. Sergei se acercó a él y le dio una patada en las costillas. Un trueno silenció el grito del hombre tumbado en el suelo entre lágrimas, en posición fetal, entre su propia sangre y el barro. El agente rodeó el todoterreno, se subió, arrancó y miró a la lugarteniente.

—Ash...

—Mi alma estará a salvo. Vuelve a casa.

Mintió. El dragón que mantenía cautivo bajo una pesada red de incandescente luz se había liberado furioso y había acabado con la serpiente que moraba en su interior. La Mamba Negra ya no existía. En su lugar, el sanguinario reptil se alzaba alimentando a los guerreros al frente de sus más oscuros deseos. Al ver que Ayshane no lo miraba, Erick dudó un segundo antes de acelerar. La tensión en los hombros de la lugarteniente y la tirantez de mandíbula que desfiguraba los suaves y dulces rasgos de su rostro le impedían alejarse de allí, pero debía marcharse. El agente se fue sin dejar de mirar a Ayshane por el retrovisor mientras ella luchaba por capturar de nuevo al dragón.

—Madre.

Miró a Guevara como si fuera un insignificante mosquito. El hombre palideció al ver el brillo en los ojos de la lugarteniente. Justo en ese momento, un rayo a su espalda iluminó su rostro.

—¿Dónde está Adrik? —preguntó.

—Sabe que no puedo decírselo —le respondió tras un breve pero intenso silencio.

Ayshane ladeó la cabeza. Lo soltó como si le asqueara el tacto del canoso pelo entre los dedos. Se sacó la M&P9 de las lumbares y comprobó de nuevo el cargador. Guevara agachó la cabeza como quien asume su destino.

—Levantaos. —De un golpe seco en la culata volvió a introducirlo. Los Víboras se miraron entre ellos por el rabillo del ojo—. No voy a

ejecutaros. Me serviréis por última vez. —Cargó el arma arrastrando el cañón—. Le haréis llegar un mensaje a vuestros hermanos.

—Adrik nos matará. —Beatriz se levantó.

Sergei se preparó para dispararle a la mujer si esta se acercaba más de lo debido a la lugarteniente.

—Madre. Podemos servirla. Podemos trabajar para usted.

—Tarde, Guevara.

El hombre calló; un gesto que complació a Ayshane pero que no la haría cambiar de opinión por mucho respeto que quisiera mostrar a esas alturas.

—Voy a volver a preguntarlo una vez más. ¿Dónde está mi querido hermanito?

—No se lo digas, Guevara. Nos matará. En cuanto sepa dónde está Adrik, ella...

—Ya estáis muertos. Ninguno de vosotros estará a salvo mientras yo aún siga respirando. Se acabó, Beatriz. Caeréis uno a uno. Me aseguraré de que vuestros cadáveres se amontonen en la morgue mientras mi hermano ve cómo sus Víboras son masacrados por un monstruo del que ni la temida Cobra tendrá escapatoria. Ese es el mensaje que le daréis a quienes un día cuidé, protegí e instruí como si fueran mis hijos.

Guevara se levantó del suelo. Hizo una reverencia a quien había respetado y temido a partes iguales, a alguien cuyas órdenes acató siempre, aunque eso hubiera puesto su vida en peligro.

—Vámonos.

—Pero...

—Es una orden.

Beatriz miró por última vez a Ayshane y corrió junto a Guevara. Bajo la atenta mirada de la lugarteniente, ambos comenzaron a recorrer el sendero empantanado por la lluvia en dirección a la rotonda que había junto al descampado.

Ayshane se acercó a Sergei y se apoyó en la rejilla de ventilación del todoterreno de Julien con aire despreocupado. Miró al hombre por encima de su hombro como si, pese a los agónicos bufidos, acabara de darse cuenta de su lamentosa existencia.

—¿Cuántos son necesarios para llevar un mensaje?

—Tan solo uno, señorita.

—Sí..., eso pensaba yo.

Alzó su arma. Apuntó a Guevara y le disparó por la espalda a la altura del corazón. El hombre cayó de rodillas en el suelo. Se llevó la mano al pecho antes de suspirar por última vez un agradecimiento que la lugarteniente nunca llegó a escuchar. Beatriz se arrodilló junto a su cuerpo. Durante un momento, Ayshane se vio reflejada en el rostro desencajado de la mujer que echó a correr y desapareció de la vista y

el alcance de quien había sido su *mat´*.

Ayshane miró a Sergei bajo la lluvia y el estruendoso jolgorio de la tormenta.

—Si me lo permite, me gustaría hablar a solas con el caballero. —Dio un paso hacia Julien.

—Todo tuyo. —Se encogió de hombros—. No tardes en volver. Hay... —Se acercó e inspeccionó el agujero de bala sobre la chaqueta de su traje—. Hay que curarte esa herida.

—Su madre estaría orgullosa.

Ayshane alzó la vista. Sus rasgados ojos de ardiente leña cubiertos por diminutas virutas de caramelo fundido se cruzaron con los enorgullecidos ojos grises, cansados y rodeados de acentuadas marcas de vejez de Sergei. Le dedicó una agradecida sonrisa de satisfacción. Había sido capaz de mostrar piedad. La misericordia que, estaba segura, Adrik no mostraría con Bea.

Le había dado a Guevara la oportunidad de morir, de ser libre, y lo había hecho pese a la incandescente furia del dragón que batía sus alas. «Yo soy más fuerte que tú», le susurraba a la bestia que ahora moraba en su interior, presa de una pesada cadena que sujetaba ella misma y que los uniría de por vida.

Sergei se dio la vuelta y comenzó a tararear la canción del guerrero, la canción del Dragón Dorado. Su canción. Ayshane arqueó las cejas y negó con la cabeza entre sigilosas risotadas. Nunca había escuchado cantar a Sergei. No lo hacía nada mal. Tenía una voz ronca, varonil, rasgada. Le gustaba.

Se marchó cuando Sergei golpeó a Julien en la cara con la culata del subfusil y este perdió el conocimiento. Ella no lo juzgaría. Sergei era libre. No le pertenecía y cada cual tenía que alimentar a sus demonios, acariciarlos, calmarlos o alentar al ejército que liderase la batalla que se libraba en el interior de todos los seres humanos.

Capítulo 19

Dos horas más tarde, calada hasta los huesos, sin apenas fuerzas para mantenerse en pie, llegó al gran salón del búnker intrigada por el claqueteo de las bolas de billar y las alegres carcajadas de Alma.

Se apoyó sobe el ladrillo visto que conformaba el acceso de la entrada. Se quedó fisgoneando aquel cautivador cuadro en silencio, como una intrusa. Erick jugaba concentrado al billar, sujetaba el taco con firmeza antes de golpear con delicadeza la bola roja que chocó con la naranja. Eduard, con el pelo engominado y peinado hacia atrás, estaba sentado en el sofá de tela rústica en color hueso que había delante de las estanterías: las piernas cruzadas, sin chaqueta ni corbata, con los dos primeros botones de la camisa desabrochados y remangado hasta los codos, leía ensimismado la actualidad de las noticias nacionales. Y Alma, a sus pies, de rodillas junto a la mesa de café de madera sobre la alfombra color borgoña, jugaba con Irina sin hacer el más mínimo ruido.

Una estampa digna de una postal, de una obra maestra de algún pintor del Siglo de Oro español. Un recuerdo que no constaba entre todas las imágenes con las que intentaba comparar lo que, por un momento, le parecía estar soñando.

Ella nunca había jugado con sus hermanastros a los pies de su padre. Eduard jamás había estado tan... relajado. Ni en sus mejores sueños se habría imaginado ver al hombre que amaba, policía, exagente, compartiendo la misma sala que el conocido Anaconda Ivanov con tantísima naturalidad. Como si aquello fuera lo más normal del mundo, como una... familia.

La lugarteniente se llevó la mano al pecho, presa de una emoción que trató de controlar mordiéndose el labio inferior. Acababan de salvar a la pequeña Irina de un destino que no le desearía ni a su peor enemigo. Acababan de terminar con la vida de cuatro hombres cuyos cuerpos dejaron abandonados sin ceremonias ni remordimientos a orillas del río Jarama, bajo la tormenta, y aquella imagen, el precioso recuerdo de ver a dos de los hombres que más amaba envueltos en esa extraña paz, junto a la perturbadora inocencia de Alma de Irina, no encajaba con la masacre de cuerpos que había dejado pudrirse bajo la

lluvia.

—¡Ayshane! —saludó Alma con efusividad y se levantó del suelo.

Todos alzaron la vista hacia ella cuando Irina, con esa inocente torpeza que caracterizaba a una niña de tres años a punto de cumplir los cuatro, se levantó del suelo y se acercó hasta ella alzando los brazos al aire.

—Aún te recuerda. —Eduard dobló el periódico y lo puso sobre su regazo.

Ayshane también. Hacía menos de un año que Irina había estado junto a Vladimir en el ostentoso yate que su padre atracaba cerca de la costa de Mil Palmeras y al que la lugarteniente acudía cuando Erick y sus hombres se acercaban demasiado. Aquella retirada en un tiempo no muy lejano en el que huía del hombre al que amaba, cuando eran enemigos naturales, cuando el inspector Erick Román daba caza a la menor del Clan de las Serpientes.

Cogió a la pequeña entre sus brazos y alzó la vista hacia el agente. Erick se apoyó sobre el marco de madera que rodeaba la mesa de billar y dejó una pierna en el suelo y la otra colgando. Miraba a la lugarteniente entre la sorpresa, el afecto, la diversión, el amor y el orgullo. Cuando vio que Ayshane se sonrojaba y apartaba la mirada con la cabeza de Irina apoyada sobre el hueco de su cuello, mostró la sonrisa que guardaba solo para ella.

—¿No...? —Carraspeó—. ¿No deberían estar durmiendo? —preguntó acariciando de manera inconsciente la coronilla de la pequeña.

—No querían acostarse hasta que tú llegaras. —Se encogió de hombros y se levantó—. Voy a relevar a la oficial Sánchez. Debería descansar o acabará cayendo enferma, y no podemos permitirnos más bajas. ¿Dónde está Sergei?

—Tenía asuntos que resolver con Julien.

No pudo evitar mirar por el rabillo del ojo a Erick, esperando en su rostro una mueca de desagrado, una reprobación que no llegó.

—Que descanséis, *malysh*.

Eduard acarició la coronilla de Alma, que se había levantado del suelo y esperaba junto al sofá de tela rústica que había delante de las estanterías en el que había estado sentado. Besó en la sien a Irina cuando pasó junto a Ayshane y se marchó. La lugarteniente alzó la vista por encima de los rizos rubios de Irina y miró a su padre. ¿Cuándo fue la última vez que la besó? No lo recordaba. Hacía demasiado tiempo de aquello. Puede que incluso nunca hubiese ocurrido.

Su familia... Aquella de la que había formado parte toda su vida, para la que había servido... no era una familia. Rodeados de muerte, de enemigos, de hombres y de mujeres poco fiables y a su servicio, a

los que había que vigilar muy de cerca... Eran una *bratva*, pero ahora... ¿Qué eran ahora? ¿Qué le había pasado a su padre? Era tan distinto... Parecía... relajado, cómodo, encantado con todo aquello. Nada que ver con la actitud tajante e intimidatoria que había mostrado ante todos los que lo habían rodeado en el pasado. Se preocupaba por la salud de Jason y de Alice, evitaba el enfrentamiento con Erick, le pedía las cosas Ayshane en lugar de ordenárselas... ¿Qué había sido del temido Anaconda Ivanov?

—No te queda nada mal.

La lugarteniente dio un inapreciable respingo y miró a Erick, que se acercaba a ellas con ambas cejas enarcadas, las manos en los bolsillos de su vaquero negro desgastado y una divertida sonrisa en los labios.

El agente retiró de la cara de Irina uno de los tirabuzones que amenazaban con sacarle un ojo. La pequeña se había quedado dormida sobre el hombro de Ayshane. Miró a Alma, que se había sentado en el brazo del sofá que había ocupado Eduard, intentando sostener unos párpados ansiosos por despedir aquel extraño e inusual día.

—Deberían descansar. Alma. —Acarició de nuevo el pelo de la pequeña—. Vamos, a dormir.

—Eduard ha preparado una de las salas de recuperación para que puedan compartir habitación.

Ayshane fue caminando junto a Erick hacia la habitación de las niñas con una soñolienta Alma precediendo sus pasos y con Irina dormida entre sus brazos. Llegaron a la habitación que había junto a la que Dima había ocupado días atrás, mientras se recuperaba de las heridas que la lugarteniente le hizo al dispararle frente a la nave destartalada que los agentes tenían asignada como piso franco.

Alma entró como una sonámbula hacia una de las camas de noventa que había frente a la puerta y se tiró de bruces sobre el colchón. Erick fue hacia ella, le quitó las manoletinas, que dejó junto a la mesilla que separaba las dos camas, y la tapó con la colcha azul celeste mientras la lugarteniente, con cuidado, como si llevara haciéndolo toda la vida, dejaba a Irina sobre una cama protegida con barandillas de metal blanco a ambos lados del colchón.

Se quedó mirando la suave y pálida piel de la pequeña con las manos apoyadas sobre los protectores. Parecía una muñeca de porcelana. Sus mofletes eran redondos y la nariz pequeña, respingona, salteada de diminutas y graciosas pecas que le conferían un aire rebelde a un rostro angelical, coronado por tirabuzones ondulados de pan de oro que cubrían sus perfectas y diminutas orejitas.

Erick se acercó a ellas. Rodeó a la lugarteniente por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—Deberías cambiarte de ropa. —La besó en la sien—. Vas a coger

una pulmonía —susurró sobre su oído.

Por alguna razón que ni ella misma llegaba a comprender, se negaba a moverse de allí. Era como si sus pies se hubieran anclado al suelo de madera laminada. Apoyó la cabeza sobre el pecho del agente y suspiró, perdida en la respiración de la niña. Pausada, tranquila y profunda, hinchaba su pecho con cada inspiración.

Era tan pequeña. Tan vulnerable. Apretó la barandilla con las manos hasta que sus nudillos empalidecieron. Tensó los músculos de sus brazos cuando la tormenta que parecía amainar en el exterior se trasladó a su mente y nubló sus pensamientos con borrascosas imágenes de Irina en manos de Adrik que se entremezclaban con las suyas propias. Los recuerdos de su hermanastro la golpeaban: la sangre entre las piernas cuando llegó al baño de la habitación en la mansión que compartía con sus padres y con Elenka, ella arrastrándose entre dolorosos pinchazos que, como espadas, se clavaban en su vientre y la bombardeaban sin piedad.

Nunca olvidaría aquel dolor que recorrió su cuerpo desde el útero hacia el corazón. Ninguna de las heridas que había sufrido a lo largo de su vida podía compararse con los arañazos que sintió en el interior de su vientre cuando unas endemoniadas manos, de afiladas garras, intentaron destriparla de dentro hacia fuera, extirpándole el útero y al bebé que crecía en su interior.

—Ven conmigo. Te prepararé un baño.

Ayshane alzó la vista y miró a Erick a través de las pestañas de sus rasgados ojos. Le acarició la incipiente barba de dos días, abstraída por el agradable cosquilleo que los pelillos del inspector le producían en la palma de la mano. Su pequeña Krait. Su oportuna luz que, como un potente faro, se encendía entre la niebla y la oscuridad antes de que el barco chocara con el acantilado y liberara de nuevo al dragón.

Se dejó llevar hasta la habitación que compartían y que estaba frente a la que había ocupado su hermano. Se desnudó en el baño mientras Erick llenaba la bañera de hidromasaje con humeante agua caliente, sales aromáticas relajantes y jabón.

—Estas muy callada. —Extendió su mano y la ayudó a entrar en la bañera.

Ayshane suspiró cuando sus músculos se relajaron al sentir el contacto con el agua. Cerró los ojos y se sumergió por completo, como si pudiera ahogar los malos recuerdos, el dolor y el suspicaz comentario que le había hecho en el salón y que había pasado inadvertido solo en apariencia.

¿Y si Erick en algún momento quería tener hijos? Salió de nuevo a la superficie cuando sus pulmones reclamaron el oxígeno que estaba negándoles. Se retiró el agua de la cara y miró a Erick desnudo, junto a la bañera. Se echó hacia delante y le dejó un hueco a su espalda, en

el que se acomodó.

—¿Estás bien? —Acarició sus hombros y rodeó el cuerpo de la lugarteniente con sus brazos para atraerla hacia su pecho. Ayshane se recostó sobre él. Una cálida sensación de sentir que por fin había llegado a un hogar que llevaba buscando toda su vida la envolvió junto a los férreos brazos del agente—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya estás haciéndola. —Jugueteó con la espuma entre sus dedos.

Erick sonrió y besó la coronilla de la lugarteniente mientras ella, sumida en sus pensamientos, elaboraba puntiagudas y espumosas montañas blancas de sales y jabón.

—¿Por qué no me dijiste que Irina era sordomuda?

—¿Habría cambiado algo?

—No, pero... —Suspiró—. Dios, qué depravado podría querer...

—Un monstruo. —Cerró los ojos y se acomodó entre sus brazos—. Puede que el mundo crea que Adrik está enfermo, pero no es así. Sabe lo que hace. Sabe lo que quiere y lo selecciona concienzudamente. Irina no habría calmado sus inquietudes. Habría sido demasiado fácil hacerse con ella. Tan solo habría sido un aperitivo para abrir boca. Habría terminado en alguno de sus clubs. Un enfermo... no sabe lo que hace, no es plenamente consciente. Sabe lo que le gusta e intenta calmar su sed, pero en su mente retorcida y gangrenada está todo bien. Es... lo correcto. Lo que necesita para sobrevivir. Un enfermo tiene cura. Adrik... —Abrió los ojos y volvió a jugar con la espuma entre sus dedos—. Él no era así, pero algo..., algo cambió en él. A Elenka siempre la trató con respeto. La quiere como un hermano debe querer a su hermana. Como Dima me quiere a mí. Pero conmigo...

—Irina ya está a salvo. —La apretó contra su pecho en un abrazo.

—¿Tú crees?

Se quedaron en silencio, envueltos en una nube de vapor de almendras tostadas y coco que había invadido por completo el baño de su habitación.

—¿Has pensado alguna vez en tener hijos?

Erick, con la cabeza apoyada sobre el hombro de la lugarteniente, la miró de reojo sin responder. Su silencio la preocupó. Le dolió como la fina púa de un cactus clavada en una uña. Quizá se lo había planteado con alguna de las mujeres que habían pasado por su vida, pero ¿con ella? Tal vez Erick interpretaba aquella pregunta como si estuviera pidiéndole tener un hijo. No tenía que habérselo preguntado, ella no...

—Nunca me lo había planteado. —La instó a que se moviera.

Ayshane se dio la vuelta. Erick rodeó su cintura y la colocó a horcajadas sobre él. Le acarició los labios con el pulgar y puso su mata de pelo negro mojado sobre su hombro herido.

—No puedo tener hijos.

Agachó la cabeza con doloroso pesar al darse cuenta de que había dicho en voz alta algo que debía permanecer encerrado en un recóndito baúl, que casi podría decirse que había olvidado y que dejó de tener importancia cuando renunció a ser madre, a condenar a otra alma inocente a aquel mundo, a su infierno.

Erick le sujetó la barbilla con cariño, le alzó el rostro y la besó con dulzura. La lugarteniente se removió inquieta.

—Me encantaría tener un hijo contigo.

—Acabo de decirte que...

—Estoy seguro de que serías una madre maravillosa. Solo hay que ver cómo te mira Alma o cómo Irina se ha quedado dormida entre tus brazos. Eres preciosa, inteligente y fuerte. Eres todo lo que siempre había soñado. Si quieres tener hijos, los tendremos. —Acunó las mejillas de Ayshane entre sus manos—. Hay muchos niños que necesitan el calor de un hogar, amor, una familia. Y yo me sentiré el hombre más afortunado en la faz de la Tierra cuando llegue ese momento.

La lugarteniente se mordió el labio inferior en un penoso intento por contener las lágrimas. Se abrazó a él y escondió la cara en el hueco del cuello de Erick, emocionada. No se lo merecía. No merecía tener un hombre así a su lado.

Cansada de dar vueltas entre el amasijo de músculos que rodeaban su cuerpo, se escurrió entre los brazos del adormilado inspector. Se llevó la mano a la frente, sentada al borde de la cama. Se sentía mareada, febril, con el estómago revuelto y con ganas de vomitar. Fue al baño de la habitación y se miró en el espejo. Tenía moratones por todas las partes del cuerpo que el pantalón corto y la ceñida camiseta de tirantes dejaban al descubierto. Estaba pálida, ojerosa, agotada, pero no era capaz de conciliar el sueño. Se lavó la cara y se enjuagó la boca con agua. Salió de nuevo a la habitación. Erick seguía plácidamente dormido. Entró al vestidor y se vistió con unas mallas grises, llenas de divertidas formas abstractas en blanco y en negro que le llegaban hasta el comienzo de sus gemelos, y un *top* azul eléctrico que tan solo cubría sus turgentes pechos y dejaba al descubierto los dos tatuajes que la identificaban desde su pronta adolescencia.

Salió en silencio a la galería desierta. Fue hacia la puerta de la habitación de las niñas y asomó la cabeza. Estaban profundamente dormidas, así que, con la intención de calmar el ansia que le oprimía el pecho y sudar un poco con la esperanza de eliminar las toxinas del inminente trancazo que parecía estar incubando, se dirigió al gimnasio. Le sorprendió ver las luces encendidas desde el vestíbulo del sakura a aquellas horas. Alguien más parecía no poder dormir. Miró su reloj Bvlgari. Eran las seis menos cuarto de la mañana.

—¿Alice? —Con gotas de sudor recorriendo su cuerpo, desesperadas exhalaciones y varios rizos pegados a su rostro, la agente abrazaba el saco entre lágrimas que se secó en cuanto vio entrar a la lugarteniente—. ¿Qué te ocurre? —Tenía los ojos hinchados, amoratados y recubiertos de una plaga de venas rojizas que parecían querer apoderarse del despejado cielo azul que la agente tenía por mirada. Alice se acercó al banco que tenía en frente. Cogió una mullida toalla negra y se secó la cara, los hombros, los brazos y el cuello—. Alice...

Su amiga agachó la cabeza evitando el contacto visual con la lugarteniente en un patético intento por ocultar la desazón que desprendía cada célula de su cuerpo.

—Es culpa mía —le dijo antes de romper a llorar de nuevo—. Elenka atrapó a Dima por mi culpa.

—No. —Negó con la cabeza y la abrazó—. No fue culpa tuya. Era una trampa. Si hay algún culpable de lo que sucedió aquella noche esa soy yo. —Se apartó un poco y la sujetó por los hombros—. Durante años he subestimado a Elenka. Me he pasado media vida odiando a Adrik y la relegué a un segundo plano sin darme cuenta de que la maldad que había en ella era más peligrosa de lo que creía. —Acunó las mejillas de la rota Alice entre sus manos—. Alice, mírame. No fue culpa tuya. Nos tendieron una trampa, pero no volverá a ocurrir. Recuperaremos a Dima.

—¿Y si está muerto? —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Fui una estúpida. Hay tantas cosas que no tuve tiempo de decirle... —De entre sus labios se escapó un derrotado y agónico suspiro—. Echo de menos hasta esa manera que solo él tenía de sacarme de mis casillas. —Se llevó las manos a la cara y agachó la cabeza—. Me niego a pensar que esté muerto, que no vaya a volver a verlo, a discutir con él. Elenka podrá creerse muy lista, pero no es más inteligente que yo. Daré con ella y la mataré. Te prometo que traeré a Dima de vuelta. Lo arreglaré, tan solo... Solo necesito un poco más de tiempo para que esto —se golpeó las sienes desesperada— vuelva a funcionar como es debido, yo solo...

—Alice, Alice. —Le sujetó las muñecas con firmeza para que dejara de golpearse—. Tienes que descansar. —La agente negó con la cabeza, fuera de sí—. Necesitas descansar.

—No. No puedo. Hay que encontrar a Elenka. A Dima. Él...

—Dima está vivo. —Acarició el rostro de su amiga y le retiró una lágrima—. Aún no sé dónde, pero está vivo.

—Pero y si Elenka... Los Pávlov...

—Lo mantienen con vida. Lo mueven por todo Madrid, pero está vivo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás segura? —La lugarteniente asintió—.

¿Cómo lo trasladan? Podría... Tal vez yo... Tengo que volver a la sala de ordenadores. Si lo trasladan...

—Alice, tienes que dormir.

Alice negó con la cabeza.

La lugarteniente comprendía la desesperación de su amiga, pero no podía dejar que cayera en la espiral de la ley del talión. El esperanzador brillo que iluminó su rostro cuando le aseguró que Dima estaba vivo le encogió el corazón.

—Alice, escúchame. —La sujetó por ambos brazos a la altura de los codos para retenerla junto a ella—. Tus recursos más valiosos —se llevó el dedo índice a la sien y se dio un par de ligeros golpecitos— no funcionarán correctamente hasta que no les des unas horas de descanso. ¿Cuánto hace que no duermes?

Había estado tan encerrada en sí misma que se había olvidado por completo del sufrimiento que la ausencia de su hermano había causado en el resto, especialmente en su amiga. La palidez de su piel remarcaba las purpúreas y oscuras ojeras que su rostro, tras días sin descanso, ya no era capaz de sobrellevar.

—No..., no lo sé. No puedo. De verdad, Ash, lo he intentado, pero cada vez que cierro los ojos solo veo sangre, a Elenka atravesándole el costado con un puñal. Yo solo...

—Tienes que descansar. —La miró de arriba abajo.

La lugarteniente se percató de que Alice había perdido peso en los últimos días. La veía demacrada. Los huesos de las caderas sobresalían de su endurecido vientre. Sus clavículas se marcaban donde semanas atrás se habían insinuado con sensualidad. La agente era delgada, proporcionada, pero había ido consumiéndose poco a poco como una decrépita flor sin que Ayshane se hubiera dado cuenta.

—¿Cuánto hace que no comes?

—Tengo el estómago cerrado.

—¿Cuánto tiempo llevas en el gimnasio?

—Desde que tu padre me hizo el relevo.

Iba a caer enferma como siguiera con ese ritmo de exigencia alentado por la culpa.

—Vamos a comer algo.

—No tengo hambre. De verdad, Ash, yo...

—Es una orden. —Se tambaleó ligeramente.

—¡Eh! —La sujetó por el brazo—. ¿Estás bien?

—Creo..., creo que estoy acatarrándome. Ve a la cocina y prepara unos sándwiches mientras yo me acerco al laboratorio a por algo para el resfriado.

Cuando Alice desapareció por el comedor contiguo al gimnasio, Ayshane se llevó la mano a la frente. No recordaba haberse puesto mala nunca, pero se sentía febril, con sueño y con unas tremendas

ganas de vomitar, a pesar del hambre. «¿Cómo puede tenerse apetito y ganas de vomitar al mismo tiempo?».

Salió del vestíbulo del sakura y atravesó la galería contigua hasta llegar al laboratorio. Rebuscó entre los armarios lacados en blanco que colgaban sobre la encimera que cubría el perímetro de la sala. Solo había pequeños botes de pastillas para los dolores, coagulantes, anticoagulantes, antídotos para todos los venenos de las serpientes que tenían en la sala de ordeño que se separaba del laboratorio con una cristalera de suelo a techo; también había sueros para contrarrestar los efectos de la resurrección, viales con venenos en todos sus formatos, pastillas de administración oral, en espray, antibióticos... Se quedó mirando los viales de suero que había en uno de los cajones bajo la encimera, junto a la nevera. Eran de administración por vía oral. Una mezcla explosiva de relajantes musculares que podía dejar doblado a un elefante durante tres días. Miró hacia la puerta del laboratorio mientas cogía uno de los viales.

—Es por tu bien —dijo para sí, mirando el líquido transparente.

Se llevó una mano al vientre y se agarró al borde de la encimera. Apretó los dientes y siseó de dolor al sentir un calambrazo que la hizo perder el escaso color de su ya nívea piel y le puso el vello de todo el cuerpo de punta.

—¡Genial! —Bufó entre dientes—. Y ahora me viene la regla.

Cerró el cajón y salió del laboratorio. Atravesó la galería y el vestíbulo. Entró en el área de esparcimiento. Recorrió el comedor y entró a la cocina que había al final de la sala.

—¿Qué quieres beber? —le preguntó mirando los dos sándwiches de pavo que había sobre la isla de acero que había en el centro de la cocina.

—Agua.

Se acercó a la alacena de aluminio junto a la despensa. Sacó dos pesados vasos en forma de serpiente enroscada. Echó unas gotas del suero que había cogido del laboratorio y que llevaba escondido en la mano cuando Alice se sentó sobre la encimera de metal que había frente a la isleta con uno de los sándwiches en la mano. Se guardó el resto del vial en la goma de las mallas y fue hacia el fregadero que su amiga tenía al lado.

—Mañana a media mañana convocaré una reunión. —Abrió el grifo y llenó el vaso que llevaba el suero—. Tenemos que reorganizarnos, ver qué tenemos y exponer toda la información de la que dispongamos. —Le ofreció el vaso y llenó el suyo. Alice se bebió la mitad casi de un trago—. ¿Tienes sed? —Arqueó una ceja y bebió.

—Debería haber llevado una botella de agua al gimnasio. —Se encogió de hombros.

Lucía apagada, sin vida ni ganas de seguir adelante.

—Cómete el sándwich. —Se acercó a la isla y se sentó sobre la encimera frente a su amiga. Alice miró el pan y las lonchas de pavo que sobresalían de los bordes como si Ayshane estuviera pidiéndole que se comiera una vaca entera con cuernos incluidos—. Alice…

Tras un bufido exasperado, le dio un ridículo mordisco.

—¿Contenta?

Ayshane enarcó una ceja y sonrió de medio lado. La gata montesa de su hermano seguía ahí dentro, en algún lugar en el interior del decrépito cuerpo que ahora la contenía, pero seguía ahí aturdida, famélica y desesperada.

—Mi tía va a ayudarnos. —Mordió el sándwich. Masticó y tragó.

—¿Qué tía?

—Aiko. —Le dio un trago a su vaso de agua.

—Pero ¿no fue ella quien os atacó en el complejo?

La lugarteniente asintió.

—No lo entiendo. Casi os mata.

—Mañana os pondré al día. —Mordió el sándwich—. Por cierto, ¿cómo está Jason?

—Mejor. Ya no tiene fiebre y está deseando salir de la cama, aunque todavía le duele la pierna. —Mordió el sándwich—. Se supone que Aiko está en una de las mejores prisiones del país. De alta seguridad. ¿Cómo ha conseguido salir de allí? —Tragó y bebió agua.

—Debe entrar y salir cuando le viene en gana. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo lo hace?

—No tengo la menor idea.

—¿Te fías de ella? Ya no es solo que atacara a Jason, sino que también te atacó a ti. —La vista se le fue a la tierna herida del hombro de Ayshane.

La lugarteniente se quedó con el último bocado a medio camino mirando a la agente. Pensó muy bien la respuesta antes de contestar, aunque desde la charla que mantuvo con Aiko en el convento sabía la respuesta.

—Sí, en cuanto a liberar a Dima. Estoy segura de que Aiko no haría nada para ponernos en peligro a Dima o a mí. No después de haber hablado con ella. Cierto es que nos atacó, pero tan cierto como que podría habernos matado y no lo hizo.

—No sé si Jason estaría de acuerdo con esa teoría.

—Ya… —«Jason va a ser un problema»—. Es precisamente ese tipo de acciones lo que me hacen desconfiar de ella. Aiko va por libre. Podría decirse que… está herida de muerte. Estoy casi convencida de que haría cualquier cosa por liberar a Dima y protegernos a ambos. El problema es que no tiene nadie a quien rendirle cuentas. No tiene nada que perder. Es… como yo antes de reclutaros. Creo que si no

fuera por Dima y por mí, se habría suicidado o habría conseguido que la mataran hace ya mucho tiempo.

—¿Tú crees? No tiene pinta de ser una mujer con instinto suicida.

—No está loca, pero mi abuelo intentó acabar con ella. La obligó a asesinar al hombre que amaba, al padre de su hija, y esta murió al poco de nacer. Tan solo le quedaba mi madre, y Adrik la asesinó. No debe ser fácil continuar con ese peso a tus espaldas.

—Tú lo has hecho. —Se bajó de la encimera y volvió a llenarse el vaso de agua—. Tu hermanastro asesinó a tu madre, acabó con la vida de tu hijo antes de que este naciera, y tu hermanastra ha secuestrado a tu hermano. —Ash agachó la cabeza y se quedó mirando el agua que aún le quedaba en el vaso—. Perdona, yo... no quería incomodarte. —Puso una mano sobre el antebrazo de Ayshane.

La lugarteniente alzó la vista y sonrió sin ganas. Su vida tampoco había sido fácil.

«Tu fuerza es mucho mayor que la de ella. Te ciega. Es tan potente que no puedes ver más allá del odio. Tú dragón es mucho más grande, más poderoso que el de tu tía, infinitamente superior al de tu abuelo o tu madre». Quién sabe, tal vez su padre tenía razón y aquel guerrero si existió. Podía ser... que sí, que albergara en su interior al Dragón Dorado.

Capítulo 20

Alice se tambaleó y cayó al suelo, junto a la pared de ladrillo visto de la galería de esparcimiento. Incapaz de sujetarla, alzar su cuerpo y llevarla hasta la habitación que estaba junto a la que compartía con Erick, la lugarteniente la dejó recostada sobre la pared de ladrillo y fue a buscar a su padre a la sala de ordenadores.

No quería molestar a Erick, no sabía si había vuelto Sergei o si tal vez había preferido pasar un tiempo a solas con Ekaterina en La mansión, y Jason, por mucho que asegurase que se sentía mejor, aún debía recuperarse.

Cuando entró, un descarado aroma a océano revuelto y concentrado golpeó sus sentidos. Eduard no apartó la vista de la pantalla central. Tenía el pelo revuelto y la camisa arrugada y por fuera. Parecía ajeno a la presencia de su hija, concentrado en los documentos abiertos en las pantallas. La lugarteniente se acercó por detrás y alzó la mano con intención de ponerla sobre el firme hombro de su encorvado padre.

—¿Va todo bien, *malysh*?

No llegó a tocarlo. Ni siquiera lo rozó, pero su padre sabía que estaba ahí. Él siempre sabría dónde estaba aunque los separase un universo.

Pese a esa gélida actitud inquebrantable que mostraba ante todos, Eduard siempre había sentido predilección por ella. Puede que incluso también por Dima, aunque salvo por la afable cordialidad que en el pasado había entre ambos y que jamás pasó desapercibida para Ayshane, su padre siempre mantuvo las distancias con su hermano. La lugarteniente lo atribuyó a que Dima era un Víbora, un mercenario más de la *bratva*, hasta que le confesó la verdad. Entonces todo cobró sentido y se dio cuenta de que tal vez era la única manera de proteger a Dima.

Eduard tampoco había tenido una vida fácil: arrastrado por su padre a aquel mundo, un primer compromiso acordado sin amor, cuyo fruto habían sido dos semillas del mal, y la única mujer a la que había amado asesinada a manos de su propia sangre.

—Necesitaría que me echara una mano para llevar a Alice a su

habitación. —Eduard se giró con la silla y la miró de arriba abajo—. Le he suministrado uno de los relajantes que guardamos junto a la nevera del laboratorio cuando estaba distraída y...

—¿Te encuentras bien?

Ayshane asintió incómoda al notar los ojos de su astuto padre escudriñándola, rebuscando en su interior sin ningún tipo de pudor.

—Sí. Solo estoy acatarrándome. He buscado en el laboratorio algo para el resfriado, pero no he encontrado nada.

—Le diré a Sergei que traiga algo de camino para acá. —Cogió el móvil que había sobre la mesa de ordenador—. La oficial Sánchez no es la única que necesita un descanso. Tienes una pinta horrible. Deberías tomarte un relajante para conciliar el sueño tú también.

—Le diré al jurado de Miss Universo que tenga en cuenta mi estado de salud a la hora de las votaciones. —Puso los ojos en blanco y fue junto a su padre a recoger a la agente del suelo.

A Eduard no le hizo falta la ayuda de su hija para llevar a Alice hasta el cuarto que tenía asignado, pero Ayshane lo acompañó de todas formas.

—Me gustaría convocar una reunión a media mañana. —Tapó a la agente con la colcha rojiza cuando su padre la dejó sobre la cama—. Creo que estaría bien que expusiéramos toda la información que tenemos. Toda la información —le dijo con mirada inquisitiva.

Salieron de la habitación y se quedaron junto a la puerta.

—¿No confías en mí?

Ayshane ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

—¿Qué me dice de Aiko? —Cruzó los brazos bajo su pecho—. ¿Desde cuándo mantiene contacto con ella? Porque no creo que después de tantos años hayan decidido retomar una obsoleta relación. ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Por qué no informó a los agentes? ¿Por qué les ocultó que fue ella quien nos atacó en el complejo?

—Tu tía siempre ha tenido un carácter complicado. Es una mujer difícil de tratar. Siempre fue compleja, pero desde que tu madre murió...

—Asesinaron. A madre la asesinaron. Concretamente, su hijo. —Alzó la cabeza en un claro gesto desafiante.

Habían pasado ya muchos años desde que Adrik mató a Saya, pero Eduard parecía no querer asumir que su propio hijo había acabado con la vida de la única mujer a la que había amado.

—Pese a ser una mujer arisca —continuó sin la menor intención de rebatirle a su hija—, siempre ha mostrado un infinito afecto hacia ti y, sobre todo, hacia Dima.

Comenzó a andar despacio junto a Ayshane, deshaciendo el camino que los había llevado hasta la habitación de Alice, con la vista fija en el suelo de hormigón pulido de la galería.

—Puede que porque tú seas la viva imagen de tu madre, y Dima... —Suspiró—. Creo que Aiko salió adelante tras la pérdida de su hija convenciéndose a sí misma de que Dima era en realidad su hijo. —Se detuvo frente al gran sakura y alzó la vista, embelesado por la infinita belleza del majestuoso bonsái—. Supe de inmediato cuáles serían las intenciones de tu tía cuando le conté que Dima había desaparecido.

—Seguro que Aiko estaba al tanto antes de que usted la informara.

—Es probable. Me consta que ha estado siguiendo vuestros pasos muy de cerca. Si vamos a trabajar con ella, si tu tía va a unirse a nosotros, no quiero que haya roces entre los agentes y ella. Ellos no se fían por completo de nosotros —alegó a modo de disculpa.

—No se fían de usted, pero ¿qué espera? —Alzó ambos brazos al aire—. Si les oculta información es normal que desconfíen. —Exhaló rendida—. *Otets*, esto no es una *bratva*. No es la organización que regentó. Esa vida se acabó. Debemos trabajar unidos. Si Aiko quiere formar parte, será bienvenida. Siempre y cuando asuma que ahora somos un equipo. ¿Acaso no buscamos todos lo mismo?

Eduard miró a su hija con su característico porte regio, alterado tan solo por el pelo alborotado y la camisa arrugada, por fuera del pantalón, con los dos primeros botones desabrochados y remangada hasta los codos.

Armándose de valor, Ayshane lo abrazó.

—¿Por qué no podemos ser una familia? —Apoyó la cara sobre el pecho de su padre—. Extraña, diferente, sin lazos de sangre, pero una familia unida. Eso siempre será mejor que el individualismo. —Alzó la vista y lo miró—. Fue usted quien quiso que los agentes entraran a formar parte de esto. Ahora que son suyos, que son nuestros, que forman parte de nuestras vidas y de nuestro mundo, no permita que suceda lo mismo que le ha llevado a vivir como un fantasma para acabar con sus propios hijos. No cometa los mismos errores. Tiene una segunda oportunidad. Aprovéchela.

Inmóvil, Eduard miró a su hija un segundo antes de rodear su pequeño y letal cuerpo con los brazos, y acariciar su larga mata de pelo azabache. Parecía cansado. La vejez que durante tantos años había conseguido mantener a raya parecía haberse apoderado de su cuerpo de golpe. Lo sintió vulnerable, derrotado y frágil. Palabras antes desconocidas entre los adjetivos que describían al temido Anaconda Ivanov.

—Lo intentaré, *malysh*. —Besó la frente de Ayshane—. Tu madre estaría orgullosa de ti. Ve a descansar. —Fijó de nuevo la vista en las diminutas hojas del sakura.

Ayshane supo el momento exacto en el que el alma de su padre dejó de estar junto a ella y se trasladó, quizá, a un lugar en el que su felicidad era completa. Lo dejó en mitad del vestíbulo, frente al bonsái

de más de metro ochenta que tanto le habría gustado a su madre. Antes de dirigirse a la habitación que compartía con Erick, lo observó por última vez con la convicción de que el amor que sentía hacia su padre, pese a todas las mentiras, la sangre y la muerte que siempre los había rodeado, era un amor puro, verdadero e indestructible.

Se apoyó sobre la puerta de madera de su habitación. Erick seguía dormido. Miró la hora en su reloj de oro blanco. Las siete de la mañana. Todavía podía descansar un rato. Sacó el vial de suero que aún llevaba guardado en el elástico de las mallas y se quedó mirando un segundo el líquido transparente antes de introducir tres gotas en su boca. Sacudió la cabeza. Sin diluir, sabía a rayos. Le parecía increíble que Alice no se hubiera dado cuenta, pero con el estómago revuelto y la avalancha de problemas, dudas y reproches que asolaban su mente era la única forma que tendría de conciliar el sueño, y lo necesitaba casi tanto como respirar.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo hasta que el relajante hizo su efecto y perdió el conocimiento.

—Ash, cariño. —Erick acarició su rostro.

Parpadeó un par de veces cuando vio al agente junto a la cama con Irina entre sus brazos. Si no fuera porque esa niña no era su hija, aquello parecía el comienzo de un precioso día de invierno en el que su apuesto y guapo marido de ensueño la despertaba tras descansar después de una dura jornada laboral, junto a su pequeña.

—¿Qué hora es? —le preguntó con voz ronca.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara. —Se sentó con la niña a su lado.

Irina alzó los brazos al aire. Comprendiendo lo que quería, Ayshane se incorporó. Se apoyó sobre el terrario encastrado en la pared que hacía de cabecero y la sentó en su regazo. Se llevó la mano a la garganta. Tenía unas ganas horribles de vomitar y, pese a haber descansado, se sentía como si llevara años sin dormir.

—Creo que no debimos entretenernos cuando volvimos del convento. —Sonrió y se mordió el labio inferior al recordarlo.

Erick le dedicó una sensual y pícara sonrisa.

—Será mejor que me vaya... —musitó divertido mientras se levantaba de la cama—. Eduard nos ha convocado en el comedor. —Miró la hora en su reloj—. Más o menos en una media hora, pero si no te encuentras bien...

—Estoy bien. ¿Ha vuelto Sergei? —Se llevó la mano al estómago.

—Anda por ahí con Alice. —Le dio un golpecito en el hombro a Irina.

Erick alzó los brazos al aire cuando la niña lo miró e Irina alzó los brazos, sonriente.

—Tú te vienes conmigo, enana —le dijo cogiéndola.

Irina no lo oía, pero se rio. Desde la cama, Ayshane podía ver sus diminutos y blanquecinos dientes de leche asomar entre sus finos y rosáceos labios mientras se alejaba en brazos de Erick.

La conmoción de aquella preciosa imagen, que tenía la intención de proteger con recelo en su memoria como el mayor de los tesoros, se vio interrumpida por el sabor ácido de la bilis recorriendo su garganta. Corrió hacia el baño y abrazando el váter de porcelana negra echó el sándwich que le había preparado Alice la noche anterior. En realidad, sintió como si hubiera vomitado todo lo que había comido en el último mes. Se limpió la boca con el dorso de la mano, tiró de la cadena y se acercó al lavabo de cristal templado. Abrió el grifo, se lavó los dientes y se enjuagó la boca para deshacerse del desagradable sabor a vómito antes de ducharse.

El agua caliente le sentó bien. Le habría gustado pasar un buen rato bajo el chorro de la alcachofa, pero debía reunirse con el resto.

Seguía fatigada, destemplada y cansada, pero la fiesta de su estómago parecía haber cesado. Entró en el vestidor envuelta en una toalla azul aguamarina y se enfundó en unos vaqueros, un jersey de cuello vuelto negro y unas botas militares color camel. Más cómoda y con mejor cuerpo, se dirigió hacia el comedor donde todos la esperaban sentados alrededor de la mesa.

—¿Y las niñas? —Se acercó a la silla en el lado opuesto en el que su padre presidía aquella reunión y se sentó.

Erick le ofreció un café recién hecho cuyo olor le revolvió de nuevo el estómago. Negó con la cabeza para rechazarlo, y tras mirar las tostadas, las magdalenas, la fruta y la bollería industrial que había sobre la mesa, se decantó por una manzana verde. También pensó que le vendría bien una manzanilla.

—Están en su habitación jugando con Ekaterina.

«Bien». Asintió. Pese al interés de Alma por incorporarse a sus filas, por querer ayudarlos, como ella decía, Ayshane prefería mantenerla al margen.

—Jason, ¿cómo te encuentras? —Mordió la manzana con la esperanza de calmar el hambre y el malestar.

—Mejor, aunque este de aquí no opine lo mismo. —Hizo un gesto en dirección a Sergei, sentado a su lado.

—Creo que deberías hacerle caso.

—Me encuentro perfectamente. Con los calmantes apenas me duele.

La lugarteniente puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Había estudiado el perfil de Jason en la infinidad de ocasiones cuando era la lugarteniente de su padre, y ni por aquel entonces ni durante los meses que llevaban trabajando juntos había tomado al inspector por

un hombre engreído. Todo lo contrario. Siempre le había parecido muy humilde, pero Ayshane supuso que aquella fachada de ser indestructible que pretendía mostrar se debía a su ego malherido. Un profundo corte en el muslo era doloroso, más aún si la herida había sido infectada con veneno. ¿Qué pretendía demostrar?

—Lo que tú digas. Alice, ¿qué tenemos?

Evitó con premeditación preguntarle qué tal había descansado, aunque por su cara supuso que bien. Al menos para Alice, el sueño parecía haber sido reparador. Aunque el rostro de su amiga seguía luciendo apagado, triste y cansado, Ayshane sabía que no era por falta de sueño. Hasta que no volviera Dima, esa sonrisa con la que la agente pretendía dar a entender que se encontraba bien no deslumbraría como los días en los que su hermano la incomodaba con algún picajoso pero estudiado comentario salido de tono.

La agente encendió la *tablet* que tenía sobre la mesa, junto a Eduard, y comenzó a mirar sus anotaciones.

—Sabemos que Elenka ha estado haciendo negocios con los Pávlov. Al parecer, lleva bastantes años tratando de aliarse con el Clan del Escorpión y parece que al fin lo ha conseguido.

—Entonces, podemos dar por fiable la información de Clara.

—Sí. También que el tatuaje de Laura pertenece a la vertiente que dirige André Pávlov. Hemos localizado a su lugarteniente. Lo tenemos vigilado, pero por el momento no hay movimiento ni rastro de André Pávlov.

—Puede que esté escondido en el mismo agujero que Elenka. ¿Qué puedes decirme de su hermano?

—Su hermano está fuera del país. Volvió a Rumanía hace tres meses para atender unos negocios que tiene allí —intervino Eduard antes de darle un sorbo a su café.

—¿Es posible que haya vuelto y no tengamos constancia de ello? —Mordió la manzana.

—No, no lo creo. Lo tenemos vigilado desde que encontrasteis el tatuaje del escorpión en la planta del pie de la agente. Fue sencillo dar con él.

—¿Podemos afirmar entonces que no sabe nada de los negocios que su hermano pequeño se trae con Elenka? —Se limpió la comisura de los labios con el pulgar.

—Estoy casi convencido de ello, pero no le perderemos la pista hasta dar con André Pávlov.

Ayshane dejó la mitad de la manzana sobre la mesa, incapaz de seguir comiendo.

—Lo que aún no comprendo es cómo Elenka supo que Dima estaba con vida. —Se llevó la mano al puente de la nariz y cerró los ojos.

Sergei carraspeó para llamar su atención.

—Si me permite, señorita, creo que yo puedo contestar a eso. Julien y yo mantuvimos ayer una pequeña charla. Me confesó que, al parecer, nuestro forense a sueldo era su cliente.

—¿Era?

—Muerto el perro, se acabó la rabia. —Se encogió de hombros—. La cuestión es que una noche bebió más de la cuenta y entre copa y copa le confesó a Julien nuestro pequeño secreto. No saben cómo lo hacemos y ese es el motivo de que se hayan llevado a Dima. Pensaron en el señor Ivanov, pero no saben dónde se encuentra. La señorita Ayshane estaba completamente descartada, debido a su alto índice de mortalidad cuando tratan de capturarla, así que Dima les pareció el sujeto más accesible.

—Así que lo necesitan con vida. —Alice suspiró aliviada.

—Adrik podría estar al corriente.

—No puedo asegurarlo, inspector Román. Al parecer, Julien solo se lo confesó a Clara. Antes de informar a la Cobra Real, quería asegurarse de que era cierto y no los desvaríos de un borracho, pero conociendo cuál iba a ser su destino, podría haberme mentido.

—Supongo que esperaba un ascenso. Un trato de favor después de tantos años a su servicio. —Se llevó la mano al estómago bajo la mesa y lo acarició con la esperanza de acallar sus molestias—. Clara me confesó que trabajaba para los hermanos Pávlov. No tiene sentido. —Se llevó de nuevo la mano al puente de la nariz y cerró los ojos—. Fueron Elenka y sus hombres quienes nos tendieron la emboscada. —Pensó en voz alta—. El mismo Vladimir me lo confirmó antes de que lo asesinaran.

—Con el debido respeto, señorita, los hermanos Pávlov no se acercarían a usted si pueden evitarlo. Esa chica, Clara, se hacía pasar por la novia de Julien, pero no era un simple grillo; era la amante de André Pávlov.

—¿Su amante? —Miró a su padre, arqueando una ceja.

—No era oficial, pero...

—¿Elenka?

—La vida da muchas vueltas, *malysh.* Durante años, Sergei ha procurado que los turbios negocios de Elenka no mancharan nuestro nombre, pero al morir tu madre...

—Asesinada. Madre fue asesinada —silbó entre dientes.

Con su inmaculado traje gris perla, Eduard parecía no inmutarse ante las veladas acusaciones de Ayshane, pero ella conocía todas y cada una de las corazas de su padre y sabía que sus palabras nunca caían en saco roto. Lo supo por el inapreciable cambio en la respiración de Eduard, por el ligero tintineo de las arrugas que perfilaban sus ojos marrón caramelo y por la imperceptible dilatación de sus pupilas antes de recobrar su mirada impermeable.

—Fuera como fuese, Elenka se hizo cada vez más poderosa. Es muy astuta. Siempre se ha mantenido alejada de Adrik, adoptando ese papel de alocada hermana que no sabe lo que hace, pero, ahora mismo, los apoyos con los que cuenta superan en creces a los de su hermano.

—Clara me aseguró que André Pávlov estaba utilizando a Elenka. Que se desharía de ella en cuanto tuviera el dominio sobre el territorio de Adrik.

—Si la información que te dio Clara la estudiamos bajo el contexto de la que Ivanov acaba de revelar, parece la típica promesa que un hombre casado le hace a su amante. —Jason apoyó los codos sobre la mesa—. Ya sabes. Dejaré a mi mujer, cariño. En cuanto encuentre el momento, seré tuyo... Pero esos tipejos nunca encuentran el momento.

Ayshane se detuvo un momento a pensar en todo aquello. Si fuera así, tendría sentido. Alzó la vista y miró a su padre. Estaba callado, con las manos cruzadas sobre la mesa, en apariencia tranquilo, pero sin dejar de trabajar en encontrar una fisura en aquel acuerdo entre Pávlov y Elenka.

En aquel mundo era arriesgado hacer negocios con otras organizaciones y, pese a que su hermanastra había tenido al mejor ejemplo a seguir ante sus ojos, ese tipo de alianzas siempre podían salir mal. Salvo que el aprendiz hubiera superado al maestro, Eduard encontraría una fuga que pusiera en peligro los planes de su hija, y la encontraría, por diminuta que fuera. La lugarteniente estaba segura de que su padre la encontraría.

—¿Te ha llamado Aiko?

—No he vuelto a hablar con tu tía desde que desapareciste la otra noche.

Ayshane arqueó una ceja. «Es hora de empezar a hablar, padre», pensó, dándole una oportunidad para que se excusara por haberles ocultado esa información y los pusiera al corriente de las actuaciones que, hasta el momento, podía haber estado llevando a cabo su tía.

La lugarteniente intuía que Aiko no iba a perder el tiempo en informar de cada uno de sus movimientos a Eduard, y mucho menos iba a sentirse en la obligación de pedirle autorización para llevar a cabo ninguna acción, pero estaba segura de que su padre conocía cada uno de los pasos que daba su tía. De hecho, lo más probable era que Aiko recibiera apoyo económico por su parte.

Eduard se mantuvo impasible ante la mirada reprobatoria de su hija que, al ver cómo evitaba el tema, apretó la mandíbula y soltó el aire por la nariz con brusquedad.

—Aiko fue quien nos atacó en el complejo.

—¿Tenemos también a la Yakuza encima? —Jason miró a la lugarteniente, preocupado.

—Aiko nunca atentaría contra la vida de Ayshane, inspector Booth. Colabora con nosotros, y me consta que planea unirse a nuestra causa en cuanto arregle unos asuntos.

Jason miró a Eduard y a Ayshane alternativamente antes de alzar la vista hacia sus compañeros.

—¿Vosotros lo sabíais?

—Yo… me enteré ayer. Te lo habría contado, pero empecé a encontrarme mal. No sé ni cómo llegue a mi habitación.

Ayshane miró por el rabillo del ojo a su amiga sin decir nada. Jason, por el contrario, centró su atención en Erick.

—A mí no me mires. —Alzó las manos al aire con las palmas hacia su amigo—. Yo no estoy de acuerdo.

—Ella sabe dónde está Dima —intervino Ayshane.

—Nos atacó.

—Sí, pero puede ayudarnos.

—¿Estás diciéndome que tengo que fiarme de ella? —Jason se levantó haciendo caer la silla y apoyándose sobre la mesa apuntalando su cuerpo sobre la madera—. ¿Me he pasado dos días con cuarenta de fiebre y la sensación de que iba a perder la pierna en cualquier momento por culpa de una de los nuestros? —escupió entre dientes a un palmo de la cara de la lugarteniente.

—Si lo piensa bien, inspector Booth, eso quizá signifique que debe mejorar su técnica. —La lugarteniente miró a su padre entre el reproche y la incredulidad. ¿Cómo se le ocurría recriminarle a Jason no haber estado a la altura de las circunstancias? ¿En qué demonios estaba pensando?—. La Yakuza es una organización a la que debemos tener muy presente. No lo olvide.

—Tendré en cuenta sus palabras cuando le meta una bala entre ceja y ceja. —Apretó los dientes y soltó el aire de manera abrupta por la nariz como un toro de lidia.

Jason se marchó agarrándose la pierna, con una ligera cojera al andar, farfullando entre dientes todo tipo de improperios.

—¡Jason! —Alice se levantó—. Será mejor que hable con él —se disculpó y corrió tras su amigo—. ¡Jason!

—Debió informarles —siseó Ayshane mirando a su padre con el brillo de la ira en sus ojos.

—Yo no controlo a tu tía, *malysh*.

—Y nos pide que nos fiemos de ella. —Erick se levantó y colocó la silla dando por concluida la reunión—. Entiendo que acuda al infierno para solicitar la ayuda del demonio, pero Satanás nunca mueve un dedo sin pedir nada a cambio.

Ayshane se quedó en silencio mirando por el rabillo del ojo cómo Erick se marchaba. No podía evitar sentirse culpable. Ella había sido el motivo por el que su padre acudió a su tía.

—Creo que deberías hablar con ellos, *malysh.* —Se levantó de la mesa junto a Sergei, dando por finalizada la reunión.

—No será fácil convencerlos. Y su actitud no ayuda.

—Tampoco lo era que abandonaran el cuerpo y se unieran a nuestra causa. —Rodeó la mesa.

—Esto es distinto.

—En el fondo, siguen siendo policías. —Puso la mano sobre el hombro de su hija—. Buenos policías que renunciarían a sus propios intereses por un bien común. Pero hasta que no renuncien, debo velar por nuestros intereses, *malysh.* No espero que lo entiendas.

No. No lo entendía. Pero como llevaba haciendo desde que tenía uso de razón, lo respetaría porque Eduard era su padre, llevaba en el negocio mucho tiempo y sabía lo que se hacía.

—¿Confía en ella?

—Puse mi vida en manos de tu madre y, gracias a ella, por desgracia, soy yo quien está aquí.

—Aiko no es madre.

—Lo sé, pero no soy yo quien debe confiar en ella. Yo ya estoy muerto.

Aiko haría todo lo posible por recuperar a Dima, pero si quería que confiaran en ella, debía comenzar a rendirle cuentas a alguien.

—Tómese esto, señorita. —Sergei se acercó hasta ella y sacó del bolsillo de su americana un bote de pastillas—. Le sentará bien.

Capítulo 21

Los días que precedieron a la reunión, Ayshane no se encontró mucho mejor; todo lo contrario. Cada día estaba más cansada, con sueño. Su estómago parecía un alegre festival con vítores, aplausos y mareos que, desde tres días atrás, la empujaban cada mañana al baño entre arcadas. Pese a todo, intentó mantener la mente y el cuerpo ocupados para evitar la tentación de saltarse a la torera las instrucciones de su tía, de quien aún no tenían noticias, e ir a por Alacrán, el lugarteniente de André Pávlov, un hombre de más de cien kilos ensartados en gigantescos músculos de hormigón armado. Tan solo había cruzado con él un par de frases en toda su vida y su trayectoria al mando de los Víboras Ivanov. Ocurrió cuando relegó a su madre como lugarteniente de manera oficial y a ojos del resto de las organizaciones criminales.

Alacrán no se había movido en toda una semana de su domicilio particular. El mismo tiempo que Dima llevaba desaparecido. Inusual. Un lugarteniente jamás dejaba desprotegido al jefe. Era una regla de oro no escrita, pero que todo lugarteniente llevaba al extremo hasta el punto de convertirse en la sombra del cabecilla de la organización por la que había jurado dar su vida.

Le costó una fuerte discusión con Erick por su estado de salud, pero se personó con él y con Jason *in situ* para comprobar las inmediaciones, para verificar las cámaras y para averiguar si quien fuera su homólogo estaba en casa o les había dado esquinazo. Sin embargo, tras una dura jornada de espionaje e infructuosas tentativas que *motu proprio* se autoimpuso, volvieron con las manos vacías y con la certeza de que aquel hombre, además de ser un cerdo alimentado con comida basura que amontonaba por toda la casa, parecía haberse apalancado en su estercolero particular y dejado a un lado sus obligaciones como lugarteniente del Clan del Escorpión.

Salvo por aquella escapada, la lugarteniente se encerró en el búnker para reponer fuerzas, a la espera de la dichosa llamada de Aiko, que parecía no llegar nunca.

Se turnaron para las vigilancias a través de las cámaras y los hilos de investigación que, con ayuda de su tía o sin ella, mantenían

abiertos.

Alma comenzó a entrenar con Eduard bajo la supervisión de la propia lugarteniente y de Alice. La joven la convenció con su alegre desparpajo, su zalamera sonrisa y esa mirada de cordero degollado que ensayaba a la perfección. Utilizaba además una envidiable labia para salirse con la suya, llegando incluso a reblandecer el corazón de Eduard, o tío Ed, como se dirigía a él sin reparo alguno cuando estaban a solas.

Ekaterina se trasladó de nuevo a La mansión después de que Erick y Jason repasaran los archivos digitales de todas sus chicas y todos sus clientes mientras Sergei modificaba y reforzaba el sistema de seguridad del negocio.

La madrugada del tercer al cuarto día, Ayshane estaba de pie junto a la cama de Irina. Tenía la vista perdida en la pequeña figura del endiablado trasto de rostro angelical que traía a todos por el camino de la amargura. Dormía plácidamente después de haberse colado en el armero, pero a punto estuvo de volar por los aires todo el búnker. Por suerte, la encontraron antes de que la huidiza y curiosa niña llegara a la caja donde guardaban las granadas de mano.

—Ya está todo recogido y en su sitio. —Se quitó las deportivas DC, que hizo volar por los aires con los pies—. Le he dicho a Eduard que sería conveniente poner una cerradura con llave en el almacén de armas.

—Chsss. Acabo de conseguir que se duerma.

Alma se acercó hasta la cama de Irina y se quedó junto a Ayshane. Ambas miraban a la niña.

—Te habrá costado un montón —susurró—. Es un rabo de lagartija. No para quieta ni un segundo. No sé de dónde saca tanta energía. —Bostezó.

La lugarteniente sonrió mirando a la pequeña. Le acarició la mejilla y le recogió un tirabuzón dorado tras la oreja para poder verle la carita.

—Erick y tú... ¿habéis pensado en tener niños? —Alzó la vista y miró a la joven, enarcando una ceja. Alma agachó la cabeza. Se recogió un mechón de pelo castaño tras la oreja y comenzó a quitar una inexistente mancha de los barrotes que protegían el lateral de la cama de Irina—. Sé..., sé que no es asunto mío, pero... Yo... Bueno... —Ayshane parpadeó varias veces de manera incontrolada, incrédula, nerviosa, trastocada. No sabía muy bien qué responderle ni cómo tomarse las palabras de la joven—. Sé que... Bueno, tú... Erick... No sois mis padres, y después de todo lo que habéis hecho por nosotras... —Se mordió el labio—. Supongo que parecerá una locura, pero quiero a esta mocosa como si fuera mi hermana. —Le tapó un pie con la manta azul que al moverse había dejado al aire—. Ninguna de las dos

tenemos a nadie más que a vosotros. Nos tenemos la una a la otra. Bueno, y a Eduard, a Alice, a Jason, a Sergei y a Rina. Pero tú y Erick..., vosotros... Da igual. Es una tontería. —Se dio la vuelta. Se puso el pijama y se tumbó en la cama, de espaldas a la lugarteniente.

Ayshane miró a la joven con el corazón en un puño y un brillo acuoso en los ojos. Madre. Ella. De esas dos bellas criaturas. De Alma, una joven fuerte, admirable y digna de todo su respeto que se recuperaba de unas heridas que no sangraban, pero que la lugarteniente sabía que dejaban cicatrices muy profundas en el corazón. Temores y fantasmas a los que la muchacha se había enfrentado con el arrojo y la madurez de una mujer de armas tomar. Y madre de Irina, una traviesa niña que, pese a su corta edad, sabía diferenciar el bien del mal y, a su manera, era consciente de que no volvería a ver a su padre.

Conmocionada, se acercó a la cama de Alma. Tenía los ojos cerrados, pero Ayshane sabía que no estaba dormida. Se sentó a su espalda. Le acarició el pelo y comenzó a deshacerle con mimo la trenza de raíz que le había hecho por la mañana.

—De haber podido, no habría elegido este mundo para mí. No lo quiero para aquellos a los que amo y tampoco lo querría para mis hijos.

Alma abrió los ojos y se quedó con la mirada perdida en la oscuridad del baño.

—La noche que nos conocimos me dijiste que si hubieras podido, habrías elegido a Rina como madre y..., está bien, me gusta, pero... —Se dio la vuelta sobre sí y se tumbó de lado mirando a la lugarteniente —. Mis padres están muertos. Sé que nadie va a poder remplazarlos, pero no quiero ser una huérfana, y tú... —Sollozó—. Si pudiera, yo te elegiría a ti. Siempre te elegiré a ti.

Estaba acostumbrada a que los Víboras se dirigieran a ella como madre, pero los motivos de Alma eran muy diferentes y demasiado profundos. No sabía si estaba preparada para algo así. ¿Quería asumir aquella responsabilidad? ¿Y si la mataban? Se quedarían solas. Puede que Erick... ¿Querría hacerse cargo de las niñas? Tal vez Ekaterina o su padre...

De manera casi automática, la conversación que mantuvo con el agente la noche que rescataron a Irina se materializó en su cabeza palabra por palabra, como si pudiera disfrutar de nuevo de la intimidad y del aroma a almendras tostadas y a sales de baño.

Alma e Irina. Dos huérfanas que habían cruzado el valle de un purgatorio que no se merecían. Necesitaban el calor de un hogar, amor, una familia, pero ella... Ellos... ¿Qué clase de familia podía ofrecerle a aquellas dos criaturas?

—Lo entiendo. —Restregó la mejilla contra la almohada para

limpiarse las lágrimas—. Yo... Da igual, no te preocupes. Estoy bien. Estaremos bien. —Alzó la vista y miró la cara de Irina a través de los protectores que rodeaban la cama de la niña—. Tenía que intentarlo.

Ayshane acarició la mejilla de la joven y le limpió el reguero de lágrimas que se precipitaban sobre la funda cian de la almohada.

—Creo que Erick está leyendo en la habitación. ¿Por qué... no vas a darle las buenas noticias? —La lugarteniente se levantó de la cama en dirección hacia la puerta y sonrió cuando Alma frunció el ceño—. No tengo ninguna prueba de embarazo, pero creo que le hará la misma ilusión si se lo dices tú.

—¿Y si no quiere?

—Querrá. Estoy segura.

«Eso creo».

Alma se levantó como un resorte de la cama. Se paró junto a Ayshane y se abrazó a su cintura.

—Gracias. —Sonrió.

—Pero antes de nada, me gustaría pedirte perdón.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, contrariada.

—Porque te ha tocado una madre horrorosa. Todo un desastre. Corre, ve a decírselo a Erick.

«A ver qué cara pone».

Ayshane había visto muchas veces sonreír a Alma, pero jamás la había visto irradiar tanta luz. Le acarició la mejilla y la besó en la frente antes de que saliera corriendo hacia la habitación que la lugarteniente compartía con Erick. Su sonrisa y su alegría eran contagiosas.

—¡Papá! —Se tiró sobre el agente sin previo aviso.

Erick estaba leyendo un libro sobre la lengua de signos que, con el impulso de Alma, se le cayó al suelo. La lugarteniente se apoyó sobre el marco de la puerta y cruzó los brazos bajo su pecho y después las piernas. Comenzó a reírse cuando él la miró tumbado en la cama sin saber dónde poner las manos ni qué hacer. Su reacción le daba pánico.

—Tú eras el que querías tener niños. —Se encogió de hombros entre risas.

Erick comenzó a mirarlas alternativamente como si estuviera viendo a un par de locas. Alma se unió a las carcajadas de la lugarteniente, aunque su risa estaba teñida por los nervios.

Ayshane se acercó a la cama, recogió el libro que la joven había tirado al suelo cuando se abalanzó sobre el agente y lo dejó sobre la colcha.

—¿A qué viene todo este alboroto? ¿Habéis montado una fiesta de pijamas sin avisar?

Alma se acercó a Jason y se saludaron con un juego de manos único y reservado solo para ellos que consistía en un choque de

nudillos, un toque con la palma de la mano hacia arriba y hacia abajo y, para concluir, un golpe de cadera al más puro estilo de baile de salsa.

—Qué pasa, pitufa. —Le revolvió el pelo. Alma se peinó con los dedos, molesta—. ¿No deberías estar durmiendo? Son casi las dos de la mañana.

—¡No puedo! Estoy... —Comenzó a dar pequeños saltos descoordinados a su alrededor—. ¡Superfeliz! Erick y Ayshane han aceptado ser mis nuevos padres.

Jason arqueó una ceja y alzó la vista hacia su amigo. Erick estaba recostado sobre el terrario que hacía de cabecero de la cama, boqueando como un pez y sin poder dejar de mirar a una sonriente Ayshane que permanecía de pie a su lado. Hablando entre ellos sin decirse nada, pero diciéndoselo todo sin palabras.

—Acabo..., acabo de ser papá. —Se encogió de hombros con la contagiosa alegría de Alma plasmada en su rostro.

Jason se quedó un segundo en silencio mirando a los tres.

—Enhorabuena, papito —le dijo al fin.

—¡Eh! No te metas con mi padre. —Le dio un fuerte puñetazo en el abdomen provocando la risa de Erick y de Ayshane.

Jason se llevó la mano al lugar donde la joven le había golpeado con un exagerado y dramático gesto de dolor.

—Vale, vale. —Alzó ambas manos al aire —. ¿Y quién va a darle la noticia a Eduard? —Enarcó ambas cejas—. ¿O se lo habéis dicho ya? Porque digo yo que esto habría que celebrarlo.

Erick y Ayshane se miraron preocupados.

—¡Yo! —Alma alzó la mano—. Voy a buscarlo para contárselo.

—¡Alma! —Ayshane corrió tras ella.

—Entonces..., papá, ¿eh? Creo que te pega más *papito.* Tiene más... —Se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Vete a la mierda. —Le tiró un cojín verde pistacho que reposaba sobre la almohada de Ayshane.

Jason lo esquivó entre risas y lo recogió del suelo.

—No te pega nada. —Acarició la suave tela verde del cojín.

—Lo sé, pero en algún momento tendré que sentar la cabeza.

Jason dejó de sonreír y Erick relevó a su amigo en las carcajadas.

—Pensé que lo decías en serio. —Le tiró el cojín al pecho.

—No me jodas. —Dejó el cojín junto al resto, en el lado que ocupaba la lugarteniente en la cama.

—No creo que Alma estuviera bromeando, y Ayshane...

—Seguro que Ash está siguiéndole la corriente —lo cortó— para que se sienta cómoda. Y si llamándome papá adquiere seguridad y deja de tener pesadillas por las noches, que me llame así o como quiera. La muchacha lo ha pasado mal.

—No sé..., quizá deberías hablarlo con Ayshane.

—Vale. —Alzó ambos brazos al aire—. Lo hablaré con ella—. Colocó el libro de lengua de signos sobre la mesilla y se levantó de la cama—. ¿Te apetece una cerveza?

—¿Vamos a La mansión?

—Va a tocarme volver solo, como si estuviera viéndolo.

—Qué tú tengas pareja no me condena a mí a una vida de celibato. —Se colocó el paquete.

Erick puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, saliendo de la habitación.

Ayshane alcanzó a Alma junto al sakura del vestíbulo.

—Espera. ¿Adónde te crees que vas?

—A buscar a Eduard.

—Alma..., creo que sería mejor que yo se lo dijera.

—¿Por qué? —Se desinfló como un globo y frunció el ceño.

—Mi padre... últimamente está muy raro.

—Porque es feliz. —Sonrió—. Bueno..., a medias. Para que su felicidad sea completa le faltan Dima y unos nietos correteando por ahí. —Abrió los brazos de par en par señalando todo a su alrededor.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿De dónde te has sacado eso?

—Me lo dijo él.

Ayshane la miró extrañada. ¿Su padre? ¿Eduard Ivanov? Nunca mostraba sus sentimientos en público. A nadie. Ni siquiera a sus hijos. Solo su madre había conocido al hombre que se escondía tras esa frialdad e indiferencia que quería mostrarle al resto del mundo.

Alma tenía un don extraordinario para llegar al corazón de la gente. Era cariñosa, amable, respetuosa, implicada y agradecida. Sabía que había congeniado muy bien con todos, que había dejado una huella imborrable en cada uno de ellos, pero de ahí a calar tan profundamente en la Anaconda Ivanov...

—En realidad, fue idea suya. Me dijo que hablara contigo y te dijera lo que pensaba, lo que sentía. Yo... siempre te elegiré a ti. —Rodeó su cintura con esos brazos que habían comenzado a ganar peso, fuerza y firmeza—. Pero Eduard me dijo que un Ivanov es valiente, que debía hablar contigo. Decírtelo.

«¿Mi padre? ¿La temida Anaconda Ivanov dando consejos tan descabellados? No puede ser. ¿Qué demonios le pasa?».

Miró a la joven. Su cara de felicidad era indescriptible y eso le aterraba.

Sergei carraspeó bajo el arco de acceso a la galería de logística llamando la atención de ambas.

—Alma..., ¿por qué no te vas a dormir?

—Pero...

—Alma, por favor.

—Pero, mamá…

Ayshane dio un respingo.

«Mamá».

Amargos recuerdos le revolvieron el estómago de nuevo. Se había imaginado tantas veces a su hijo gateando hacia ella y llamándola así en la casa que había compartido junto a sus padres y a sus hermanastros… Acarició la mejilla de Alma.

—Ve a la cama. Mañana se lo diremos —le dijo suplicante, incómoda por sentir la bilis de nuevo en su esófago y una fuerte presión en el pecho.

Alma suspiró y se abrazó a ella con fuerza.

—Vale… —Alzó la vista y la miró a través de sus pestañas—. Te quiero, mamá.

La lugarteniente se quedó mirando cómo la joven desaparecía en dirección a su habitación.

«Mamá. Te quiero, mamá».

Se llevó la mano al pecho y miró temerosa a Sergei. No había tenido tiempo de disfrutar de ese fugaz ápice de felicidad ni de agradecerle a Erick su reacción. Tampoco sabía si el agente estaba de acuerdo o simplemente se había mostrado agradecido y feliz frente a la joven para no herir sus sentimientos.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que venga conmigo, señorita.

Capítulo 22

Recorrieron juntos la galería de logística en silencio, a paso ligero entre el trote y la carrera. Entraron a la sala de ordenadores donde su padre esperaba sentado frente a la pantalla central, siguiendo el localizador que habían colocado en el coche de Alacrán. Sergei se acercó a la silla que había a la izquierda de Eduard y la movió haciendo un ademán con el brazo e invitándola a sentarse. Ayshane negó con la cabeza y se acercó hasta la mesa.

—Pon la grabación.

Sergei se sentó entonces en la silla que la lugarteniente había rechazado y desbloqueó la pantalla del ordenador donde se veían las líneas del tono de voz de dos interlocutores.

—*Señor.*

—*Kilómetro ochenta y cinco de la carretera de Andalucía. Es hora de moverse.*

—*¿Está seguro, señor?*

—*Nadie echará en falta a este Víbora. Encárgate de él y asegúrate de que la Mamba Negra recibe el mensaje.*

—Sergei, avisa a los agentes. Preparaos para salir en quince minutos. Padre, ocúpese de las niñas.

—Podría ser una trampa. —Se giró en la silla y miró a su hija.

—¿Hace cuánto que ha salido? —Se acercó a la pantalla que había estado mirando su padre y apoyó las manos sobre la mesa con la vista fija en la imagen del localizador en el coche del Alacrán.

—Tu tía no ha llamado.

—Imprima los planos y las fotos vía satélite de la zona. —Hizo a un lado a Eduard y buscó ella misma los planos.

—Señorita...

—Sergei, los agentes —farfulló mientras tecleaba a toda prisa.

—*Malysh*... —Agarró la mano de su hija antes de que volviera a sujetar el ratón—. Deberíamos esperar a...

—No pienso quedarme de brazos cruzados mientras exista la más remota posibilidad de que Dima esté en esa nave —siseó arrastrando las eses—. Me da igual que sea una trampa. —Soltó la cadena con la

que mantenía preso al dragón—. Y si lo es, entonces será una carnicería, porque no pienso dejar con vida a ningún hombre que trabaje para André Pávlov. Así corra sangre Ivanova por sus venas, acabarán todos en una fosa común. —Se dio la vuelta y miró a Sergei —. Avisa a los agentes. Nos vamos de caza. ¡Ahora!

Dos cargadores repletos de balas en el hueco de su bota izquierda y un tercero en su M&P9. Un machete de plata con la empuñadura negra en forma de serpiente en el hueco exterior de su bota derecha. Guardadas en la pernera que rodeaba su muslo, una mariposa de oro negro con escamas grabadas en la empuñadura; la daga que su tía le clavó en el hombro, olvidada hasta ese preciso momento en el segundo cajón de la mesilla de la habitación que compartía con Erick. Y su arma. A la espalda, un subfusil de asalto con lente de visión nocturna cuya bandolera cruzaba su torso entre sus pechos y se mimetizaba sobre el jersey negro con cuello de cisne y manga larga. Armada y preparada para luchar y, aun así, se sentía desnuda, desprotegida y a merced de los mercenarios a sueldo que operaban para André Pávlov.

Se apoyó sobre el capó con los planos y las fotos extendidos sobre la chapa del kilómetro ochenta y cinco de la carretera de Andalucía y memorizó todos y cada uno de los recovecos de la nave industrial y sus alrededores.

Por un camino de tierra, rodeado de encinas y campos de viñedos, se accedía a una antigua bodega abandonada. La nave tenía una planta diáfana, destartalada. Un altillo que cubría la mitad de la superficie de la planta principal que, quizá en otra época, había albergado unas oficinas a las que debía de accederse por un tramo de escaleras metálicas de servicio. En la actualidad, estaban inutilizadas. Un oxidado cartel en el que se leía *Peligro* se mantenía firme a duras penas, crucificado en volandas sobre la mitad de los escalones que quedaban en pie, sin barandilla, con una cadena vieja en un estado peor que la propia escalera. Para el acceso, un tragaluz en el tejado oxidado de uralita y el desconchado portón principal.

—El tragaluz sería la mejor opción.

Alzó la vista por encima de su hombro y miró a Jason, preparado con una indumentaria parecida a la suya que le confería un aire de asesino a sueldo muy *sexy*.

—¿Estás seguro de que podrás intervenir? —La vista se le fue a la pierna herida.

—Me he visto en peores situaciones. —Cogió la foto del tragaluz.

Jason había sido un antiguo agente del comando Delta, aunque en su historial del cuerpo no aparecía esa información. Tras el asesinato de su hermana, que el propio FBI trató de encubrir, el gobierno borró cualquier indicio de vida del agente. Para los Estados Unidos, Jason

jamás había formado parte de aquellos que defendían unos valores que no eran más que puros intereses políticos. No existía, nunca había existido. Una lástima. Habían perdido a un buen agente.

—Esto no pinta bien. —Cogió la foto del interior de la nave y el portón—. Demasiados accesos para invitados no deseados. Si yo quisiera montarme una juerga de este calibre, elegiría un lugar más íntimo.

—Es una trampa.

Jason la miró de medio lado con aquellos grandes ojos de atardecer en la sabana, moteados con la sombra de vigorosos herbívoros en su horizonte. Analizándola.

—Si sabes que es una trampa, ¿por qué vamos?

—Porque sé que Dima está allí. Desfiguré a esa chica, a Clara, con la intención de romper la alianza entre Elenka y André Pávlov, pero no ha debido funcionar y Elenka sabe que la única manera de dar conmigo es a través de Dima. Siempre estuvimos muy unidos aún sin saber que era mi hermano. —Sonrió con pesar—. Probablemente sepan que tenemos vigilado al Alacrán. Si lo seguimos y no hay rastro de Dima, Elenka sabe que me esfumaré tan rápido que ni siquiera les dará tiempo a comprobar si he estado allí. Por eso sé que llevarán a Dima. No es ningún farol. Es la única manera de hacerme salir de mi agujero.

Ella conocía mejor que nadie sus propios puntos débiles y, por desgracia, Dima era uno de ellos.

—¿Y si ha funcionado? Si has desestabilizado su alianza..., no lo sabes. —Ayshane negó con la cabeza—. Al presentarnos allí...

—¿Te habrías quedado tú sabiendo que Shulay era tan solo la carnaza con la que atraerte? Aun sabiendo que era una trampa, si hubieras tenido la posibilidad de salvarla, ¿no lo habrías hecho?

Jason se quedó en silencio unos segundos como si sopesara la respuesta, pero la lugarteniente sabía que el agente se habría metido de lleno en la boca del lobo. Lo conocía bien. Se había empapado de su vida, de sus gustos, de sus secretos, de su historia y de sus aficiones antes de reclutarlo. Jason había solicitado la ayuda de personas de su máxima confianza: Tarik y Miguel, hermanos y componentes de los ángeles. Amigos de la infancia junto a los que tuvo que huir del ya viejo nuevo mundo para labrarse una vida, un futuro que ahora se tornaba incierto y muy diferente al que tal vez se había imaginado cuando llegó a España.

—¿Qué crees que pasará con Dima si no aparezco? Sería un precio demasiado alto por la cabeza de Elenka y no estoy dispuesta a sacrificar a mi hermano.

—Serás el objetivo. —Miró de nuevo la foto del tragaluz.

—Por ese motivo no pienso esconderme. —Se encogió de hombros

y recogió el resto de las fotografías que había desperdigadas sobre el capó.

—Erick no permitirá que te pongas en peligro.

—Ni yo que dé su vida para salvar la mía. Erick, Sergei y yo entraremos por el portón principal. Lo derribaremos con una carga. Alice y tú os descolgaréis por el tragaluz. Intentaremos coordinarnos y acabar con todos los hombres de Pávlov que estén a nuestro alcance, pero no sabemos a ciencia cierta cuántos habrá. Alice irá a por Dima en cuanto lo vea.

Pedirle a la agente que se mantuviera al margen y lo más alejada de Dima durante su rescate era igual de absurdo que tratar de convencer a Erick de que se mantuviera lejos de la lugarteniente en un fuego cruzado. Por ello, Ayshane trazó el plan que menos discusiones y quebraderos de cabeza le traería. No era momento de discutir, y tampoco le quedaba paciencia para ello.

Jason asintió. No era ningún secreto lo que la agente sentía por Dima. Mucho menos para el inspector, un experto en perfiles y conductas. Era lógico que en cuanto Alice lo viera, trataría de llegar hasta él, pero el sentimiento de culpa que la agente arrastraba desde la noche en la que secuestraron a Dima, pese a que todos habían intentado convencerla de que nadie se imaginaba aquel fatídico desenlace, ni siquiera la lugarteniente, era una bomba de relojería que podía estallarles en la cara.

—Asegúrate de cubrirla.

—Eso no tienes ni que pedírmelo.

—Lo sé. Pero, pase lo que pase, prométeme que te asegurarás de que Alice, Dima y Erick salen de allí con vida.

—¿Qué pasa con Sergei?

—Sabe cuidarse solo. Es mucho más peligroso de lo que aparenta.

—¿Y tú? ¿Qué pasará contigo? Erick no me perdonaría si...

—No te preocupes por mí. —Le acarició la mejilla—. Soy la Mamba Negra, ¿recuerdas? —Sonrió queriendo restarle importancia a aquella posibilidad.

La realidad era que le preocupaba. No por ella, ni mucho menos. Quería salir de allí con vida, pero la muerte de Dima, de Erick, de cualquiera de ellos sería una carga demasiado pesada con la que no sabía si podría vivir. Desde luego que, si lo hacía, no sería como Ayshane Ivanova, como la Mamba Negra ni como el Dragón Dorado. Taiyo iría a por ella, puede que incluso ella misma se entregara a su abuelo. Llegados a ese punto... Negó con la cabeza para ahuyentar los malos presagios cuando Erick, Alice y Sergei entraron en el garaje.

Terminaron de cargar uno de los SUV y uno de los coches negros. Tras unas escuetas instrucciones que esbozaban el plan, se marcharon en los coches sin despedirse de Eduard. Volverían en cuanto

recuperasen a Dima, pero desde el asiento del copiloto del Evoque RS250 que compartía con Sergei y con Erick, Ayshane no podía dejar de mirar por el retrovisor el arco de acceso al garaje, más allá de la oscura galería, pensando en su padre, en Alma y en Irina. No dejó de hacerlo hasta que las puertas del elevador se cerraron. En ese mismo momento, el brillo de sus ojos cambió, el dragón que moraba en su interior alzó las alas y, para su sorpresa, los guerreros de las luces y las sombras, que hasta el momento habían batallado entre ellos, se unieron clamando venganza.

Capítulo 23

Se apearon de los coches en el inicio del camino de tierra que llevaba hacia las bodegas y comprobaron sus armas entre los viñedos. Jason cogió las cuerdas de descenso y Ayshane los ayudó a colocarse los arneses. Bajo la luz de las estrellas, de la luna y de las linternas repasaron los planos, las salidas y las vías de escape. Se dieron ánimos y repasaron las últimas instrucciones, preocupados, como si todos supieran que se dirigían a un matadero y nadie tuviera suficiente valor como para plantear una alternativa. Eran conscientes de que no la había.

Sergei y Erick cogieron las cargas de explosivos y, en silencio, con la lugarteniente abriéndoles paso, atravesaron el sendero de tierra cubierto de rodaduras de todoterrenos que, como pequeños embalses, contenían el agua helada de las lluvias de días atrás.

Armaron los subfusiles y se prepararon para disparar cuando vieron cinco todoterrenos negros apostados cerca de la puerta de la nave abandonada.

Salvo el hielo roto bajo sus pies y la nebulosa niebla de sus respiraciones, no había nadie vigilando el exterior. Estaba todo tranquilo, demasiado tranquilo, como si los invitaran a entrar. Como la trampa que era.

Jason y Alice, que avanzaban un paso por detrás de Ayshane, se adelantaron y miraron a la lugarteniente por última vez antes de desaparecer cada uno por uno de los laterales de contrachapado de la nave.

Sergei y Erick, que habían respaldado a todo el grupo en posición de racimo de cinco uvas, se acercaron al portón para colocar las cargas sobre la chapa grisácea mientras Ayshane los cubría, aunque estaba convencida de que nadie vigilaba aquel perímetro. Cuando terminaron, volvieron a la posición inicial. Erick rompió la fila un segundo para acercarse a la lugarteniente. Le entregó el detonador y le sujetó la barbilla.

—Te quiero sana y salva cuando todo esto termine —susurró.

—Lo mismo te digo, mi pequeña Krait. —Sonrió con una esperanza que no albergaba—. No me hagas tener que arrastrarme hasta el

infierno para sacarte de allí. —Le guiñó un ojo al recordar que aquellas fueron más o menos las mismas palabras que se dijeron la primera vez que trabajaron juntos en un operativo, la noche que perdieron a Dima.

Miró el detonador. Dieron unos pasos sincronizados hacia atrás manteniendo sus posiciones. Esperó a que Erick y Sergei le confirmaran que estaban listos y preparados para disparar y aguardó un par de segundos más. Jason y Alice ya debían estar en posición, pero no entrarían hasta tener contacto visual con el motivo que los había llevado hasta allí. Si Dima no estaba en el interior de aquella nave, desaparecerían y se reunirían en el punto acordado.

—Paquete localizado. —Escuchó decir a Jason por el intercomunicador.

Apretó el botón del detonador. La carga explotó. Aprovecharon el humo y el comienzo de unas llamas que prendieron los matorrales que crecían bajo los escombros, alrededor del portón. Entraron disparando a todo aquel que se ponía a tiro mientras Jason y Alice descendían como ángeles vengadores por el tragaluz y arrebataban la vida de todos los hombres que rodeaban a Dima, unos diez.

Bajo la luz de la luna que se colaba a través de los cristales rotos del techo, amordazado y atado a una silla de madera, con los vaqueros negros rasgados, el pecho descubierto y ensangrentado y la cabeza desvencijada hacia atrás, estaba Dima. Su Dima. Su hermano. La sangre, los ríos de vida que corrían por el pecho del Víbora cubriendo los que ya se habían secado sobre su inmaculado torso, nublaron a la lugarteniente. Tiñeron las alas del dragón con un color rojo brillante y su mirada con la ira del infierno.

Con un fugaz golpe de vista, se hizo con la posición de la treintena de hombres y mujeres que estaban esperándolos.

Sin piedad, arrebataba la vida de todo aquel que osaba acercarse a su hermano y cubría el hueco de aquellos a los que Jason y Alice iban masacrando. Cubierta por Sergei y por Erick, fue avanzando entre el polvo, la sangre y los cuerpos. Como si se tratara de un bate, golpeó a uno de los hombres de André Pávlov con el subfusil, lo tiró al suelo y le cortó el cuello con la daga que llevaba en la pernera. Una mujer apuntaba a Jason desde las ventanas desencajadas de las oficinas de la planta superior, pero Ayshane le lanzó la daga y le atravesó el pecho.

Sintió cómo la carne de su omóplato se abría a su espalda. Gritó. Se dio la vuelta y vio a una joven morena y sonriente que se pasaba una gran navaja en el aire de una mano a otra, mirándola con aires de suficiencia, hasta que cayó de bruces contra el suelo. Tras ella, Erick volvió a disparar a un segundo hombre que quiso saltar sobre la lugarteniente.

—¡Cubrid a Jason y a Alice! —les ordenó cuando vio que los

agentes habían liberado a su hermano.

Arrastraban a Dima disparando, que iba sujeto a los hombros de Jason y Alice, sin fuerzas. La lugarteniente desenfundó su M&P9. Eran pocos los hombres y las mujeres de André Pávlov que quedaban ya en pie, pero no tenía intención de dejar a ninguno con vida, y todavía le faltaba localizar al Alacrán. Miró a su alrededor. Debían darse prisa. Las llamas del exterior cada vez cobraban más fuerza y, sin ser invitadas, se colaban al interior de la nave a través de las ventanas.

Ayshane disparó, acuchilló y lanzó el machete mientras se replegaban en dirección a la pequeña puerta de emergencia situada al final de la nave, bajo el techo de las oficinas que daban al lado contrario del portón principal.

Buscó al Alacrán. Aquel malnacido aún no había hecho acto de presencia, pero... Se llevó la mano al pecho y se miró la palma ensangrentada. Alzó la vista antes de caer al suelo de rodillas, antes de ver cómo el lugarteniente Pávlov, al otro lado de las primeras llamas frente a ellos, hacía lo imposible por evitar un disparo de Erick que le atravesó el cráneo.

—¡Ayshane! —gritó y corrió junto a la lugarteniente.

Se dejó caer de rodillas junto a su cuerpo. Le dio la vuelta y le acarició la mejilla con las manos ensangrentadas.

—Ayshane. Ash, cariño, mírame. ¡Abre los ojos!

La voz de Erick, un susurro, un eco muy lejano en su cabeza. Abrió los ojos y alzó la mano para acariciarle la mejilla, para despedirse de él.

Dima, en su lamentable estado, narcotizado, alzó la cabeza como si el disparo lo hubiera recibido él mismo y vio a su hermana tumbada en el suelo entre los brazos de Erick. Un angustioso y desgarrador alarido se escapó de sus labios. Se llevó la mano al pecho. Trató de ir hacia ella, pero Alice y Jason se lo impidieron. Sergei ocupó el lugar del agente por órdenes de este y, junto a su compañera, arrastraron al desesperado Víbora hasta al exterior de la nave. Jason corrió junto a Erick que, sentado en el suelo, mecía el cuerpo de la lugarteniente entre fuego, humo y desconsoladas lágrimas. Tosió. Miró el techo de uralita que estaba a punto de derrumbarse. Se acuclilló junto a ellos y miró a Ayshane, desencajado.

—Llévatelo. Sálvale la vida —alcanzó a decir Ayshane.

Jason puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Vete. —Erick hizo un ademán desesperado, aferrándose al cuerpo de Ayshane.

Jason se incorporó y se dispuso a disparar a la mujer que, con la culata de un subfusil, golpeó a Erick en la nuca y lo hizo perder el conocimiento.

—Sácalo de aquí. —Aiko apuntó a Jason. Se midieron un par de

segundos. El agente miró a su amigo, tumbado e inconsciente, sobre los últimos alientos de vida de Ayshane—. ¡¿A qué estas esperando?! —Cargó el arma dispuesta a disparar.

A lo lejos se escuchaba el sonido de unas sirenas. Jason tiró de Erick, lo cargó sobre los hombros y salió de allí antes de que la mitad del techo de la nave se viniera abajo y el humo mezclado con el polvo de los escombros se hiciera irrespirable. Rodeó la nave y metió a su amigo en el asiento en uno de los todoterrenos de los hombres de André Pávlov. Arrancó, rodeó la destartalada edificación en llamas y, atravesando la ruta de escape que habían establecido en el búnker, se marchó viendo por el retrovisor cómo las llamas arrasaban la abandonada bodega antes de que los primeros camiones de bomberos y las patrullas de policía se acercaran.

—¡Maldita sea! —Golpeó el volante entre lágrimas y miró a su amigo tumbado e inconsciente en el asiento trasero—. Perdóname —le suplicó, aun sabiendo que él no lo haría.

Aiko se arrodilló junto al cuerpo de la lugarteniente. Alzó la vista cuando vio el centelleante brillo de las luces de los coches patrulla y los bomberos colándose entre el espeso humo de la nave.

—Te dije que esperases. —Le tomó el pulso.

Viva. Ayshane seguía viva. Su pulso era muy débil, cada vez más lento e inapreciable, pero seguía con vida. Tiró el subfusil y alzó el cuerpo de su sobrina en sus brazos. Salió de la nave por la puerta trasera por donde había desaparecido el resto antes de que el viejo techo de uralita terminara de venirse abajo, pero se topó con dos policías que las apuntaron y les dieron el alto.

—Necesita atención médica o morirá, y ustedes junto a ella. —Dejó muy despacio el cuerpo de su sobrina sobre los escombros que se agolpaban alrededor de la humareda y las llamas de la puerta trasera.

Deslizó una de sus dagas por la manga, se la tiró al cuello a uno de los agentes y apuntó con un arma que había sacado de las lumbares al novato que, tembloroso, intentaba mantener la pistola en la trayectoria de su cuerpo.

—Busca ayuda. Que la atiendan. Y más te vale que le salven la vida. —Fue dando cautelosos pasos hacia uno de los laterales, en dirección a la arboleda, sin dejar de apuntar al agente.

—Hay dos...

Aiko negó.

—Una. Una mujer en la parte trasera de la nave con un disparo de bala en el pecho —dijo por radio, agachándose junto al cuerpo de la lugarteniente sin dejar de mirar a Aiko—. Tiene... pulso.

—¿Sabemos de quién se trata? —le respondieron desde la central.

Aiko se detuvo. Miró a su sobrina por última vez, alzó la vista hacia

el agente y se escapó entre las sombras de la noche bajo la atenta mirada del novato.

—Negativo.

Capítulo 24

Con una velocidad entre seiscientos y mil metros por segundo es imposible escuchar el sonido de la bala que puede arrebatar una vida en menos tiempo de lo que dura un pestañeo. Son otros sentidos los que advierten de que una punta semiblindada atraviesa el pecho, rompe los vasos y desgarra los músculos hasta hacer que el cuerpo caiga al suelo como un muñeco de trapo. «Una bala, pero ¿de quién? ¿Quién podría querer matarme?».

Ayshane miraba por la ventana de la décima planta del Hospital de La Paz, ajena a la presencia de los dos agentes uniformados que no le quitaban ojo y se turnaban con los que había en el exterior de la habitación. Todos con cara de pocos amigos, nerviosos, atentos, cautelosos, temerosos; algunos sonrientes y curiosos. Aquellos a los que les asignaban por primera vez aquel servicio: el de custodiar a una de las mujeres más peligrosas y escurridizas del país. Estaban atentos a cualquier movimiento o gesto que hacía, como si engrilletada a los barrotes laterales del incómodo camastro de hospital pudiera ir muy lejos.

Decían que se llamaba Ayshane, Ayshane Ivanova. Hacía menos de una semana, unos agentes de paisano que fueron a tomarle declaración en presencia del médico que le salvó la vida le dijeron que era la Mamba Negra, la lugarteniente de una *bratva*, de una peligrosa organización criminal. Un sujeto buscado por la Interpol. Ella, una peligrosa asesina. Se miró las palmas de las manos. Decían que esas mismas manos habían liquidado a más de ciento cincuenta personas, entre los que se incluía a tres agentes y un comisario de la Brigada de Operaciones Especiales.

«Te espera una larga temporadita a la sombra», le había dicho uno de los policías.

«No volverás a ver la luz del sol», le dijo su compañero entre risas frustradas.

Querían que hablara, que confesara y les contara todo lo que sabía sobre su organización, pero solo recordaba el continuo pitido de las máquinas que controlaban sus constantes vitales y el desagradable sonido de su respiración a través de la máscara que le proporcionaba

oxígeno. Nada más. Un gran vacío se había apoderado de su mente, de su identidad.

Cuando despertó, no sabía quién era, dónde se encontraba ni por qué estaba ingresada. No recordaba haber recibido un disparo de bala, ni mucho menos haber matado a nadie, pero... ¿por qué había entrado en un hospital debatiéndose entre la vida y la muerte? ¿Por qué le habían disparado? Intentó llevarse la mano al pecho, pero los grilletes apenas le dejaban espacio para moverse con libertad sobre el viejo colchón.

A través de las hebras negras de su flequillo desfilado, cruzó una nimia y fugaz mirada con los agentes que la observaban a tres pasos frente a la cama. No le quitaban los ojos de encima. Suspiró. No la creían. Ninguno de ellos creía su versión. Por suerte, el médico había corroborado su declaración.

Tras veintitrés horas de quirófano y dos paradas cardiorrespiratorias, una mientras la trasladaron en la ambulancia y otra durante la operación, el equipo médico aún no era capaz de creer que siguiera con vida.

A los agentes los informaron sobre sus sospechas: amnesia disociativa. De ahí que no pudiera recordar nada de su pasado. «¿Qué menos después de la cantidad de privación de oxígeno? —intentó explicar el médico del hospital a la policía—. La mente es compleja, maravillosa y fascinante», había dicho.

Toc, toc, toc.

Alzó la vista hacia la puerta casi al mismo tiempo que los agentes que la custodiaban en el interior de la habitación. La misma voluptuosa enfermera que la había atendido días atrás entró con un portabandeja. Rubia, maquillada en exceso, con la bata más corta de lo debido y unos chispeantes ojos de un azul eléctrico que parecían tintinear de alegría cada vez que la veía.

—Hora de comer, Ayshane.

Como cada día, dejó la bandeja junto a los agentes para que la inspeccionaran mientras ella le colocaba la almohada y subía el cabecero de la cama con el mando que había colgado junto a uno de sus grilletes.

—¿Puedo llamarte Ash? —Arqueó las cejas con sutileza colocando la bandeja sobre la mesa portátil que había junto a la mesilla.

Ayshane miró la pulserita de plástico que rodeaba una de sus muñecas junto a las esposas. Ayshane Ivanova Yamaguchi-Gumi. Eso ponía. Ash. Alzó la vista y miró curiosa a la enfermera.

Siempre la misma mujer, siempre era ella quien se encargaba de darle el desayuno, la comida o la cena. Su cara le resultaba familiar, su voz... Estaba segura de haberla escuchado antes. «Pero ¿dónde?». Era simpática, sensual, cariñosa y afable, pero puede que fuera así con

todos los pacientes del módulo penitenciario que el hospital tenía en la décima planta. O puede que tan solo le resultara familiar por ser de las pocas personas que tenían autorizado el acceso a su habitación desde el día que le retiraron la sedación y la trasladaron a planta.

—He pensado que después de tantos días... —Arrastró la mesa auxiliar portátil con ruedas hasta la cama—. Supongo que hay confianza. —Sumergió la cuchara en el bol de sopa—. A mi puedes llamarme Rina, ya lo sabes. —Sonrió y le dio una cucharada de sopa.

Ayshane hizo un mohín de desagrado con la boca. Frunció el ceño y aguantó la respiración. La humeante sopa le revolvió el estómago, aun así, abrió la boca y se tragó sin paladear el caldo amarillento con olor a trapo viejo. La enfermera rio y volvió a sumergir la cuchara en el bol.

—Lo sé, está asquerosa. Sopa de pollo, aunque creo que el pollo más bien se lo han enseñado. —Movió la cuchara en el caldo antes de tenderle otra cucharada—. Pero tienes que alimentarte.

Con cariño y devoción le dio de comer. La peinó, algo que no entraba dentro de sus obligaciones y, como siempre, le ofreció agua antes de marcharse, de despedirse de ella tras demorarse más que otros días, quizá porque aquella sería su última comida en el hospital.

A Ayshane le pareció atisbar un ligero pesar en los ojos de la enfermera cuando esta se marchó. Sin poder dejar de darle vueltas a su inminente salida del hospital, suspiró y miró por la ventana de la habitación.

Esa misma tarde la trasladarían a una prisión de alta seguridad, a las afueras de Madrid, a la espera del juicio. Aunque por los comentarios de la policía, por los cargos que la imputaban y las pruebas que tenían contra ella, todo apuntaba a que una vez que entrara ya no saldría de allí. Cadena perpetua, o lo que era lo mismo, prisión permanente revisable. «Ningún juez te dejaría en libertad ni aquí ni en los confines de la Tierra», le habían dicho los dos agentes que fueron a tomarle declaración.

Se acomodó en la cama. Se entretuvo mirando las diferentes formas de las nubes, pensando en la simpática enfermera, hasta que se quedó dormida.

Salió del hospital entre fuertes medidas de seguridad. Más de media docena de agentes armados con cetmes custodiarían su traslado desde el módulo penitenciario de La Paz hasta el complejo policial que había en el barrio madrileño de Hortaleza. Como si fuera a escaparse o tuviera intención de hacerlo. ¿Adónde podría ir? No conocía a nadie o, mejor dicho, no recordaba a nadie.

No sabía si tenía familia, amigos, marido, tal vez hijos. Suspiró con la vista perdida más allá de la avalancha de fotógrafos, cámaras de televisión y curiosos que se agolpaban alrededor de la puerta trasera

del hospital y el furgón blindado en el que la habían metido.

Sin saber por qué, quedó hipnotizada por unos ojos verde jade muy brillantes, o puede que fueran dorados, no estaba segura. El sol era muy pobre y las diminutas lunas del vehículo que había en la parte trasera estaban tintadas.

Los días cada vez eran más cortos, hacía frío y la niebla tomaba las calles con la caída del sol, un astro que parecía haber tatuado sus rayos sobre los ojos de aquel joven con sudadera negra. La capucha cubría parte de su rostro, pero no podía impedir que sintiera las caricias de aquella mirada por todo su cuerpo.

Parecía enfadado, disgustado, triste. También lo parecía la joven que había a su lado. El pelo rizado y moreno, gafas de sol, gorra de beisbol y la punta de la nariz y las mejillas sonrosadas. O el enorme joven cuya mirada parecía haber sido cubierta por el manto de un leopardo que había tras ellos; como el hombre de ojos hechizantes, ocultaba parte de su rostro bajo la tela de la capucha de una sudadera también negra. Junto a él había una chica mucho más joven, con el cabello largo, castaño y trenzado. Su rictus era serio y le caían lágrimas de los ojos. Una niña pequeña y rubia en sus brazos señalaba el furgón.

Pero ladeó la cabeza cuando un joven de facciones niponas se acercó a ellos. Se dobló, rota por un dolor seco que parecía diluir su cerebro. Escondió la cara entre sus piernas y comenzó a hiperventilar cuando sintió una pequeña descarga que le atravesó la cabeza de un oído a otro y se esparció por todo el cráneo hasta ponerle la piel de gallina. El agente que había sentado a su lado la miró por el rabillo del ojo.

—Vámonos de aquí. —Dio un par de golpes secos sobre la mampara de seguridad que separaba al conductor y al copiloto de la parte trasera cuando tres agentes más se subieron y se sentaron alrededor de Ayshane.

El trayecto desde el hospital al centro de operaciones de la policía duró unos cuarenta minutos escasos. La barrera de seguridad se abrió cuando el primero de los tres coches patrulla que custodiaban el furgón llegó a la entrada.

Habían cortado las calles por ella, solo así se explicaba la ausencia de tráfico a su alrededor. Se sorprendió al descubrir francotiradores encaramados a los tejados de los edificios que flanqueaban las calles donde los peatones se habían parado curiosos al ver aquel despliegue policial. ¿Tan peligrosa era?

La barrera del complejo se cerró cuando los tres coches patrulla que iban a la cola del furgón entraron en los aparcamientos rodeados de cuidados y frondosos jardines. Se bajó acompañada por dos de los

agentes frente a un edificio de hormigón hermético y cuadrado de seis plantas, con más de la mitad de las luces de sus oficinas y despachos apagadas. Alzó la vista y miró al hombre que esperaba junto a la puerta de cristal de la entrada. Todos los policías se paraban a saludarlo antes de perderse en el interior del edificio. Los dos guardias que la custodiaban la sujetaban con fuerza por los brazos, a la altura de los codos, y la condujeron hasta el hombre canoso y engominado.

Apestaba a colonia barata que se mezclaba con un desagradable olor a tabaco. Ayshane lo miró a los ojos. Parecía orgulloso de tenerla allí, frente a él, esposada, con las manos a la espalda y un chándal gris desgastado que le quedaba grande y que le habían prestado en el hospital.

—Llevadla a la sala de interrogatorios.

La empujaron hacia el vestíbulo. Las paredes estaban cubiertas de carteles de promoción de la policía y disimuladas pancartas de propaganda sindical. El suelo técnico blanco roñoso, la luz fría que reflejaba sus sombras en las paredes blanco roto del pasillo y las puertas de madera, arañadas, no habían sido partícipes de la última reforma a la que debería haber sido sometido el interior del edificio.

Sin pronunciar una sola palabra, los agentes la condujeron a una sala vacía que estaba casi al final del pasillo. Se estremeció cuando, sin amabilidad ni tacto, la invitaron a tomar asiento frente a una mesa de acero de la que pendía una pequeña cadena soldada en el centro. La silla metálica, incómoda y helada, traspasaba la fina tela de sus pantalones de chándal.

Los agentes se marcharon y la dejaron allí sola, bajo la gélida y tenue luz. La única bombilla que había en la sala colgaba de un casquillo negro. Alzó la vista y miró el enorme cristal de espejo que había frente a ella. Se movió como si la corriente de la sala contigua la hubiera mecido con una seca caricia.

Al cabo de unos minutos, cuando pensó que tal vez se habían olvidado de ella, apareció el hombre de la entrada al que todos los agentes habían saludado.

La escasa ventilación de la sala concentraba el nauseabundo olor que desprendía. Se revolvió incómoda en la silla al sentir que se le removía el estómago.

—Soy el comisario Parrondo —le dijo acercándose a la mesa.

Tiró una gruesa carpeta con tapas blandas de color cartón encima. El logo de la policía grabado en azul descansaba sobre la carátula. Se desabrochó el botón de la chaqueta del traje de dos piezas marrón café que llevaba y encendió una cámara de video que había en una esquina, junto a la puerta.

—¿Sabe lo que es eso? —le preguntó, haciendo un ademán con la cabeza hacia la carpeta.

Ayshane negó con la cabeza.

—Son muertos. Los expedientes de los casos y las declaraciones de los testigos y los familiares de todos los hombres y las mujeres a quienes usted ha privado de una larga y espléndida vida. —Se cruzó de brazos y rodeó la mesa hasta pararse tras ella—. El médico dice que sufre... ¿Cómo lo llama?... Amnesia disociativa. —Se agachó—. Pero yo no me lo creo —susurró sobre su oído. Ayshane ahogó una arcada que no pudo disimular cuando el pestilente aliento del comisario y el olor a tabaco y a colonia inundaron sus fosas nasales—. A mí no va a engañarme con esa cara de niña bonita y desvalida que no ha roto nunca un plato. —Pasó tras ella y se apoyó sobre la pared opuesta a la entrada con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas—. Perdimos a tres de nuestros mejores agentes cuando la investigaban. Un excelente comisario y una de las agentes al cargo de investigar a la organización que dirige su hermana se encuentra en paradero desconocido.

—¿Tengo una hermana?

—Déjese de juegos, Ivanova. —Se acercó a la mesa y golpeó la superficie con ambas manos, provocando las quejas del cristal de espejo que había a su espalda—. ¿Dónde está nuestra agente? ¿Qué han hecho con ella?

—No sé de qué agente está hablándome. Ya se lo dije a los policías que vinieron a interrogarme al hospital. No recuerdo nada, no...

—¡Y una mierda! —le gritó.

Rodeó la mesa y comenzó a sacar fotografías en tamaño folio de un sinfín de hombres y mujeres muertos, degollados, algunos con disparos en la cabeza, otros en la sala de autopsias. Desperdigó aquellas imágenes por encima de la mesa de manera atropellada.

—¿Quiere hacerme creer que no recuerda esto? ¿Qué ocurre?, ¿son tantos que ha perdido la cuenta?

Ayshane cerró los ojos con fuerza y ladeó la cabeza hacia la puerta cuando un pegote de saliva de la boca del comisario salió disparado hacia su mejilla.

—Le digo que no lo recuerdo. —Tragó con la esperanza de contener la acidez de la bilis que sentía recorrer su esófago.

Parrondo la sujetó por la barbilla y la obligó a que lo mirase. Ayshane abrió los ojos de golpe, el brillo de las virutas de caramelo que salpicaban el chocolate fundido de su iris cambió. Sintió una irrefrenable y repugnante sensación cuando el comisario la tocó, una fuerte presión en el pecho que le hizo creer que el corazón iba a estallarle en mil pedazos. Como si otra mujer o un demonio se hubiera apoderado de su ser, retiró la cara y lo miró a través de sus tupidas, largas y negras pestañas con una seguridad en sí misma que no había mostrado desde que despertó en el hospital hasta aquel momento.

—No vuelva a ponerme una mano encima. —Parrondo sonrió de medio lado. Se irguió sobre sí y volvió a meter las manos en los bolsillos—. Le he dicho que no recuerdo nada, pero ya que están tan seguros de quién soy y de todo lo que me imputan, enciérrenme de una maldita vez —siseó silbando como una serpiente.

—Pasarás en prisión el resto de tu miserable vida y, con suerte, saldrás de allí en el mismo estado que tus víctimas.

El comisario recogió las fotografías desperdigadas sobre la mesa al comprender que no obtendría ningún dato nuevo.

Ayshane frunció el ceño al ver la foto de un hombre con ojos verdes, rotos por finas líneas doradas que se extendían por su iris como las raíces de un árbol. Atractivo, moreno, con las puntas del cabello despeinadas e incipiente barba, sonreía a la cámara. Estaba segura de que era el mismo joven que había visto a través de la pequeña luna tintada del furgón, entre la multitud que se agolpaba en la entrada del hospital, pero, según Parrondo, esas eran las imágenes de una colección de muertos. No..., no podía ser.

El comisario guardó de nuevo las fotos en la carpeta, apagó la cámara de vídeo y se sacó un móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—Preparad el traslado. Que avisen a los agentes del centro penitenciario y que refuercen la seguridad.

Se marchó de la sala dando un portazo entre cortantes órdenes a su interlocutor y dejándola de nuevo sola y confusa. Apoyó la frente sobre el acero de la mesa.

—Funciona, maldita sea, funciona de una vez. —Se dio ligeros golpes con la frente sobre la fría superficie.

Cuando comenzó a llorar, intentó ocultar su rostro subiendo las rodillas sobre la silla, pero estaba anclada al suelo y no tenía hueco para poder subir las piernas.

Quería recordar de nuevo, saber quién era, qué había hecho, aunque tuviera que pasar el resto de su vida en la cárcel, aunque hubiera sido una persona horrible. Eran sus recuerdos, y le desesperaba la continua sensación de haber perdido toda su vida como si se la hubieran extirpado a la fuerza en una lobotomía dejándola huérfana, sola. Como pudo, se secó las lágrimas en los hombros al visualizar en su mente los ojos de aquel joven. No, no estaba sola. Seguro que conocía al hombre de ojos hechizantes y a la enfermera que le daba de comer en el hospital. Solo tenía que recordar de qué.

—¿Y bien? —Eduard se dio la vuelta en la silla de ordenador.

Llevaba varios días sin comer, sin cambiarse de ropa y sin ducharse. Usurpando el pequeño santuario de Alice en aquel búnker desde que le dispararon a su hija, no había salido de la sala de

ordenadores salvo para ver cómo iba su hijo, Dima. Lo acompañó y lo veló durante los primeros días de recuperación hasta que estuvo preparado para volver a tomar las riendas de aquel grupo, ahora descabalado, hundido, roto.

—Está fuertemente custodiada —le dijo Jason dejándose caer sobre la silla que Eduard tenía a su lado—. Es imposible acercarse a ella. —Apoyó los codos sobre el tablero de la mesa y se frotó la cara, carcomido por la culpa.

—Cuénteme algo que no sepa, inspector.

—Tendría que haberme infiltrado yo en el hospital. —Alice se quitó la chaqueta de cuero marrón y la dejó sobre el respaldo de la silla en la que se había sentado su compañero.

—Eso habría sido un suicidio —le dijo con la mirada fija en la pantalla en la que se transmitían en directo las imágenes del interior del complejo policial al que habían trasladado a la lugarteniente—. Te habrían reconocido.

Los tres se quedaron mirando las imágenes cuando Ayshane, rodeada de agentes de la brigada, era introducida de nuevo en el furgón. Esposada, con la cabeza gacha, arrastrando los pies sin oponer resistencia como si asumiera la culpa y el destino que le esperaban. Una Ayshane muy diferente a la que habían conocido hasta ahora.

—Ekaterina ha enviado esto. Lo requisó antes de salir del hospital. Mi *malysh* no recuerda nada. No se habría marchado con usted. —Le tendió los informes a Alice.

—Amnesia disociativa. Eso ya lo sabíamos.

—Siga leyendo —le pidió Eduard.

Alice se llevó la mano a los labios y ahogó un suspiro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jason y cogió los folios que su compañera le tendía—. No puede ser…

—¿Lo sabe Erick? —cuestionó Alice.

Eduard negó con la cabeza. Volvió la silla para mirar en las pantallas la imagen de la prisión a la que iban a trasladar a su hija mientras acariciaba el teléfono móvil que tenía junto al teclado del ordenador.

—¿Qué vamos a hacer? Si Erick se entera de esto… —Alice se llevó la uña del dedo gordo a la boca y comenzó a roerla.

—Tenemos que pensar en algo ya. ¿Dónde está? —inquirió Jason.

—En el gimnasio, con Dima y las niñas —murmuró Alice.

—No puede enterarse de esto, Alice. ¿Eduard?

—Se enterará, inspector Booth. El inspector Román tarde o temprano se enterará. No podremos ocultárselo durante mucho tiempo.

—Dios… —Jason se levantó de golpe, dejó los folios sobre la mesa, echó la cabeza para atrás y se frotó la cara—. ¿Qué alternativas

tenemos? —Miró con desesperación a su compañera.

Alice negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—A mí se me ocurre una, inspector. Pero no será de su agrado. —Eduard alzó la vista sobre su hombro y, sin dejar de acariciar el móvil, miró a Jason como si ya hubiera tomado una decisión.

Capítulo 25

Tres horas después de su careo con Parrondo, llegó a la prisión de alta seguridad donde suponía que encontraría a la peor calaña del país. Afortunados, porque al menos podían recordar los errores que los habían llevado hasta allí.

Accedió al módulo de mujeres, que estaba separado del de hombres por un barranco que parecía no tener fondo y que seccionaba el sofisticado edificio de ladrillo visto en dos perfectos cubículos rectangulares de dos plantas. Cercado por cámaras de seguridad, sensores de movimiento, torres de vigilancia, agentes armados cada tres metros rodeando el perímetro exterior, vallado y perros adiestrados que ladraban y se tiraban hacia ella mientras avanzaba por el pasillo que habían formado los agentes de prisiones, flanqueada en todo momento por cuatro policías de la Brigada de Operaciones Especiales vestidos de negro, pertrechados con cascos, chalecos antibalas, pasamontañas, botas militares y subfusiles de asalto.

Como si llevara una diana en la frente, Ayshane fue escoltada hacia la entrada de la prisión de máxima seguridad. Se sintió desnuda cuando uno de los agentes le quitó los grilletes bajo los potentes focos que alumbraban el acceso, cegando incluso la propia noche.

—Pon las manos sobre la cabeza.

Ayshane se acarició las marcas rojizas de las muñecas antes de alzar las manos sobre la nuca. Siseó incómoda cuando un agente de la prisión, entrado en años, comenzó a cachearla. Serpenteó su cuerpo como un reptil al notar el contacto de sus manos sobre la holgada tela del chándal.

—Y dice que no se acuerda de nada. —Se mofó uno de los policías que la había acompañado desde el complejo.

—La amnesia disociativa es un trastorno que afecta solo a los recuerdos. —Un hombre calvo, vestido con una bata blanca y con un marcado acento canario apareció entre los agentes de la prisión—. Pero no a la conducta. —Sacó una pequeña linterna de uno de los bolsillos de su bata y esperó a que el agente terminara de cachearla—. ¿Se encuentra bien? —Pasó la linterna por sus ojos cuando el agente se retiró—. Dolor de cabeza, náuseas, sueños, destellos como pequeñas

descargas eléctricas en el cerebro... —Ayshane negó. Aquel hombre acababa de enumerar cada uno de los síntomas que la habían aquejado en los últimos días, pero no estaba dispuesta a dar ningún tipo de información. Ellos ya habían hecho su juicio. Solo quería que la dejaran en paz, que la llevaran a una celda, hacerse un ovillo en alguna esquina y llorar hasta deshidratarse—. Muy bien. Que la trasladen a la enfermería —les ordenó a dos de los agentes que custodiaban la puerta.

El médico se acercó a los policías que habían llevado a Ayshane hasta allí mientras ella alzaba las manos en el aire para que le pusieran de nuevo los grilletes. Esta vez caminó custodiada por dos agentes de prisiones hasta el primer control de seguridad.

Uno de ellos colocó la palma de la mano sobre un lector que había en la pared de la enorme puerta de acero de más de cinco metros y esta se abrió. Accedieron a un oscuro pasillo donde el abismo exterior que separaba el módulo de hombres y mujeres se convertía en un infranqueable y grueso muro de hormigón, con cámaras de seguridad que chismorreaban al girar siguiendo sus pasos. Se detuvieron frente al mostrador, protegido por un grueso cristal antibalas y armas de largo alcance colgadas tras los dos agentes que, en su interior, custodiaban la entrada al módulo penitenciario.

El mismo agente que había colocado la mano sobre el escáner de acceso puso la retina ante un nuevo lector. Se abrieron entonces las chirriantes puertas correderas con gruesos barrotes que separaban la zona común para las reclusas del control de seguridad.

Ayshane alzó la vista con curiosidad. Parecía un comedor o quizá una zona de recreo vacía a aquellas horas, con bancadas metálicas ancladas al suelo alrededor de amplias mesas rectangulares también de metal. Olía a orines, a aguas fecales y a heces. Se escuchaban los gritos y las amenazas de algunas prisioneras en las celdas de la planta superior, a la que se accedía por dos escaleras de rejilla situadas en los laterales. Dio un ligero respingo cuando uno de los agentes la empujó con la culata de su cetme dándole en el costado.

Atravesaron la desalojada sala y llegaron a una puerta metálica con un pequeño ojo de buey cuadrado en el centro. Bajo las sombras de la pasarela perimetral de tramex que recorría todo el interior, entraron en un pobre pasillo iluminado con diminutos alógenos. Lo recorrieron en silencio hasta el final, donde había una puerta de acero con un letrero grabado sobre la superficie: *Enfermería.* Antes de llegar a la mesa del despacho que había al fondo de la habitación, entró el médico que la había recibido en la entrada.

—Quítenle los grilletes y déjennos a solas. —Rodeó la mesa y abrió una carpeta azul de tapas blandas—. ¿A qué están esperando? —Alzó la vista y miró a los agentes que, inmóviles y con cara de no saber

cómo interpretar la orden, no se movieron del sitio—. Por el amor de Dios, ¿no pretenderán quedarse durante toda la exploración?

—Con el debido respeto, doctor, esas son las instrucciones —le dijo uno de los agentes.

—Ya, pues me niego en redondo. —Metió las manos en los bolsillos de su bata—. Ese tal Parrondo no tiene competencia en estas instalaciones, y no va a ser él quien se haga cargo de las consecuencias.

—Gerardo..., que los tres sabemos a quién tenemos delante —le recordó el agente más veterano.

—Por lo que yo sé, tenemos a una detenida en prisión provisional, ni más ni menos peligrosa que algunas de las reclusas de esta prisión. Y, aunque no lo crean, tiene sus derechos. Derechos que yo no pienso vulnerar. —Alzó la mano y señaló a Ayshane, que, en silencio, inspeccionaba la sala, ajena a la conversación que, sin pudor alguno, mantenían sobre ella como si no les importara su presencia—. Pero ¿es que no la ven? Esta muchacha no se acordaba ni de su propio nombre cuando despertó, y no va a recuperar la memoria de un día para otro. —Cogió el estetoscopio que tenía sobre la mesa—. Hace falta tiempo. Tiene que ejercitar la mente. Quitadle las esposas y dejadme hacer mi trabajo. —Movió la mano en secos aspavientos hacia los lados.

—Bajo tu responsabilidad. —El agente más veterano sacó del bolsillo de su pantalón un manojo de llaves que llevaba enganchado al cinturón con una fina cadena.

—Que sí, que sí... —Se puso las olivas del estetoscopio en los oídos.

Ayshane se acarició las muñecas cuando le quitaron los grilletes. De nuevo volvió a sentirse desnuda, molesta por cómo escudriñaban su cuerpo los agentes. Alzó la vista y miró al médico, que con la mano indicaba a los guardias que se marcharan.

—Estaremos tras la puerta.

—Quítate la sudadera —le dijo con la campana del estetoscopio en la mano cuando los dejaron a solas.

Titubeante, Ayshane obedeció. Siseó cuando el frío diafragma le acarició el esternón.

—Respira. Eso es..., suelta el aire. Muy bien. Respira. Perfecto. —Se colocó el estetoscopio sobre los hombros, encima de la solapa de la bata—. Quítate el pantalón y túmbate.

Ayshane miró la camilla que tenía a su izquierda. Era de polipiel negra, con patas de aluminio, situada bajo la tenue luz del pequeño armario volado con medicamentos de todo tipo, junto a una estantería de puertas de vidrio con marcos de metal que guardaba instrumental quirúrgico bajo llave.

Se acercó y, mirando de soslayo al médico, que había vuelto a la

mesa y cumplimentaba lo que parecía un informe, se quitó el pantalón y lo dejó junto a la sudadera, a sus pies, antes de tumbarse y cubrirse el sexo con las manos, pues se le transparentaba a través de las braguitas desechables que le habían prestado en el hospital.

—Las últimas analíticas que te hicieron en el hospital dicen que anda todo correcto. —Se acercó con un folio en la mano que cogió de la carpeta—. Pero, esto de aquí... —Dejó el papel sobre una mesita auxiliar de acero que había junto a la cabecera de la camilla, en el lado opuesto al armario—. ¿Existe la posibilidad de que estés embarazada?

Ayshane palideció. Se llevó la mano al vientre y lo miró, negando con la cabeza aquella posibilidad.

—¿No te dijeron nada en el hospital?

Su negativa se convirtió en desesperados movimientos para que aquello no fuera más que una broma de mal gusto.

—Entiendo. ¿Has sentido náuseas, mareos, vómitos, malestar...?

Pensó un segundo la respuesta antes de volver a negar con la cabeza.

—Es posible que los fármacos que te han administrado para los dolores durante tu recuperación hayan enmascarado los primeros síntomas de embarazo o puede que seas de esas mujeres que no tiene ningún síntoma las primeras semanas. —Volvió a coger el informe—. ¿No te hicieron ninguna prueba de embarazo en el hospital? Alguna ecografía...

Ayshane no hacía otra cosa más que negar con la cabeza, asustada.

—Ya... —Dejó de nuevo el folio sobre la mesita auxiliar de acero—. Toda la medicación que has recibido hasta ahora es la típica que se le administra a una mujer en estado como último recurso para no dañar al feto—. Arrastró una máquina de ecografías que había tras la cortina, recogida junto al cabecero de la camilla—. Será mejor que salgamos de dudas. —Sacó un pequeño taburete que había bajo la camilla, lo ajustó en altura, se sentó y encendió el ecógrafo—. Tranquilízate, no pasa nada. Muchas reclusas han gestado un embarazo sin complicaciones en esta prisión. —Cogió un bote de gel —. Esto está un poco frío.

Estrujó el bote sobre su vientre. Ayshane se removió incómoda. Se agarró con fuerza a los laterales de la camilla y cerró los ojos con ímpetu. «Tiene que ser un error, tiene que ser un error», se repetía una y otra vez mientras el médico esparcía el gel sobre su terso abdomen con el transductor abdominal.

—Vamos a ver...

El médico musitó con la boca unos segundos que a Ayshane le parecieron horas mientras recorría el frío gel con el transductor sobre su vientre.

—Pues... parece que no es un error. —Pulsó el botón del tablero de control—. Sí... Veamos... Por el tamaño, yo diría que estás de cinco semanas. Seis, a lo sumo.

—No. —Abrió los ojos y negó con la cabeza—. No puede ser.

—Sí. Sí que lo es, míralo. —Giró el monitor—. ¿Ves esa judía? —Señaló un minúsculo punto en la pantalla.

Ayshane comenzó a hiperventilar con el corazón desbocado y los latidos reverberando en los tímpanos.

El médico se levantó y comenzó a abanicarla con el folio. Trató de girarle la cara que ella parecía haber anclado sobre la imagen de la uva pasa del monitor.

—Ayshane. Ayshane, mírame.

Lo miró. Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos al sentir una descarga eléctrica recorrer su cerebro acompañada por el eco de una voz más varonil, sensual y rasgada que repetía las últimas palabras del médico: «Mírame». Apretó los dientes ahogando un alarido e intentó ponerle cara a ese canto de sirena que reverberaba en su cabeza.

—Ayshane. Ayshane.

Abrió los ojos al sentir una luz tras la piel de sus párpados. Miró al médico y a los dos agentes que la habían acompañado hasta allí. Se removió incómoda intentando cubrir su desnudez antes de darse cuenta de que estaba tapada con una sábana blanca.

De nuevo, la psicofonía de su respiración tras la máscara que uno de los agentes mantenía sobre sus vías respiratorias mientras que el otro, a su vez, sujetaba una botella portátil de oxígeno.

—¿Mejor?

Asintió con la cabeza, recuperando el ritmo cardiaco y la respiración, todavía agitada.

—Creo que hoy deberías quedarte en observación. De momento, esta noche la pasarás en la enfermería.

Ayshane volvió a mirar la pantalla del ecógrafo por el rabillo del ojo y comenzó a llorar sin ser capaz ni sentir la potestad de contener sus lágrimas. Un hijo. Embarazada. En la cárcel. Y sin memoria. ¿Qué más podía ocurrirle?

Capítulo 26

Las dos primeras noches estuvo sola en la enfermería, en una sala contigua a la consulta del médico, ocupando uno de los tres camastros viejos de hospital. Tan solo de vez en cuando, durante el día, la enfermera y la doctora encargada del módulo de mujeres pasaban a verla para comprobar su estado. Por la noche era Gerardo, el médico que la atendió cuando la trasladaron a prisión, quien se ocupaba de ella. Al parecer, Gerardo era el jefe del módulo de enfermería. Él y Génesi, la doctora, se turnaban las guardias semanalmente.

Ayshane prefería que la atendiera Gerardo. Se mostraba amable y mantenía las distancias con todas las reclusas, pero no las trataba como si estuvieran mejor muertas.

Con la puerta de la consulta que comunicaba con la enfermería siempre abierta, era difícil no escuchar los gritos de dolor de muchas de las presas que eran trasladadas por los agentes para que la doctora las atendiera, o advertir cómo Génesi las despachaba entre insultos y menosprecios sin prestarles la más mínima atención.

«Si le tuviera miedo a las amenazas no trabajaría aquí —le había dicho una vez a la enfermera mientras le tomaban la tensión—. Por suerte, ninguna de ellas saldrá con vida de estos muros», le dijo dejando el manguito del tensiómetro sobre la percha de sueros vacía. Miraba a Ayshane con desdén y con una sonrisa de superioridad en los labios perfilados de marrón y pintados de rosa chicle que siempre llevaba.

Génesi intentaba cuidar su imagen, no cabía la menor duda, pero a Ayshane le parecía que lo hacía muy mal. Siempre vestida con faldas de tubo demasiado ceñidas, camisas ajustadas de colores chillones e hirientes para la vista, taconazos de vértigo que se clavaban seguros sobre el suelo de hormigón pulido de la consulta y la enfermería, empalagosos perfumes y maquillaje de adolescente discotequera que iniciaba sus salidas nocturnas, pero que no disimulaba en absoluto los estragos de la edad en su rostro. Siempre con el pelo en un moño alto, tirante, perfecto y salpicado de canas en sus raíces. Siempre con esa mirada prepotente que, en más de una ocasión, cuando le presionaba el vientre para comprobar su estado, le habría gustado arrancarle de

un guantazo.

El segundo día, antes de salir escopeteada como el resto de las noches cuando terminaba su turno, Génesi atendió a una última reclusa. Ayshane no le prestó demasiada atención a la conversación al principio, pero de pronto se percató de la falta de soberbia y el respeto que la doctora parecía mostrar ante esa mujer de habla pausada y tranquila, con una dulce e inquietante voz.

—Sí, claro. Acompáñeme.

Miró hacia la puerta, muerta de curiosidad, al escuchar los pasos de Génesi encaminarse hacia donde estaba ella. La doctora entró con la vista fija en el suelo junto a una mujer vestida con pantalones de chándal negro, una camiseta de manga corta amarilla y las típicas deportivas de velcro que llevaban todas las reclusas, incluida ella misma.

Pasaron junto a su cama. La prisionera, de suaves facciones niponas y una espeluznante cicatriz en el rostro, parecía estar bien. No parecía enferma ni mostraba ningún signo de agresión en su cuerpo, pero se tumbó en la cama vacía que había junto a la suya. Ayshane enarcó una ceja y ladeó la cabeza cuando Génesi se marchó de allí haciendo una reverencia antes de cerrar la puerta. Se le erizó el vello cuando sintió los ojos de la mujer sobre su cuerpo. Un escalofrío la obligó a moverse sobre la cama. Aquella mujer tenía una mirada oscura, y no solo por el marrón casi negro de su iris, sino por el escaso brillo de las luces de la habitación que parecían ser absorbidas por aquellos dos pozos sin fondo.

La japonesa se sentó al borde de la cama con las piernas colgando y las manos hundidas en el flácido colchón.

—¿Me recuerdas? —Ayshane no dijo nada. Se limitó a observarla, alerta. Por alguna extraña razón, no sentía miedo frente a ella. ¿Debía..., debía recordarla?—. Ayshane, ¿sabes quién soy?

—¿Me... conoces?

La mujer tomó aire por la nariz de manera muy pausada y, tras retener el aire en los pulmones durante unos segundos, lo soltó con solemnidad. Alzó la vista hacia la puerta cuando escuchó que Génesi llamaba antes de asomar la cabeza.

—Aiko, Gerardo viene para acá a cubrir su turno. Será mejor que vuelvas a tu celda.

—Invéntate algo.

—Pero...

—Dile que estás esperando a que lleguen los agentes para que me trasladen. Me lo debes, Génesi. Me consta que has estado tratando a mi sobrina como al resto de escoria de esta prisión.

—Yo no sabía... —Miró a Ayshane aterrada, quizá buscando en ella un ápice de comprensión que nunca llegó, que no llegaría.

La doctora no le caía bien, y no tenía intención de disimularlo. Se veía a la legua que era una mujer ponzoñosa y sin escrúpulos.

—Si te molestaras en leer los informes y en hacer tu trabajo como es debido, ahora no tendrías que temer por tu vida. Para eso te pago. Quizá tenga que replantearme nuestro acuerdo.

Génesi desapareció de la consulta pálida como una estatua de mármol y dejando la puerta de la enfermería entreabierta.

—¿Eres mi tía?

—Mañana te trasladarán a tu celda. —Se bajó del colchón y pasó junto a los pies de la cama de Ayshane—. No le cuentes a nadie que hemos mantenido contacto. No me busques. No preguntes por mí. Yo me pondré en contacto contigo. ¿Me has entendido?

Ayshane asintió. Aiko salió de la enfermería y entró en la consulta. A los pocos segundos escuchó la voz de Gerardo. Parecía disgustado, enfadado por la presencia de aquella mujer. Escuchó la voz de dos hombres más y parte del interrogatorio y del sermón al que Gerardo sometió a Génesi.

—Tendré que informar de esto —le dijo con medio cuerpo en la enfermería y el otro medio en la consulta.

—Lo entiendo, pero ¿qué querías que hiciera? Tenía que atenderla. Es mi trabajo.

La voz de Génesi sonaba insegura. Ayshane se mordió el labio inferior con una infantil pero malvada sonrisa en los labios. «Eso te pasa por arpía».

—No digo que no hagas tu trabajo. —Gerardo volvió a entrar en la consulta y entornó la puerta de la enfermería—. Por supuesto que debes atenderla, como a cualquier otra reclusa, pero deberías haberme avisado.

—¿Y qué crees que iba a hacer? No podía dejarlas a solas, estaba esperando a que volviera a su celda.

—Márchate. Ya hablaremos de esto mañana. —Ayshane borró la sonrisa de la cara en cuanto el médico entró a la enfermería—. ¿Qué tal estas, Ayshane? —Se colocó el estetoscopio que llevaba sobre los hombros y cogió el manguito para tomarle la tensión.

—Mejor. Supongo. —Tendió el brazo que el médico rodeó con el manguito.

Ambos se sumieron en un sepulcral silencio mientras Gerardo iba desinflando el manguito.

—Tienes la tensión un poco baja. ¿Has cenado? —Volvió a dejar el tensiómetro sobre el perchero para sueros.

Ayshane se levantó la camiseta amarilla y se recostó sobre el flácido colchón mientras la auscultaba.

—No mucho —le dijo al fin, cuando terminó.

—¿Nauseas?

—Tengo... —asintió y se acarició el vientre—, tengo el estómago un poco revuelto. —Volvió a cubrirse con la camiseta y se sentó, dejando que la almohada cayera hasta la parte baja de su espalda.

—Es normal. En estas primeras semanas puede que te resulten desagradables ciertos olores, que tengas vómitos matutinos... Pero no te preocupes, pasarán. Y si vemos que son demasiado notorios, quizá pueda administrarte algún fármaco que palie esos primeros e incómodos síntomas de embarazo. ¿Tienes pensado ya qué vas a hacer con el bebé?

Tras el impacto inicial, Ayshane había terminado por asumir que estaba embarazada. Los dos días que llevaba en la enfermería le habían servido para meditar si debía traer una nueva vida al mundo. Leyó toda la información y las normas de la prisión que Gerardo le proporcionó la primera noche, donde se explicaba cómo actuaba el centro penitenciario en aquellos casos, pero aún no tenía decidido qué iba a hacer.

La primera noche creyó tenerlo claro: quería abortar. Pero, tras hablarlo con Gerardo, que achacó su decisión al pánico, y pasado el susto de saberse en estado, pensó que aquel bebé que crecía en su interior y que había demostrado ser todo un guerrero, que había soportado un disparo, una operación a vida o muerte y seguía creciendo en su vientre, abriéndose paso con infinitas ansias por vivir, merecía una oportunidad, ¿y quién era ella para arrebatarle la vida? Además, aquella uva pasa debía de tener algún padre y no le parecía bien tomar aquella importante decisión sola, pero, claro, en el mejor de los casos, el padre estaría vivo, aunque no creía que fuera a reclamar la custodia. Eso si no estaba en la cárcel como ella.

¿Qué clase de vida le esperaría a aquella pobre criatura? Solo se tenían el uno al otro, pero la inesperada visita de aquella mujer... Aún tenía tiempo para pensárselo un poco más. Ahora le urgía salir de la enfermería y hablar con la siniestra japonesa con quien sin duda alguna guardaba un parecido razonable. Aquella mujer la había reconocido. Quién iba a decirle que en aquel tugurio podría saber quién era, de dónde venía y si eran ciertas las acusaciones que recaían sobre ella.

Su tía. Aquella mujer aseguraba ser su tía y, aunque no la recordaba, podría ser verdad. Sus rasgados ojos, el pálido tono de su piel, su voz... Siseó al sentir un destello en el interior de su cabeza, una pequeña corriente eléctrica que trataba de conectar, quizá sin éxito, un recuerdo de los tantos olvidados.

—Es... complicado.

—¿Has pensado en la adopción? Hay muchas mujeres que desean ser madres y que no pueden tener hijos.

—¿Cree usted que alguien querría adoptar al bebé de una mujer

como yo?

—Los futuros padres no tienen por qué saber quién es la madre.

—¿Usted lo adoptaría? Con sinceridad, ¿adoptaría a mi bebé? —Se llevó la mano al vientre de manera instintiva e inconsciente. Gerardo se quedó callado junto a la cama, mirándola como si pensara una respuesta que sus ojos clamaban a los cuatro vientos—. Ambos sabemos que algún día recuperaré la memoria. Puede que tarde días, semanas, meses o años, pero la recuperaré.

No quería que sonara a amenaza, pero, en el fondo, el velado mensaje implícito en sus palabras hacía que así fuera. Nadie adoptaría a su bebé. Ni siquiera estaba segura de que los servicios sociales se atrevieran a darlo en adopción si verdaderamente era esa a la que llamaban Mamba Negra, si era responsable de los cargos que la imputaban.

—En cuanto a eso... —carraspeó—, ¿has recordado algo? —Ayshane negó con la cabeza—. ¿Estás haciendo los ejercicios que te indiqué? —Asintió—. ¿Dolor de cabeza, presión...?

—Pequeñas molestias, pero no tan fuertes como las de la primera noche.

—Aquel día fuiste sometida a mucha presión. —Dio media vuelta sobre sus talones con la intención de marcharse.

—Doctor. Esa mujer..., por la que discutía usted y la doctora...

—¿La has reconocido?

—No... No he llegado a verla. ¿Debería?

Gerardo no contestó. Se limitó a escudriñar su rostro, analizar sus gestos. Su mirada. Sin entender muy bien por qué, Ayshane sintió que debía proteger a aquella mujer. Algo en su interior le decía que debía hacerlo.

—Me preguntaba si..., bueno..., sé.... Sé que esto es una prisión de alta seguridad, así que no espero encontrar raterillas de tres al cuarto precisamente, pero... ¿es muy peligrosa? —Acarició su vientre.

Con las manos en los bolsillos, que tras la exploración Gerardo no había sacado aún de su bata, la miró buscando quizá cualquier atisbo de reacción que le indicara que estaba mintiendo, que había visto a Aiko y que la había reconocido, pero, por suerte para ella, el formateo que había sufrido en su disco duro no era ninguna argucia para librarse de la pena de cárcel. Era real, y aunque sí había visto a aquella mujer, no la reconocía.

—Mañana lo comprobarás. A primera hora serás trasladada a tu celda. Ya no hay razones para tenerte aquí.

A primera hora de la mañana, tal y como le adelantó Gerardo, fue trasladada a su celda por dos agentes de la prisión. Estaba ubicada en una esquina del primer piso que, como una corrala de vecinas mal

avenidas, rodeaba el comedor anegado de curiosas reclusas sentadas en las bancadas que había alrededor de las mesas y las escaleras, o bien de pie y apoyadas sobre las paredes. Desayunaban en medio de un alboroto y un griterío que se tornaron en susurros y miradas furtivas cuando Ayshane pisó el comedor.

Por suerte, ella ya había desayunado, no tendría que lidiar con todas aquellas mujeres. La doctora, con forzada y falsa educación, le había servido el desayuno en la enfermería. Ayshane no pudo evitar fijarse en el temblor del zumo de naranja mientras Génesi lo dejaba con torpe delicadeza sobre la mesa auxiliar de madera desconchada que había entre una cama y otra. Le pareció curiosa la forma en la que, temerosa y servicial, esperó paciente a que terminara de desayunar; también la ayudó a levantarse de la cama, mostrando un interés por su estado de salud que iba mucho más allá de la profesionalidad; el polo opuesto a la dejadez y a la desidia con la que la había tratado días atrás. Incluso hizo una ligera reverencia acompañada de una caída de ojos cuando salió de la consulta. Le pareció que hasta respiraba aliviada cuando se marchó de allí.

Antes de que abrieran su celda, un tercer agente se acercó a ellos con un juego de sábanas, una manta roída y un pequeño neceser transparente con tres diminutos botes rellenos de jabón, un peine de plástico y un cepillo de dientes.

Se marcharon de allí dejando abierta la puerta corredera de barrotes. Ayshane dio una vuelta sobre sí misma mirando la reducida ratonera en la que se suponía que pasaría el resto de su vida: un urinario de metal en una esquina, junto a un lavabo; una repisa, también de acero, bajo un ventanuco rectangular por el que apenas cabía un brazo, y una litera con un fino colchón sucio y amarillento frente a la desolada pared de pulido hormigón gris en cuya esquina estaba el váter.

Alzó la cabeza y miró el colchón de la litera de arriba. No tenía mejor pinta y ambos olían a sudor, a orín y a llevar allí tal vez más tiempo que la propia prisión.

Dejó el juego de sábanas, la manta y el neceser sobre la litera de abajo. Hizo un mohín de asco cuando se sentó sobre el colchón, con cuidado de no tocar ninguna de las manchas amarillas que en algunas partes se tornaban color café, y se llevó las manos a la cara ocultando su rostro, sin importarle lo más mínimo las miradas de las reclusas que, desde la pasarela de enfrente, la observaban curiosas y chismorreaban entre ellas hasta que comenzaron a darse codazos las unas a las otras.

—Así que tú eres la temida Mamba Negra.

Ayshane alzó la vista y miró de medio lado a la mujer que había perdido toda feminidad y la observaba desde la entrada a su celda.

Estaba apoyada sobre el marco de los barrotes con una pierna cruzada sobre la otra. La camiseta amarilla y sin mangas dejaba al descubierto sus sobredimensionados brazos y se ceñía a los músculos de los abdominales que se dejaban entrever tras la tela desgastada. Aquella imagen estaba coronada con un palillo en la boca.

—No pareces tan peligrosa. —Se sacó el palillo de la boca y lo inspeccionó como si no hubiera visto antes nada parecido—. Hay... mucha gente ahí fuera que ha pedido tu cabeza. Y pagan muy bien. —Sonrió.

Ayshane se levantó con cautela de la cama cuando una segunda mujer se apoyó al otro lado de la puerta, cerrando cualquier posibilidad de salir de aquella celda. Dio prudentes y firmes pasos hacia atrás hasta apoyarse sobre el lavabo. Buscaba con la mirada a la japonesa, pues pensaba que podía tener algún tipo de poder en aquella prisión. La buscaba más allá de las siluetas de las dos mujeres, entre las reclusas que se acomodaban en la pasarela de enfrente esperando a que diera comienzo la función. A falta de palomitas y refrescos, algunas mordisqueaban piezas de fruta y restos de tostadas o bebían zumos.

Miró de reojo el neceser que le habían traído los guardias cuando las mujeres sacaron de los bolsillos del chándal negro un par de punzones afilados que, sin duda, pretendían utilizar como arma. Alzó la vista de nuevo hacia el público con la esperanza de encontrar a la desaparecida japonesa. ¿Dónde demonios estaba? ¿Por qué no iba en su ayuda? ¿Y los guardias? Era como si se hubiesen esfumado. Tal vez aquella quería matarla. Que fuera su tía no significaba que se llevaran bien.

No supo cómo lo hizo, ni siquiera pensó en ello. De manera instintiva se apoyó de espaldas al ventanuco con las manos sobre el borde de acero del lavabo y golpeó con ambos pies el pecho de la mujer que se abalanzaba sobre ella. Dio una vuelta sobre sí y, de una patada, lanzó el arma casera que el marimacho empuñaba con la pretensión de clavarla en su cuello. Recibió un puñetazo en el estómago de la reclusa que intentó abalanzarse sobre ella y se dobló, se abrazó a sí misma. «Mi bebé». La primera mujer que la asedió la sujetó por los brazos y se la ofreció a su compañera entre los vítores y las risas del público de aquel improvisado circo romano que pedía su cabeza.

—Rosalía, sácale los ojos —le dijo entre gruñidos mientras intentaba retenerla en un doloroso abrazo—. Nos pagarán más si la entregamos por piezas —susurró sobre su oído.

—Como un Míster Potato[4] —respondió entre risas, agachándose a por el punzón que Ayshane le había arrebatado con una patada.

Ayshane dejó de forcejear. Alzó la cabeza y miró a la reclusa a

través de sus tupidas pestañas negras. Pensando en su bebé, las llamaradas del infierno consumían el brillo de las virutas de caramelo que coronaban sus rasgados ojos. Siseó como una serpiente de cascabel arrasando una carcajada que a Rosalía se le atragantó. Ayshane se soltó de la mujer que había ordenado sacarle los ojos con un cabezazo que le partió la nariz. Con la cara desencajada por el miedo, Rosalía intentaba apuñalarla en un inútil intento por defenderse. Entonces Ayshane le agarró la muñeca e hizo que le crujieran los huesos. El aullido de Rosalía cesó el clamor del coliseo, pero no era suficiente. Había golpeado su vientre. Había dañado a su bebé. Nadie tenía derecho a hacerle daño a su pequeño.

Sin soltar la mano rota, la miraba a los ojos. La furia contenida le presionaba el pecho hasta casi hacerlo explotar, un dolor que no era comparable al que sentía pensando en el daño que aquella mujer podía haberle causado a su hijo. Dirigiendo con firmeza la mano de la reclusa le clavó el punzón en la carne, atravesándole la lengua. Le soltó la muñeca y dejó de hundir la improvisada arma en el mentón de Rosalía cuando la sangre tiñó su propia mano. Giró sobre sí y movió el cuello en sinuosos serpenteos con la vista fija en la reclusa que quedaba en pie. Estaba encorvada y se tapaba la nariz intentando retener la hemorragia que había empapado su camiseta amarilla. Negaba con la cabeza.

En aquella ratonera sin escapatoria le acechaba el pesado manto negro de la muerte en forma de una exótica y sensual mujer con cara de ángel. En sus ojos rasgados y carentes de misericordia la reclusa podía vislumbrar a los demonios que le susurraban al oído que acabara con ella. Lanzó varios puñetazos al aire que Ayshane esquivó. La sujetó por el cuello y la izó a un palmo del suelo. Ladeó la cabeza con una burlesca sonrisa cuando la mujer pataleó y le calvó las uñas en el dorso de la mano, desesperada por respirar.

—Ivanova, suéltala —le ordenó un guardia a su espalda apuntándola con un táser.

La mujer comenzó a perder el conocimiento. Podía escuchar entre asmáticos jadeos cómo se escapaba el poco aire que le quedaba en los pulmones mientras ella seguía apretándole el cuello. Notaba cómo el pulso que necesitaba para bombear la sangre al cerebro perdía fuerza entre las yemas de sus dedos. Soltó a la mujer, y chilló y cayó al suelo entre convulsiones cuando uno de los guardias le disparó desde la entrada a su celda dos arpones de acero conectados con largos cables retráctiles eléctricos. En medio de las convulsiones, vio que retiraban el cuerpo de Rosalía y se llevaban a su compañera aún inconsciente.

Antes de perder el conocimiento, con la cabeza desvencijada hacia atrás, la vista nublada por el dolor y en brazos de uno de los agentes, le pareció ver al final de la pasarela a la japonesa. Leyendo un libro.

Como si no la conociera de nada.

—¿Por qué…? —susurró en una última exhalación por mantenerse despierta.

Capítulo 27

Se despertó en penumbra, tumbada en una celda. La única luz era la tenue prófuga que se atrevía a colarse bajo la puerta de acero. Un diminuto zulo en el que casi podía tocar tres de las cuatro paredes si estiraba los brazos. Estaba tumbada en un bloque de hormigón que, como un muelle de carga, sobresalía de una de ellas. Había un urinario atascado que rezumaba por la base y encharcaba el suelo. Un fétido olor a cloaca lo impregnaba todo y se adhería a sus pulmones como una capa húmeda de estiércol.

Se llevó la mano al vientre en un intento de ahogar una arcada. Se aferró al filo del hormigón de la cama, se apoyó con una mano sobre la pared que tenía enfrente y vomitó hasta que no le quedó nada en el estómago. Se hizo un ovillo en mitad de la cama y cerró los ojos con la esperanza de despertar y de que todo aquello no fuera más que un mal sueño. Una pesadilla que nada tuviera que ver con la realidad de la vigilia. Consciente de que jamás despertaría de aquel horror, se retiró las lágrimas que corrían por sus mejillas.

El comisario Parrondo debía estar en lo cierto. Los agentes que la interrogaron en el hospital también. Era una asesina, un ser malvado al que le resultaba muy fácil acabar con la vida de los demás. Se llevó la mano al pecho. Ya no le dolía, la presión no era más que un zumbido sordo, incómodo, persistente, al que iba acostumbrándose.

Fue muy sencillo reducir a las dos reclusas. No había tenido que pensar. Su cuerpo sabía cómo librarse de ellas. Su mente dañada pedía a gritos la sangre de aquellas dos mujeres hasta que le clavó el punzón a una de ellas. Fue ahí cuando se hizo el vacío en su interior, una abrasadora ausencia que no le devolvió la paz, pero que acabó con el dolor que presionaba su pecho y que a punto había estado de cortarle la respiración. Era... adictivo.

Escondió la cabeza menguando sobre el hormigón, hecha un ovillo entre lágrimas y meciendo su cuerpo en un vaivén de cuna.

—Por favor, que no las haya matado. Por favor, que no las haya matado —murmuraba para sí una y otra vez, tan rápido que sus palabras apenas eran inteligibles hasta que, de nuevo, se quedó dormida.

Estaba golpeando un saco de boxeo sudorosa y concentrada. Alerta. Era un gimnasio con las paredes y el suelo recubiertos con lamas de madera e iluminados con la luz de media tarde que entraba por las ventanas de papel. Entonces un hombre sin rostro se acercó a ella.

—Cada día estás más guapa.

—¿Qué quieres? —Dejó de golpear el saco de boxeo y lo miró con desprecio.

—Verte entrenar. —Sonrió con malicia—. Me pone. Te mueves muy bien. —Dio una vuelta alrededor de ella—. Ojalá te movieras así en la cama —susurró sobre su oído acercándose a su cuello.

Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo, tensó los brazos y la mandíbula hasta hacer chirriar sus dientes. Lo odiaba. Deseaba matar a ese hombre de cara difuminada. No podía distinguir sus labios, sus ojos. Un hombre sin rasgos que identificar, que le ponía el vello de punta por el aura maléfico que desprendía.

—Hum… Me vuelve loco tu aroma, sestra. *—Acercó los labios al hueco de su cuello.*

—Estás enfermo. —Se dio media vuelta en dirección hacia la puerta.

El hombre sin rostro le sujetó el brazo con fuerza. La atrajo hacia su cuerpo. Forcejeó con ella entre sus brazos.

—No te resistas. —Lamió una gota de sudor que le caía por el cuello.

Siseó. Lo empujó con todas sus fuerzas. Saltó sobre sí y le dio una patada en la mandíbula. El hombre se llevó la mano a la boca, bufó entre dientes y la miró como un demente, sonriendo de medio lado, como si para él no fuera más que un juego.

—Está bien, sestra. *¿Quieres ponerlo difícil hoy también? —Alzó ambos brazos al aire cubriéndose el rostro con dos puños preparados para luchar —. Adelante.*

Peleó contra él durante casi una hora. Consiguió tirarla al suelo con una llave y comenzó a propinarle golpes en el vientre con los puños mientras estuvo sentado a horcajadas sobre ella sin importarle que se retorciera de dolor.

Intentó defenderse y cubrirse el vientre, el resto de las partes de su cuerpo no le importaban. Pero aquel hombre era más fuerte y más corpulento, y ella era tan solo una adolescente.

Despertó asustada por el llanto y los desgarradores gritos. Sudorosa, aterrada y protegiendo su vientre, se arrastró sobre el hormigón hasta la esquina opuesta del váter, mirando hacia la puerta y temblando como la hoja de una rama vapuleada por el viento, hasta que una lágrima le rozó el antebrazo. Era ella. Era ella quien lloraba, quien seguía gritando. No había nadie más allí. Todo estaba oscuro. En silencio.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Tragó. Tenía la

garganta seca, la lengua como un estropajo acartonado y la respiración desbocada. El corazón le latía a un ritmo frenético como si quisiera escapar entre las costillas. Se llevó las rodillas al pecho y se abrazó a sí misma con la espalda mojada por un sudor helado que le erizó la piel de todo el cuerpo. Se apoyó sobre la pared, mirando ausente hacia la delgada línea de cálida luz que se colaba por debajo de la puerta.

Había sido un sueño. Tan real... Se llevó la mano al vientre y se acarició. Estaba ahí. Su bebé... No lo sentía, pero tenía que estar ahí. Había recibido un puñetazo en el estómago. Negó con la cabeza. Todavía era muy pequeño. Era tan solo un diminuto grano de arroz, no podía sentirlo, era imposible. Escondió la cara en el hueco entre sus rodillas y su pecho.

—Solo ha sido una pesadilla. Está bien. Estás bien... —Se acarició el vientre en círculos.

Se quedó en silencio. Alzó la vista hacia la puerta cuando una voz al otro lado, dulce y familiar, susurrada a lo lejos, entonaba una canción. Se llevó la mano a las sienes, apretó los dientes hasta hacer crujir su mandíbula y ahogó un gruñido bajo. Sus recuerdos intentaban reconectar en su cabeza. Sentía dolorosos y eléctricos latigazos como descargas. Conocía aquella canción de la que apenas era capaz de intuir la letra, pero que, junto a aquella celestial voz, comenzó a cantar de manera inconsciente en japonés. Un idioma que ni siquiera sabía que dominaba.

Cuando la noche eclipse el sol
y el pavor alimente su sed,
si el llanto en la cara quema tu piel,
no desesperes, que yo allí estaré.

Cuando en su amor ya no puedas creer
o hayáis perdido la fe,
si el dolor y la sangre mueven su ser,
recuerda que siempre te protegeré.

Su lengua de fuego la paz te traerá,
y el batir de sus alas oirás.
Cuando mires al cielo y lo veas volar,
sonríe, guerrero, porque vencerás.

Dio un respingo y se pegó aún más a la pared. Entonces la puerta se abrió de golpe. Miró la borrosa silueta que había deleitado su alma con aquella melódica voz hasta que sus ojos se acostumbraron de nuevo a la luz que entraba en la celda.

—Acabas de batir el record. Enhorabuena. —Ayshane frunció el ceño y miró a la japonesa de arriba abajo—. Eres la reclusa que menos tiempo ha tardado en pisar la celda de aislamiento. —Aiko le sonrió a

su sobrina desde la puerta.

—¿Aislamiento?

Se llevó la mano a la garganta e hizo una desagradable mueca de dolor con la boca, carraspeando. ¿Dónde estaba la delicada y cálida voz con la que había acompañado el canto de aquella mujer? Juraría que había sido ella misma quien la entonaba...

Impávida, Aiko miró a su sobrina desde el umbral.

—Ven conmigo —le ordenó antes de dar media vuelta sobre sus talones.

—Ni lo sueñes —siseó aún con la mano en la garganta. Aiko miró a su sobrina desde el pasillo. Arqueó una ceja y sonrió de medio lado, divertida—. No pienso moverme de aquí hasta que no me expliques quién demonios eres en realidad.

Desafiante, Ayshane miró a la mujer a través de sus pestañas tupidas, largas, negras.

—¿Y no preferirías que fuera en un lugar menos desagradable?

Alzó la vista a su alrededor. La oscuridad en la que estaba recluida no le había permitido ver las heces restregadas por las paredes. La sangre reseca sobre la que había estado recostada ponía la guinda al infecto agujero al que había sido trasladada.

Sin saber dónde apoyar las manos e intentando pisar lo menos posible el charco de aguas fecales que rezumaba por la base del retrete, se levantó de la inmunda cama de hormigón y salió al pasillo junto a su tía.

En silencio, caminaron por un pasillo iluminado con cálidas bombillas de bajo consumo que colgaban de los cables de la pared. Como la celda de aislamiento en la que la habían encerrado, había al menos siete más. Las puertas de acero impedían saber si estaban o no ocupadas, todas ellas cerradas a cal y canto, salvo por pequeñas trampillas que también estaban atrancadas. Quedaban a la altura de los ojos y eran de forma rectangular, no más grandes que un paquete de tabaco.

Subieron unas escaleras metálicas y oscuras bajo las que se amontonaban sacos de sábanas y mantas en apariencia limpias, y que inundaban el pasillo de un olor a desinfectante.

—¿Dónde estamos?

—En los sótanos.

—¿Por qué...? —Cruzó la puerta bajo una de las escaleras del comedor, ahora vacío y en penumbra, que Aiko sujetaba—. ¿Qué hora es?

—Cerca de media noche. Llevas en aislamiento casi cuarenta y ocho horas. No saben qué hacer contigo. —Sonrió—. La has hecho buena.

Ayshane se fijó en los dos guardias apostados en cada pasarela. Las

recorrían de manera pausada de un lado a otro, armados, y sin prestar la más mínima atención a su presencia, mientras caminaba junto a Aiko hasta una de las mesas situada en el centro.

—¿Cómo es que...? ¿Por qué...?

Tenía muchas dudas, preguntas que pretendían salir en tropel y que le impedían formular una concreta y con sentido.

—Trabajan para mí. —Aiko se sentó en una bancada que rodeaba una de las mesas de acero con la vista fija en uno de los agentes de prisiones que custodiaba el interior. Ayshane se sentó enfrente sin dejar de mirar a los hombres que, sin duda alguna, sabían que ellas estaban allí y no decían nada. Ni siquiera parecían inmutarse—. Cuando manipulas la muerte a tu antojo, el mundo se rinde a tus pies y la vida se vuelve más llevadera. Siempre hay quienes intentan ir contra corriente, ilusos que guardan algún tipo de esperanza, pero es gracias a ellos que mantenemos el poder y el respeto de quienes nos rodean.

—¿Mantenemos?

Aiko sonrió sagaz, dándole vida al dragón que llevaba grabado y que cubría la mitad de su rostro.

—Tú y yo no somos como el resto de las mujeres que pasarán su miserable vida en esta prisión. No existe agujero con profundidad suficiente como para hacernos desaparecer. Ni los grilletes, ni las celdas, ni las prisiones en este país pueden contenernos. Si yo estoy aquí es porque no tengo adonde ir. Nadie me espera ahí fuera, pero a ti...

—¿Quién?

—Tu familia. Tu padre. Tu hermano. El hombre al que amas, el padre de ese milagro que crece en tu vientre —susurró con la mirada perdida en el firme abdomen de su sobrina.

—¿Lo sabías? —Se abrazó a sí misma protegiendo a su bebé de los dos agujeros negros que, errantes, vagaban a la deriva bajo las sombras del comedor, intentando traspasar la fina tela de su camiseta amarilla—. ¿Sabías que estaba embarazada y has permitido que esas dos mujeres vinieran a por mí sin hacer nada?

—Tan poco ha sido para tanto. —Se encogió de hombros—. Te has hecho con ellas sin la ayuda de nadie.

—Ayer le dijiste a la doctora que era tu sobrina.

—Y lo eres. Soy tu tía. La hermana de tu difunta madre.

—Pero ¿qué clase de tía eres tú? —le recriminó entre sollozos—. ¿Dónde estabas mientras esas mujeres querían matarme?

—No podía ayudarte.

Ayshane negó con la cabeza entre incrédulas risas.

—Está visto que haces y deshaces en esta prisión lo que te da la gana. —Alzó ambos brazos al aire—. No me digas que no podías

ayudarme o que no sabías lo que estaba sucediendo porque no me lo creo. —Se retiró las lágrimas con el dorso de la mano en un brusco movimiento.

—Era una trampa. Ya te he dicho que algunos aún mantienen la fe en derrocar el mal creyéndose insalvables piedras del camino que, así lo creen, los llevará hasta la luz. No se dan cuenta de que se adentran en un mundo temido incluso por el mismísimo demonio.

—¿Lo tenían previsto?

—Desde antes incluso de que llegaras a prisión.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Porque esperaban que yo intercediera. No estás aquí solo porque sea la única prisión de alta seguridad del país, sino porque están esperando que haya un acercamiento entre ambas. Gerardo no te ha creído cuando le has dicho que no me habías visto, que no me habías reconocido. Dudan de tu amnesia. No le dan ningún tipo de credibilidad, ni creen que seas incapaz de recordar nada. Yo misma tenía mis dudas.

—¿Gerardo?

—En realidad, Gerardo tan solo es una pobre marioneta.

—Parrondo.

Aiko asintió. Ayshane apoyó los codos encima de la mesa y se tapó la cara con las manos, soltando el aire en un suspiro que, sin ser consciente, estaba reteniendo en los pulmones.

Aiko miró a su sobrina, preocupada. Con una mano le retiró las suaves hebras del flequillo desfilado que le cubrían el rostro hasta que Ayshane alzó la vista, momento en el que su tía dejó de acariciarla como si su contacto le quemara.

—Tienes que salir de aquí. Este no es tu lugar. Pero antes debes recuperar la memoria. Es demasiado peligroso que andes por ahí sin saber en quién puedes confiar o quién intentará ganarse tu favor para luego arrebatarte la vida o para utilizarte.

—¿Cómo? Esto no es tan fácil de arreglar. —Se dio ligeros golpes con los puños en las sienes.

—Solo se me ocurre una manera de romper esa coraza tras la que tu cerebro ha decidido protegerse, aunque... no será agradable. Tampoco sé la repercusión que eso podría tener sobre nosotros.

—¿Vosotros? ¿Quiénes?

—Sobre todo, aquellos que te amamos. Podría ser peligroso incluso para mí. No hay nada que me asegure que vas a recuperar tus recuerdos y, si lo hicieras..., puede que te perdiéramos para siempre.

—¿Por qué?

—Porque donde otros solo ven a una asesina, quienes te conocemos, aquellos que te queremos, vemos en ti la salvación de un mundo en declive, corrupto y abocado a caer en las redes del mal que

se cierne sobre él.

—Hablas como si tuviera poderes mágicos o algo por el estilo. —Por primera vez en días, Ayshane sonrió.

Aiko rio devolviéndole la vida al dragón grabado en su rostro.

—Más o menos. Por desgracia, no es así. Sería todo mucho más fácil. Pero no eres una vulgar asesina. Tampoco una mujer corriente, aunque en la antigüedad, a los hombres y a las mujeres que destacaban como tú se les atribuían dones sobrenaturales. Por desgracia, ese poder, esa luz que guardas en tu interior es tan bella y cegadora como oscura y peligrosa. Caminas por una frágil línea esbozada entre el bien y el mal que es muy fácil borrar y de la que, si te caes, no podremos recuperarte.

Ayshane se mordió el interior del labio inferior y frunció el ceño sin comprender. Quería recuperar la memoria. ¿Por qué iba a ser peligroso que lo hiciera? ¿Acaso estaba loca y la ausencia de recuerdos le había devuelto la cordura? En vista de lo sucedido en su celda, con recuerdos o sin ellos, estaba claro que era considerada una mujer peligrosa, pero ¿tanto como para provocar el fugaz destello de temor en aquellos pozos oscuros y sin fondo?

—¿Por qué?

—Porque en cuanto sepas quién eres, nada te impedirá salir de aquí. De hecho, será lo primero que intentarás hacer, y en tu estado... —La vista se clavó de nuevo en el vientre de su sobrina—. Ese bebé lo cambia todo, tanto si nace como si no.

—No hables así de él. —Volvió a abrazarse a sí misma, protegiendo su vientre—. No lo mires así.

Aiko alzó la vista hacia uno de los guardias que, desde lo alto de la pasarela que tenía en frente, se había parado delante de ella.

—Será mejor que vuelvas a tu celda.

A Ayshane se le escapó una mueca de desagrado al recordar el agujero al que debía volver. Atravesaron el comedor, las escaleras del sótano y el pasillo en completo silencio. Caminando detrás de su tía, intentaba comprender, encontrarle algún sentido a lo que le había contado. Tenía un padre, un hermano... y un hombre que la amaba. El padre de su hijo estaba vivo, libre, y la amaba. De lo contrario, ¿por qué iba a estar esperándola? Recordó además que el comisario le había dicho que tenía una hermana, aunque su tía no la había mencionado, o puede que tal vez sí y no se acordara... No. Su pérdida de memoria afectaba solo a los recuerdos pasados. De todo lo demás se acordaba perfectamente.

Se acarició el vientre y, desde la puerta, miró el repugnante zulo en el que debía entrar.

—¿Qué pasa con mi hermana? —Aiko se apoyó sobre el marco de la puerta con uno de sus hombros y enarcó una ceja, dándole

movimiento al dragón de su rostro—. El comisario Parrondo me dijo que tenía una hermana.

—Hermanastra, más bien. Y no tienes una, sino dos. Elenka y Adrik. Crueles, sanguinarios, sanguijuelas que no merecen vivir. Aunque si tuviera que decantarme por uno de ellos como la sombra del mal en la Tierra, ese sería Adrik. Un hombre que, comparado con Elenka, incluso podríamos decir de ella que no es más que una santa. Por su culpa perdiste a un bebé. No deseado, pero al que amaste igualmente antes de nacer. Esa fue una de las razones por las que tu madre se empeñó tanto en ocultarte al mundo, en enseñarte a no sentir amor, aprecio o cariño por nada ni por nadie.

—Me golpeó el vientre hasta que lo perdí —susurró presa de una pesadilla que se tornaba en amargos y dolorosos recuerdos.

—Según me dijo tu madre por carta, Adrik te provocó hematomas tan fuertes que estuvo a punto de desgarrarte el útero. —Ayshane miró a su tía, horrorizada. Adrik, su hermanastro, debía de ser un animal horrible. Solo así se explicaría que semejante bestia, en cuyo sueño no era más que una sombra sin rostro, pudiera haberle provocado tal daño—. Se suponía que no podías volver a quedarte embarazada. Era imposible, según los médicos que te atendieron. Pero nadie esperaba tampoco que salieras con vida de ese quirófano y aquí estás. —Sonrió dándole vida al dragón de su rostro—. ¿Has recordado algo más?

—No —le respondió en un hilo de voz, negando con la cabeza—. Ni siquiera podría considerarse un recuerdo. Fue tan solo un sueño. Una pesadilla. No sé cómo es Adrik. Solo veía una sombra y… a mí tumbada en el suelo e intentando protegerme.

—Pasa y túmbate. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Ayshane miró con repugnancia el hormigón que salía de la pared y las manchas de sangre reseca en la piedra. Esta se alzaba sobre el agua estancada que rezumaba de la base del urinario y encharcaba el suelo mezclándose con su propio vómito.

—Está claro que controlas parte de la prisión. ¿En serio tengo que meterme de nuevo ahí dentro?

—Mañana volverás a tu celda.

Con resignación y cara de asco, Ayshane entró en la pestilente celda de aislamiento. Una bofetada a vómito, a coliflor cocida y a rata muerta le revolvió el estómago.

—Quiero salir de aquí. No digo de esta celda; me refiero a la prisión.

—¿Estás segura? —Ayshane asintió con seguridad por primera vez desde que había despertado de la operación. Conteniendo las arcadas, se subió a la cama de hormigón, se pegó a la pared y se hizo un ovillo. Aiko se sentó a su lado—. Duérmete. Mañana, con suerte, recuperarás

la memoria. —Acarició el pelo de su sobrina y suspiró.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya estás haciéndola —le respondió Aiko con la mirada perdida en la sangre de la pared que tenía frente a ella y una sonrisa en los labios.

Ayshane se llevó la mano al puente de la nariz. Siseó cuando una punzada de dolor martilleó su cabeza. Sus recuerdos, de nuevo, intentaban emerger.

—La cicatriz de tu rostro. ¿Cómo te la hiciste?

Aiko dejó de acariciar la larga y sedosa mata de pelo de la coleta de su sobrina. Sin alzar la vista, Ayshane pudo sentir que el aire de la celda se enrarecía y cómo Aiko se tensaba cambiando el lento y acompasado ritmo de su respiración.

—Deberías descansar. —Volvió a acariciar el cabello de su sobrina y comenzó a tararear.

Pese al tono neutro de su voz, Ayshane comprendió que era un tema que Aiko no quería tratar. El motivo de aquella cicatriz parecía ser un tabú.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Lo que estás cantando.

—Una nana muy antigua. Tú canción. Nuestra canción. La canción del Dragón Divino, del guerrero con alma de dragón dorado que liberó a su pueblo del cruel emperador.

—Me gusta. —Suspiró y cerró los ojos mientras su tía le acariciaba el pelo al son de la melodía de aquella canción japonesa—. ¿Qué pasará contigo? Cuando recupere la memoria, ¿tú que harás?

Aiko dejó de acariciar la negra mata de pelo de Ayshane, que abrió los ojos y la miró por el rabillo del ojo al no sentir su contacto.

—Volveré a mi celda, a mi vida, a mis quehaceres.

—De eso nada. —Volvió a cerrar los ojos—. Tú te vienes conmigo. Eres mi tía. Mi familia. No se abandona a la familia.

Con sus ojos negros y rasgados cubiertos por una fina y acuosa capa de lágrimas a punto de recorrer sus mejillas, Aiko intentó contener el inapreciable temblor en el que se sumió su mano antes de volver a acariciar el pelo de su sobrina. Con su celestial voz, trasladaba a Ayshane a un lugar donde la prisión no era más que una inmensa casa rodeada de campos verdes y montañas cubiertas de nieve en la cumbre, en la que su bebé correteaba en pañales por la hierba junto a su padre, un hombre al que todavía no le ponía cara. Guardaba la esperanza de poder hacerlo pronto, muy pronto.

Capítulo 28

La puerta de la celda se abrió y la arrancó del estado de placentera seminconsciencia en el que se había sumido tras la visita de Aiko. No la escuchó marcharse. No le contó cómo iba a conseguir que recuperase la memoria, ni qué harían después para salir de allí, pero estaba convencida de que su tía lo tendría todo planeado o, al menos, parecía tenerlo todo bajo control.

Uno de los dos guardias de seguridad armada de la prisión la sacó de la celda de aislamiento a empujones y entre los dos la condujeron por el pasillo. Subieron los escalones y atravesaron el comedor.

—¿Qué hora es? —preguntó mirando las celdas vacías y abiertas de las reclusas.

—¿Has quedado con alguien? —El mismo agente que la había sacado de la celda sonrió y la empujó con la culata golpeándola en el costado.

Ayshane lo miró como si fuera un insecto y siguió caminando en dirección a las escaleras que conducían a su celda. Alzó la vista y dejó que los rayos del sol que se colaban por el techo acristalado con vigas de acero en forma de tela de araña acariciaran su piel. Se detuvo a los pies de la escalera e inspiró, llenando sus pulmones de la calma que los rodeaba.

Aquel día iba a ser pleno. Recuperaría su memoria y, con suerte, no pasaría más tiempo en aquel agujero. Saldría de allí. Volvería junto a los suyos, junto al hombre que amaba, el padre de su bebé, y en compañía de Aiko, porque, quisiera o no, su tía saldría de allí con ella.

El guardia volvió a golpearle el costado. Ayshane se acarició y siseó. Alzó la vista por encima de su hombro hacia el hombre de mediana edad, moreno, de piel sucia y ojos marrones, perilla y titubeante mirada que la encañonó junto a su compañero.

—Sube a tu celda y coge lo que necesites para darte una ducha —le ordenó con un timbre de voz burdo y renqueante.

Ayshane enarcó una ceja. Miró al compañero del agente y a los otros cuatro guardias que, apostados alrededor de la pasarela, cubrían con sus cetmes a los agentes que la custodiaban.

—Necesitaría una toalla.

—Tienes ya una preparada en el baño.

Subió las escaleras acompañada por los guardias. Entró en su celda y cogió el neceser que, tal y como lo había dejado antes de ser encerrada en aislamiento, coronaba la cima de una montaña formada por la manta y las sábanas perfectamente dobladas sobre el colchón de la litera inferior.

Se fijó en el suelo. Impoluto y sin rastro de la sangre de la reclusa a la que hirió con su propia arma. Miró el brillante lavabo de acero arañado. Sin salpicaduras ni sangre de la mujer que le dio aquella violenta bienvenida.

Antes de darse la vuelta, alcanzó a mirar de reojo por la ventana de la celda con curiosidad. El griterío de las reclusas en el patio, similar al escándalo al del recreo de un colegio, llamó su atención. Se acercó y miró por el delgado rectángulo que apenas dejaba entrar la cálida luz del sol.

Había un par de canastas. Algunas mujeres jugaban al baloncesto. Otras, fumaban sentadas en los bancos a ambos lados de la pista, o apoyadas sobre el primer cordón de seguridad conformado por altos y gruesos barrotes custodiados por perros que, con el lomo erizado, recorrían el perímetro de un lado a otro tras la verja.

—Date prisa.

Escuchó cómo uno de los guardias cargaba su arma. Lo miró de arriba abajo como si acabara de percibir su ridícula existencia, sin ser consciente del temor y la alerta que suscitaban gestos como aquel en quienes la rodeaban y apuntaban con el cetme.

Envuelta en un enrarecido ambiente de advertencia, caminó en silencio delante de los agentes con pisada firme, segura, tras la que escondía el ansia y el desconcierto que le suponía no saber cómo Aiko pretendía devolverle aquello contra lo que su propio cerebro la protegía. Toda una vida perdida, olvidada en un recóndito lugar de su mente que le urgía recuperar, pero que quizá era mejor no volver a recordar si era parecida al sueño que la desveló la noche anterior.

Entre cavilaciones y dudas, siguió las indicaciones de los guardias y caminó como una autómata a través de los pasillos de la prisión hasta los baños comunes. Una señora de avanzada edad, con el pelo cano recogido en una coleta desvencijada que caía sobre uno de sus hombros y un pijama azul cielo, fregaba el suelo alicatado hasta el techo con baldosas blancas chorreantes de mugre.

—Fuera de aquí —le ordenó el agente moreno haciendo un ademán con el arma en dirección hacia la puerta.

Junto a uno de los dos bancos de madera que flanqueaban un estrecho pasillo en la zona de lavabos y retretes había un cubo. Sin dudar ni un segundo, la mujer dejó la fregona en el interior del cubo y salió de allí en silencio, con la cabeza gacha y encorvada, pasando

entre los dos guardias que habían custodiado a Ayshane desde la celda de aislamiento.

Con el neceser en la mano, Ayshane miró el estrecho pasillo que conducía a la alcachofa de la ducha que había al final y que goteaba sobre un roñoso sumidero de plástico gris.

—No tenemos todo el día. Desnúdate y lávate bien.

El jocoso tono del guardia le puso la piel de gallina, y cuando la mirada de aquel hombre de piel morena recorrió su cuerpo, apretó la mandíbula al sentir las sombras de aquella pesadilla en la celda. Era tan real que aún no había conseguido borrarla de su cabeza.

En el banco opuesto al cubo y a la fregona, había una toalla. La cogió y dejó el neceser con intención de meterse en uno de los cubículos que mantenían los retretes en una intimidad necesaria.

—¿Dónde te crees que vas? —Fue hacia ella y la sujetó por el brazo.

—Suéltame —siseó entre dientes, asqueada por el contacto y por esos ojos que, sin pudor, lamían su cuerpo.

—Te desnudarás aquí. Que nosotros veamos bien ese delicioso cuerpecito. —Puso su arma bajo el mentón de Ayshane—. Total, para que se lo coman los gusanos... —Con un brusco ademán se soltó del agente que, entre risas, compartía aquel momento con el compañero que la apuntaba desde la puerta—. Nos ha salido vergonzosilla. —Miró a su compañero por encima del hombro sin dejar de apuntarla—. ¿Qué te parece, Roberto? —Sonrió con suficiencia.

Tiesa como el palo de la fregona que descansaba en el interior del cubo, Ayshane dio un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre ella y el agente y comenzó a desnudarse. De no haber sido por el olor a orín, a heces y a vómito de la celda de aislamiento que se habían adherido a su pelo y a su ropa como una segunda piel, habría declinado la oferta de la ducha, pero necesitaba deshacerse de ese pestilente olor o terminaría echando lo que aún no había comido.

—Ve a por ropa limpia —le ordenó a Roberto cuando Ayshane se quitó el pantalón.

—¿Estás seguro? —le preguntó mientras ella doblaba el pantalón y lo dejaba junto a la toalla.

—Pues claro —bufó con sorna.

—No tardo —le informó mientras ella se quitaba la camiseta y la dejaba doblada sobre el pantalón.

A solas, el agente dio de nuevo un paso hacia ella, quedando a escasos centímetros de su cuerpo.

—La ropa interior. Fuera —demandó recorriendo su cuerpo de arriba abajo con mirada lasciva.

Ayshane arrugó la nariz cuando el aliento a tabaco y a café la golpeó. Incómoda, agachó la cabeza y se llevó las manos a la espalda

para quitarse el sujetador.

—Mírame mientras te desnudas. —Alzó la cara de Ayshane con un sutil toque del arma en su barbilla.

Siseó entre dientes como un reptil, pero no dio ningún paso hacia atrás. Se cuadró frente al hombre y le dedicó una sonrisa que podría haber hecho temblar a la mismísima muerte.

—No es buena idea eso que está pasándote por la cabeza —le dijo arrastrando las eses de sus palabras—. Podría ser lo último que hicieras con vida. Piénsatelo bien.

—Por si no te has dado cuenta, soy yo quien te apunta con un arma —susurró acercando los labios a los de Ayshane—. Y me pone muy cachondo cómo silbas entre dientes. Como una serpiente a punto de atacar. Ni que tuvieras alguna posibilidad... —Rozó sus labios en un nimio roce.

Ayshane lo empujó al sentir su contacto. Se limpió la boca asqueada con el dorso de la mano, escupió al suelo y lo miró a través de sus tupidas pestañas negras como si en cualquier momento fuera a arrancarle la cabeza mientras él se reía apuntándola y cargando el arma.

—Desnúdate de una vez y dúchate. Hueles a cloaca, y a mí me gustan las rameras aseadas.

Decidida a no alimentar más las intenciones que vislumbraba en los ojos del agente, cogió el neceser y se dirigió a las duchas en ropa interior.

Eligió la que había en una de las esquinas, escondida de la pervertida mirada de aquel hombre. Se quitó las braguitas de algodón blanco y el sujetador y los colgó en el pomo de la ducha que tenía al lado. Dejó el neceser en el suelo, frente a ella. En cuclillas, sacó uno de los pequeños botes de jabón mientras vigilaba el hueco de la entrada que daba al pasillo. Miró el pomo del grifo de la ducha desde el suelo como si se tratara de la meta de una ardua carrera de fondo. Abrió el grifo y, sin comprobar si el agua salía fría o caliente, se metió bajo el chorro. Estaba congelada, tan fría que casi era incapaz de abrir el bote de jabón entre ridículos espasmos, pero en ningún momento perdió de vista la entrada a las duchas. Desenroscó el tapón con los dientes y comenzó a frotarse con rápidos y torpes aspavientos sin dejar de mirar el hueco de la entrada que daba al pasillo. Se enjabonó el pelo y suspiró al notar cómo el agua caliente comenzaba a recorrer su cuerpo desnudo. Cerró los ojos tan solo unos segundos cuando el jabón se le metió y se aclaró la mata de pelo negra que le llegaba hasta la cintura sin pararse a desenredar las diminutos nudos que se habían formado en las finas y suaves hebras de pelo.

—¿Necesitas ayuda?

Abrió los ojos bajo el agua y dio un paso hacia atrás,

arrinconándose en la esquina de la hilera de duchas.

—Si me pones un solo dedo encima...

—¿Qué? —le preguntó irónico jugueteando con unos grilletes en la mano—. Extiende los brazos. —Cerró el grifo y se colgó el arma a la espalda.

—Ni lo sueñes —siseó entre dientes—. Antes preferiría estar muerta.

El agente la agarró por el cuello con la mano libre y mojada. Ayshane le clavó las uñas en la muñeca de puntillas en el suelo, con la espalda pegada a los fríos y húmedos baldosines blancos de las duchas.

—Eso tiene fácil solución, ¿no crees? —Acercó las caderas a su cuerpo, arrinconándola.

Ayshane cerró los ojos y retiró la cara antes de que volviera a rozar sus labios. Un clamoroso quejido se escapó de su boca cuando sintió la lengua del hombre lamiendo las gotas de agua que recorrían su mejilla mientras dolorosas descargas recorrían su cerebro.

—Putita —rumió entre dientes, extasiado, desabrochándose el cinturón del pantalón—. No te resistas y ábrete para mí. —Sacó su miembro y se acarició.

Ayshane se mordió el labio inferior hasta que un sabor metálico inundó su boca, justo en el mismo instante en el que sintió el pene del guardia rozando el comienzo de su monte de Venus. Se revolvió con todas sus fuerzas presa del pánico y de las incesantes descargas que, como latigazos, desgarraban su cerebro y le presionaban el pecho.

—¡Pero ¿tú estás loco?! —le preguntó su compañero, alertado por los gritos, con una bolsa de ropa limpia en la mano.

Acariciándose de nuevo, el agente le sonrió a Roberto.

—¿Te unes a la fiesta?

—Será tu funeral —le respondió negando con la cabeza y desapareciendo de nuevo por el pasillo.

—¡Tiene un trasero muy prieto! ¡¿Seguro que no quieres probarlo?! —gritó entre risas de satisfacción.

—Mmm, mi putita, mi muñequita.

El hombre al que las sombras cubrían el rostro la sujetaba por las muñecas mientras recorría con la punta de su verga la entrada de su sexo desnudo.

Con los pantalones bajados hasta los tobillos, bajo el cuerpo de aquel hombre sin rostro, Ayshane se retorcía intentando escapar. Tenía la boca tapada con cinta americana y las muñecas atadas con alambre de espino que se clavaban en su nívea piel cuando él se apoyaba para impedir que se moviera.

—Abre las piernas de una maldita vez. —Colocó el glande entre los

labios de su sexo.

Un ensordecedor grito que retumbó en el baño y que podía haber partido el espejo que aquella zona común no tenía disuadió al hombre.

Ayshane se llevó los puños a las sienes haciéndose un ovillo en la esquina de las duchas cuando la imagen de un joven, unos años mayor que ella, con los ojos huecos, claros, crueles, sanguinarios, sin arrepentimiento, pena ni dolor, como si no sintiera nada salvo satisfacción al verla a su merced, sonreía pérfido mientras le susurraba al oído: «Mmm, mi putita, mi muñequita».

Adrik. Su hermanastro. El hombre sin rostro de facciones desfiguradas se materializó de manera clara en su mente. Miró al agente de medio lado, amenazante, agarrándose el pelo hasta casi arrancarse mechones como un animal herido al que aún le quedan fuerzas suficientes como para asestar un golpe mortal.

—Rober… —Sacó el táser que llevaba colgado en una funda en su cinturón y lanzó una descarga que la alcanzó en el hombro.

Ayshane cayó de rodillas en el suelo, partiendo una de las baldosas blancas que se tiñeron de sangre cuando la porcelana se clavó en su rodilla. Alzó la vista hacia el agente, tensa por la corriente eléctrica que recorría su cuerpo, sin sucumbir a las convulsiones. Agarrotada, intentó levantarse. Se llevó la mano al hombro y, antes de que su compañero disparase de nuevo con su pistola eléctrica, se arrancó uno de los anzuelos de acero que a través del cable la unían al *táser* del agente. Se desplomó en el suelo y, entre espasmos, se abrazó a sí misma protegiendo a su bebé de manera inconsciente. Alzó la vista hacia los agentes con la venganza iluminando su rostro. Gritó, pataleó y se arqueó sobre las baldosas teñidas con su sangre cuando las descargas atravesaron su cabeza como los rayos de una monstruosa tormenta eléctrica, hasta que se hizo la oscuridad.

—¡¿Qué coño has hecho, tío?!

Capítulo 29

—Sujétenle los hombros. —Gerardo abrazó las piernas de Ayshane cuando comenzó a convulsionar.

Los agentes le sujetaron los hombros y la cabeza, que uno de ellos giró hacia un lado para impedir que se mordiera la lengua.

—Doctor, ¿qué le ocurre? —le preguntó preocupado Roberto.

—Eso debería preguntárselo yo a ustedes, ¿no creen?

Estaba en el suelo, en posición de tortuga marina con las piernas flexionadas hacia el pecho, la frente apoyada sobre la tarima de madera que recubría el gimnasio, los brazos extendidos, abiertos en cruz, atados y sujetos por las muñecas con dos pesadas sogas tirantes y recubiertas de alfileres que se clavaban en sus muñecas cada vez que se movía. Intentaba encontrar una postura más cómoda en la que no le quemaran los hombros, una con la que volviera a sentir las piernas, adormecidas por su propio peso. Necesitaba moverse antes de que comenzaran los calambres. Siempre había una manera de escapar, o al menos eso era lo que su madre le decía cada vez que encontraba una nueva forma de torturarla. O de instruirla, como prefería llamarlo ella. Su madre, su mat'. *Saya.*

Como una ráfaga huracanada, Ayshane pudo ver la imagen de su madre. Una mujer de marcado carácter, delgada, con la piel tan clara como una preciosa y pulida estatua de mármol recién esculpida; los ojos rasgados, marrones, casi negros; el pelo liso color azabache, con reflejos blancos que brillaban bajo la luz del sol como estrellas en el firmamento y siempre recogido en una trenza de raíz. Despiadada, rápida, letal e inhumana cuando de proteger a los suyos se trataba. Cariñosa, atenta, dulce y servicial con ella y con Eduard.

—El oxígeno. Acércame el oxígeno. —Estiró la mano hacia Roberto.

El agente le dio el oxígeno y abrió la manilla de la pequeña botella portátil cuando el médico colocó la máscara en las vías respiratorias, mientras, el otro guardia, con la cara desencajada, le sujetaba los hombros y se los anclaba a la madera del banco.

—Otets. —Alzó los brazos al aire.

Eduard la cogió, hizo que planeara en el aire como si fuera un avión, mientras con la voz imitaba el sonido de los motores de un caza. Tras dar

tres o cuatro vueltas, rodeó su pequeño cuerpo entre sus hercúleos brazos y la abrazó.

«Padre».

Una atronadora descarga le devolvió la imagen de su padre. Un hombre con porte de caballero conquistador, vestido con uno de sus inmaculados trajes oscuros de corte italiano dos piezas. Su corbata exquisitamente anudada y su camisa abotonada. El pelo engominado y peinado hacia atrás. Imponente, regio, cansado, con diminutas patas de gallo alrededor de sus acentuadas ojeras.

—Por el amor de Dios, Ayshane. ¡Ayshane, despierta! —Gerardo esquivó una patada que, presa de los espasmos, Ayshane casi le da en la cara. Los agentes se miraron entre ellos, temerosos. Roberto le metió la mano en la boca y le sujetó la lengua—. Hablaré con el director. Hay que prohibir esas armas —gruñó volviendo a sujetarle las piernas—. No podéis achicharrar de esta manera a las reclusas. Agua y electricidad. ¡En qué demonios estabais pensando!

—Intentó atacarnos.

Gerardo lo miró firme, con un semblante que no permitía réplica alguna y que sumió a los agentes en un silencio teñido de culpabilidad.

—Mat'*, al suelo!*

Llegó junto al cuerpo de su madre cuando la bala ya le había atravesado el pecho a la altura del corazón. Se acuclilló a su lado entre lágrimas, disparándoles a los agentes que los rodeaban hasta que Dima, su segundo al mando, el mejor de los Víboras Ivanov, se la llevó a rastras de allí.

Dima. Su *brat*. Su hermano. Uno de los resortes oxidados de los complicados engranajes de su cabeza saltó de manera dolorosa. En la oscuridad de su mente, se materializó la imagen de un joven siete años mayor que ella. Corpulento, con el cabello castaño oscuro y liso hasta los hombros. De ojos rasgados, no tanto como los de ella, y de un color parecido al oro líquido, mucho más claros que los suyos, con la expresión de un niño travieso y mirada sensual, penetrante. Un don Juan empedernido que escarbaba en lo más profundo del alma de las personas hasta conocerlas. Travieso, divertido y alocado, pero que tenía un gran sentido del honor, del respeto y de la familia. Fuerte, rápido, al que su propia familia traicionó y ella convirtió en una máquina de matar.

Las luces del palco se encendieron. Alice y ella miraron hacia allí y vieron a dos hombres forcejeando contra Dima, y a Elenka esperando para poder acercarse con lo que parecía un machete en la mano. Ayshane

apuntó hacia uno de los hombres que trataba de reducir a Dima, pero Alice se le adelantó, le rebanó la garganta a uno de ellos, se tiró por el hueco de la pasarela del reservado hacia la pista y le lanzó un puñal al otro. El cuerpo sin vida del joven cayó desde el primer piso, en medio del caos de la planta de abajo, con una daga clavada en la nuca.

—¡Dima! —gritó desesperada cuando Elenka se acercó a su hermano machete en mano.

No pudo llegar hasta él, alguien consiguió placarla en aquel baño de sangre. Un agente. Un policía. Erick.

—Roberto, avisa a seguridad. Que llamen a los servicios sanitarios. Esto me queda grande —dijo entre gruñidos conteniendo las piernas de Ayshane.

El guardia pulsó el botón del *pocket*[5] que llevaba colgado de la solapa de la chaqueta y avisó a la central. Pidió una ambulancia y ayudó a su compañero a sujetar el cuerpo de Ayshane, que gritaba de manera desgarradora, con los ojos aún cerrados, los músculos de su cuerpo marcados como duras piedras y las venas del cuello recorriendo su piel como las raíces de un árbol.

Sintió una descarga cerebral devastadora, mucho mayor que cualquier otra que hubiera sentido hasta entonces al recordar el hombre al que amaba, al padre de su hijo. Y junto a la imagen de su pequeña Krait, la de sus compañeros. Su familia.

Jason sacó una cápsula del bolsillo de su pantalón y se la tragó, pero para cuando quiso volver a mirar a Ayshane ella ya le había disparado. Se llevó la mano al pecho, al orificio de bala, se miró la mano ensangrentada y alzó la vista.

—Lo siento —susurró apenada.

El agente se tambaleaba e intentaba agarrarse a la encimera de la cocina. Se acercó a él y lo ayudó a sentarse en el suelo, sobre el gran charco de sangre que estaba formándose y que burbujeaba mezclado con el líquido ambarino de la cerveza que acababa de caérsele.

Erick se asomó a la entrada de la cocina con el arma preparada. Miró a Jason, que respiraba con dificultad y se agarraba el pecho con una mano que comenzaba a caer lacia sobre su muslo. Entonces observó a Ayshane, que estaba agachada junto a su amigo, pálida sobre un charco de vida.

—La cápsula —le dijo ella en un hilo de voz.

Erick asintió.

Ayshane ladeó la cabeza hacia la ventana de la cocina que daba al patio interior. Las sirenas de los coches patrulla que se acercaban al piso franco comenzaron a escucharse no muy lejos. Se levantó, miró a Erick, alzó su arma y apuntó al pecho.

—Ayshane… —susurró—. Dispara.

—No puedo. —Negó con la cabeza y bajó el arma—. No puedo.

—Ayshane... Si no lo haces tú, lo hará Adrik.

Las luces de los coches patrulla iluminaron la calle. Todo el salón se llenó de destellos azules e intermitentes que, desde el exterior, advertían de que ya estaban allí los refuerzos. Alice entró a la cocina, nerviosa. Los golpes del ariete que sus compañeros estaban utilizando para acceder a la vivienda resonaban de manera impetuosa en todo el piso.

Ayshane no se lo pensó dos veces. Le disparó. La agente ahogó un grito. Los músculos de su cara se contrajeron de dolor. A Erick se le cayó de la mano el arma que sujetaba. Alice se acarició el orificio de bala en el cuerpo y se apoyó sobre la pared mientras caía resbalando por los fríos azulejos verdosos, ahora manchados de sangre inocente.

Ayshane se arrastró por el suelo para comprobar que el disparo era correcto. Al moverla, Alice aquejó un débil y casi inapreciable gruñido de dolor. Ayshane la observó. La pastilla había comenzado a hacerle efecto, al igual que a Erick, a quien empezaba a costarle respirar.

Dima entró entonces por la ventana por la que ella había accedido a la vivienda. La vista se le fue hacia Alice que, como le había ocurrido a él unas horas antes, agonizaba en el suelo, en la entrada de la cocina. Miró a Jason, que parecía ya bajo los efectos de la resurrección y, por último, a Erick, a quien ella no había disparado todavía pero que, poco a poco, moría debido a los efectos de la pastilla.

Ayshane miró hacia la puerta. Los agentes iban a derribarla de un momento a otro. Tenía que dispararle a Erick. Se levantó. Sus pantalones y sus manos estaban pringados. Bajo sus pies, un gran charco de sangre teñía el color verde moho del suelo de la cocina. A cada paso, sentía como si pisara un lodazal. El pánico se apoderó de ella.

—No puedo —susurró.

—Maldita sea... Lo haré yo. —Dima encañonó su arma apuntando al agente.

—¡No!

Se le heló la sangre. Durante un momento dejó de respirar, de moverse. Como si el incesante movimiento de la Tierra hubiera comenzado a ralentizarse, vio a Erick caer muy despacio, a cámara lenta, como un muñeco de trapo.

Las descargas en el cerebro habían cesado y, en medio del silencio, también recordó que durante días veló su comatoso cuerpo, alérgico a uno de los componentes de la resurrección. Apenas comió, era incapaz de dormir. Quería ver de nuevo esos ojos verde jade enraizados en finos hilos dorados. Moreno, alto, de mirada hipnótica, hechizante. Unos ojos como los del hombre que la miraba entre la multitud a las puertas del hospital. Erick, su Erick, su pequeña Krait. Sin duda, el padre de su futuro hijo.

Abrió los ojos. Los guardias que la habían trasladado de la celda de

aislamiento al baño común se echaron hacia atrás.

—Respira, Ayshane. —El médico suspiró aliviado entre sudores—. Eso es… Respira…

Tumbada en el banco que había junto al cubo de fregar, con una mascarilla que le proporcionaba oxígeno, escuchando su respiración como si llevara puesta una antigua escafandra de buceo, miró al guardia que había estado a punto de forzarla. No sabía si matarlo o darle las gracias por devolverle todos sus recuerdos. Los buenos, los malos. ¿Quiénes eran? Sonrió. ¿Quién era aquel hombre? Nada comparado con la mujer en la que se había convertido.

—¿Te encuentras bien?

Ayshane miró a Gerardo y asintió. El médico dio un paso hacia atrás. No era el único que se había dado cuenta de que algo había cambiado en ella, pues el brillo de sus ojos respondía a su pregunta, esa que tantas veces le había formulado tras una crisis o al percibir cualquier cambio en su rostro: «¿Has recordado algo?». Gerardo y los dos agentes dieron otro paso hacia atrás, hacia la puerta, estos últimos acariciando sus armas cuando ella llevó una de sus manos a la mascarilla de oxígeno en un movimiento renqueante, lento, doloroso, como si unas finas agujas se clavaran en los músculos de todo su cuerpo. Sonrió. No había prisa. Tenía todo el tiempo del mundo.

—Todo —le dijo retirándose la mascarilla, respondiendo así a la pregunta que el médico, esta vez, no había llegado a formular—. Lo he recordado todo, doctor.

Agarró el palo de la fregona que descansaba junto a su cabeza. Lo partió en dos, dio una vuelta sobre sí en dirección al agente que había intentado violarla, que parecía incapaz de atinar para cargar su arma. Con un golpe seco, le atravesó la caja torácica ensartándolo como una brocheta. Su compañero se dio a la fuga. Se esfumó.

—¿Qué vas a hacer?

Gerardo dio un torpe paso hacia atrás en dirección hacia la puerta. Tropezó con el cuerpo sin vida del guardia y cayó entre sus piernas, empapando la bata blanca con la sangre que teñía las baldosas blancas del suelo.

Sin molestarse en contestar, Ayshane se sentó en el banco. Estiró la espalda y echó la cabeza hacia atrás, descongestionando sus cervicales bajo la atemorizada mirada del médico. «Maldita loca», se dijo. Y comenzó a reírse como una lunática al darse cuenta de que su tía había orquestado todo aquello. Se levantó, fue hacia el cadáver y le sacó el palo por la espalda.

Hizo un movimiento de experta *majorette*[6], salpicando las paredes y el techo como si fuera un pintor experimentando con nuevos pigmentos orgánicos. Colocó el palo sobre su hombro desnudo, ladeó la cabeza y sonrió de medio lado cuando Gerardo comenzó a

arrastrarse por el suelo, escurriéndose con la sangre ennegrecida del agente y mal fregando el suelo con su trasero, difuminando el rojo de su macabra obra de arte en estuco.

—¿Usted qué cree, doctor? —Se mordió el labio inferior, divertida.

—No tienes escapatoria. —A tientas buscó el arma del agente en el suelo sin dejar de mirarla—. No podrás salir de aquí con vida.

—Siempre hay una manera de escapar —siseó arrastrando las eses.

Se acercó al médico y le golpeó en la nariz con el palo, clavándole los huesos en el cráneo, hundiéndosela antes de que pudiera siquiera colocarse el arma en el regazo.

Dejó el palo en el asiento. Se puso los pantalones y la camiseta amarilla que había dejado doblados en el banco, al otro lado del estrecho pasillo que formaba junto a su semejante, frente a los cubículos del retrete. Recogió el arma del suelo. En cuclillas entre los dos cuerpos sin vida, cerró los ojos y cogió aire por la nariz como una cuadrilla de excursionistas que acaban de llegar a campo abierto, lejos de la civilización, allí donde se dice que el aire es más puro.

En la oscuridad de su psique, alzó el vuelo un majestuoso dragón, tan brillante como el propio sol. Sonrió. Las sirenas de la prisión comenzaron a sonar.

—Música para mis oídos. —Se puso en pie y cargó el arma—. Que empiece el baile.

Miró hacia la puerta y cerró los ojos. Con aquella técnica que había depurado junto a su madre a base de duros entrenamientos que no solo la dejaban exhausta, sino que además la hacían lucir durante varios días las marcas y las heridas de sus errores, se concentró descartando los gritos, el alboroto de las reclusas en el patio, la sirena y los ladridos de los perros, hasta que escuchó los pasos que le interesaban. Tarareando la canción del dragón, su canción, se preparó para disparar. En cuanto la puerta se abrió, abatió con dos certeros tiros a dos agentes: a uno, en la cabeza; al otro, en el cuello, y avanzó por el pasillo hasta sus cuerpos. Cogió el arma de uno de ellos y disparó a un tercero en la rodilla.

—Espero que tengas un buen seguro de vida —le dijo mirando su anillo de casado.

Le disparó a bocajarro entre ceja y ceja antes de que lo hiciera él. Subió por las escaleras de metal, no sin antes abatir a un agente que, descuidado, abrió la puerta. Se asomó al comedor, donde las presas se amotinaban envalentonadas por la sirena y por la algarabía de la masa. Buscó a su tía entre la multitud descontrolada de reclusas. No pensaba salir de allí sin ella. La vio al otro lado del comedor, en la puerta que llevaba hacia las celdas de aislamiento, con un arma sobre su hombro.

Sonrió al verla. Aiko le devolvió la sonrisa dándole vida al dragón

tallado sobre su rostro e hizo una reverencia con la cabeza. Y como si diera un paseo, caminó entre las reclusas disparando con ambas armas hacia los lados a los guardias de seguridad apostados sobre la pasarela de la corrala. Tiró uno de los cetmes al suelo cuando se quedó sin munición. Golpeó con la culata a un agente que intentó detenerla. Saltó sobre una de las mesas, agarró a una reclusa y utilizó su cuerpo de escudo para cubrirse de la lluvia de disparos hasta llegar junto a su tía.

—No me lo tengas en cuenta —dijo soltando el cuerpo de la mujer—. No es nada personal.

—Podías darte un poquito más de prisa.

Ayshane enarcó una ceja y sonrió de medio lado.

—Disfruta mientras puedas. —Pasó por su lado—. A lo mejor no salimos vivas de aquí. —Le guiñó un ojo. Aiko miró a su sobrina, preocupada. Le disparó a un guardia, atravesó la puerta y bajó junto a la lugarteniente. Ambas llevaban las armas preparadas y en silencio para disparar a cualquiera que se cruzara en su camino—. Bonita forma de devolverme los recuerdos.

—Terapia de choque. —Se encogió de hombros.

Ayshane alzó la vista por encima de su hombro y la miró. Siseó y serpenteó su cuello como un reptil.

—¿Y ahora? —Se detuvo junto a las sacas de mantas y sábanas limpias.

—Por aquí.

Aiko se adelantó a ella y, cubriéndose con el arma, caminó por un pasillo perpendicular al de las celdas de aislamiento hasta llegar a la lavandería. Olía a detergente y a antiséptico. Entonces atravesaron la desierta sala hasta a un gran portón de garaje.

—¿Preparada?

Ayshane asintió. Cargó el arma y esperó a que su tía abriera el portón hacia arriba. Cerró los ojos. Se acarició el vientre y sonrió pensando en Erick. Olía a humedad, a vegetación, a aire fresco, a libertad.

—Un momento. Si salimos de aquí vendrás conmigo, pero nada de ir por libre y, mucho menos, de atacar, disparar o menospreciar a mi familia.

—¿Tu familia? ¿Llamas familia a ese policía con el que te has revolcado un par de veces tan solo por ser el padre del hijo que esperas?

La lugarteniente agarró el arma con ambas manos y estrangulando con el cañón a su tía, la empotró contra el cierre del portón.

—Escúchame bien porque no pienso volver a repetírtelo —siseó arrastrando las eses—. Ese policía tiene nombre. Se llama Erick y es el hombre al que amo, y ni tú ni nadie va a arrebatarme de nuevo a

ningún miembro de mi familia. Eso incluye a Jason y a Alice. ¿Me has entendido? —Aiko asintió con una diabólica sonrisa en los labios que a Ayshane no le infundía ningún miedo—. Si le haces algo a él, si vuelves a tocar a Jason, o le pones una mano encima a Alice, desearás volver junto a Taiyo antes de que yo te ponga las manos encima. —Se echó hacia atrás y volvió a preparar su arma en dirección a la salida sin mirar a su tía—. Salgamos de aquí y acabemos con esto.

Capítulo 30

Ayshane le disparó al primer agente que encontró en su ángulo de visión, a más de cinco metros. Tan solo había asomado la cabeza tras uno de los furgones policiales antes de salir a campo abierto, al frondoso bosque que rodeaba la prisión. Pero el adiestramiento y el manejo de las armas de la lugarteniente era considerado sobrehumano porque apenas dejaba margen para reaccionar. Un error y estabas muerto. Como aquel agente.

De un rápido golpe de vista, Ayshane calculó que al menos una docena de funcionarios de prisiones, colocados de manera estratégica por la arboleda que rodeaba la prisión, pretendían poner fin a su huida. Pero, para el nuevo demonio que acababa de alzarse en su interior y que ahora dominaba, aquellas personas, ajenas a su fatídico destino, no eran más que una pequeña piedra en el zapato. No así los agentes que habían acudido en su ayuda, reforzando la seguridad de la cárcel. Sonrió.

—Depositen las armas en el suelo y entréguense.

La lugarteniente miró al hombre que se dirigía a ellas a través del megáfono de un vehículo camuflado. Recordaba a Miguel. Lo había vigilado muy de cerca, y también al resto de los agentes que conformaban aquel exclusivo operativo de tarados. Un grupo al que únicamente los más temerarios solicitaban el traslado, pero que solo guardaba plaza para un reducido grupo de dementes. Los mejores de cuerpo. Los Ángeles Caídos. Un grupo de agentes tan exclusivo como temido incluso por sus propios compañeros, que preferían tenerlos lejos.

Colocó el arma en el suelo como si fuera un bastón. Se apoyó en la culata del cetme cruzando las piernas con aire desenfadado y con la mirada puesta en una joven inspectora recién ascendida, brillante, que había junto a Miguel, el inspector al mando de aquel grupo de locos suicidas que a través del megáfono ordenaba su rendición.

La Espartana. Así era conocida aquella muchacha. De ella se decía que una antigua guerrera de Esparta había tomado su cuerpo para volver a pisar la Tierra. Preciosa, con una larga y densa melena castaña oscura que resaltaba el verde uranio que coronaba su iris y

que se contoneaba al compás del viento en un sensual baile.

Aiko, un paso por detrás de Ayshane, se colocó el arma sobre los hombros como quien sujeta una toalla sudada, dejando descansar los antebrazos en el frío metal.

—Ya era hora. Empezaba a pensar que no era lo bastante buena para los Ángeles. Me agobiaba un poco no poder conocer a mi virtuoso alter ego —dijo con la vista fija en la Espartana.

La joven inspectora ni se inmutó, lo que provocó la risa de la lugarteniente. El yin y el yang. Eso eran la Espartana y la que ellos aún conocían como la Mamba Negra. Dos energías opuestas que se complementaban. El bien y el mal sobre la tierra en un mismo y reducido espacio.

—Me encanta —dijo aún entre los rescoldos de una divertida carcajada.

A lo lejos, tras el muro de furgones y Ángeles Caídos que las rodeaban, escuchó el motor de dos motos de campo que, sin duda, se dirigían hacia allí. Alzó la vista por encima de su hombro aún con una sonrisa en los labios y miró a su tía, que asintió con experimentada sutileza, antes de colocar las manos en el aire sujetando con una de ellas el arma.

El sonido del motor de quienes se acercaban tampoco pasó desapercibido para Miguel, que ordenó a uno de sus hombres que vigilara la retaguardia. Acató la orden un joven de la edad de Jason, con el pelo rapado en las sienes y una cresta mohicana. Llevaba perilla, era alto, corpulento y de mirada penetrante, fría como la de un tiburón, o como la de la típica muñeca diabólica de trapo abandonada en la esquina del polvoriento desván de una casa de campo encantada.

Tarik, el hermano de Miguel. El Lobo, así lo llamaban. Fuerte, inteligente, protector. Un cazador innato versado en el combate cuerpo a cuerpo, un francotirador excepcional que olía el peligro a kilómetros, que veía a su presa antes de que esta se diera cuenta de que lo tenía encima. De pocas palabras, serio, imponía con su presencia nada más entrar en una sala. Una mala bestia, como le había definido su querido Jason, con quien combatió en el frente cuando ambos pertenecieron al comando Delta de los Estados Unidos.

Pero los Ángeles nunca trabajaban en solitario. Siempre con la espalda cubierta, contaban con uno de los suyos para protegerse y a quien confiar su vida. Junto a Tarik, una agente joven que preparaba su ascenso a inspectora en el cuerpo se dio la vuelta. Era morena, de pelo corto y vertiginosas curvas. Keira. O la Hiena, como la rebautizaron. Su tétrica y escandalosa risa era lo último que oían aquellos a los que capturaba.

Ayshane adoptó la misma posición que su tía. El motor de las motos cada vez estaba más cerca.

—Soltad las armas y poneos de rodillas en el suelo y con las manos en la nuca —ordenó la Espartana rodeando el vehículo y acercándose con cautela a ella sin bajar el subfusil de asalto.

El espejo de una de las motos deslumbró un segundo a la lugarteniente. Ayshane y Aiko se miraron y, en perfecta sincronía, colocaron las armas de nuevo en posición de disparo cuando Erick y Jason aparecieron sin ocultar su rostro entre los árboles.

El imperturbable semblante del Lobo se tornó pálido. Por primera vez, la risa de la Hiena no se escucharía en la sabana. Los agentes se quedaron paralizados al ver a dos muertos muy vivos conduciendo dos motos de campo, esquivando y disparando a los que un día fueron sus compañeros, sus amigos, su... familia.

Ayshane sonrió. La cara de todos los Ángeles que acudieron al funeral de Erick, Jason y Alice era una imagen que ni una nueva amnesia le haría olvidar.

Tras el hombre al que amaba y su amigo, apareció Dima arma en mano, conduciendo un furgón blindado y disparando por la ventanilla, con las dos puertas laterales abiertas desde donde Alice y Alma abatían a todo aquel que se ponía tiro antes de saltar del vehículo. Dima lo empotró contra los dos furgones policiales que, frente a ellas, deberían haber funcionado como una barrera infranqueable.

—Aiko, cubre a Jason —le ordenó abriéndole el camino a Erick al acabar con la vida de los agentes que osaban derribar a su pequeña Krait.

Se subió a la moto en marcha que conducía Erick cuando él pasó por su lado. Esquivando una lluvia de balas, le ordenó que diera la vuelta al ver que su tía aún no se había subido a la de Jason que, junto a Aiko, mantenía la moto parada en equilibrio entre sus piernas con el motor en marcha. Sentado, con un pie en el suelo, con las piernas como dos poderosos escudos y sus manos como dos letales armas, disparaba a los agentes que intentaban rodearlos mientras Aiko se defendía utilizando el cetme como un bate de beisbol.

—¡Súbete a la maldita moto! —Escuchó que Jason le ordenaba a su tía.

Aiko lo miró de mala gana antes de partirle el cuello a uno de los Ángeles que llegó hasta ellos. La escuchó blasfemar en japonés y llevarse la mano al hombro ahogando un grito antes de subirse a la moto.

De nuevo en el furgón, Dima apuntó con su arma a Tarik, autor del disparo a su tía tras uno de los vehículos camuflados, pero Jason fue más rápido y disuadió al hombre con quien compartió cientos de operativos lejos de casa, en Oriente Medio, salvándole la vida. Erick hizo lo mismo con Keira, pues movió la culata del arma de Ayshane impidiendo que esta le disparase a la joven, agachada tras el mismo

coche que el Lobo. La agente se alzó y Erick le disparó rozándole el brazo sin llegar a inutilizárselo, pero sí helando su sangre y convirtiéndola en una estatua de hielo hasta que Tarik se lanzó sobre ella y la tiró al suelo, cubriendo el cuerpo de Keira con el suyo propio.

Ayshane se aferró a la cintura de Erick con una mano cuando él derrapó la rueda trasera para dar la vuelta y conducir en dirección contraria por la que habían venido. Alzó la vista por encima de su hombro y sonrió al ver a su familia unida, a salvo, escapando de allí todos juntos tras un perfecto y coordinado trabajo en equipo. Limpio, sin más muertes que las necesarias y sin fisuras, como un férreo bloque.

Abrazó a Erick con el rostro cubierto por las lágrimas que el viento arrastraba por sus mejillas.

—Te quiero —susurró sobre su oído antes de que él le diera gas a la moto y cogiera velocidad.

Rio, gritó como una loca mientras Erick, su hombre, el padre de su hijo, la conducía hacia la libertad por los senderos de tierra y encinas de aquel frondoso bosque que rodeaba la prisión.

Capítulo 31

Erick detuvo la moto en un aparcamiento subterráneo de un concurrido centro comercial en Colmenar Viejo, a cincuenta kilómetros de la prisión.

Se bajaron. Se quedaron unos segundos en silencio, a escasos centímetros el uno del otro y sin darle importancia a la gente que iba y venía hacia los coches mirándolos de arriba abajo, asustados al ver las armas, hasta que se abrazaron.

Desesperado, Erick buscó los voluptuosos labios de Ayshane y la besó necesitado, con apasionada tosquedad, que ella recibió embriagada por sus caricias, por ese olor a tormenta tropical que le erizaba la piel y por la primitiva manera que tenía de exigirle entre lágrimas que la amara.

Apoyó la frente sobre la de Erick, acunó sus mejillas y le retiró un par de lágrimas con los pulgares.

—No vuelvas a hacerme algo así —le suplicó entre conmovedores sollozos.

—Erick —se escapó como un suspiro colmado de arrepentimiento entre sus labios.

Junto a sus recuerdos, llegó la respuesta que en silencio tantas veces se había hecho a sí misma desde que despertó en el hospital. ¿Qué había ocurrido para que terminara con un tiro en el pecho que a punto estuvo de acabar con su vida?

Podía culpar a Elenka, a Adrik, a los hombres y a las mujeres que trabajaban para ellos, a los Pávlov, pero la realidad era bien distinta y señalaba a un culpable de manera clara. Ella. Ni más ni menos. Esa ira ciega por la que se había visto arrastrada. La sed de venganza por la que se había dejado embaucar sin oponer resistencia. Unas malas compañeras de batalla en las que se había confiado permitiendo que nublaran su razón. A punto habían estado de matarla a ella y a su bebé.

—Creí que perdía la cabeza. —Cerró los ojos—. Quería matar a Jason, quería ir a por ti. Cuando te vi salir del hospital…

—Chsss. —Acarició la nariz del agente con la punta de la suya—. Ya estoy aquí, y no tengo intención de irme a ningún sitio sin ti.

Erick elevó las pestañas. Miró a la lugarteniente a través de ellas con aquellos ojos del color del vidrio roto y delgadas culebras de pan de oro. Ayshane se mordió el labio inferior de manera infantil al recordar y reproducir las palabras que él le había dicho cuando despertó de la resurrección, tras luchar contra el componente al que era alérgico y que le había sumido en un profundo sueño del que llegaron a creer que no despertaría: «Ya estamos aquí». Y sonrió.

Alzó la vista por encima del hombro del agente cuando escucharon la moto de Jason.

—Echadme una mano. —Detuvo la moto junto a ellos guardando el equilibrio con Aiko sobre su espalda y gravemente herida—. He tenido que sujetarla a mitad de camino para no perderla.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Ayshane escudriñando la espalda de Jason cuando separó el cuerpo de su tía.

Bajo la luz de los fluorescentes, brillantes ríos rojizos recorrían el cuero negro de la chaqueta del agente hasta el asiento. La sangre se había desbordado por los laterales del carenado y chorreaba hasta el hormigón que cubría la superficie del aparcamiento subterráneo de aquel centro comercial.

Entre la lugarteniente y Erick la tumbaron en el suelo.

—Aiko. —Golpeó con suavidad su rostro—. Tía, abre los ojos. —Rompió la camiseta amarilla de la prisión a la altura del hombro para ver la herida. Le puso la mano en la frente—. Tiene fiebre.

—Todavía tiene pulso. —Erick la miró, preocupado.

—Tarik no falla nunca —le dijo con el rostro contrito—. Esto no es un espectáculo. Circulen. —Jason alzó las manos para espantar a los curiosos que, como moscas, de camino hacia sus coches, se paraban a cotillear.

—Creo que tiene la bala alojada en el hueso, pero por la cantidad de sangre… —Se mordió el interior del labio, pensativa—. Llama a Sergei. Que prepare el quirófano.

—Estoy en ello. —Erick se levantó con el móvil ya en la oreja.

—¿Dónde está Dima? —preguntó, taponándole la herida.

Con la mirada fija en el orificio de bala que Aiko tenía en el hombro, Jason tardó unos segundos en contestar:

—Tienen que estar al caer. Yo me he saltado algunos semáforos y en algunas calles he ido en sentido prohibido. No podía frenar sujetando a esta. —Hizo un ademán con la cabeza en dirección a Aiko.

A la lugarteniente no le gustó el tono que Jason había utilizado para referirse a su tía, pero no le dijo nada. Entendía el resquemor que podía sentir hacia ella. A fin de cuentas, Aiko le había clavado una ponzoñosa arma cuando salieron del complejo y casi le cuesta la pierna.

Los tres miraron el furgón blindado con todas las lunas tintadas que

a gran velocidad se acercó hasta ellos. Dima se tiró del vehículo que él mismo conducía con una sonrisa que se tornó en un nervioso pesar al ver a su tía tumbada en un charco de sangre que Ayshane era incapaz de contener.

—¡*Mat'*! —Se dejó caer de rodillas junto a ella y su hermana.

—¿Qué ha pasado? —Alice y Alma se bajaron del furgón por una de las puertas laterales mirando a Aiko.

Ayshane se levantó del suelo cuando Dima ocupó con sus manos el lugar por el que ella trataba de que la sangre no abandonase por completo el cuerpo de su tía. Abrazó a Alma cuando esta se lanzó a sus brazos con cuidado de no mancharla.

—¿Se pondrá bien? —preguntó en voz baja mientras Jason y Dima discutían.

La lugarteniente asintió. La gente comenzaba a arremolinarse morbosa a su alrededor.

—Tú y yo ya hablaremos sobre lo que ha pasado hoy —respondió Ayshane antes de alzar la vista con preocupación hacia la acalorada discusión que mantenían Dima y Jason.

—¡Tarik solo hacía su trabajo!

—¿Es de los nuestros? ¿Es mi familia? ¡Debiste matarlo! —le recriminó Dima taponando la herida de su tía, a quien él consideraba su madre.

—¡Tarik fue, es y será siempre parte de mi familia! ¡Yo no mato a los míos! ¡No los ataco ni los dejo postrados en una cama durante días!

—¡Basta! —Ayshane soltó a la joven, que se colocó al lado de Alice, quien la rodeó colocando el brazo sobre sus hombros—. Erick, Dima, meted a Aiko en el furgón. Alice, Alma, para dentro. —Hizo un ademán con la cabeza hacia el vehículo—. Jason, al volante. —Se colocó el arma que llevaba colgada a la espalda entre las manos. Cargó y disparó al aire para dispersar a los mirones—. ¡Aquí no hay nada que ver! —Disparó de nuevo al aire—. ¡Largo! —La gente salió despavorida a esconderse en sus coches o detrás de las columnas del aparcamiento mientras Ayshane se dirigía de espaldas disparando al aire hasta la puerta lateral abierta—. Vámonos de aquí. —Cerró la puerta y se sentó junto a su tía.

Rodeó con un brazo a Alma cuando la joven se abrazó a su cintura y recostó la cabeza sobre su pecho. Miró a Erick, que no le quitaba los ojos de encima, y a su hermano que, aturdido y con la mirada perdida, taponaba la herida de Aiko, una mujer que le había salvado la vida aceptándolo como un hijo al que apenas pudo ver, pero al que siempre protegió.

Tardaron casi cuarenta minutos en llegar al búnker. La noche

empezaba a ensombrecer la capital coloreando el cielo de un naranja teja radiante. Cuando entraron con el furgón al garaje, Sergei ya estaba esperándolos con una camilla y un pijama verde de cirujano junto a Eduard, que sostenía en brazos a Irina.

En cuanto Ayshane puso un pie en el pulido hormigón de la zona de seguridad que su padre había establecido a doce metros bajo el suelo, en pleno barrio de Salamanca, Irina se removió como una culebrilla entre los brazos de Eduard, inquieta. Su padre se agachó para poner a la niña en el suelo, que salió corriendo hacia la lugarteniente con su inocente e infantil alegría. Ayshane la cogió en brazos y la besó en la frente retirándole los rebeldes rizos rubios que casi le tapaban los ojos, mientras Erick y Dima colocaban a su tía en la camilla bajo la atenta mirada de Jason que, de medio lado, no dejaba de mirar desconfiado a Aiko.

—Alma..., ¿por qué no vamos a dejar esto en el armero? —dijo Alice bajando del furgón, con un par de subfusiles en la mano y un macuto con cargadores que sobresalían de la tela y que llevaba colgado de uno de sus hombros.

—Quiero estar con Ayshane.

Ayshane miró con cariño a aquella muchacha que había empuñado un arma con la destreza y la frialdad de una mujer solo para salvarla. Que había estado llorando a las puertas del hospital cuando veía con impotencia que se la llevaban sin que pudieran hacer nada.

—Haz lo que se te ordena —le exigió Eduard.

Alma bufó, arrugó el morro y cruzó los brazos sobre sus pechos desafiando a Eduard con la mirada antes de acercarse a Ayshane y coger en brazos a Irina.

—Vamos, enana.

La lugarteniente besó a ambas en la sien.

—¿Le dio usted permiso para participar en el operativo de hoy?

—No necesito su permiso para ir a salvarte si creo que estas en peligro —contestó Alma sin dejar intervenir a Eduard.

Ayshane frunció el ceño, contrariada por la reciente distancia y la frialdad con la que Alma se dirigía a su padre, pero no dijo nada, se limitó a acariciar la mata de pelo castaño que llevaba recogido en una trenza de espiga de raíz.

—Id con Alice. —Le sujetó la barbilla—. Tienes prohibido volver a salir con un arma hasta nueva orden.

—No vuelvas a desaparecer y no tendré que hacerlo.

La lugarteniente sonrió de medio lado. Alma tenía carácter, y agallas, y eso la enorgullecía a ella y al dragón que volaba por fin libre en el interior de su psique.

—Ya practicaremos tú y yo. No tienes mala puntería —le dijo Erick apoyándose sobre el capó del furgón.

Con una sonrisa, Alma se marchó junto a la pequeña Irina y a Alice, a quien Ayshane miró desde el arco de la entrada al garaje con un vocalizado, amplio y mudo «Te debo una» por lo que acababa de hacer, por todo lo que había hecho por ella desde que se conocieron.

Pese a las reticencias iniciales, Alice había puesto en manos de la lugarteniente su propia vida cuando se vieron obligados a fingir su muerte. Defendió a su hermano. No dudó ni un instante en poner su vida en peligro para salvar a Dima, poniendo también en riesgo su salud cuando, desesperada, no era capaz de encontrarlo. Como Ayshane, se lo imaginaba en manos de Elenka o, lo que era aún peor, a merced de Adrik.

Alice le guiñó un ojo y se llevó a las niñas. La lugarteniente se acercó entonces a su padre. Lo miró emocionada y se abrazó a él como cuando no era más que una pitusa. Escasos habían sido esos gestos entre ellos. Fueron perdiéndolos poco a poco. Por su culpa, pos sus miedos, por sus fantasmas. Apoyó la cabeza en su robusto pecho y dejó escapar el aire envuelta en un halo de paz arrollador. Por fin estaba en casa.

Eduard acarició la melena de su hija con los ojos empañados en lágrimas. Se desinfló como un globo cuando le besó la coronilla.

—Si algo malo te hubiese ocurrido... —susurró sobre la mata de pelo negra de Ayshane.

—Estoy bien. —Restregó la mejilla contra el pecho de su padre.

—Creo que Erick y tú deberíais hablar. —Ayshane lo miró entre lágrimas—. Hay algo importante que deberías contarle, ¿no crees? —Acarició su mejilla perdido en los rasgados ojos de su hija.

Eduard le retiró un par de lágrimas y le dio un caluroso abrazo de bienvenida, de padre, de orgullo y de amor. La lugarteniente sonrió. Se retiró el resto de las lágrimas con el dorso de la mano y miró a Erick, que esperaba paciente apoyado en el capó del furgón con las manos en los bolsillos. Se sonrojó, nerviosa, alzó la vista y miró el arco del garaje por el que se habían marchado todos, excepto su padre.

Sopesó si era el momento oportuno. Con Aiko en estado grave, su hermano descompuesto, Jason enfadado y sin haber podido hablar con Alice ni con Sergei o Ekaterina...

Rio y negó con la cabeza al acordarse de la Madame. La condenada se había infiltrado como enfermera en el hospital. Una enfermera que debió subirle la tensión a más de un abuelete con su sinuoso movimiento de caderas y con esa bata de corte indecente. ¿Cómo no se había dado cuenta la policía? Ekaterina nunca pasaba desapercibida, pero seguro que no dudó ni un instante cuando se lo propusieron. Puede que incluso ella misma se ofreciera voluntaria. Rina siempre estuvo allí, a su lado. Poniendo en riesgo su vida y su

libertad. Por ella.

—¿Por qué me miráis así? —Erick los contempló a ambos alternativamente—. ¿Le has contado lo del puñetazo?

—¿Qué puñetazo?

—Me dio un puñetazo.

—¿Le diste un puñetazo? —Ayshane miró a Erick, perpleja, antes de volver la vista de nuevo hacia su padre.

Eduard se colocó las mangas del traje y la corbata que llevaba en perfecta posición antes de asentir.

—Casi me salta los dientes. —Sonrió—. Tiene un buen gancho de derecha—. Rodeó la cintura de su sorprendida hija y la besó en la sien —. Os dejo a solas.

Se marchó tarareando la canción del dragón, su canción, con las manos en los bolsillos, recompuesto y con su habitual porte distinguido de caballero conquistador.

La lugarteniente se acercó a Erick. Apoyó los brazos sobre sus hombros y le acarició las puntas despeinadas del pelo de la nuca.

—¿Quieres ir con tu tía? —Rodeó la cintura de Ayshane apoyando las manos en su trasero.

—Sí, pero no haría otra cosa más que estorbar, y tengo algo que decirte.

Erick arqueó una ceja y apoyó la frente sobre la de ella.

—¿Debería preocuparme?

La lugarteniente acarició los labios de Erick con los suyos en un sensual y vaporoso roce.

—Es posible… —susurró sobre sus labios—. Me apetece un baño. —Lo miró a través de sus largas y tupidas pestañas negras.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Atrapó el labio inferior de ella en un cálido morisco antes de besarla.

Erick la izó en brazos. Ayshane rodeó la cintura del agente con sus torneadas piernas y se dejó llevar entre besos y caricias hasta la habitación. Su habitación.

Se desnudaron en el baño y se metieron juntos en la bañera de hidromasaje. Cerró los ojos y se recostó sobre su pecho. Erick le acarició los hombros, bajó por sus brazos, sus caderas, su vientre, hasta llegar a su sexo.

—Erick… —Le sujetó la mano cuando él abrió los labios de su deseo—. En la prisión, un guardia… —Erick la obligó a darse la vuelta. Ayshane agachó la cabeza. No se avergonzaba, ya no, pero le daba miedo que la rechazara—. En realidad no pasó nada. No llegó tan lejos. —Se puso nerviosa al sentir que Erick se tensaba bajo su cuerpo y comenzaba a respirar agitado, contenido.

—¿Dónde está? —Gruñó entre dientes.

—Muerto. —Notó cómo el agente iba relajándose poco a poco.

Erick le sujetó la barbilla y le colocó el flequillo desfilado tras la oreja antes de besarla—. Lo siento —susurró sobre sus labios—. Entendería que no me mirases igual. —Agachó de nuevo la vista hacia la capa de espuma que cubría el agua.

—Ayshane, mírame. —Le sujetó la barbilla al ver que ella no alzaba la vista—. Te quiero. Eres todo lo que siempre había soñado y me duele no haber estado ahí para protegerte, pero te deseo. Aunque quisiera, no podría rechazarte.

La lugarteniente se mordió el labio inferior, emocionada. Cogió aire por la nariz, se colocó a horcajadas sobre él y dirigió su endurecida verga a la entrada de su sexo.

—No es necesario que...

—Chsss. —Lo besó—. Lo necesito. Y lo echarás en falta cuando nazca el bebé. —Echó la cabeza hacia atrás y siseó reconfortada cuando se empaló por completo en él.

—¿Qué has dicho? —Volvió a sujetarle la barbilla y la obligó a que lo mirase—. ¿Qué es eso de un bebé?

Ayshane comenzó a moverse serpenteando su cuerpo en un sensual baile, como un reptil, buscando su propio placer y el de el hombre al que amaba. El padre de su diminuta uva pasa.

Cogió las manos del agente y las colocó sobre su firme vientre mientras cabalgaba entre plácidos gemidos. Aún no se le notaba el embarazo, pero pronto dejaría de ser un secreto. Lo miró a través de sus largas pestañas y asintió cuando él comenzó a boquear como un pez fuera del agua, negando con la cabeza entre jadeos.

—¿Estás segura? —le preguntó con un gruñido bajo, contenido, animal.

La lugarteniente apoyó la frente sobre la de él.

—Completamente. —Lo besó y gimió en su boca, tal y como a él le gustaba.

Entre besos, jadeos, caricias y palabras de amor, ambos llegaron al clímax de un orgasmo buscado, deseado y necesitado.

La lugarteniente rio y se aferró a su cintura cuando él quiso culminar en un lugar donde no pudiera hacerle daño al bebé.

—No quiero que nade en sopa de esperma.

—Qué bobo eres... —Se abrazó a él y disfrutó de los últimos coletazos del miembro del agente en su interior. —¿Estás bien? —le preguntó ante el rictus serio que mostraba.

—Sí. Tranquila. —Con la yema de los dedos, Erick delineó la figura del dragón que Ayshane llevaba tatuado sobre su vientre y que comenzaba bajo sus turgentes pechos.

—Te preocupa el bebé. —Erick alzó la vista, sorprendido—. ¿No lo quieres?

—No digas tonterías. —Con la mano mojada, le retiró un mechón

de pelo tras la oreja—. Es solo que..., ¿qué clase de vida le espera? —Ayshane se removió nerviosa sobre Erick con intención de bajarse de su regazo, la mirada perdida en la espuma que rodeaba sus cuerpos y una preocupada tristeza en su rostro. Al darse cuenta de sus intenciones, Erick la sujetó por las caderas, reteniéndola contra su miembro—. Ayshane, mírame. —La lugarteniente alzó la vista, sumida en la preocupación que Erick había hecho suya—. No podemos permitir que Adrik le haga daño a nuestro hijo, o que Elenka lo utilice como moneda de cambio. Nuestro pequeño no estará a salvo hasta que esos malnacidos estén muertos.

—Nunca dejaría que algo así ocurriera. No mientras yo viva.

—Mientras vivamos, Ayshane. —Acarició su vientre antes de fundirse con ella en un abrazo—. Nuestro pequeño no estará a salvo hasta que esos malnacidos no estén muertos.

La lugarteniente suspiró aliviada. Sonrió al comprobar que Erick tan solo estaba preocupado por los mismos motivos que siempre la preocuparon a ella: el daño que sus peligrosos enemigos podían causarle a su milagroso bebé.

Acarició la espalda de Erick. Se incorporó al ver la sombra de un dibujo.

—Pero ¿qué...? Date la vuelta.

Le dejó hueco en la bañera para que le diera la espalda. Se llevó las manos a la boca cuando vio el tatuaje de un dragón con las alas plegadas acunando una krait de cabeza roja y vivos ojos negros que cubría toda la espalda del agente.

—Pero ¿qué has hecho? —le preguntó entre el asombro, la vergüenza y el orgullo al ver marcado de aquella manera el cuerpo del hombre al que amaba. Marcado para siempre.

Erick se volvió. La miró y acarició el tatuaje que ella llevaba en el costado izquierdo.

—Esta serpiente representa lo que fuiste. —Llevó las yemas de sus dedos hacia el dragón enroscado en una flecha que Ayshane llevaba sobre su vientre y que comenzaba bajo sus turgentes pechos—. Este dragón representa de dónde vienes y protegerá a quien está por llegar. Y el mío, a quién pertenezco.

La lugarteniente se mordió el labio inferior en un desesperado intento por ahogar un sollozo.

—¡Oh, mi amor! —Lo abrazó y escondió la cara en el hueco de su cuello acariciando el dragón de su espalda—. No era necesario.

—Sí que lo era. —La apretó contra su pecho—. Era la única manera de sentirte conmigo—. Se separó de ella y la miró—. Voy a ser padre. —Sonrió—. ¡Voy a ser padre! —Alzó ambos brazos al aire en señal de victoria antes de estrujarla contra su pecho.

—Vamos, mi pequeña Krait, vamos a ser padres. —Sonrió.

Epílogo

—¿Te llevo a algún sitio?

Dio un ligero respingo. Durante un instante el corazón se le aceleró al compás de un pulso, ya de por sí, arrítmico. Apretó la mandíbula y soltó el aire de manera abrupta por la nariz para liberarse de la apoplejía cardíaca que acababa de provocarle Jason, vestido de negro, como ella.

—¿Estás siguiéndome? —le preguntó cruzando los brazos bajo su pecho.

Jason sonrió divertido enarcando una ceja. Se apoyó en el depósito de la moto observándola con aquella astuta mirada cubierta por el pelaje de un leopardo.

Alice metió las manos en los bolsillos del pantalón tratando de adoptar una postura relajada.

Versado en la confección de perfiles, sabía que a su compañero no le hacía falta que abriera la boca para saber que tramaba algo. Era desquiciante que pudiera conocer su estado de ánimo incluso antes que ella misma, por eso, desviar la atención se había convertido en una nueva táctica que estaba probando desde hacía un par de semanas.

—Necesitaba salir de ahí. —Hizo un ademán hacia la calle que desembocaba en el aparcamiento que conducía al búnker—. Ya sabes, airearme. Iba a tomar una copa a La mansión.

Esta vez, fue Alice quien enarcó una ceja.

—La mansión está en la otra dirección.

—¿Adónde vas, cerebrito? —le preguntó sonriendo de medio lado al cabo de unos segundos.

—Necesitaba salir de ahí. —Hizo un ademán con la cabeza hacia el oscuro camino que había recorrido desde el búnker—. Ya sabes, airearme. Iba a dar un paseo. —Le devolvió la sonrisa.

Volvieron a mirarse unos segundos sin decir nada.

—Vas armada hasta las orejas. ¿Seguro que no vas de fiesta? —Dejó escapar un quejumbroso suspiro entre sus labios. «Cazada». Alzó la vista por encima de su hombro y miró al indigente que carraspeó tras ella. El hombre los miró de mala gana antes de darse la vuelta y

arroparse con la caja vacía de un frigorífico que alguien debió estrenar no hacía demasiado tiempo—. Alice...

No podía mentirle a Jason. Le habría gustado hacer aquello sola. Demostrarse a sí misma que era capaz no solo de dar con un objetivo, sino, además, cazarlo y obtener la información que necesitaba sin tener que depender de nadie, pero conocía a Jason y sabía que no iba a marcharse sin una respuesta.

—Creo que tengo algo.

—¿Adrik?

Agradecimientos

Siempre, en primer lugar, agradecerle a mi querido Pepito El Tendero su apoyo, sus ánimos y sus consejos que, espero, me acompañen hasta que la muerte nos separe. A Noelia Medina (@noeliamedinaescritora) y a Angy Skay (@angyskay) quiero agradecerles su ayuda, su paciencia infinita, su aportación y su visión, con la que poco a poco voy creciendo como escritora, si es que merezco el honor de denominarme a mí misma así: escritora. ¡Menuda os ha caído conmigo! ¡Tenéis el cielo ganado! A Ana (@leggendoconana), a Irene (@heiwabooksquotes), a Raquel (@missattard), a Anabel (@tesorosdeletras) y a Ángela (@angela.lectoravoraz), por vuestros consejos, opiniones y reseñas. Sois y seréis siempre las mejores representantes que la *Rusa* ha podido tener. A Virginia (@daviniavaferautora), o mejor, al universo por ponerte en mi camino. ¡Eres un ángel caído del cielo que escribe gloria bendita! Y, por supuesto, a ti. Gracias por leerme, por darle vida a mis personajes, darle alas a mi sueño y dejarme formar parte de tu biblioteca personal.cuantas vueltas hasta admitirlo)». @missattard

Nota de la autora

Puedo pedirte un favor? Si te ha gustado esta novela ¡no te calles! Tu¿ opinión no solo me emocionará, sino que, además, con ella aprenderé y me darás ese chute de energía que necesito para que mis personajes .cobren vida

Reseña, comenta, opina en cualquiera de las plataformas a través de las cuales hayas adquirido este libro y ayúdame a seguir creciendo para que, juntos, podamos seguir creando.

Biografía de la autora

Steffany Kennels vino a dar guerra a este mundo en abril de 1986. Madrileña de nacimiento, comenzó a leer a una edad muy temprana. Estudió un grado de formación superior en Prevención de Riesgos Profesionales y actualmente trabaja como Técnico de Prevención de Riesgos Laborales.

Amante de los animales, con una réplica en miniatura de ella misma que le absorbe media vida y predilección por lo políticamente incorrecto, dedica el poco tiempo libre que le queda a sumergirse entre letras y personajes que ella misma crea, dándole vida a historias como la bilogía Joyas del Nilo, compuesta por *El secreto de Anubis (2022)* y *La perdición de Osiris (2022)* y la serie *Mamba Negra*, compuesta por *El Clan de las Serpientes, El fin de una era, La coronación de una reina* y *La caída de un imperio*, con Entre Libros editorial.

Notas

[←1]

Pronunciación rusa de hermana.

[←2]

Pronunciación rusa para expresar te quiero.

[←3]

Pronunciación rusa de bebé.

[←4]

Juguete infantil.

[←5]

Jerga para identificar al walkie talkie.

[←6]

[6]Chica, generalmente muy joven, que desfila por las calles seguida de una orquesta.

· Autora *Best seller* con la *Serie solo por ti* ·

ANGY SKAY

PROVÓCAME

SERIE SOLO POR TI VOL.1

ROMANTIC

Provócame

Skay, Angy
9788494383212
494 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Qué hacer cuando el destino te pone a prueba?
¿Serias capaz de sacrificar a otra persona por ti?
¿De destrozar su vida?
El irresistible y misterioso **Bryan Summers** se trasladará a Marbella para cerrar un trato e, inevitablemente, **Annia Moreno**, una mujer que trabaja como personal *shopper* en la ciudad malagueña, se cruzará en su camino haciendo que todas sus alarmas exploten. La palabra "peligro" aparecerá reflejada en ella, pero él será incapaz de cejar en sus empeños por conquistarla, hasta que poco a poco descubra el camino de espinas que deberá de atravesar. Lujuria, desenfreno y un oculto pasado lleno de dolor crearán una mezcla explosiva entorno a su historia prohibida. ¿Quieres saber algo más? Todo esto y mucho más lo descubrirás en esta fascinante historia. Provócame, el primer volumen de la Serie Solo por ti.
¿Te atreves a provocarme?

Cómpralo y empieza a leer

De la autora *Best seller* de la «*Serie Solo por ti*»

~ ANGY SKAY ~

MATAR A LA REINA

Serie *Diamante Rojo* vol. 1

Matar a la Reina

Skay, Angy
9788417160661
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

· ***Bienvenido al mundo de la reina de los villanos*** ·
Las alegres Navidades de Micaela Bravo se ven interrumpidas cuando, con solo doce años, alguien a quién creía de su familia le arranca la infancia acabando con lo que más quiere. Todos sus seres queridos son asesinados sin piedad y, ella, ultrajada y agredida hasta tal punto que sus agresores piensan que han terminado con su vida.

En su último aliento, su alma se impregna de un sentimiento vengativo que la hará tomar las riendas de su vida unos años después, por un oscuro y tenebroso mundo donde las mafias y el peligro son algo constante.

En otra parte del planeta, un asesino a sueldo recibe una llamada que hará cambiar su existencia por completo cuando descubra una lista con seis nombres, teniendo que asesinar a cada persona por orden correlativo, según su antiguo instructor, Anker Megalos.

Matar a la Reina es la primera parte de la serie *Diamante Rojo*, donde la mafia, los asesinatos, la acción y un amor peligroso se juntarán, dándole lugar a las personas que, al parecer, nunca tienen oportunidad de vivir un futuro a su antojo: los villanos.

En esta ocasión, "**El objetivo, eres tú".**

Cómpralo y empieza a leer

De la autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti*

Te robé un beso

ANGY SKAY

SERIE
¿TE ATREVES
A QUERERME?
VOL.1

Te robé un beso

Skay, Angy
9788494383274
333 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sara Martínez tiene veintinueve años. Es soltera, una mujer de armas tomar, aunque muy insegura de sí misma. Huye del amor por una turbia relación del pasado y busca una vida normal, tranquila y sin ataduras. Le encanta su trabajo y vivir el día a día junto a su mejor amiga; Patricia.

César Fernández tiene treinta años. Es soltero, de mirada inolvidable y un cuerpo que incita al pecado. Un don Juan en toda regla. El típico "chico malo" al que su padre intenta encarrilar sin éxito alguno. Con una vida desahogada, gracias a un "golpe de suerte".

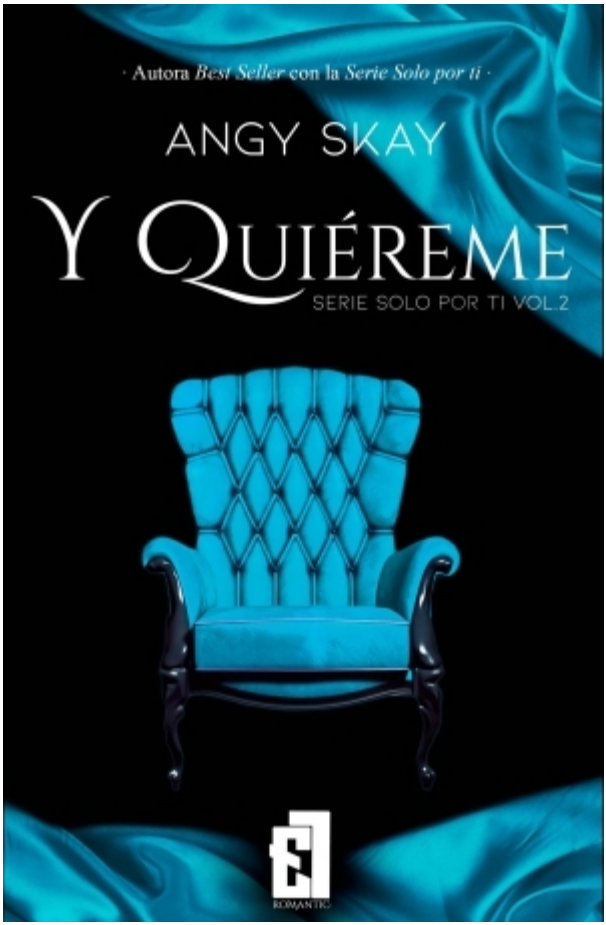
Sus caminos se juntan sin esperarlo y una atracción letal les arrastra por completo. Lo que Sara no sabe es que César oculta un pequeño secreto que ella jamás esperaría y un encuentro en el pasado que no recordaba.

¿Podrá un **ladrón** de corazones **robarle** un **beso** y derribar las barreras de su **corazón**?

Comienza la serie ***¿Te atreves a quererme?***

Y tú, ¿te atreves a empezarla?

Cómpralo y empieza a leer


· Autora Best Seller con la Serie Solo por ti ·
ANGY SKAY
Y QUIÉREME
SERIE SOLO POR TI VOL.2
ROMANTIC

Y quiéreme

Skay, Angy
9788494383229
460 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el amor golpea devastadoramente tu corazón y se hace paso sin pedir permiso, la pasión y el desenfreno ciegan detalles muy significativos de una pareja.
Detalles que cuando salen a la luz atormentan. Bryan no podrá vivir sin ella, pero ¿y ella? ¿podrá vivir con inesperados y sorprendentes percances que transcurrirán, dejándola fuera de lugar?
Conoceremos a Annia por completo, sin embargo, ¿qué pasa con Bryan? Esta historia abrirá muchos caminos y, con ellos, demasiadas dudas.
Tras el impresionante Provócame, llega la esperada segunda parte de la Serie Solo por ti. *¿Podrás quererme?*

Cómpralo y empieza a leer

· Autora *Best Seller* con la *Serie Solo por ti* ·

ANGY SKAY

INCÍTAME

El secundario más deseado de la *serie* ***Solo por ti***

SERIE SOLO POR TI VOL.4

ROMANTIC

Incítame

Skay, Angy
9788494436277
444 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El **atractivo e irresistible** Máximo Collins viaja a la ciudad donde su mejor amigo, Bryan Summers, esconde su identidad junto a su familia.

En ese trayecto casi atropella a una mujer de ojos negros como la noche y, aparentemente de lengua afilada. Pero lo que Max desconoce, es que esa mujer es una heroína.

Tras la apariencia de hombre divertido, *sexy* y romántico, se encuentra un alma rota, junto a un corazón desintegrado que tendrá que enfrentarse a su mayor temor: el pasado.

Un último amor, una familia oculta y un trauma persistente provocarán que los días de Máximo Collins sean un calvario difícil de resolver.

¿Será capaz Max Collins de afrontar todas las trampas que le depara el destino?

Cómpralo y empieza a leer